

TODOS SOMOS PEREGRINOS.

Experiencias, reflexiones y aprendizajes del Camino de Santiago

Un libro por entregas sobre el Camino de Santiago



Xavier Úcar

Setiembre 2010

<http://xucar.wordpress.com/para-que-sepais-de-que-va/>

PARA QUE SEPAIS DE QUÉ VA

Este es el título que he elegido para un libro que voy a publicar por entregas en este blog. Mi primera intención era publicarlo en papel. Lo intenté hace unos meses con una editorial pero no les interesó. Me parece que el momento elegido para la publicación no era el apropiado o, simplemente, que el tema que les propuse está ya demasiado trillado. Me explicaré.

Hace 15 años hice el camino de Santiago y escribí un diario. Siempre pensé que lo publicaría y estoy seguro que, si lo hubiera hecho en aquel momento, habría tenido alguna posibilidad de verlo convertido en libro. Sin embargo no lo hice y quien sabe si no perdí una oportunidad. Aunque lo cierto es que no lo siento así. No lo acabé ni intenté publicarlo sencillamente porque no era el momento. Pienso que las cosas hay que hacerlas cuando uno quiere y puede y no cuando “toca” o cuando es apropiado u oportuno.

Más o menos por estas fechas, un año atrás, en pleno año compostelano estuve enfermo. Tuve que estar dos meses “retirado de la circulación”. Fue entonces cuando lo vi claro. Revisé lo que había escrito 15 años atrás, lo retoqué y amplié y, finalmente, tuve un libro acabado entre las manos sobre mi experiencia del Camino de Santiago. Un libro que veía la luz después del verano de un año compostelano, cuando, aunque lo hubieran publicado, probablemente nadie lo hubiera comprado. Mi sentido de la oportunidad es francamente muy deficiente. Es por eso que al final he decidido publicarlo por aquí.

Estos son otros títulos que pensé reflejaban el contenido del libro:

**LOS CAMINOS DEL CAMINO ,
LOS PASOS DEL PEREGRINO ,
ENCAMINADOS ,
APRENDIZAJES DEL CAMINO**

Todos estos títulos llevan un subtítulo: Experiencias, reflexiones y aprendizajes del Camino de Santiago.

Al final he decidido quedarme con el que encabeza este blog.

No se si alguien me leerá o le interesará pero hoy comienzo otro camino. En este camino digital voy a ir publicando de manera secuencial (calculo que, más o menos, uno o dos a la semana) capítulos de aquel viaje y del libro que resultó del mismo.

No hay camino hacia la libertad. La libertad es el camino.
(M. Gandhi)

El viaje es solamente una especie de travesía metafórica, un símbolo exterior de una marcha interior sobre la realidad.
(Durrell, L.)¹

Nuestros más felices descubrimientos son siempre subproductos accidentales de la búsqueda de algo que nunca encontramos.
(Durrell, L.)²

¹ Durrell, L. (1979) **Cefalú**. Pág. 158. Edhasa. Madrid.

² Durrell, L. (1985) **Tunc**. Pág. 267 Edhasa. Madrid.

El que escribe

“.....Soy un profesor universitario de Pedagogía Social lo que, en síntesis, quiere decir que creo que todo en la vida es o puede ser objeto de aprendizaje; todo se puede aprender y todo está por aprender. Soy pragmático y esto significa que creo y sostengo que todos los aprendizajes se vehiculan a través de las propias experiencias y que, de la intensidad con que dichas experiencias nos impactan, se deriva el grado de significación que adquieren dichos aprendizajes para nosotros. Las experiencias son el resultado de nuestra interacción con los ambientes físicos y socioculturales en los que nos hallamos inmersos. Desde mi punto de vista, una experiencia es una interacción situada en un contexto sociocultural, sea físico o virtual, en el que hay objetos o personas.”

(Tomado del capítulo 1. “Cuando el Camino queda lejos”)

Índice

1.	Cuando el Camino queda lejos.	Pág. 8
2.	Sobre la escritura, el pudor y las presencias sutiles.	Pág. 11
3.	Pensar en hacer el Camino.	Pág. 14
4.	El diario incompleto: 28 días de camino.	Pág. 17
4.1.	Hacia Somport: empezando con buen pie.	Pág. 17
4.2.	Poseído por el arte de la naturaleza: de Somport a Castiello de Jaca.	Pág. 19
4.3.	Primeros dolores y paisajes: de Castiello de Jaca a Puente la Reina.	Pág. 21
4.4.	Aprendiendo a no desfallecer: de Puente la Reina a Artieda.	Pág. 23
4.5.	El poder de la confianza: de Artieda a Undués de Lerda	Pág. 27
4.6.	Los deseos y las reglas del camino: de Undués de Lerda a Izco.	Pág. 29
4.7.	De Izco a Tiebas: Una pareja de extranjeros.	Pág. 33
4.8.	Regalos del camino: de Tiebas a Puente la Reina.	Pág. 35
4.9.	De Puente la Reina a Estella: ¿Los navarros tienen la cabeza grande?	Pág. 38
4.10.	De perros, lluvias, miedos y bordones: de Estella a Los Arcos (Parte 1).	Pág. 43
4.10.	De perros, lluvias, miedos y bordones: de Estella a Los Arcos (Parte 2).	Pág. 47
4.11.	Conectando con los orígenes: de Los Arcos a Yagüe (Logroño).	Pág. 49
4.12.	Todos somos peregrinos: de Yagüe a Nájera.	Pág. 52
4.13.	Empezando a establecer redes: de Nájera a Santo Domingo de la Calzada.	Pág. 55
4.14.	De Santo Domingo de la Calzada a Belorado: voces, cantos y polifonías.	Pág. 59
4.15.	De remedios, libros y sopas de ajo: de Belorado a San Juan de Ortega.	Pág. 62
4.16.	Una panorámica sin vistas: de San Juan de Ortega a Burgos.	Pág. 66
4.17.	En el páramo castellano: de Burgos a Arroyo Sambol.	Pág. 69
4.18.	La hermandad de la fuente del piojo: de Arroyo Sambol a la ermita de San Nicolás, en Itero de la Vega. (1ª Parte)	Pág. 75
4.18.	La hermandad de la fuente del piojo: de Arroyo Sambol a la ermita de San Nicolás, en Itero de la Vega. (2ª Parte)	Pág. 77
4.19.	1.357 pasos en 1.000 metros: de Itero de la Vega a Villalcázar de Sirga.	Pág. 81
4.20.	Mirar el camino, mirar la vida: de Villalcázar a Calzadilla de la Cueva.	Pág. 85
4.21.	Sobre voluntades y límites: de Calzadilla a Sahagún.	Pág. 89
4.22.	Los obstáculos que nos ponemos a nosotros mismos: de Sahagún a Mansilla de las Mulas	Pág. 93

4.23.	Vitrales, meditaciones y chasquidos de cortejo: de Mansilla a León.	Pág. 97
4.24.	Hablarle al peregrino: de León a Villadangos del Páramo.	Pág. 100
4.25.	De Villadangos a Astorga: <i>¡No se puede ser romántica!</i>	Pág. 103
4.26.	Un cocido maragato y algunas confidencias a la sombra de una encina: de Astorga a Rabanal del Camino.	Pág. 106
4.27.	Ritos templarios y reflexiones filmicas: de Rabanal a Molinaseca.	Pág. 109
4.28.	El poder de Santiago, el Santo: de Molinaseca a Cacabelos.	Pág. 113
4.29.	Dolores.....: de Cacabelos a Villafranca del Bierzo.	Pág. 117
5.	Retazos del recuerdo, perlas de sensaciones.	Pág. 118
5.1.	Jato de Vilafranca del Bierzo.	Pág. 120
5.2.	Santiago, el perro.	Pág. 123
5.3.	O Cebreiro y la red de peregrinos del camino.	Pág. 124
5.4.	La canción del peregrino.	Pág. 127
5.5.	Moras y sílex.	Pág. 129
5.6.	Los perros en el camino gallego.	Pág. 131
5.7.	El bosque mágico de Sarria.	Pág. 132
5.8.	El sentido del peregrinaje.	Pág. 133
5.9.	Aromas de Galicia en el camino.	Pág. 135
5.10.	Pulpería Ezequiel.	Pág. 137
5.11.	Una velada llena de historias en la cátedra de Ecología.	Pág. 139
5.12.	La luz en el camino.	Pág. 145
6.	El final del Camino.	Pág. 147
6.1.	La llegada a Santiago de Compostela: una decepción dolorosa.	Pág. 148
6.2.	El encuentro con el Santo y los pasos del peregrino.	Pág. 151
6.3.	El sentido de la determinación: de Santiago a Finisterre.	Pág. 154
6.4.	Adiós a los muertos, adiós mi compañía.	Pág. 157
6.5.	Un lugar en el mundo.	Pág. 160
6.6.	Una noche en Oliveira intentando ni ver ni sentir a los fantasmas.	Pág. 162
6.7.	El último día del camino: hacia el faro del fin del mundo.	Pág. 165
6.8.	Ritos de vida y de renacimiento: un nuevo yo.	Pág. 167

Anexo: Virtudes pedagógicas del Camino de Santiago.	Pág. 170
1. Los caminos del Camino.	Pág. 171
• La planificación del camino.	Pág. 172
• En el Camino.	Pág. 174
2. Las filosofías del Camino.	Pág. 176
• La cultura del esfuerzo.	Pág. 177

Capítulo 1. CUANDO EL CAMINO QUEDA LEJOS

Posted on [1 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

Han pasado 15 años desde que hice el camino de Santiago. Recorrí 1.000 kilómetros andando a lo largo de cuarenta días seguidos. La verdad es que dicho así parece algo difícilmente imaginable: *¿Cómo es posible hacer mil kilómetros caminando?* La distancia resulta demasiado grande para lo pequeño que es cada paso. Y, sin embargo, los hice. Paso a paso, kilómetro a kilómetro desgrané el tiempo y el espacio para construir y cumplir un sueño: el de llegar hasta el fin de la tierra; hasta Finisterre.

Hice el camino, pero no puedo decir que lo acabara al llegar al océano Atlántico. Hoy, quince años después, me sigo sintiendo en el camino. Uno siempre está, sea consciente o no de ello, en el camino. Si miro hacia atrás, a mi pasado; si busco momentos importantes, hitos que marcar en mi vida, el Camino es, sin la menor duda, uno de ellos.

En realidad, no sé si puedo decir que ser peregrino en el camino de Santiago me cambió; que modificó, de alguna manera, mi forma de ser o de estar en la vida. Si efectivamente lo hizo, soy incapaz de decir, exactamente, de qué manera y en qué forma. Pero de lo que sí estoy seguro es de que algo muy importante me sucedió en aquellos días y en aquellas horas de caminar y caminar. Y, también, que lo que soy hoy y la forma que tengo de enfocar la vida tienen, probablemente, mucho que ver con las experiencias que viví en aquellos días de camino.

Durante varios años, después de haber hecho el camino, soñaba, a menudo -de una manera muy vívida- que volvía a levantarme por la mañana, solo, silencioso en el albergue. Con mucho cuidado de no hacer ruido para no despertar a los demás peregrinos, recogía mis cosas y salía al fresco de la mañana. Fue una sensación que experimenté cuarenta días seguidos. Cuarenta amaneceres distintos en cuarenta lugares diferentes. Cuarenta momentos plagados de olores, de luces, de colores y de sensaciones experimentadas con una intensidad y un placer difícilmente explicables.

Aquella luna blanca y redonda, perfecta en el azul de la madrugada y el amarillo oscuro de los campos de trigo recogido. Iniciaba la etapa que me llevaría a Belorado; un lugar con un nombre precioso del que nunca hubiera sabido de no ser por el camino. Atrás quedaban, durmiendo en el albergue, los compañeros de viaje que hice el día anterior. Seguramente se extrañarían de que yo hubiera partido solo, sin ellos, después de una tarde y una cena tan intensamente compartidas; de que no los hubiera esperado para continuar juntos. Pero no importaba. Más tarde nos volveríamos a encontrar y de nuevo podríamos compartir. El Camino está lleno de encuentros, de pérdidas y de reencuentros.

Aquel era mi camino, mi elección, mis pies, mis pasos y esa sensación tremenda de estar abierto al mundo y al destino. De aquellos días me han quedado grabadas muchas situaciones, sentimientos y sensaciones. Más que momentos concretos del camino conservo retazos de estados de ánimo, hebras de impresiones y sentimientos; perlas de la memoria que atesoro con cariño y con cuidado. Hice el camino de Santiago en el verano del año 1996. Mi camino fue un camino del siglo pasado, de un milenio ya acabado. Pero el camino se mantiene, a pesar de todo, más allá de los siglos y ahora también de los milenios. El camino que yo hice y del que voy a hablar en este libro tiene seguramente muy poco que ver con las maneras de hacerlo en la actualidad. Sin embargo, a pesar de

los cambios que el tiempo ha procurado, estoy seguro de que el camino sigue siendo una experiencia única y singular para buena parte de las personas que deciden hacerlo.

A través de Internet he podido comprobar la cantidad y diversidad de informaciones que existen sobre el camino y sobre cómo hacerlo. Montones de páginas *web* que informan acerca de las distintas etapas y de las formas de prepararse para el peregrinaje. He navegado por numerosos blogs y redes sociales en los que se discute acerca del camino o en los que se explica cómo se desarrolla el día a día del peregrino.

He podido ver, también, la cantidad de servicios que empresarios avezados ofrecen a las personas que desean hacer un camino cómodo y sin demasiados esfuerzos. Hay empresas, por ejemplo, que llevan “la carga” –la mochila- del peregrino de etapa a etapa para que este pueda hacer el recorrido sin pesos. En un mundo tan mercantilizado como el que vivimos existen servicios y propuestas, –eso sí, de pago- para cualquier tipo de necesidad y el camino no es una excepción. El camino, como la vida, está lleno de situaciones de necesidad o de momentos que pueden ser percibidos como tales por el caminante. Tener a mano la posibilidad de darles respuesta de manera fácil es, sin duda, una opción a la hora de hacer el camino.

Se podría decir que, en los últimos años, el camino se ha “urbanizado”. La ingente afluencia de peregrinos ha hecho aparecer nuevos albergues e, incluso, ha normalizado, por así decirlo, trayectos concretos que la ortodoxia católica había intentado mantener al margen del Camino “oficial”: el camino religioso. El Camino, con mayúsculas, tenía que ser el religioso y el pagano, aún siendo un camino anterior en el tiempo y en la historia, o no existía o no contaba. Me refiero, sobre todo, al trayecto de Santiago a Finisterre. Hoy dicho trayecto está marcado con las familiares flechas amarillas; cosa que no sucedía cuando yo lo hice. Hace quince años, aquella parte del camino no estaba urbanizada; lo que significa que carecía de servicios y que había que hacerla interpretando los mapas o preguntando a los aldeanos.

Una visión actualizada del camino, en las nuevas sociedades líquidas y reticulares en las que nos afanamos por aprender a vivir de la manera más digna posible, lo describiría como una red sociocultural multinodal. El camino como red de redes en la que los albergues y los hospitales son nodos y los hospitaleros, los libros de los albergues, las redes sociales electrónicas sobre el camino y los propios peregrinos y peregrinas ejercen de conectores. Esto es algo de lo que he sido consciente al revisar el diario que escribí cuando hacía el camino. El camino es un crisol en el que los peregrinos ponen en juego y en relación sus respectivas culturas. El camino es una red en la que los peregrinos tejemos el día a día con nuestros encuentros y desencuentros. La materia prima de esa red son las emociones y una humanidad que nos desborda.

No me cabe duda, por último, que los teléfonos móviles, el *Google maps*, los *GPS* y la *realidad aumentada* pueden ser de una ayuda inestimable para no perderse durante las etapas, para disponer de más información sobre los lugares por los que se transita o, simplemente, para no estar desconectado de los amigos, de la familia o incluso del trabajo.

Parece evidente que el camino no se hace hoy como lo hice yo quince años atrás. ¿Por qué entonces un libro como este en el que se habla de una manera de hacer el camino que quizá ya no se corresponda demasiado con las maneras de hacer el camino en la actualidad?

La respuesta me parece obvia. Porque el camino sigue siendo el camino más allá de las condiciones específicas en las que cada peregrino lo realice. De la misma manera que la vida sigue siendo la vida o una persona sigue siendo una persona más allá de las condiciones concretas en las que una u otra puedan darse o encontrarse.

Todos los caminos valen, al igual que todas las personas o las vidas. Y no se puede decir que haya una manera mejor de hacerlos o de vivirlos. Los contextos y las formas que asumen nos pueden

ayudar a explicarlas o a comprenderlas pero aquellos -el camino, la vida, las personas- tienen valor en sí mismos y por sí mismos. Por eso me he decidido a escribir este libro cuando mi camino queda ya tan lejos. Porque a pesar de la distancia y de la lejanía sigo estando y viviendo en el camino.

Quizá deba también explicarme para ayudar a contextualizar mi camino y entender porqué lo viví y experimenté como lo hice. Soy un profesor universitario de Pedagogía Social lo que, en síntesis, quiere decir que creo que todo en la vida es o puede ser objeto de aprendizaje; todo se puede aprender y todo está por aprender. Soy pragmático y esto significa que creo y sostengo que todos los aprendizajes se vehiculan a través de las propias experiencias y que, de la intensidad con que dichas experiencias nos impactan, se deriva el grado de significación que adquieren dichos aprendizajes para nosotros. Las experiencias son el resultado de nuestra interacción con los ambientes físicos y socioculturales en los que nos hallamos inmersos. Desde mi punto de vista, una experiencia es una interacción situada en un contexto sociocultural, sea físico o virtual, en el que hay objetos o personas.

El camino fue para mí una experiencia singular y un aprendizaje constante, por eso me parecía necesario e interesante acabar este relato con una reflexión sobre los aprendizajes que a lo largo del camino me resultaron más enriquecedores e interesantes (el anexo al final del relato de mi viaje).

Creo que la experiencia del camino muestra –quizás mejor que otras experiencias o vivencias- que el aprendizaje es una dimensión continua en la que se mezclan, de manera difícilmente separable lo físico, lo poético, lo mágico, lo cognitivo, lo procedimental, lo sentimental, lo corporal, lo espiritual, lo sexual y todo el extenso abanico de dimensiones de la existencia humana que la ciencia y los científicos se han empeñado en distinguir y diferenciar con la simple e inocente idea de que para comprender hay que separar y diferenciar.

Al final, como pensaba cuando decidí escribirlo, el diario me ha permitido revivir el camino que hice ahora hace ya tantos años. He recordado y revivido sensaciones, personas y momentos. No siento nostalgia. Aquel viaje se acabó y mi camino continuó y continua todavía. Me siento afortunado por haber podido realizarlo.

Capítulo 2. SOBRE LA ESCRITURA, EL PUDOR Y LAS PRESENCIAS SUTILES

Posted on [4 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

Empecé el camino con la idea de registrar mis experiencias en un cuaderno. Desde el primer día me afané en la tarea de relatar las experiencias, las sensaciones y los aprendizajes que realizaba en el camino con el mayor detalle posible. Una tarea que requería de una a dos horas diarias de dedicación y que solía hacer por las tardes, una vez acabada la jornada del camino.

A menudo, sentado en un bar frente a un café, centrado en el relato escrito de mi día en el camino, peregrinos curiosos me preguntaban por lo que hacía. Peregrinos compañeros de camino como Joan, Xavi y Olga se habían interesado también y muchas veces lo habíamos comentado caminando.

- *La escritura es un remedio contra el olvido, -les decía-. Lo que estamos haciendo es muy especial para mí y quiero conservar un recuerdo escrito. Me gustaría poder rememorar algún día las situaciones que estoy viviendo.*
- *¿Pero, lo vas a publicar? –Me preguntó Xavi- ¿Cuándo?*
- *La verdad es que no lo sé. Pienso y espero que algún día lo podré hacer –le respondí.*

En aquel momento escribir el diario del camino, que yo titulé con el pedante rótulo de “*Diario de un ser humano*” era para mí un entretenimiento y pensaba también, aunque de una manera no muy precisa, que algo podría hacer con él.

Y, efectivamente, algo hice. Poco después de acabar el camino escribí un articulito pequeño que publiqué en un libro. Lo titulé *Virtudes pedagógicas del Camino de Santiago*. El artículo constaba de dos partes. En la primera presentaba algunas reflexiones elaboradas a partir de la vivencia del camino y en la segunda recogía, a modo de pequeñas capsulas, unos cuantos fragmentos del diario que reforzaban o ilustraban aquellas reflexiones. La primera parte de aquel artículo, revisada, es lo que he añadido como anexo al final de este relato de mi camino.

Si me hubiera planteado publicar el diario hace 15 años, probablemente lo hubiera hecho tal y como estaba escrito en aquel momento. Hubiera intentado perfilar mejor a las personas y personajes con los que tuve la fortuna y el placer de caminar y conocer. Con los recuerdos del camino más frescos hubiera enriquecido sin duda las descripciones de los ambientes y contextos y quizás el relato hubiera ganado en profundidad.

Hoy me doy cuenta de que el tiempo ha borrado caras que ni siquiera a través de la escritura soy capaz de recuperar. Reescribiendo este diario me he vuelto a encontrar con muchas de las sensaciones y momentos que viví en aquellos días, pero también he perdido muchos rostros. Ahora me pregunto por todos ellos y me gustaría saber dónde están y qué hacen. Y, también, si el camino fue tan importante para ellos como lo fue para mí. Me gustaría saber, asimismo, si les ha quedado un recuerdo tan vivo y tan profundo del mismo como a mí.

La distancia tiene, sin embargo, otras ventajas. Nunca me hubiera atrevido a explicar algunas de las cosas que me sucedieron en el camino. Más que por miedo a nada por simple pudor. Me hubiera

dado seguramente vergüenza lo que hubieran podido pensar de mi al leerlas. Algunas de ellas, no recogidas en el diario que originalmente escribí, me he atrevido ahora a incluirlas.

La edad y el tiempo han hecho que hoy tenga menos pudor del que tenía cuando escribía el diario, haciendo el camino, quince años atrás. Hubo una experiencia en especial que no consigné y que, sin embargo, ha dejado en mi una huella honda que nunca he conseguido olvidar. Los primeros meses después de hacer el camino compartí muchas anécdotas de situaciones y experiencias que tuve en el camino en tertulias y sobremesas con grupos de amigos. Algunas muy duras para mi, como la ascensión a Mianos; otras divertidas, como la de los perros en el bosque al salir de Estella; y algunas más místicas como la del templo de Eunáte o los ritos de renacimiento al final del camino. Pero nunca me atreví a explicarle a nadie una de las más inquietantes y sorprendentes.

No soy capaz de situar exactamente cuál fue el cementerio en el que empezó. Sé que fue al principio del camino, en las primeras etapas. He intentado buscar entre mis recuerdos y aunque tengo la imagen del momento grabada a la perfección, no consigo ubicar con exactitud la población en la que me sucedió lo que voy a explicar. Mis cálculos más aproximados la sitúan en el primer tramo aragonés del camino, en alguna población pequeña que crucé en la cuarta o quizá quinta etapa del camino.

Sucedió pasando junto a un cementerio a las afueras de alguna población. Siempre hemos intentado mantener a nuestros muertos apartados del lugar donde habitamos los vivos; cerca de nosotros pero apartados, no sea que nuestros respectivos mundos interfieran.

Recuerdo caminar al lado de una pared alta de un color rosado. Al llegar aproximadamente a la mitad de la misma, paso frente a una reja de finas barras de hierro negro coronada por un arco de medio punto con radios también de hierro negro. Era la puerta que daba acceso a un cementerio. Ni siquiera me paré a mirar al pasar. Di una ojeada que me permitió ver diferentes pisos de nichos sobrepuestos y, sin darle más importancia, seguí caminando. Pero algo sucedió en ese momento. Sentí que estaba recibiendo alguna cosa; noté algo a mis espaldas. Fui consciente de una demanda, de una solicitud que algo o alguien me estaba haciendo.

Luego, después de haber acabado el camino, lo he recordado muchas veces pensando en porqué me pasaría eso a mi. Siempre he creído que, si lo que pienso y siento que viví y experimenté en aquel momento, lo viví y experimenté realmente fue por la actitud con la que yo hacía el camino. Quizá es una simple racionalización, pero es así como lo pienso y como lo siento. Yo hacía el camino abierto a todo, a cualquier cosa que me pudiera suceder. El ansia de abrirme a nuevos rumbos, a nuevas experiencias, a nuevas ideas y nuevas sensaciones me preparaba, justamente, para que aquellas novedades hallaran mis puertas abiertas y pudieran poseerme. Y creo que eso fue lo que sucedió.

Lo que sentí fue como una gran presencia diciéndome:

- *¡Llévanos contigo! ¡Necesitamos ir contigo, llévanos, por favor! ¿Te importaría que viajáramos contigo? ¿Quieres hacerlo?*

Lo normal hubiera sido o bien asustarme y apretar el paso o, simplemente, no hacer caso diciéndome a mi mismo que tenía una imaginación bastante fantasiosa. Sin embargo, no sucedió ni una cosa ni la otra. La sensación que recuerdo fue la de que la solicitud iba acompañada de una gran paz interior; de una gran calma. No sentía ningún tipo de presión o coerción y, desde luego, no sentía –cosa bastante extraña en mi – ningún miedo.

Mi respuesta fue clara y contundente:

- *Os llevaré, ¡Podéis venir conmigo!*

Lo que sentí –no sé explicarlo de otra manera- fue como si una presencia muy sutil se posara sobre mi, sobre mi espalda. Una presencia que no pesaba, que era inmaterial, pero que yo podía sentir. Continué caminando como si no pasara nada porque, en realidad, nada había pasado.

Sin embargo, a partir de ese momento, me sorprendí a mi mismo haciendo algo no pensado, no planificado y sí, por el contrario, muy extraño. A lo largo de camino pasé por muchos cementerios. Yo he sido una persona bastante miedosa toda mi vida, incapaz de pasar junto a un cementerio sin mirar de reojo hacia atrás por encima del hombro. Lo curioso es que, desde ese momento, cada vez que pasaba junto a un cementerio me invadía una sensación de familiaridad y esa sensación me llevaba a pensar, a sentir y a proyectar:

- *Sigo el camino. Si queréis venir conmigo puedo llevaros.*

No en todos los cementerios recibía respuesta. En muchos no sucedía nada, pero había otros en que la sensación que había experimentado en el primero se repetía. Nunca lo hizo con tanta fuerza y con tanta intensidad como en aquel, pero siempre percibía, de una manera más o menos sutil, que se añadían presencias, que se subían a mi espalda y viajaban conmigo.

Seguramente todo hubiera podido quedar como algo demasiado sutil o inexplicable como para prestarle atención. Quizás incluso me hubiera olvidado de esas sensaciones o, con el paso de los años, hubiese podido llegar a pensar que todo habían sido imaginaciones mías. Pero en los últimos días del camino me volví a ver enfrentado y nuevamente de una manera muy real, a esa situación. Lo que me ocurrió me convenció de que mis sensaciones fueron reales en todo momento. No sé ni porqué ni cómo sucedió, pero lo que me ocurrió fue real o, al menos, yo así lo sentí y lo percibí.

Si no hubiera decidido escribir este libro ahora, quince años después, esta experiencia nunca hubiera visto la luz porque nunca me hubiera atrevido a explicarla. Pero, como digo, he perdido el pudor y no me importa explicar lo que viví o lo que sentí que viví. Para decidirme a contar esta historia ha sido clave el hecho de tener que escribir y revivir las últimas etapas del camino, las que no recogí en mi diario mientras lo hacía. Eso me ha llevado a volver a pensar en lo que viví y a volver a sentir las sensaciones que experimenté.

Fue el mismo camino, la dinámica de la vida en el camino la que me hizo dejar de escribir el diario en la etapa 28. Y aunque eso fue lo que sucedió y no sirve, por lo tanto, lamentarse, siempre me penó no haber recogido por escrito aquellos últimos días. También a eso busca dar respuesta este libro.

Capítulo 3. PENSAR EN HACER EL CAMINO

Posted on [7 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

Creo que sé perfectamente lo que me movió a hacer el camino de Santiago. En aquella época yo vivía sólo. Llevaba ya en esa situación varios años y había aprendido a no estar mal, aunque tampoco puede decirse que estuviera especialmente bien. La soledad es un aprendizaje; es algo que hay que aprender o, al menos, fue algo que yo tuve que aprender. Alguien dijo que estar solo es estar mal acompañado. En mi caso esto fue así al principio. Viviendo solo pasé de estar muy mal conmigo mismo a soportarme; después a aceptarme; y luego, finalmente, a convivir tranquilo conmigo mismo. Fue desde este último estado desde el que pude empezar a pensar en el futuro a partir, en exclusiva, de mi mismo y de mi concreta y particular situación en la vida.

Todas las trayectorias vitales tienen caídas, pozos, ascensiones, mesetas y montañas. La propia vida nunca es una línea plana para quien la vive. Los altibajos son consustanciales a la vida y quizá sean precisamente esas oscilaciones vitales, siempre nuevas, siempre sorprendidas e inesperadas las que nos impulsen o nos fuercen a seguir hacia delante.

A veces las caídas son sólo resbalones o deslizamientos y nos levantamos para continuar con nuestras vidas sin demasiados problemas. En otras ocasiones nuestras caídas conducen a pozos vitales que podemos percibir como insondables simas. Salir de estos últimos puede requerir grandes dosis de energía, de determinación y de paciencia. Pero todos compartimos, seamos o no conscientes de ello, el camino; el estar en un camino. Nuestras trayectorias vitales son caminos.

El problema suele venir, en la mayoría de los casos, no tanto de la propia conciencia de estar en el camino como, sobre todo, de encontrar las motivaciones o las razones que den sentido a aquella conciencia y nos proyecten hacia delante. La pregunta importante para formularnos a nosotros mismos no es tanto *¿quién soy, o porqué estoy aquí?* Cuánto *¿porqué he de caminar y para qué?*

Podría decirse que, en aquellos momentos, yo estaba en una meseta y más que necesitar saber hacia donde tirar lo que ansiaba eran razones para hacerlo. Más que motivos, lo que necesitaba era tener ilusiones. Me hallaba con fuerzas y con ganas de iniciar ascensiones a montañas; de asumir o enfrentar retos. El camino podía ser para mí eso, una ascensión; un cambio en mi vida; el inicio de algo nuevo; una experimentación; una aventura. Necesitaba abrirme al mundo; encontrar nuevos sentidos; aprender a mirar de manera diferente; reencantar mi existencia.

Un compañero, con el que compartía clases de yoga, me habló del camino y de cómo una experiencia como aquella podía cambiarle a uno la vida. Su relato del camino fue el *click* que puso en marcha la maquinaria. Lo vi claro: el camino podía ser la respuesta a mi pregunta no formulada. No puedo ubicar exactamente en el tiempo la decisión de hacer el camino, pero es muy probable que la tomara en febrero o marzo de aquel año 1996. Lo que sí tengo claro es la determinación que sentía: ese sería mi regalo para el cambio de década. Iniciaría mi camino el día que cumpliera 40 años.

Recuerdo que, una vez decidido, tampoco pensé mucho más en ello. Era algo que deseaba, que me había propuesto hacer y que, cuando llegara el momento, haría. Tampoco le di más importancia a lo

que todos sin excepción me decían: *¡¡El camino hay que prepararlo!!* Lo que yo pensaba, en realidad, era que el camino había que hacerlo y eso yo ya lo tenía decidido.

Una vez acabado el camino he de confesar que siempre he sido una persona muy afortunada puesto que iniciar una aventura como aquella sin ninguna preparación es una imprudencia. Si a esto añadimos que el primer día de camino estrené el material que llevaba –incluidas las botas–, de lo que estamos hablando es ya de algo más: es de inconsciencia y de temeridad. Como he dicho, sólo puedo atribuir a mi buena fortuna el haber podido acabar el camino sin problemas físicos verdaderamente serios.

A comienzos de aquel mes de julio y después de algunas lecturas y consultas con amigos, me proveí del equipo que pensaba que iba a necesitar: unas botas; una cantimplora; una mochila; unos calcetines gruesos; tres camisetas; un jersey; unos pantalones largos con unas cremalleras que los hacían cortos; un saco de dormir; una esterilla; unas chancletas, como descansos para cuando me quitara las botas; y un chubasquero. También compré vaselina y bálsamo del tigre. La primera porque me habían dicho que era conveniente untarse bien los pies cada día antes de ponerse los calcetines. Se supone que ayuda a suavizar la fricción de la piel con el tejido del calcetín y evita la aparición de ampollas. El segundo porque, al parecer, tiene múltiples utilidades. Desde frotarse con él ligeramente en las sienes, cuando se tiene dolor de cabeza, hasta friccionar los músculos doloridos por la tensión. Me dijeron que era un útil muy versátil y así resultó ser en mi camino.

También compré una guía del camino –que después resultaría fundamental– tanto para hacer el camino sin perderse demasiado, como para saber algunas cosas de los lugares por los que iba a pasar.

Personas que habían hecho el camino que conocía, me decían que era importante llevar una vara; que resultaba una herramienta muy útil. Siempre me han gustado las varas y cuando voy a pasear por el campo o por el bosque, lo primero que hago es buscar un palo, lo más recto posible, y lo utilizo como apoyo; me hace compañía y me da seguridad. En casa tenía un par de varas que guardaba de algunos paseos por el campo. Elegí una, como de un metro de altura, que estaba muy seca y que, a pesar de estar un poco arqueada, era dura y muy ligera.

Mi idea era trasladarme desde Barcelona, donde tengo mi residencia habitual, a Logroño; pasar allí un par de días ultimando los preparativos y viajar a Somport, desde donde iniciaría el llamado *Camino aragonés*. La elección de esta ruta, en vez de la que comienza en Roncesvalles –el llamado *Camino francés*–, fue más intuitiva que pensada. Simplemente, ese era el camino que iba a hacer.

Creo que es en el viaje hacia La Rioja cuando empiezo a ser realmente consciente de lo que estoy a punto de comenzar. Y es entonces cuando me planteo cómo voy a hacer mi camino. Hoy diría que aquella fue mi preparación psicológica para el camino. Sentía que tenía que hacer un camino “limpio”. El pasado era eso: pasado y, como tal, formaba ya parte de mi historia. Eso no significaba ni renunciar a él ni olvidarlo, quería decir solamente que estaba pasado.

Mi camino iba a ser una mirada hacia delante; pero una mirada atenta, consciente y abierta. No renunciaría a nada de lo que me ofreciera el camino e intentaría vivirlo todo de la mejor manera posible. Esto significaba, así mismo, que sería respetuoso con el medio ambiente y con todo lo que me encontrara en el camino.

En Logroño añadí tres elementos significativos a mi camino. Importantes por diferentes razones: el primero por su valor sentimental; el segundo por su utilidad; y el tercero, por último, porqué, aparte de ayudarme a resolver muchos problemas prácticos, estuvo muy presente en buena parte de las cosas que hice a todo lo largo del camino.

El primero era un antiguo pañuelo que había sido de mi padre, fallecido dos años antes. Quería llevar a mi padre conmigo en el camino: llevaría el pañuelo colgado al cuello. El segundo una pequeña farmaciola con algunas cosas básicas: tiritas; aguja e hilo para las ampollas; *Optalidones* para el dolor de cabeza; y *Almax* para la acidez de estómago. El tercer elemento fue una navaja suiza multiusos que compré allí mismo, en Logroño.

Capítulo 4. EL DIARIO INCOMPLETO: 28 DÍAS DE CAMINO

Posted on [10 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

El texto que transcribo, en las diferentes etapas que configuran este capítulo, está directamente tomado del diario que escribí mientras hacía el camino. He procurado no añadir nada y, si he querido hacer algún comentario, lo he hecho como notas a pie de página.

4.1. Hacia Somport: Empezando con buen pie

Posted on [10 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

18/7/1996.

Hacia Somport: A las 12'45 horas tomo en Logroño un tren que me lleva hasta Canfranc Estación. Desde allí pretendo ir hasta la misma frontera con Francia para iniciar mi camino.

En el tren conozco a Francisca, una estudiante de 20 años que estudia primero de Psicopedagogía en Salamanca. Va a pasar 15 días de vacaciones a Jaca. Allí está su hermana que sigue carrera militar y sueña con llegar a ser “general”.

Me dice que nada más verme ha pensado que yo era profesor de filosofía. Eso sí, sin sombrero -con el sombrero de paja puesto no me ha dicho qué parecía-. Ha sido una conversación muy agradable y muy cálida.

Canfranch Estación: He perdido el autobús que podía haberme conducido hasta Somport. Me pongo a hacer auto-stop y el primer coche que pasa, se detiene. Un matrimonio mayor, pamplonés, extraordinariamente amable. Cuando les digo que espero pasar la noche al aire libre en Somport se horrorizan. Me dicen que de ninguna manera me lo recomiendan, que me voy a congelar de frío. Así que primero me llevan a Candanchú y me enseñan un edificio que tiene soportales y un albergue; *sólo por si acaso* -me dicen-. Luego, al ver que tengo las cosas claras, me acercan hasta Somport.

Somport: La ermita y los alrededores no son muy apropiados para dormir. Además hace mucho frío. En la misma aduana de la frontera con Francia hay un albergue. Decido pasar ahí la primera noche. Me doy cuenta de que no tenía las cosas tan claras como se ha pensado el matrimonio pamplonés.

En el Albergue Aysa me dan la credencial de peregrino y me ponen el primer sello. Estoy leyendo un libro: [“Proceso al azar”](#) de [J. Wasenweg](#) (Ed.). He llegado a la página 79.



Mañana cumpla 40 años y empiezo mi viaje. Estoy muy ilusionado, pero eso no me impide sentir, también, miedo e inseguridad. En el carnet está escrito que *“el peregrino no puede exigir nada por su condición de tal, sino agradecer la ayuda recibida”*. Hoy sólo puedo estar agradecido por lo bien que me han tratado las personas que he conocido en este mi primer día. Empiezo muy bien. Quizás lo más apropiado sería decir que *“empiezo con buen pie”*. A las 10 de la noche me voy a dormir. Mañana pretendo madrugar y quiero estar bien descansado.

4. 2. Poseído por el arte de la naturaleza: de Somport a Castiello de Jaca

Posted on [13 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

19/7/1996.

1ª Etapa. 6:45 h. Somport – Castiello de Jaca 14:00 h.
(23'4 Km.)

Canfranc estación: Los 7 primeros kilómetros han sido magníficos. Un sendero estrecho y retorcido discurriendo por la vertiente de un barranco entre montañas majestuosas. La ilusión del camino, deshojada por esperas del futuro, por arcos de motivaciones y zarcillos de esperanzas. *Porqués, para qué y cómo*s insistentes bordeando las orillas del camino.

Al llegar abajo y cruzar la carretera, pasado Candanchú, un pastor en un redil, que estaba al lado de un chalet de una planta, me ha deseado buen viaje y buen camino. Se me ha erizado la piel y es quizás el momento en que más claramente he sentido que estaba en el camino, que por fin lo había comenzado.

El sendero se ha retorcido aún más y ha continuado descendiendo en medio de un paisaje muy parecido al de las montañas suizas de Heidi.

Me he perdido dos veces antes de llegar a Canfranc estación. La primera he retrocedido un poquito y enseguida he localizado las señales; la familiar [flecha amarilla](#) que indica la dirección del Camino de Santiago y las rayas paralelas blanca y roja que identifican el camino como un [Gran Recorrido \(GR\)](#). La segunda, poco antes del Albergue de Santa Cristina, me ha obligado a hacer la ruta por carretera; cosa que ha sido un tanto desagradable.

Algo parecido nos sucede en la vida cuando nos equivocamos. Sentimos que no hemos elegido el camino que deberíamos haber escogido. Quizás por no estar atentos a las señales que nos avisan; por habernos distraído con otras cosas; o por obcecarnos, por último, en nuestras propias seguridades y negarnos a ver más allá de ellas. Algunas veces recuperamos la senda con facilidad. Otras, pagamos caro el precio del error. Éste es el camino de la responsabilidad y uno debe estar preparado para aceptar las consecuencias -sean positivas o negativas- de sus propias decisiones y sus propios actos.

Vivir el camino significa sentir cada piedra, cada paisaje, cada rama y cada arbusto. Y significa, también, sentir el cuerpo que se queja al ritmo de la tierra que va pisando.

He desayunado en Canfranc estación. Había cinco personas en el bar. Nadie me ha dicho nada ni yo le he dicho nada a nadie. He salido del bar un poco abatido.

Canfranc pueblo: El trayecto hasta el pueblo ha sido, sin ninguna duda, lo mejor del día. El camino era un túnel boscoso hermosísimo. A veces senda empedrada, antigua; a veces sendero oscuro entre los árboles. Me he sentido muy emocionado. De continuo me venían imágenes de

antiguos caminantes, asustados probablemente ante la temida presencia de salteadores de caminos. La umbría era propicia a la imaginación desbordada.

En la mitad del camino me he encontrado un cajetín de plástico transparente con un carrete de 36 fotos dentro. He pensado que debía ser de alguien que me precedía y que iría preguntando a los peregrinos con los que me cruzara en el camino para ver si conseguía devolverlo[1] a su dueño.

Poco antes de llegar a Canfranc un [estruendo fragoroso](#) me ha sorprendido. Pensaba que sería la carretera. Sorpresa de sorpresas: una cascada de unos 5 metros de altura; casi una cola de caballo pequeña. El agua golpeaba las rocas con pasión y se dejaba caer en una poza. Un lugar recoleto lleno de magia y de misterio. Mis pies comenzaban a resentirse y he aprovechado para sentarme y dejarme poseer por el arte de la naturaleza. Durante unos cuantos minutos he hecho algo parecido a una meditación. ([Enya. Watermark](#))

En Canfranc había un grupito de chicos y chicas jóvenes con mochilas. Les he preguntado, pero el carrete de fotos no era suyo. He continuado el camino sin pararme a descansar.

[Villanúa](#): Camino pedregoso entre sol y sombra. Ha sido un trayecto muy duro. Me dolían los pies y las piernas y no quería ni pensar que aún me quedaban 7 kilómetros desde este pueblo hasta el final. El cuerpo me pedía a gritos acabar aquí la etapa.

En el pueblo me he tomado 3 botellines de agua en un bar. Luego he ido a un lugar sombrío, me he quitado las botas y me he tumbado a descansar. Comienzo a sentir los rigores del camino.

[Castiello de Jaca](#): Creí que nunca iba a llegar. Camino polvoriento la primera parte y pedregoso la segunda. El sol me quemaba las piernas y los pies no me respondían. Dos kilómetros antes de llegar he tenido que volver a parar, quitarme las botas y tenderme en una umbría.

A unos 600 metros del pueblo la guía ofrece dos posibilidades: seguir por la carretera, llana, hasta el pueblo o por pista cuesta arriba. He elegido la segunda. El pueblo es verdaderamente magnífico, pero hay que volver a bajar por una cuesta muy larga y empinada para llegar al hostel, que está a la altura de la carretera. Es lo que me faltaba: una cuesta abajo “rompe-piernas”.

La llegada al Hostel ha sido casi dramática. Pasitos muy pequeños y calado totalmente de sudor. Me he dado una ducha y he bajado a comer. Después, he hecho una siesta de dos horas con los pies en alto, encima de dos almohadas. Estoy muy sorprendido porque, después del descanso, me encuentro casi totalmente recuperado.

Me dije que el primer día de camino dejaría de fumar pero no lo he hecho. Parece que o todavía no es el momento o que no me siento lo suficientemente fuerte como para proponérmelo en serio. Ya veremos cómo avanza la cosa[2].

Ha llegado la noche. El día de mi cumpleaños ha pasado sin que nadie me felicitara. No lo siento. En el camino tiene, seguramente, que haber de todo. A pesar de estar solo no me siento solo. Tengo el camino: mi camino.

[1] Toda mi vida está llena de situaciones en las que me he encontrado objetos. Siempre he hecho lo mismo: los he conservado o llevado encima –en alguna ocasión, durante varias semanas- hasta conseguir localizar o encontrarme –a veces también por casualidad- a sus dueños para devolvérselos.

[2] Entonces no sabía que todavía estaría un año más fumando hasta conseguir abandonarlo del todo: una de las grandes victorias de mi vida.

4.3. Primeros dolores y paisajes: de Castiello de Jaca a Puente la Reina

Posted on [16 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

20/7/1996.

2ª Etapa. 7:00 h. Castiello de Jaca – 20:30 h. Puente la Reina

(27'6 km.)

La de hoy ha sido una etapa muy dura. En el hostel me han despertado media hora más tarde de lo que les había pedido. Si antes de ayer decía que empezaba con buen pie, hoy me parece que lo he hecho con el malo.

Jaca: El camino es muy bonito. Nada más empezarlo hay que cruzar, saltando de piedra en piedra, [el río Aragón](#). La mañana era fresquita y muy agradable. La pista transcurre por el margen izquierdo del río y continuamente puede [escucharse su sonido](#). Al fondo se yergue la majestuosa [peña Oroel](#), de 1.769 metros de altura –me informa la guía-. Es como la giba encorvada de un gigantesco cachalote. Su presencia domina el camino.

[El canto de los pájaros; los pasos, alegres tras el descanso nocturno; la frescura de la mañana, todo invita a dar gracias a la vida por proporcionarnos esta experiencia.](#) Casi sin darme cuenta me sorprende agradeciendo mentalmente todo esto no sé muy bien a quién o a qué.

Al comenzar el camino todo es nuevo y diferente. Es cuando aparecen los problemas que uno –incluso sin pretenderlo- empieza a plantearse posibles vías de escape. La trampa -hacer auto-stop, en este caso o tomar un autobús- se presenta seductora, pero es un camino sin retorno. Los demás pueden olvidar o, simplemente, no enterarse; el transgresor nunca. Puedo entender la debilidad, incluso el deseo desaforado, pero nunca la trampa. Quien la comete queda degradado por el solo hecho de hacerla.

De las dos sendas que se me propone la guía en Jaca, elijo la más bonita, la que bordea la ciudad. Sin saberlo cambio alimento por belleza: me quedo sin desayunar.

Hotel Aragón: A dos kilómetros y medio de Jaca siento que ya no puedo más. Tengo que parar a descansar. Lo cierto es que si no fuera por las botas ya me habría roto varias veces los tobillos: protegen, pero dan un calor que mata. Me las quito para ventilar los pies.

Tres kilómetros más adelante dos hileras de olmos dibujan una sombra muy apetecible; es el momento de desayunar. En mi casa insistieron en que me llevara vasos de plástico, azúcar, leche en polvo, achicoria, y magdalenas que, en aquel momento, yo consideré peso inútil. Suerte que les hice caso; hoy, si no, no hubiera podido comer nada.

A la una del mediodía llego al hotel. Estoy dolorido, abrasado por el sol, sudado y prácticamente derrotado. El hotel es como un oasis. De inmediato trazo el plan: una comida abundante en hidratos de carbono y siesta a la sombra de un pino. También hay dos nogales, pero de siempre se ha dicho

en los pueblos de La Rioja, de dónde soy oriundo, que es malo dormir a la sombra de esos árboles³ así que, sin dudarlo, opto por el pino. Luego, cuando baje un poco la fuerza del sol, continuaré el camino.

Santa Cilia: Me pongo en marcha bajo un sol todavía muy fuerte. A las 17'20 horas llego a Santa Cilia; nuevamente destrozado y sudoroso. En el bar-tienda del pueblo compro comestibles y tengo una charla muy agradable con un señor mayor. Me dice que sólo me faltan 840 kilómetros para Santiago y me sugiere que haga un paréntesis en el camino y me relaje dándome un baño en las piscinas municipales. Decido hacerle caso. No tengo ninguna prisa y de lo que no se trata, de ninguna manera, es de machacarse.

Puente la Reina: A las 19 h., bien refrescado, me pongo en camino. La ruta transcurre junto a la carretera y, en los tres últimos kilómetros, directamente por ella. Lo he sentido como una “puñalada traperá”. Parece como si caminar por carretera me aislara del contacto con el camino; como si me separara de él.

No es lo mismo caminar por tierra que por asfalto y no me refiero solamente al hecho de tener que ir controlando que los coches que pasan no te atropellen. Es una sensación difícil de expresar: uno siente como si hubiera algo equivocado, como si fuera “contra natura”. Y es curioso porque esa no es una sensación que se experimente, por ejemplo, en las ciudades, donde prácticamente en todo momento se camina sobre asfalto. Solamente en el campo. El hecho claro es que por carretera se camina con incomodidad y uno está pensando y deseando continuamente volver al camino, sea de tierra, de piedras, de barro o de lo que sea; todo menos asfalto.

Nunca antes lo había pensado pero es como si el asfalto rompiera el contacto de mis pies con la piel de la tierra y eso es algo que, definitivamente, me incomoda.

Por suerte, a mitad del trayecto, un coche francés que pasaba ha tocado el claxon repetidamente y me ha saludado con efusión. Era alguien que sabía lo que es y lo que significa hacer el camino. Me ha animado a continuar. Parece mentira lo que pueden conseguir los pequeños detalles; las cosas inesperadas. He seguido andando con una sonrisa en los labios y mucha alegría en el corazón.

³ No sé si existe alguna razón científica. Pero cuando descubrí que la parte interna del tronco es de color negro se me ocurrió que la razón bien podía ser de tipo religioso o simplemente producto de la superstición. Quizás alguien pensó en la antigüedad que era árboles que tenían el “*alma negra*”. Y, en consecuencia, dormir a su sombra “*no podía ser bueno*”.

4.4. Aprendiendo a no desfallecer: de Puente la Reina a Artieda

Posted on [18 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

21/7/1996.

3ª Etapa. 7:10 h. Puente la Reina – 17:30 h. Artieda

(21'5 kms. más 6 km. de regalo por equivocarme en la ruta)

A pesar de que me había dicho que se levantaría a prepararme algo, el señor del hostel no ha aparecido, así que no me ha quedado otro remedio que empezar la etapa sin haber tomado nada para desayunar.

Mianos: Comienzo a caminar como cada día con alegría aunque voy con el estómago vacío. Una carreterita me lleva hacia grandes extensiones de cereal cortado, ya recogido. Sobre el amarillo de los campos se vislumbran balas de paja cilíndricas y rectangulares. Paso frente a dos granjas. Cuando la carreterita se convierte en pista, me paro junto al camino a desayunar. Pronto aparece un pastor con un inmenso rebaño de ovejas y cabras. [El sonido de los esquilonos](#) llena una mañana que no es tan fresca como las anteriores.

Una vez alimentado sigo la pista entre las balas de paja y los campos de color amarillo y ocre. Me acuerdo de Van Gogh y el cuadro de su suicidio. Siento como si estuviera entrando en el cuadro. Es exactamente ese ambiente el que me está *impresionando* en esta mañana soleada.



Las piernas me empiezan a pesar y el calor parece ser más potente que el de otros días. En el cruce hacia el pueblo de [Martes](#) me tumbé a descansar a la sombra. Una bandada de azores evoluciona en mi espacio aéreo. Pienso que en este viaje me he tumbado ya varias veces a contemplar el paisaje. La sensación de formar parte de todo me llena cada vez que me tiendo mirando al cielo. Es como una paz interior difícil de explicar. De nuevo me invade una sensación de agradecimiento que no sé muy bien a qué o a quién dirigir.

A partir de este momento comienza el relato, en este día de camino, de lo que para mi fue una auténtica odisea. El resto de la etapa ha sido un verdadero calvario. Nuevamente pertrechado y

descansado me puse a subir un sendero en rampa que me condujo a una meseta de campos de cereal. La pista, sin ninguna protección arbórea, los cortaba en una línea recta que se perdía en el horizonte. A la derecha la sierra de Orba, de un verde aceitunado, limitaba un cielo azul brillante y transparente. A la izquierda el pueblo de Martes se iba perdiendo en la distancia al ritmo de mis pasos.

El calor era abrasador y ya comenzaba a sentir la picazón del sol en la parte trasera de mis piernas. No traer protección solar ha sido un error. Se me ocurre que yo todo lo hago a lo bestia. Si no la he traído ha sido porque pensaba que al final mi piel se acabaría acostumbrando y que, en realidad, tampoco sería una molestia tan difícil de aguantar.

Aparece un barranco y el paisaje cambia como por encanto. Una vez cruzado el riachuelo que lo recorre entro en un desfiladero retorcido formado por montículos de arena o de tierra que tienen el color de la ceniza. A pesar del calor de los pies y del cansancio no puedo por menos que admirar una naturaleza tan peculiar. El contraste entre el azul del cielo, el blanco crudo de la vereda y el ceniza de los montículos apilados a ambos lados es precioso.



El segundo arrollo que me encuentro es como un dolor. He acabado el agua y no me atrevo a beber de la del riachuelo. Comienzo a sentir mi situación como difícil de aguantar durante mucho rato más. Por suerte pronto encuentro la sombra de un árbol; me descargo y me tumbo a descansar.

Alguien me dijo, no recuerdo quien, que para hacer el camino, lo mejor era llevar botas, unos calcetines gruesos y una buena capa diaria de vaselina en los pies antes de ponérmelos. Empiezo a plantearme si lo de los calcetines gruesos y las botas ha sido una buena idea.

Muerto de sed y sin agua, me como un melocotón que llevo en la mochila. Lo único que tengo son dos tomates y aún me queda una buena parte de la etapa por hacer.

El otro día hablaba de hacer trampa. Hay situaciones en las que, simplemente, tener la opción de poder hacerla representa un auténtico lujo. En la situación en que me encuentro ahora no hay trampas que valgan. Este momento tan duro no me deja opciones; sólo queda vivirlo. Estoy perdido en medio de la nada con el único recurso de las pocas fuerzas que me quedan. Lo único que puedo hacer es continuar adelante; seguir caminando como pueda.

La meseta acaba en el borde de una hondonada. A lo lejos, al frente y más alto aún de donde yo estoy se ve el pueblo de Mianos. Llevo la guía de “El país-Aguilar” que me propone dos rutas para llegar al pueblo. En ella se lee que la de la izquierda permite evitar la hondonada y acceder en ángulo recto al pueblo siguiendo la ladera del monte. Decido seguirla a pesar de que, aparentemente, lo que parece es alejarse del pueblo. Craso error que, en mi desesperación, no resuelvo enmendar hasta tres o cuatro kilómetros más adelante. Justo cuando soy consciente de que

lo que aparentemente parecía, además lo era: el camino que seguía me estaba alejando del pueblo al que pretendía llegar.

Me embargaba una ira que no sabía contra qué dirigir. La impotencia me corroía y me abrumaba. Se imponía parar y calmarme ya que la “mala sangre” sólo hacía que agravar mi situación y no dejarme pensar con claridad, pero ¡¡¡ *en el sitio en el que estaba ni siquiera había árboles que me protegieran del sol!!!* ¡¡¡Y yo estaba hecho polvo!!!!

Retrocedí hasta dar con un árbol, poco tupido pero árbol al fin y al cabo. Allí intenté vanamente calmar mi sed comiéndome uno de los tomates. El sol seguía “matando” y no me acababa de atrever a volverme a exponer a él. Por otra parte, las piernas me picaban y escocían cada vez más.

Vencido por la situación se imponía no derrotarme yo mismo. Así que, armándome de paciencia y de determinación, deshicé mis pasos por la misma ruta que había hecho previamente. Lo que pretendía era llegar al punto de bifurcación donde había tomado la decisión incorrecta que me había llevado a equivocar la ruta.

Iba caminando con dificultades por el centro de la pista cuando, a no más de cien metros frente a mí, apareció un perro perdiguero, solo. Ambos continuamos caminando por el centro de la calzada, acercándonos uno a otro, hasta quedarnos a unos 10 metros de distancia. Allí los dos nos paramos mirándonos, como en un duelo. Yo siempre les he tenido miedo a los perros. Desde que lo vi en mi camino el miedo se impuso sobre todo y, sin embargo, seguí caminando en su dirección: asustado pero sin dejar de avanzar. Durante unos segundos los dos nos quedamos quietos y, para mi sorpresa, el perro se metió en el campo a la derecha y me sorteó haciendo un semicírculo perfecto alrededor de mí.

Uno siempre piensa de sí mismo que es el único al que le pasan las cosas y que a nadie le suceden igual que a uno. Lo primero no es verdad; nunca lo es, aunque nos parezca lo contrario. Lo segundo sí, por la sencilla razón de que nadie puede sentir por uno lo que uno está sintiendo. En la situación que estaba viviendo era claro que el perro también estaba asustado; de hecho, más asustado que yo. Seguí caminando y al volver la vista atrás vi que el perro había vuelto otra vez a la pista y se alejaba tranquilamente dándome la espalda⁴.

Una vez en el punto de bifurcación inicié, a paso de caracol, el descenso por la hondonada. Por alguna extraña razón no vi, a pesar de que tuve que pasar frente a ella, la granja de San Martín; un lugar donde, como supe después, atienden a los peregrinos.

Dispuesto a soportar cualquier cosa –la situación difícilmente podría empeorar–, inicié la ascensión de la ladera que me llevaría a Mianos. Una cuesta empinadísima de lo que me pareció más de un kilómetro de longitud; una cuesta que tenía que hacer a sol abierto, sin sombra ni protección.

En la primera casa que encontré a mi derecha pedí ayuda. Me tomé cuatro jarras seguidas de agua fresca y me llenaron la cantimplora. Me faltaban palabras de tanto agradecimiento que sentía. Sentado en la casa, por fin a la sombra, me dicen que aún me falta medio kilómetro de ascensión hasta el centro del pueblo.

Al llegar arriba me descargo y me siento a la sombra de una casa para admirar el tremendo espectáculo del valle. Es como si estuviera en un balcón frente a una vista panorámica. Sé que ya

⁴ En aquel momento ni lo pensé ni lo supe. Ha sido después que he comprendido la fuerza de la determinación. Aquel perro supo que yo no iba a desviarme de mi camino y eso fue, probablemente, lo que hizo que fuera él el que lo hiciera.

sólo me faltan 3'6 kilómetros para el final de la etapa y atrás quedan ya los sufrimientos y las penalidades del día.

Al poco aparece un señor mayor y charlamos sobre cosas del camino y de la vida; una charla que me sabe a "gloria bendita". Renovado, inicio la última parte de mi etapa.

Artieda: Los últimos 800 metros de ascensión al pueblo son tan empinados como los de Mianos. Otra vez cocido por el sol me dispongo a subirlos de la manera más animosa posible. A mitad de la ascensión se iguala conmigo el primer peregrino con el que me encuentro y el impulso y la fuerza que trae me ayudan a coronar la cima casi sin enterarme.

Es un ingeniero de caminos, tiene 48 años y se llama Luis. Viene desde Jaca, es decir, que ha recorrido en un día, el trecho para el que yo he necesitado dos. Coincide conmigo en la dureza de este tramo y en la falta de servicios.

Más tarde aparecen dos riojanos de 39 y 43 años, de Haro, que también vienen desde Jaca. El albergue es magnífico y los cuatro disfrutamos juntos de una extraordinaria cena. Me di cuenta de que, con un día tan accidentado, me había olvidado de comer al mediodía.

En la habitación del albergue, en la que íbamos a dormir todos, me sucedió una cosa muy curiosa cuando me disponía a descargar la mochila encima de la cama que me había tocado. A la luz ocre del atardecer que entraba por la ventana, pude ver que había bastantes moscas revoloteando en el cristal. Mi primera reacción fue la de coger una camiseta y dedicarme a cargármelas a golpes. No sé muy bien porqué pero algo me retuvo y por primera vez, de manera consciente, pensé que debía intentar no matar seres vivos a lo largo de mi camino. ¿Porqué? Pues la verdad es que no tengo la menor idea pero, a partir de aquel momento, fue algo que me acompañó todo el camino.

Después de cenar nos vamos a un mirador que ofrece una vista muy bella al [pantano de Yesa](#) y tenemos una tertulia muy animada. Para acabar el día me doy cuenta que me ha salido mi primera ampolla en el talón.

4.5. El poder de la confianza: de Artieda a Undués de Lerda

Posted on [22 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

22/7/1996.

4ª Etapa. 6:50 h. Artieda – 15:50 h. Undués de Lerda

(22'8 kms.)

Luis me sugirió que me pusiera calcetines finos en vez de gruesos. Lo pruebo para ver qué pasa. Pronto comprendo que, por fin, voy a olvidarme de los problemas de recalentamiento de mis pies. Hasta este momento cada hora u hora y media tenía que quitarme las botas para airear los pies. Hoy no me las he quitado ni una sola vez a todo lo largo de la etapa⁵.

Camping de Ruesta: Hay una parte de la senda que transcurre en paralelo al embalse de Yesa. Es un túnel boscoso que deja a derecha e izquierda campos de cereal cortado y campos de girasoles que están, en esta época del año, en todo su esplendor. El pasadizo por el que camino, que es muy angosto, se torna, en algunos trechos, en extremo tupido y oscuro y, de tanto en tanto, abre ventanas a los campos que se hallan a los lados. La luminosidad que se cuela por ellas y los paisajes coloridos a los que dan acceso producen una impresión muy, pero que muy estimulante. Son casi tres kilómetros de túnel boscoso que me hacen realmente disfrutar.

Ruesta es un pueblo abandonado en el que hay un albergue. Al pasar junto a él me parece ver que algunas casas están en proceso de restauración. 700 metros más allá, junto al río Regal que desagua en el embalse de Yesa, hay un camping en el que me he parado a desayunar. Allí estaban los dos riojanos que, en ese momento, acababan de almorzar. Aún se han quedado un rato para charlar conmigo. Siguiendo las recomendaciones que me hizo Luis la noche anterior, me he tomado dos huevos fritos con jamón y dos coca-colas.



Me dijo que para hacer el camino se necesita mucha energía y eso es algo que obtendré abundantemente con este desayuno.

⁵ Fue después del camino cuando comprendí la utilidad de mi error. Los tres días que pasé llevando calcetines gruesos sirvieron para dar de sí las botas nuevas impidiendo que me lastimaran de forma seria los pies.

Undués de Lerda: Pleno de fuerza, después del almuerzo, he iniciado la ascensión por una pista entre pinos a una cota de 865 metros. Suerte que iba bien alimentado porque la cuesta, muy empinada, ha durado más de una hora. Una vez arriba me he tumbado a la sombra de un pino a descansar y a beber agua. He comprobado, preocupado, que sólo me quedan 1.500 pesetas (menos de 10 euros) en el bolsillo. Del todo insuficiente para llegar hasta mañana y dudo mucho que tenga alguna manera de conseguir dinero. Estoy en medio de la nada y el próximo pueblo, en el que en principio planeo comer, cenar y dormir, es demasiado pequeño para que haya un cajero o un banco. Veremos qué es lo que puedo hacer; de alguna manera tendré que resolver.

Nuevamente el camino. Desde un altozano he visto el pueblo de Undués a lo lejos, más allá de una vaguada. Al igual que en Mianos, era necesario bajar para volver a subir. La bajada, que transcurre en parte por un antigua calzada romana, ha sido bastante dura. Las rodillas han sufrido considerablemente. Prefiero, sin duda alguna, las subidas; quizás se tiene la sensación de que el cuerpo trabaja más pero lo que resulta cierto es que las articulaciones sufren menos.

He llegado al pueblo completamente calado de sudor. Estoy tan reventado que no me veo capaz de hacer 15 kilómetros más hasta el siguiente pueblo para sacar dinero de un cajero. El pañuelo de mi padre, que llevaba puesto al estilo pirata, por debajo del sombrero de paja, no podía estar más mojado. El sol se cobra su tributo en agua.

Una vez he descargado la mochila en el albergue me he acercado al bar. Al explicarle al posadero mi situación financiera me ha dicho que no me preocupara por el dinero, que siempre podía hacerle un giro postal. Estoy impresionado. Que sucedan estas cosas en estos tiempos de desconfianza generalizada te reconcilia con la vida y con las personas. No puedo dejar de pensar que son estas acciones anónimas y desinteresadas las que forjan un futuro para la humanidad.

El propietario del bar, que también lo era del albergue, me dio de comer, de cenar y dos paquetes de tabaco. Lo único que me pidió fue que, cuando llegara a Santiago, le enviara una postal. Le respondí que, por supuesto, que de ninguna manera me iba a olvidar. La confianza y la generosidad sólo se sostienen con confianza y generosidad.

Cené con los dos chicos de Valencia con los que había coincidido en el albergue. Por cierto, ellos eran los propietarios del cajetín con el carrete de fotos que me encontré en la primera etapa así que pude devolvérselo. Pensé que el camino da al camino lo que es del camino.

En el albergue, ritos de limpieza y de descanso. Me han ubicado en el tercer piso de un edificio de piedra con pinta de ser muy antiguo. Es una estancia sin tabiques y con una cubierta de roble restaurada del sigo XVI. Ya no se ven por nuestra geografía árboles como los que fueron utilizados para las vigas de la cubierta. Es una auténtica maravilla. En el mismo centro de la sala se levanta una pilastra de piedra en cuyo cénit unos soportes de madera aguantan cuatro inmensas vigas cónicas de roble tratado que nacen de cada uno de los cuatro ángulos de la sala. En cada uno de los lados del cuadrado que forma la sala hay, cada medio metro, otra viga de roble que se asienta sobre alguna de las cuatro vigas cónicas, que hacen de maestras. Y entre aquellas hay unos travesaños, también de madera de roble, que forman un artesonado piramidal de color ébano que resulta ciertamente sorprendente.

El cielo de madera que contemplo al meterme en el saco de dormir es cálido y tostado. Es lo estoy pensando cuando el sueño me posee.

4.6. Los deseos y las reglas del camino: de Undués de Lerda a Izco

Posted on [26 febrero, 2011](#) by [xucar](#)

23/7/1996.

5ª Etapa. 7:10 h. Undués de Lerda - 21:30 h. Izco

(30'4 kms.)



Antes de salir me preparé un vaso de leche en polvo con achicoria y me comí dos galletas de las que llevaba en la mochila. Esto de ponerme a caminar sin nada en el estómago no me acaba de gustar.

El sendero cuesta abajo desemboca en una pista que transcurre entre campos amarillos. Por delante de mi caminaba una familia. El matrimonio era de mediana edad y con ellos iban sus dos hijos; uno de unos 9 años y el otro adolescente. Éste último camina unos 8 ó 10 metros retrasado y lleva puestos unos auriculares que le permiten escuchar música y aislarse de un mundo respecto del cual se siente, con toda probabilidad, incomprendido. A todos los saludo cuando los adelanto.

Sangüesa: Los últimos kilómetros, a la entrada de Sangüesa son por carretera y se me hacen muy pesados. Una vez en el pueblo, lo primero es almorzar: dos huevos fritos con jamón. La recomendación de Luis funciona; los huevos fritos dan mucha energía. Obviamente, primero hube de pasar por un cajero automático para recomponer mi maltrecha economía de bolsillo.

Coincido en el mismo bar con la familia que adelanté en el camino hasta aquí. Me dicen que son de Granada y que abandonan el camino porque el niño pequeño lleva ya dos días sin parar de quejarse. Me cuentan que ellos ya habían hecho, años atrás, el camino; por supuesto, sin hijos. Les da mucha pena verse obligados a dejarlo.

También están, en una mesa cercana, una pareja que llegaron a Undués la noche anterior a las 10'30 horas, ya sin luz. Parecen extranjeros; ahora nos saludamos por vez primera.

Después de almorzar me voy a correos. Pongo un giro de 3.200 pesetas (poco menos de 20 €) al albergue de Undués por los gastos que hice el día anterior y luego vacío mi mochila. Selecciono lo que -ya con la experiencia de cinco días de camino- considero imprescindible. Con el resto hago un paquete que envío a mi casa. Son 3'5 kilos de peso que quito a la mochila. Cuando me la cargo me resulta muy liviana. Ahora sí que estoy preparado, de verdad, para hacer de una manera más cómoda el camino.

Entre otras cosas prescindibles, pongo en el paquete el libro que llevaba –inocente de mi- para leer a lo largo del camino. El camino está demasiado lleno de sensaciones, de vivencias, de conversaciones, de experiencias, de dolores, y de pensamientos, entre muchas otras cosas, como para tener tiempo de buscar en los libros. A lo largo de mi vida he tenido y tendré, sin duda, ocasiones más que suficientes para deleitarme con la lectura; que es una de mis grandes pasiones. Ahora todas mis energías y mi tiempo son para el camino. Siento que, en el camino, estoy leyendo el mundo como decía [Freire](#).

El camino va imponiendo poco a poco sus reglas y su ley, y el peregrino tiene que adaptarse si desea continuar en él. En correos me comentan que es habitual que los peregrinos se vayan descargando a medida que avanza el camino. La familia granadina, que fue quien me dio la idea, se había desecho en Jaca de 6 kilos de carga.

Otra vez en el camino. La salida de Sangüesa también es por carretera, junto a una inmensa fábrica papelera que llena el ambiente de un hedor insufrible. Cuatro largos kilómetros de asfalto bajo un sol asfixiante.

El rítmico golpeteo de la vara sobre el pavimento y el ruido desaforado de los coches que pasan me lleva a ensimismarme y comienzo a pensar en el deseo, en lo que deseamos. Deseo que se acabe la carretera; deseo beber agua; deseo descansar; deseo llegar; deseo, deseo y deseo. El deseo siempre va por delante de nosotros; nos impulsa, nos estira, nos urge con inmediateces. Nos quiere hacer correr, agotar, consumir; pasar incluso por encima de nosotros mismos. El deseo es un tirano que sólo se complace con su propia satisfacción; una satisfacción que puede no tener fin. Si nos dejamos poseer por él o no le damos lo que pide, se alimentará de nuestra propia esencia y acabará por destruirnos. El deseo y todos sus acólitos: la ambición, el ansia, la urgencia, la prisa, etc.

El camino puede enseñarnos –si queremos- a domar al deseo, a sujetarlo, a regularlo. En él los deseos pasan a un segundo término; lo primero es el camino y éste marca sus propias reglas. El deseo de beber habrá necesariamente de esperar a la fuente, al bar o a algún otro peregrino. El deseo de llegar sólo se consigue caminando, sin dejar de andar. Los deseos tienen su tiempo en el camino y será éste último quien regulará su satisfacción. Es una obviedad que esto sólo será así si previamente hemos decidido abandonarnos al camino; a las reglas que nos vaya marcando.

Casi sin darme cuenta he abandonado la carretera y he pasado por la periferia del pueblo de [Liédena](#).

[La Foz de Lumbier](#): Camino por una pista sobre el margen derecho del río Irati. La guía me indica que se construyó para dar paso a una línea de ferrocarril que, finalmente, no se tendió. A mi izquierda una pared rocosa comienza a insinuarse.

En el cielo sorprende a 8 ó 10 águilas haciendo acrobacias en el aire. Me paro, sentado en una roca del camino a observar el magnífico espectáculo que ofrecen. Estoy decidido a no perderme nada del camino. Quiero vivirlo todo, quiero disfrutarlo todo. Ese es el espíritu que me posee en estos momentos.



Un poco más adelante surge, al otro lado del río otra pared de roca y me doy cuenta de que la Foz (hoz) es, en realidad, una garganta rocosa. Traqueteando sobre las piedras de la pista una chica en bicicleta me adelanta saludándome. Pienso que me hubiera gustado que se parara a charlar pero pronto me olvido de ella.

Sigo caminando y me encuentro frente a la entrada de un túnel grande y oscuro del que no se adivina el final. Suerte que la guía me había advertido. A medida que te adentras en él, la luz se va extinguendo y, cuando la obscuridad es absoluta, la sensación de indefensión y miedo es muy grande. Con la vara proyectada hacia delante dibujas un arco que te ayude a orientarte en el espacio al mismo tiempo que te da la sensación de ahuyentar el miedo. Esta sensación dura apenas ocho pasos. El espacio que ocupa la curva que traza el túnel. Con el siguiente paso una lejana claridad te devuelve la seguridad de la luz. El túnel tiene 175 metros de longitud, lo justo para proporcionarte en su mismo centro, allí donde la luz no alcanza, unos segundos de incertidumbre.

Los 1.400 metros de la Foz constituyen un paisaje impresionante. Entre dos paredes de roca, casi cortadas a cuchillo, discurre el río Aragón. En el margen derecho, elevada a unos tres metros de altura respecto del río, está la pista plana. Tiene unos 4 ó 5 metros de amplitud y hace un ángulo recto con la pared rocosa de la Foz. En el cielo, un grupo de águilas acrobáticas están dando espectáculo. Camino extasiado sin saber donde mirar; si al río, al cielo o a las paredes rocosas.

Llegando al segundo túnel de la Foz el río hace un recodo en el que hay una poza y a la izquierda, como una especie de pequeña playa pedregosa hundida en un gran hueco que dibuja la pared.

El tiempo se ha ido poco a poco nublando. Me paro a observar la poza desde la pista preguntándome si me doy un baño. Una voz me saca de mis dudas:

- *¿Te apetece darte un baño?*- De la boca del túnel surge la ciclista que un rato antes me había sobrepasado en el camino.
- *Me lo estaba preguntando* – Le respondo.
- *Pues no te lo pienses más.* –Me dice- *¿Has comido? Podemos darnos un baño y comer juntos.*

La magia del camino. Las sorpresas del camino. Pasamos un rato muy bueno. Parecía como si nos conociéramos de toda la vida. Nos bañamos. Comimos y nos volvimos a bañar, esta vez desnudos.

La sensación de libertad, de comodidad y de espacio compartido me dejó pletórico. Compartimos nuestras vidas durante unas horas como si nos conociéramos desde siempre.

Luego nos vestimos, nos preparamos y estuvimos caminando un rato juntos. Totalmente recuperado por el baño le dije que me habían hablado de un refugio en Izco. Quedamos que nos veríamos allí.

Ella siguió con su bici y yo continué a pie pero, antes de despedirnos me dejó un recuerdo escrito en mi diario:

Xavi, buen nadador y mejor conversador estuvo conmigo en la Foz de Lumbier hoy, 23.7.96, más de un par de horas de buen vivir.

Ana

Izco: Otra vez senda pedregosa entre trigales cortados. El tiempo estaba como de tormenta, pero no acababa de romper. Eran las 6 de la tarde. Ascendí por el camino hasta [Nardués](#). Allí, una preciosa fuente y un pilón de agua me refrescaron del fuerte y abundante sudor que me cubría.



La subida al Alto de Loiti, a 2.000 metros sobre el nivel del mar, fue más una escalada que otra cosa. Una senda “rompe-tobillos” estrechísima, muy empinada y retorcida agotó las fuerzas que me quedaban y me dejó la rodilla izquierda, ya castigada de los últimos días, muy tocada.

En el Alto de Loiti un banco de piedra, junto a un árbol seco de ramas desnudas, en una especie de parada de descanso para los automovilistas que circulan por la carretera. La carretera no se ve pero se oye. Sentado en el banco tuve la sensación, por un momento, como de estar esperando el autobús. No sé por qué pero semejante tontería me pareció muy divertida en aquel momento.

Atardecía. El camino discurría por la orilla de la carretera. Al fondo, silueteada en un azul grisáceo y descolorido, la [Higa de Monreal](#) -1289 metros de altitud-. Extraño nombre para una montaña.

A pesar del cansancio y de los pasos ininterrumpidos me embargó, una vez más, la emoción del paisaje. Un sol grande con tonos rojizos descendía majestuosamente por el perfil izquierdo, irregular, de la silueta de la Higa. Muy impresionante.

En el albergue, un “[hotelito de cuatro estrellas](#)”, me dijo la recepcionista que me estaban esperando Ana la ciclista y la pareja de extranjeros que había saludado en Sangüesa.

Ritos nocturnos de limpieza, incluida la colada. Cada dos días hay que lavar la camiseta, los calcetines –que ahora son siempre finos; me deshice de los gruesos en Sangüesa- y los calzoncillos. Después, una cena compartida con una charla muy agradable y sueño.

4.7. De Izco a Tiebas: una pareja de extranjeros

Posted on [1 marzo, 2011](#) by [xucar](#)

24/7/1996.

6ª Etapa. 8:15 h. Izco – 18:30 h. Tiebas

(19'4 kms.)

Al despertarme me preparo para partir. Lo primero que hago es sujetar con imperdibles a la parte de atrás de la mochila las prendas que lavé la noche anterior para que se sequen con el sol del camino. Después, me pongo en marcha. Pronto me doy cuenta de que no tengo la rodilla demasiado bien. La sempiterna pista pedregosa entre trigales y balas de paja me vuelve a sumergir en el camino.

Al cabo de un rato de caminar me adelanta Ana con la bici. Me dice que se va a quedar a pasar unos días en Pamplona y que es posible que nos volvamos a encontrar más adelante en el camino.

Monreal: Paso el pueblo de Salinas donde una fuente medicinal me refresca en una paradita que hago de descanso. Después entro en una senda arbolada que me llevará hasta Monreal.

Camino con mucha dificultad. La rodilla, el calor y el hecho de no haber almorzado todavía me están obligando a reducir mis pasos al mínimo; voy muy despacio. En la senda me cruzo con un pastor y un rebaño muy grande; calculo unas 300 cabezas entre ovejas y cabras. Me hace gracia porque, como la senda no es demasiado amplia y yo voy mucho más lento, las ovejas y las cabras se empotran en los zarzales de la vera del camino para poder adelantarme. Lo hacen muy rápidas y atropelladas dejando un espacio de metro o metro y medio entre ellas y yo.

En Monreal vuelvo a cruzarme con la pareja de extranjeros. Ellos ya han almorzado y descansado. Yo me voy al bar y me tomo unos huevos fritos con jamón y un tomate abierto. Charlo con el camarero sobre los problemas que nos dan los pies. En mi caso caminando, en el suyo, estando de pie ocho horas seguidas tras una barra de bar.

Camino un rato por la carretera y pronto inicio la ascensión hacia la ladera de una [sierra montañosa -la de Alaiz-](#) de 1.089 metros de altura- que une varios pueblitos. El sendero, estrecho e irregular transcurre entre vaguadas que separan unos pueblos de otros. El calor resulta asfixiante.

A la derecha los trigales del valle. A lo lejos, más o menos por la mitad del valle, pasa la carretera general. A mi izquierda la ladera de la sierra por la que transcurre el sendero. Junto a él unos metros de matojos ascendentes y, más arriba, un tupido arbolado.

Las subidas y bajadas por las vaguadas me castigan la rodilla y me he dado cuenta que se me ha empezado a hinchar. Lo único que puedo hacer es poner en ella mi conciencia, visualizarla, tratarla con el mayor cuidado posible y seguir adelante. Las subidas las voy aguantando como puedo; para las bajadas he de apoyar todo mi peso en la vara para liberarlo de la pierna.

Guerendiáin: Llego a Guerendiáin y, muy derrotado por el dolor y por el cansancio, me siento en una fuente. Al rato me encuentran allí la pareja de extranjeros. Deben tener entre 40 y 50 años. Él es belga y se llama Balduino, ella es gallega y se llama Flora. Vienen caminando desde 60 kilómetros

antes de Somport. Han atravesado a pie los Pirineos. Cuando me ven la rodilla, Balduino saca un emplasto chino que lleva y me lo coloca encima con un apósito y un esparadrapo. Dice que es muy bueno y que debo llevarlo cuatro días sin quitármelo ni para ducharme.

Él es podólogo. Me sorprende ver que camina con unas sandalias de cuero. La razón que me da es muy interesante. Me dice que los [legionarios romanos](#) recorrieron todo el mundo antiguo con sandalias y que, sin duda, ellos debían saber.

Tiebas: El último tramo caminando es angustioso. Casi no puedo apoyar el pie, me noto muy hinchada la rodilla y tengo muchos problemas para caminar. Suerte de la vara que me sostiene.

En Tiebas me vuelvo a encontrar con Balduino y Flora. Me dicen que han preguntado por algún sitio para dormir y que, efectivamente la gente del pueblo nos va a proporcionar uno. El sitio en cuestión es una pequeña sala que la escuela del pueblo utiliza como gimnasio. Dormimos los tres encima de una gran colchoneta de color azul cielo de casi 60 centímetros de altura. Como lavabo usamos los servicios de la consulta médica que está unas puertas más allá del gimnasio. Y para ducharnos nos dicen que podemos hacerlo en el frontón o en las piscinas del pueblo. Es una maravilla cómo atienden a los peregrinos. Ponen lo que tienen a nuestra disposición sin pedir nada a cambio.

Cenamos los tres juntos en el bar del pueblo. Balduino tiene una forma de hablar muy divertida. En cada una de sus frases mezcla español, francés, inglés e italiano. Parece mentira pero se le entiende. Se comunica perfectamente. Hablamos sobre las delicias de la cocina riojana, que pretendemos disfrutar pronto, y sobre el significado que para cada uno de nosotros tiene el camino.

Mañana pienso tomármelo con mucha calma: he de darle un respiro a mi rodilla.

4.8. Regalos del Camino: de Tiebas a Puente la Reina

Posted on [4 marzo, 2011](#) by [xucar](#)

25/7/1996.

7ª Etapa. 6:50 h. Tiebas – 14:15 h. Puente la Reina

(14'4 kms.)

A las 6 de la mañana nos viene a despertar un señor del pueblo. Nos preparamos y nos ponemos en ruta. Al principio a mi rodilla le cuesta mucho moverse pero enseguida se calienta; cosa que me facilita un poco el caminar. El cielo está muy oscuro y parece que pronto empezará a llover. Es una sensación nueva después de todos estos días de calor agobiante.

Úcar: Del pueblo de [Campanas](#) al de [Biurrun](#) la senda es ascendente. De este último a Úcar el sendero va subiendo y bajando altozanos de forma suave cruzando entre trigales y pequeñas zonas verdes. El paisaje ha cambiado; ya no es tan agreste ni tan duro. No sé muy bien porqué pero pienso en Frodo, el pequeño *hobbit* que viajaba por los valles de “*la Comarca*” con su vara y su morral como lo hago yo ahora. En mi imaginación “*la Comarca*” que [Tolkien](#) describía en sus libros era muy parecida a la que estoy recorriendo.

Al llegar a Úcar y ver el nombre del pueblo sobre unos azulejos, en la fachada de una casa, me embarga una extraña emoción. Probablemente mis antepasados fueran originarios de este pueblo. Pienso que quizás alguna de estas casas, tan antiguas y tan bien cuidadas, fuera su morada. Se me hace extraño estar aquí. *¡Tantas veces como lo he dicho cuando me han preguntado por mi apellido: hay un pueblo en Navarra que se llama así!* Y, sin embargo, nunca antes había estado aquí ni siquiera había sentido la necesidad de hacerlo. Siento esto como otro de los regalos del camino.

Nuestra Señora de Eunate: Llueve de forma intermitente. El amarillo ocre de los trigales, el verde aceitunado de los grupos de arbustos salpicados aquí y allá y el cielo de un azul nebuloso hacen el paisaje mágico. A veces se producen, además, unos silencios impresionantes. El camino me lleva de sorpresa en sorpresa. Salgo del pueblo por una pista. Como en la mayoría de los pueblos, los perros atados a la entrada de [Enériz](#) me abuchean con sus ladridos.

Aunque hay que desviarse dos kilómetros y medio del camino, para acceder a la ermita de Nuestra señora de Eunate, muchas personas me han recomendado que no me la pierda. La ermita es un precioso templo de planta octogonal construido en el siglo XII. No parece estar del todo claro por quien fue construido y hay quien apunta –aunque no parece estar demostrado– a [los caballeros templarios](#) como constructores. Dicen que es un centro donde confluyen muchas energías de la tierra. Me han dicho que en él actúan tremendas [fuerzas telúricas](#).



También me cuentan que *Eunate* significa en vascuence “cien puertas” en referencia a los lugares por los que los “bien nacidos”, los *eunatos*, accederían al templo.

Al entrar en la senda, que me aleja del camino y me acerca a la ermita, me doy cuenta de que estoy poniendo especial cuidado al caminar para no pisar ningún tipo de animal por pequeño que sea. No ha sido nada premeditado, simplemente lo he sentido así en el mismo momento de pisar la senda que me lleva a Eunate.

He quedado que allí me encontraría con Balduino y Flora. Mientras camino hacia Eunate voy pensando que preferiría que no estuviesen para no tener que hablar hasta después de hacer en el templo lo que pretendo.

Ya por la vereda comienzo una respiración profunda y larga; la respiración del yoga. Quiero llegar a la ermita preparado y en disposición de hacer una meditación.

La entrada al templo es mágica. Un silencio impresionante llena la bóveda, iluminada solamente por la luz que llega desde el exterior y algunos cirios que tiemblan sobre el altar. El color grisáceo y frío de la piedra oscurece el ambiente e invita al recogimiento. El templo está vacío; no hay nadie mas que yo.

Suelto la mochila, me quito las botas, tiendo una toalla en el suelo, pongo el saco de dormir encima y me siento sobre él en postura de meditación. A lo largo de la meditación un dolor conocido se hace presente. Un punto a la altura del corazón en la parte derecha de la espalda. Es como una cápsula enquistada que esconde no sé qué emociones o miedos bloqueados. El dolor es muy intenso; como si me clavaran una aguja en ese punto. El pinchazo no me abandona mientras dura la meditación.

Al salir del templo montones de golondrinas, invisibles para mi y que supongo ocultas en un friso de la ermita, llenan el aire con sus trinos. Eunate es una ermita muy curiosa, nunca había visto nada igual. Es una torre octogonal rodeada por un claustro externo con el pavimento empedrado. Eunate significa “bien nacida” o “renacida” lo que quiere decir que en la antigüedad este templo era considerado un centro de reparación o de renacimiento.

Creo que fueron Balduino y Flora quienes me lo explicaron. En el medievo las personas peregrinaban a Nuestra Señora de Eunate porque se creía que allí las personas podían sanar de sus enfermedades. Lo único que había que hacer era dar –si no recuerdo mal me dijeron que- 100 ó 200 vueltas alrededor del templo, caminando descalzos por el claustro. Me parece claro que dicha actividad podía sanar determinadas dolencias; viendo el suelo empedrado es fácil comprender que

lo que los peregrinos hacían era darse, caminando descalzos sobre las piedras, un buen masaje reflexológico.

Me voy de la ermita lleno de paz interior. Me siento muy energético y contento. La última mirada al templo desde un cerro: una cúpula de piedra con la arqueta de las campanas en medio de los campos amarillos. Lanzo un adiós agradecido a Nuestra Señora de Eunate.

Puente la Reina: Renovado y otra vez en el camino, la senda me lleva por una larga cuesta hasta Obanos. Allí me cruzo con numerosos peregrinos. Todavía no lo sé pero, a partir de aquí, no dejaré de ir encontrando peregrinos a todo lo largo del camino: he conectado con el llamado camino francés, la ruta que viene de Roncesvalles.

Ya en Puente la Reina me dirigí directamente al albergue. Lo encontré totalmente lleno de gente y me pareció, además, muy cutre así que, sin pensármelo dos veces retrocedí unos 300 metros y me instalé en un hotel que había visto al entrar al pueblo.

El hotel era muy lujoso pero había un precio especial para peregrinos. Una vez en la habitación llené la bañera de agua, me tumbé en ella –con cuidado de mantener fuera la rodilla, todavía con el emplasto chino que me puso Balduino- y me relajé. Magnífica sensación.

Pasé la tarde sesteando y recuperando en este diario los tres días anteriores, que no había tenido ocasión de relatar. Me aseguré de que por la mañana me despertaran y me dieran el desayuno y, con esa seguridad, me acosté prontito.

4.9. De Puente la Reina a Estella: ¿Los navarros tienen la cabeza grande?

Posted on [7 marzo, 2011](#) by [xucar](#)

26/7/1996.

8ª Etapa. 6:50 h. Puente la Reina – 14:45 h. Estella

(22'5 kms.)

La guía dice que, a partir de aquí, todo el camino hasta Santiago apunta directamente al oeste. Lo único que hay que hacer es seguir cada día la dirección que lleva el sol para llegar a Santiago de Compostela y, más allá, a Finisterre. Siempre hacia poniente.

Después de un buen desayuno en el hotel tomo el camino. Atravieso el pueblo, que resulta estar en fiestas. Ahora entiendo porqué encontré el albergue lleno de gente; me pareció raro, pero no se me ocurrió porqué podía ser.

En la calle mayor del pueblo numerosos mozos y mozas, vestidos de blanco y con el –casi obligatorio en fiestas– pañuelo rojo al cuello, se preparan para el encierro de vaquillas que comenzará a no mucho más tardar. Frente a un bar, con un vaso de vino, de cerveza o de algún licor en la mano, los mozos se increpan de forma bravucona y divertida los unos a los otros. Alguien que no conozca el juego podría pensar que están discutiendo fuerte y que, de un momento a otro, puede estallar alguna pelea. En realidad de lo que se trata es de ver quién hace callar a quien o quién dice la barbaridad, la bestialidad o la gracia más exagerada para hacer que todos se rían. Es como una pelea de gallos que, en la mayoría de casos, se suele iniciar cuando los jóvenes ya van bastante bebidos y que suele acabar con la mayor parte de ellos retorciéndose de risa por el suelo. Es un juego que conozco muy bien pues lo practiqué a menudo en mis años jóvenes, cuando vivía en Logroño.

El día es oscuro y llovizna suavemente cuando cruzo el puente de los peregrinos. Es una preciosa construcción de piedra y de ladrillo rojo datada en el siglo XI a la que se accede a través de una arcada también de piedra.



La pista por la que inicio el camino está llena de charcos de la tormenta de la tarde anterior que, por suerte, me cogió estando ya hospedado en el hotel. Pronto se convierte en una estrecha senda muy cuidada que asciende serpenteando por un monte. Se oye el traqueteo de la carretera a la derecha del camino, no muy lejos.

El paisaje es verde y fresco; muy agradable. Pienso en las diferencias entre el viaje hecho en coche o caminando. En el primero sólo cuentan la distancia y el tiempo: cuánto debo recorrer y cuándo llegaré. En el segundo ni importan ni existen las distancias; sólo los lugares a los que se llega y las personas con las que se habla.

En el camino un paso sucede a otro paso. La distancia o la “gran distancia” es únicamente una limitación mental; un obstáculo que yo me pongo a mi mismo. Sé que paso a paso llegaré, en algún momento, a cualquier sitio al que me proponga ir. El viaje en tren desde Somport a Logroño duró varias horas y se me hizo muy largo. Claro, lo único que yo quería era llegar, salvar la distancia que me acercaría al inicio de mi camino. Recorrerlo caminando, sin otro sentido ni otro ritmo que el que el propio camino marque me llevará 10 días. Unos días tan llenos de instantes, de *ahoras*, tan ricos, tan mágicos, tan duros, tan divertidos y, en definitiva, tan interesantes que cualquier idea preconcebida de distancia queda minimizada, olvidada.

El camino es como la propia vida. Mejor aún, el camino es la propia vida. Puedo llegar a todos los lugares que me proponga, tan solo debo caminar; hacer que a cada paso siga otro paso. Tengo que saber, eso sí, –el camino se encarga de enseñártelo– que cuando camino cuesta arriba o cuando ésta es muy empinada el paso corto es el más apropiado y lo mismo ocurre cuando camino cuesta abajo. El camino nunca acaba –mientras se vive– y las ansias por llegar siempre acaban por pasar factura. El antiguo refrán “*no hay atajo sin trabajo*” describe muy bien situaciones que se presentan en el camino. En él hay tiempos para todo: para oler, para sentir, para compartir y para saborear. Hay un tiempo para cada cosa y es muy importante saber vivirlo en toda su intensidad –sea bueno o sea malo– y no pretender agotarlo o evitarlo.

El “*aquí y ahora*” –conciencia y vivencia del instante– de las tradiciones orientales es una buena guía para el camino: vivir lo que venga, lo que encuentres. Aceptar las cosas como son –es decir, como las vemos–, como se nos presentan. Y entender que eso no tiene porqué significar, de ninguna manera, aceptación acrítica o resignación. Significa partir de la aceptación realista y contextualizada de *lo que hay* antes de cualquier intento de cambio.

Algo que me llama poderosamente la atención en **Mañeru** es que es el primer pueblo del camino que me encuentro en el que no oigo, ni al entrar ni al salir, ni un solo ladrido de perros.

Cirauqui: Dos kilómetros y medio más adelante me topo con Cirauqui. Es un pueblo precioso asentado sobre una colina. Una buena subida caminando mientras de fondo me sigue el omnipresente **ladrido de los perros**. Al pueblo se accede por una senda muy estrecha, entre campos de trigo, llena de matojos y de plantas de añís. El aroma anisado que llenaba el ambiente era una auténtica delicia. En lo alto del pueblo me crucé con un grupo de peregrinos que habían parado en una panadería. Atrás, en el camino, había observado sus huellas y había especulado sobre cuántos serían y de qué sexo y edades. Este es otro de los juegos a los que me presto a menudo: deducir, a partir de sus huellas, la gente que me precede.

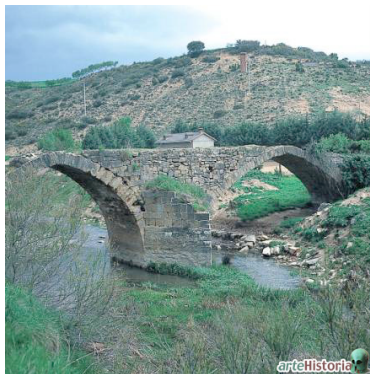
La bajada desde lo alto del pueblo se hace por una calzada romana que está reconstruida en parte. Es muy bonita y le ayuda a uno a imaginarse como debían ser los caminos de la antigüedad. Descendiendo por la senda la calzada forma una uve en cuyo vértice hay un puente al que falta una de sus barandas.

Tengo una sensación de libertad totalmente expansiva. Me siento tan contento y tan lleno de vida y emoción que comienzo a cantar a voz en grito. Hago un repaso a canciones que me sé de música cubana –“*Lágrimas negras*”; “*Son de Santiago*”, etc.– y acabo cantando fragmentos de las zarzuelas “*Katiuska*” y “*La tabernera del puerto*”.

No se si tendría algo que ver pero pronto empieza a llover de forma persistente. Eso no me impide, sin embargo, ni caminar ni cantar. Me pongo la capucha del chubasquero, me calo el sombrero y sigo con mis pasos y con mi recital.

Lorca: El camino empieza a ponerse difícil. El agua embarra la senda y mis botas, con fango adherido, pesan cada vez más. Caminar se vuelve por momentos lento y requiere mucha energía por mi parte.

Cruzo el río Salado preguntándome el porqué del nombre y casi con tentaciones de bajar a probar el agua. Suerte que no lo hice.



Luego me contaron lo que narra Aymerich Picaud en el “*Codex Calixtinus*” del siglo XII, que es el primer relato del camino de Santiago que se conserva. En él explica que, un poco más arriba de donde está el puente del río Salado, había una gran piedra de cobre que envenenaba el agua haciéndola muy peligrosa para beber. Cuenta que los lugareños ofrecían agua a los peregrinos y luego los seguían. Cuando estos últimos caían enfermos a causa del agua ingerida los degollaban y les robaban sus pertenencias.

Vivir en el medievo tenía que ser realmente duro. Aunque no parece muy probable que estos tiempos alguien me hubiera degollado para robarme, insisto, suerte que no bebí.

Llego a Lorca calado hasta los huesos. Pregunto por el bar y me envían hacia la carretera general. Allí me dirigía cuando oigo que me chistan desde una casa cercana. Con sorpresa y alegría descubro a Balduino y Flora, que yo hacía ya mucho más adelante en el camino. Están en casa de la señora Carmen, una mujer muy cariñosa que alquila habitaciones para pasar la noche y atiende a los peregrinos.

Balduino, con su peculiar forma de hablar, me dice que han visto pasar a mucha gente pero que sólo me han llamado a mi porque soy especial. Que nos den un bañito de jabón es algo que a las personas en general, y a mi especialmente, nos gusta y nos halaga. Lo cierto es que lo agradecí y me sentí muy bien.

La señora Carmen me prepara un bocadillo de tortilla de chorizo y me sirve un vaso de vino. Lo devoro con placer mientras mantengo una animada charla con Balduino y Flora. En un libro que está hojeando nos enseña Flora una fotografía de un rosetón del techo del monasterio de Silos en el que la inscripción reza: ¡*Qué miras, bobo!* Todos nos reímos.

La señora Carmen no quiere cobrarme nada por el bocadillo. Le doy 500 pesetas (unos 3 €) y le digo que la buena voluntad y acogida se paga con buena voluntad.

Villatuerta: Salía de Lorca bajo una lluvia insistente caminando por la carretera general cuando un coche que pasaba tocó el claxon repetidamente. Pensé que me saludaba y respondí de forma automática con la mano. Con sorpresa vi que daba la vuelta y paraba a mi altura en el arcén de la calzada contraria. Me desbordó la ilusión; eran mis amigos. El “tío” Alberto, Claribel, los niños y otro amigo suyo. ¡Dios, qué alegría y qué abrazos! Sorpresas y casualidades del camino. Ellos viven el Logroño. Me dijeron que iban a San Sebastián a pasar el día en la playa. *¡Con el clima tan horroroso que hacía!* El tío Alberto se reía al decirlo.

Les hice un relato-telegrama de mi camino hasta el día de hoy y nos despedimos. Me dieron un paquete de magdalenas que luego me vendrían muy bien. Me fui pletórico bajo la lluvia.

El camino hasta Villatuerta fue otra vez calvario. En este caso no de sol ni de dolor sino de agua y sendas enfangadas. Había que caminar con un extraordinario cuidado para no resbalar y caer.

Al llegar al pueblo chorreaba, iba como una sopa, mientras por sus calles, muy empinadas, bajaban auténticos torrentes. Vi una puerta abierta con unas sillas de tijera. Resultó ser el Ayuntamiento, así que me senté a descansar un rato. Aproveché para que me pusieran el sello del camino.

Todavía no he comentado nada al respecto. En diferentes lugares del camino como iglesias, bares, hoteles, ayuntamientos, y otros centros, le dan al caminante un documento que es su credencial de peregrino. A mi me la dieron la primera noche en el albergue de Somport. Por lo que yo he visto las hay de diferentes formas. La mía es una hoja que se plega en forma de acordeón con una medida un poco menor que un DIN4 doblado por la mitad. En la portada una imagen del apóstol y el texto de credencial del peregrino. En la primera página un formulario para llenar con mis datos personales. El resto de hojas son un cuadro de dos columnas, cada una de las cuales están divididas en seis celdillas. Las celdas son para que, en los lugares donde el peregrino pase, descanse o duerma, le pongan un sello que acredite que ha estado allí. Todos los peregrinos las llevamos: acredita desde donde venimos y por dónde hemos pasado.

Estella: A la salida de Villatuerta oí una voz que me increpaba: *¡Peregrino!* Un señor mayor me invito a entrar en su casa, me dio un vaso de un magnífico clarete y me recomendó que, en vez de seguir la flechas amarillas que marcan el camino, fuera por la carretera porque aquel estaba en muy mal estado. Le hice caso.

Por suerte dejó de llover. El día nebuloso y grisazulado creaba un ambiente muy vivo y muy fresco con el verde intenso de los campos.

En el ayuntamiento de Estella me pusieron el sello en la credencial y me recomendaron una pensión que hacía precios especiales a los peregrinos. La pensión San Andrés me dio una habitación individual muy agradable con vistas a la plaza Santiago.

Me duché, me puse bálsamo del tigre en las piernas y me tendí a descansar en la cama. Luego bajé a comprar tiritas para la ampolla del talón que, aunque ya me la había curado, todavía tenía la piel sensible y había que protegerla. También vaselina para los pies, que se me había acabado.

Mi sombrero de paja había quedado bastante maltrecho tras las lluvias de las últimas etapas. Paseando por el pueblo pasé junto a una cestería y se me ocurrió que, si encontraba uno igual, me lo compraría. La señora que me atendió, muy amable, superaba los 60 años.

- A ver –me dijo- *si encuentro uno de su tamaño.*

Comenzó a revisar en dos pilas amontonadas de sombreros mientras me preguntaba:

- *Ya me imagino que usted no es andaluz. ¿Verdad?*
- *No, no, señora –Le contesté- ¿Porqué?*
- *Porque los andaluces tienen la cabeza pequeña, como usted. Antes, cuando venían de temporeros a trabajar el campo, no me faltaban sombreros pequeños, pero ahora.....*

Me colocó tres sombreros encima del mostrador para que me los probara.

- *Es que los navarros tenemos la cabeza grande ¿Sabe?*
- *Ah ¿si? – Le dije.*

Me probé los tres sombreros y, efectivamente todos me venían grandes.

- *Lo siento – Le dije- pero creo que me quedo sin sombrero.*
- *No se preocupe. Espero que no se haya molestado por lo de la cabeza pequeña.*
- *No señora –Le contesté-. Me hubiera molestado más si hubiera sido navarro, pues me habría estado llamando cabezón.*

Después de una buena siesta llamé por teléfono a Pamplona para quedar con Araceli, una amiga mía que me había dicho que saldría a verme al camino.

Apareció en la pensión sobre las seis de la tarde y estuvimos juntos hasta las diez de la noche. Fue una tarde muy agradable. Charlamos de muchas cosas y cenamos, a base de tapas y buen vino. Por cierto, me regaló una foto dedicada en la que están ella, Pilar y Ana. Las tres habían firmado en recuerdo de los días maravillosos que pasamos los cuatro el tiempo que estuvimos en Castelltersol en una estadía de yoga.

4.10. De perros, lluvias, miedos y bordones: de Estella a Los Arcos (Parte 1)

Posted on [10 marzo, 2011](#) by [xucar](#)

27/7/1996.

9ª Etapa. 6:40 h. Estella – 14:30 h. Los Arcos

(19'7 kms.)

Es de noche y llueve en **Estella** cuando me pongo en camino. A la salida del pueblo una granja-alimentación me permite desayunar.

Una llovizna suave me acompaña hasta **Ayegui**. Me habían dicho –y la guía que llevo también lo recoge- que por aquí había una fuente de la que mana vino pero o no he sido capaz de encontrarla o me he saltado las señales sin verlas. Habiendo nacido en tierra de vino, la Rioja, tampoco es algo que me parezca especialmente interesante así que sin darle más importancia continuo mi camino hacia Ázqueta.

Ázqueta: Una pista me conduce hasta un bosque de encinas precioso que esta vallado para que no entren animales. Montejurra, verde e imponente en su majestuosidad montañosa, me observa desde mi izquierda.



Pasada la valla que cierra el bosquecillo, cruzo la carretera y abro otra que me da entrada a otro encinar. El escenario es muy curioso: una carreterita estrecha, en medio de un bosque, limitada por dos cercas con sendas vallas que permiten atravesarla. A pesar de lo agradable del lugar, el ambiente es oscuro y opresivo, casi tenebroso.



Influido por el ambiente me acuerdo de **Bécquer** y de la “**leyenda del Monte de las Ánimas**”; del miedo y la angustia que sentí al leerlo. Un escalofrío me recorre el espinazo. El silencio profundo y la impenetrabilidad de las encinas llenan el aire de presencias ominosas y de oscuros presentimientos. Tengo miedo y miro a mi alrededor con una cierta aprensión.

Un cartel llama mi atención a la derecha: ZONA DE PERROS. Fue leerlo y de forma inmediata oír una barahúnda de ladridos en la distancia. Es lo que me faltaba para hacer el ambiente perfecto. Ya me veo rodeado por una jauría de perros de dientes afilados y bocas babeantes que buscan ansiosos mi sangre.

Asustado, pero dispuesto a vender cara mi vida, me enrolló el pañuelo en el cuello, por debajo de las solapas del chubasquero. Si me muerden en el cuello, les costará llegar a la carne -pienso-. En ese mismo momento me acuerdo de que, unos días atrás, me comentaron Luis y los peregrinos riojanos que, a la entrada de Burgos, había que tener mucho cuidado porque había perros vagabundos que podían ser peligrosos.

La senda entre las encinas es estrecha, oscura y retorcida. Voy muy atento al camino y llevo mi vara preparada por si acaso. Los ladridos suenan cada vez más próximos y más amenazadores. Muy inseguro y con mucho miedo, voy mirando a mi alrededor. Dispuesto a luchar, llevo la navaja abierta en una mano y la vara preparada para defenderme en la otra. Estoy muy asustado.

De repente me veo a mi mismo como si fuera un observador externo. Y en ese mismo momento me hago consciente del susto tan tremendo que se llevaría alguien que se encontrara conmigo en ese momento: con la navaja abierta y la vara en ristre, listo para el ataque. Me siento totalmente tonto y me río de mi mismo. Simplemente no puede ser que esté pasando lo que siento que está pasando. Así que cierro la navaja -aunque me doy cuenta de que la dejo a mano- y continuo caminando de forma más o menos normalizada, sintiéndome un poco “peliculero”. Jugadas que nos gasta una imaginación desbordada.

Todos los miedos y presentimientos desaparecen cuando llego a la valla que pone fin al encinar y da paso a la claridad del día. Aun sigo oyendo los ladridos pero ya no me parecen ni amenazantes ni peligrosos. Enseguida identifico de dónde proceden; de unas inmensas naves-granja cercanas al camino.

Un intenso aroma de lavanda llena de repente y como por ensalmo el aire de la oscura mañana. Un poco más adelante veo un campo cultivado de lavanda.



Ésta sí que es una imagen que me hubiera encantado conservar en algún otro lugar aparte de mi memoria. Ahora me pena no haber traído cámara de fotos. Largas hileras como de algodón verdeazulado se pierden convergiendo en la distancia. Si no fuera por lo desapacible del día me hubiera sentado un rato para admirar el espectáculo y disfrutar de la intensa fragancia que se desprende.

Tras cruzar un barranco inicio la ascensión hacia Ázqueta. Después de la intensas emociones de la mañana necesito un café caliente. Pregunto a una señora que veo en un balcón si hay algún bar en el pueblo y me dice que no. Me siento en un banco de piedra a cubierto para descansar un poco y, nada más hacerlo, aparece un hombre con barba. Es Pablito.

- *¿Quieres un café?* –Me dice-.
- *¿Dónde?* –Le contesto- *Me acaban de decir que el bar está cerrado.*
- *En mi casa* –dice- dirigiéndose hacia atrás.

Un perro pequeño se acerca y me ladra insistentemente. Pablito lo calla de inmediato. Siempre he pensado que los pueblos son el único lugar donde los perros saben que son perros.

Ya en su casa me descargo y me quito el chubasquero. Me hace pasar a un salón muy bien amueblado y con un hogar de leña. Perpendicular a la entrada, una barra como de bar separa la cocina del salón. Nos ponemos uno a cada lado y mientras friega y prepara la cafetera me explica:

- *Yo soy Pablito y soy conocido en el mundo entero porque doy varas a los peregrinos.*
- *Ya me habían hablado de ti* -le digo- *y pensé que si te encontraba tendría problemas puesto que no me gustaría desprenderme de mi vara. Le tengo cariño y, para mí, ya tiene historia.*
- *No te preocupes para nada* –me contestó- *Yo estoy aquí para servir al peregrino.*

Hablamos de muchas cosas durante casi una hora y media. Me enseñó un vídeo en el que, en un documental holandés sobre el camino le hacían una entrevista. Estaba muy orgulloso de su papel en el camino y del servicio que prestaba a los peregrinos. Cada vez que, a lo largo de nuestra conversación, oía pasar a algún peregrino salía a la puerta y le ofrecía una vara y café. Fue un rato muy agradable y los dos nos sentimos muy a gusto.

Me enseñó unas quizás 200 varas preparadas para dárselas a los peregrinos y un número, que no sé calcular, de las que le dejaban los peregrinos que se llevaban una de las suyas. Dijo que algún día le gustaría montar un museo con ellas.

Me explicó toda una teoría muy elaborada sobre cómo tenían que ser las varas –que él llamaba **bordón** (una preciosa palabra)- y sobre cómo había que llevarlas para minimizar el gasto de energía y maximizar la eficacia de los pasos. Fue una disertación muy instructiva.

En síntesis: el bordón ha de tener la altura de la persona. Hay que llevar la mano que lo sujeta a la altura del hombro. Y hay que sujetarlo, por último, rodeándolo con la palma de la mano y con los dedos. El pulgar recto con la uña frente a nosotros, apoyado sobre el bordón y señalando al cielo. Pablito decía que es el pulgar apoyado en el bordón el que lo sujeta durante el balanceo de los pasos a la vez que obliga al peregrino a llevar la espalda recta.

No se si la explicación es muy científica pero, desde luego, fue muy precisa y llena de sentido. Ni que decir tiene que aprendí a llevar el bordón de la manera que me enseñó Pablito.

Me dijo que él escogía varas de avellano que cortaba a diferentes alturas y elegía cada una de ellas en función de cada peregrino.

- *La madera de avellano es la mejor para hacer bordones* -me explicó- *dado que es muy dura y, cuando se seca, pesa muy poco.*

Después de eso tuve claro que no sólo no me importaba dejar mi vara sino que deseaba y me hacía mucha ilusión que Pablito me diera uno de sus bordones⁶.

Al acabar la charla Pablito me llevó a un corral y me mostró unos 10 bordones que tenía apartados diciéndome:

- *Estas son las varas especiales* -. Rebuscó entre ellas y tomando una me dijo:
- *Ésta es la tuya* -.

Con un papel de lija suavizó la parte del bordón donde se coloca la mano y flamante por que se lo hubiera aceptado, volvimos al salón.

Acabó enseñándome una talla del siglo XII que guardaba, en la que había un cristo triangular muy interesante y, también, una piedra estela realmente magnífica que tenia en el huerto.

Me invitó a un pacharán de cáscara de nuez verde –delicioso- que me hizo entrar en calor. Cuando ya me marchaba apareció un peregrino y, desde la puerta abierta, le dijo:

- *Usted es Pablo ¿verdad? ¿Tiene un bordón para mi?*

A lo que él contestó:

- *No. Yo soy Pablito y por supuesto que tengo un bordón.*
-

Tras esto, nos despedimos con un efusivo abrazo y seguí mi camino ya con el bordón de Pablito en la mano.



⁶ Todavía hoy conservo el bordón que me regaló Pablito y que llevé todo el resto del camino.

4.10. De perros, lluvias, miedos y bordones: de Estella a Los Arcos (Parte 2)

Posted on [13 marzo, 2011](#) by [xucar](#)

27/7/1996.

9ª Etapa. 6:40 h. Estella – 14:30 h. Los Arcos

(19'7 kms.)

Villamayor: Seguía lloviendo y la senda, que ascendía y descendía continuamente, estaba tan embarrada que hacía muy difícil caminar. Las botas pesaban mucho con el barro incrustado en las estrías de la suelas y tenía que andar con mucho cuidado para no resbalarme y caer.

El nombre del pueblo me sonaba porque de allí era una parte de la familia de una chica con la que había estado saliendo y viviendo varios años. Alguien a quien hacía mucho tiempo que no había vuelto a ver.

Una vez en el pueblo me encontré con dos chicas de Madrid que hacían el camino en bicicleta. Llevaban dos impermeables de colores de esos de “todo a cien”. Me estuvieron hablando de los problemas que tenían con el barro para circular con las bicis. Ante las dificultades se estaban planteando seguir por la carretera.

Me alcanzó también el peregrino que pidió el bordón a Pablito cuando yo me marchaba y me dijo que nos disponíamos a cruzar “el desierto de Los Arcos”. Era la segunda vez que él hacía el camino y la primera vez tuvo que cruzarlo con un sol abrasador. Debió de ser, por lo que dijo, algo muy duro. Lo dejé hablando con las chicas; se conocían puesto que habían compartido refugio la noche anterior.

Los Arcos: Casi doce kilómetros bajo la lluvia me esperaban hasta Los Arcos. Los empecé por una pista que cruzaba entre campos de cereal cortado, algún viñado y grupos ocasionales de álamos.

A los tres kilómetros, cansado de la lluvia y con hambre, me senté debajo de un árbol a la orilla del camino y me comí unas galletas de chocolate. Enseguida me alcanzó el chico del bordón de Pablito. Se comió conmigo dos galletas y continuo su viaje.

No me había sentido cómodo con la vara de Pablito en los últimos kilómetros. Pesaba demasiado y era difícil de manejar por la longitud y el peso. Pablito ya me había avisado de que el bordón estaría perfecto cuando ya hubiese hecho unos días de camino: se habría acabado de secar –pesaría menos-, me habría acostumbrado a él y, sobre todo, lo habría hecho mío. Decidí acelerar el proceso personalizándolo. Saqué la navaja y empecé a tallar el bordón.

En el camino pronto fueron todo campos amarillos a uno y otro lado. Ocasionalmente la pista se convertía en senda y el barro volvía a dificultar la andadura obligándome, en mas de un caso, a caminar por los campos de cereal.

El camino seguía interminable y la lluvia fue substituida por “vientos huracanados”. Pensé: *He tenido calores asfixiantes, lluvias pertinaces y vientos huracanados. ¡En este viaje sólo me falta que nieve!*

En un momento aparecen los “Cogotitos de la Raicilla”, unos cerros verdes de matorral bajo que, amontonados, limitan el camino por la izquierda. La guía que llevo dice que caminar por aquí es aislarse del mundo durante tres horas y señala, también, que el “*entorno tiene un componente mágico*”. Es verdad.

A un lado de la senda una caseta de ladrillo destartalada y con parte del techo hundido. Me acerco a ella y entro. No hay nada dentro, aunque en el suelo hay paja y restos de fuego. Es posible que haya sido refugio de pastores o peregrinos. La guía sigue diciendo que al pie de los Cogotitos está el “*despoblado de Piedras Mormas*” y, junto a él, el “*Charco Negro*”. No veo ninguna de las dos cosas en el camino pero los nombres tienen una sonoridad tan oscura que inevitablemente pienso en Saurón y en el *Señor de los Anillos*.

Más adelante un cartel indica: 5 kilómetros a Los Arcos. El camino está absolutamente lleno de cagarrutas de oveja y de cabra. Llama la atención. Se nota que ésta es una zona de pastoreo.

Cuando el cartel indica 1 kilómetro, la lluvia reaparece con fuerza insospechada. Ya no me abandonará hasta el pueblo. Las canaleras de sus casas desaguan a medio metro de los aleros por la fuerza con la que cae el agua. Circulo pegado a las fachadas viendo como el centro de la calle se convierte en un auténtico torrente alimentado, cada pocos metros, por grandes cascadas que caen de los tejados como colas de caballo.

Calado hasta los huesos atravieso todo el pueblo y llego hasta el hotel-restaurante Mónaco. Sé que el albergue está más allá, pero soy incapaz de avanzar más en este estado.

Por fin a cubierto degusto los placeres de esta tierra: pochas con guindillas, lomo con pimientos y arroz con leche. Todo ello regado con un crianza de Los Arcos que no está del todo mal.



A gusto con el sitio decido finalmente quedarme a dormir aquí y no ir al albergue. Luego me enteraré de que el albergue estaba muy bien y de que allí me hubiera encontrado con peregrinos conocidos.

Por la tarde hago una visita a *la iglesia* donde un inmenso órgano de tubos —el más grande de Europa, me dicen— llama poderosamente mi atención. En ella me encuentro a Xavi y Joan, los dos valencianos a los que devolví el carrete de fotos en Undués de Lerda.

4.11. Conectando con los orígenes: de Los Arcos a Yagüe (Logroño)

Posted on [17 marzo, 2011](#) by [xucar](#)

28/7/1996.

10ª Etapa. 6:50 h. Los Arcos - 17 h. Barrio de Yagüe (Logroño)

(31'5 kms.)

La guía dice que es una etapa incómoda porque son muchos kilómetros sin apenas pueblos: *“sólo tres y dos de ellos están unidos”*. Justo apunta la claridad del día cuando me pongo a caminar. En ese mismo momento se apagan las farolas del pueblo.

A lo lejos se vislumbra el siguiente pueblo, Sansol. Parece estar muy cerca pero es una impresión falsa; me costará casi una hora y media llegar hasta él. En el primer tramo del camino adelanto a una pareja de Gandía. Charlamos un momento y continuo andando.

Sansol: No llueve *¡por fin!* Y el cielo parece que está más o menos claro. A mi izquierda una sierra montañosa que más tarde, con la perspectiva de Logroño, -que es la que siempre he tenido-, reconoceré como “El león dormido”.



Ahora, mirándolo a lo lejos, veo que sus dos cimas están ocultas por un manto de cúmulos blanquecinos.

El León Dormido es un pequeño monte que forma parte de la sierra de Cantabria y que está muy cerca de Logroño. Cuando yo era un jovencito había subido a él muchas veces con mis amigos a hacer acampadas o a mirar las estrellas.

Pronto mi sombra alargada e inclinada me adelanta. Un sol inmenso y rojizo aparece a mis espaldas. Los persistentes campos de trigo cortado me acompañan. En Sansol me paro en un pequeño parquecito con fuente para reponer fuerzas. Me voy acercando hacia lugares conocidos. Nací y pasé toda mi infancia en La Rioja.

Viana: Todo el trayecto pasando a través de **Torres del Río** lo hago con un señor mayor que me va preguntando cosas sobre el camino. Es una charla muy animada y agradable. A la salida del pueblo vuelvo a encontrarme a la pareja de Gandía. Delante de ellos caminan tres extranjeros. Son un

irlandés, un galés y un inglés. Pienso que es una extraña mezcla dada la historia y relaciones de los tres países.

Camino un buen rato charlando con la pareja. Me dicen que es la segunda vez que hacen el camino. La primera vinieron con botas y no les llovió ni un solo día. Esta vez llevan bambas y el chico, sobre todo, dice tener los pies destrozados. No obstante sigue adelante. Esto es el camino: el espíritu del camino.

El paisaje ha vuelto a cambiar. Subimos y bajamos un barranco tras otro. Es una zona de monte bajo. Ocasionales campos de viñedo comienzan a aparecer aquí y allá. Cuando veo un lugar apropiado me siento junto al camino mientras la pareja sigue adelante. Bebo un trago de agua de la cantimplora, me fumo un cigarrillo y tallo un ratito la vara. Estoy haciendo diferentes marcas y signos. En la parte de abajo he tallado, eliminando la corteza en todo el perímetro, unas rayas verticales separadas. Si le doy la vuelta al bordón parece que fuera como un farol y las rayas blancas, que han aparecido al eliminar la corteza, las ranuras por donde sale la luz. Mientras estoy tallando la vara pasan cuatro grupos diferentes de peregrinos. A partir de ahora esto será una constante.

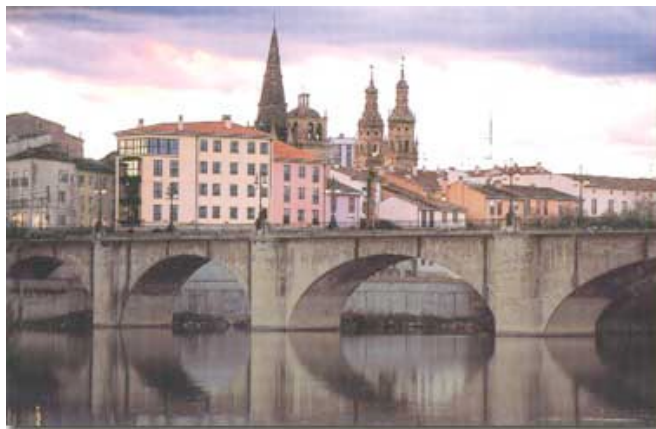
Sigo caminando en solitario hasta Viana donde almuerzo los ya habituales huevos fritos con jamón. Desde allí llamo a mi casa a Logroño para avisarles de que voy a ir a dormir.

Logroño: Una pista me conduce a la ermita de Nuestra Señora de Cuevas, lugar al que de pequeño había hecho numerosas excursiones con el colegio de los maristas. Un poco más adelante un espectáculo muy extraño: un tremendo pene y una vagina, de esos que se compran en los sex-shops, ondean sobre uno de los palos de una valla de madera que discurre en paralelo a la derecha del camino. Me parece de muy mal gusto.

Atravieso la carretera general y entro en un pequeño pinar donde el intenso aroma que desprenden los árboles me obliga a pararme y a disfrutarlo. Sólo se me ocurre definirlo diciendo que olía a madera resinosa calentada. Un perfume exquisito, natural, vivo y estimulante.

He empezado otra vez a tallar la vara cuando aparecen Xavi y Joan. El camino a Logroño transcurre sin enterarnos mientras nos explicamos cómo nos ha ido en el camino desde Undués.

A la entrada de Logroño nos espera la **señora Felisa** sentada frente a una pequeña mesa blanca de camping sobre la que hay un gran libro abierto. Está sentada a la sombra de una inmensa higuera. Ya nos habían hablado de ella como de uno de los “personajes” del camino. Nos ofrece agua fresca y nos dice que nos sentemos y pongamos algo en su libro. También nos habla de lugares para comer bien y barato en Logroño. Tras sellar nuestras credenciales de peregrinos seguimos camino.



Al pasar delante del cementerio que hay a la entrada de Logroño siento de repente que no puedo seguir el camino sin entrar a saludar a mis padres, muertos años atrás. Es curioso que ahora me pase esto pues, siempre que he venido a Logroño, he sido muy reacio a entrar en el cementerio. Mis padres me acompañan siempre en mi recuerdo y no necesito visitar los lugares donde yacen sus restos. Sin embargo esta vez hay algo diferente que no sé muy bien cómo explicar⁷. Me acerco a visitar las tumbas con una emoción muy intensa y allí les hablo a los dos y les cuento lo que estoy sintiendo, cómo me encuentro y lo mucho que los añoro y me acuerdo de ellos.

Sigo mi camino hasta el final de portales –la calle mayor de Logroño–, donde vive mi amiga Lola. Llamo a su casa pero no está. Quien está es su hija, Belén. Subo a verla un momento y frente a un buen vaso de agua fresca charlamos un ratito.

De allí a **Yagüe**, un barrio periférico de Logroño, donde está la casa en la que nací. En ella vive Loren, la esposa de mi padre y mi segunda madre. Para llegar a Yagüe hay que salirse ligeramente del camino así que voy andando muy atento a las flechas amarillas que marcan el camino.



Me doy cuenta de la habilidad que he ido desarrollando, a lo largo de los últimos días, para verlas en los sitios más insospechados, un muro, la calzada, una farola, etc. Ellas son mi guía, quienes me ayudan a comprobar que sigo en el camino.

En mi casa, como siempre, Loren me tiene la mesa preparada con una buena comida. De primero: ensalada de verano con patata, zanahoria, huevo, atún y cebolla. De segundo unas exquisitas chuletillas de cordero. Mientras se hace la colada, que hoy hace la lavadora por mi, le cuento mis días de camino y mis experiencias.

Loren tiene un regalo muy especial para mi. Ha comprado una **concha de vieira**, la ha agujereado y ha confeccionado con hilos trenzados una cuerda para que pueda colgármela y llevar el símbolo que me identifica como peregrino. Estoy absolutamente encantado con mi regalo.

⁷ Como he dicho al principio, el pudor no me permitió escribir determinadas cosas en el diario pensando que alguien podría leerlas. Eso me llevó a no consignar nada de mis experiencias, por decirlo así, más esotéricas del camino. Lo que me sucedió en el cementerio de Logroño fue lo mismo que en el resto de cementerios junto a los que pasé, solamente que en este de manera mucho más sentida e intensa. Supongo que los vínculos emocionales que tenía fueron un puente apropiado para llegar hasta mi.

4.12. Todos somos peregrinos: de Yagüe a Nájera

Posted on [22 marzo, 2011](#) by [xucar](#)

29/7/1996.

11ª Etapa. 6:50 h. Yagüe (Logroño) - 15'15 h. Nájera

(24'1 kms.)

Desde **Yagüe** tomo un atajo que me lleva de vuelta al camino. Lo primero que me encuentro es un cartel que reza: PARADA DE PEREGRINOS. Flora me habló del personaje que había a la salida de Logroño. Me imagino que se refería a esta parada. Recuerdo que le dije: *Explícame algo de él puesto que pasaré de madrugada y seguramente no lo veré*. No quiso hacerlo y es algo que puedo entender aunque, la verdad, hubiera preferido que me lo explicara.

En realidad, que te cuenten las cosas sirve de poco. Lo que hay que hacer es vivirlas, experimentarlas. Vivimos una época de sucedáneos. La TV, los diarios, incluso el cine y los libros nos ofrecen versiones edulcoradas de las cosas. La sensación de primera mano es algo que nuestra cultura parece desechar⁸. Y eso, entre muchas otras cosas, es lo que puede ofrecer el camino: sensaciones nuevas, diversas, variadas, no edulcoradas, de primera mano. Sensaciones que vivimos y experimentamos en primera persona.

El camino es un crisol de relaciones no mediatizadas o, mejor dicho, canalizadas por el peregrinaje. Es el punto donde todos nos encontramos, ricos y pobres, guapos y feos, extrovertidos e introvertidos. Todos somos peregrinos; todos estamos el camino; y son nuestros pasos y nuestras historias los que lo configuran y le otorgan sentido.

Nos encontramos en el calor asfixiante y en las lluvias que nos calan hasta los huesos; en los pies doloridos y en las ampollas que nos hacen “*caminar como patos*”. Eso nos hermana, nos hace iguales. Es la humanidad desbordada del camino lo que nos hace sentirnos auténticos seres humanos.

La pista, perfectamente urbanizada, me conduce por un paisaje, cada vez más verde y arbolado, hasta el pantano de la Grajera.



⁸ Eso es algo que ha cambiado en los años que han pasado desde que hice el camino. Hoy es precisamente eso lo que se busca: sensaciones fuertes, de primera mano. Sensaciones que nos hagan sentirnos vivos. Sensaciones que nos hagan creer que vivimos una vida única, singular, especial. Que nos hagan pensar que no somos uno más, alguien del montón; que somos especiales.

Recuerdo esta zona antes de que la convirtieran en un espacio de ocio y de recreo. Era un pantano maloliente totalmente ocupado por los mosquitos. Ahora es un paraíso de verdor. Hay patos en el pantano y zonas arboladas donde han habilitado merenderos.

Un puente de madera guía al caminante entre árboles centenarios hacia la salida del parque. El sol todavía no ha aparecido y la frescura de la mañana se deja sentir en las carnes. Ahora estoy siguiendo una pista pedregosa que asciende hasta un alto. Tras cruzar unos metros de carretera, entre dos gasolineras que están una a cada lado de la calzada, la pista me conduce a través de preciosos viñedos con cepas en forma de copa.

Atravieso un puente que pasa sobre la autopista. Más adelante cruzo la carretera general y entro en Navarrete, el pueblo de los alfareros.



Eran las 9 de la mañana y el sol empezaba a anunciar próximos rigores.

La noche anterior, desde Logroño, llamé por teléfono a mi amigo Balbino, de Lapuebla de Labarca. Almorzar juntos en Navarrete era la única oportunidad que íbamos a tener este verano para echar un rato juntos.

Primero me dirigí al Ayuntamiento para sellar mi credencial y, acto seguido, me fui al bar donde había quedado con mi amigo. El desayuno, como siempre, huevos fritos con jamón. La conversación con Balbino también muy interesante. Charlamos de cosas personales, de cómo estamos y cómo nos sentimos; de las relaciones que tenemos y de nuestros amigos y amigas comunes.

Le hablo de lo expansivo que me siento y de lo fantástico que me está resultando el camino. Balbino tiene una forma de escuchar que te invita a compartir; siempre ha sido muy receptivo. Mientras conversamos aparece Xavi, uno de los valencianos; los del carrete de fotos. Después de comerse un bocadillo nos despedimos de Balbino y subimos a la plaza del pueblo, donde esperaba Joan con varios peregrinos más que yo no conocía.

Cuatro kilómetros de carretera bajo un sol asfixiante, con un tráfico de camiones muy denso y a un ritmo infernal nos alejan de Navarrete a Xavi, a Joan y a mi. En la primera sombra que encontramos, ya fuera de la carretera, los abandono. En ella están descansando algunos de los nuevos peregrinos que conocí en Navarrete. Dos chicos franceses, una pareja y una chica sudamericana. Estoy un ratito descansando con ellos y, enseguida, continúo a solas mi camino.

El sol quema. Voy buscando las ocasionales sombras de las encinas que, de tanto en tanto, bordean el camino, que conduce a un altozano. Desde allí la senda desciende, atraviesa la carretera y discurre, a su lado, por un sendero herboso durante algunos kilómetros. Una sombra me invita seductora. Me tiendo a beber agua y me fumo un cigarrito.

Nájera: Desde mi sombra, a la vera del camino, voy viendo pasar, en grupos de dos o de tres personas, a diferentes peregrinos.

El último tramo hasta Nájera transcurre por un sequedal junto a una fábrica de grava. El pueblo, entrevisto a lo lejos hace rato, parece no llegar nunca. Carteles amarillos cada pocos tramos tienen escrito: ¡Ánimo! ¡Ya falta poco! Y el extraño **ULTREIA**. Nadie ha sabido decirme qué significa. Incluso en el libro del albergue, que más tarde leería, algunos peregrinos preguntaban o se quejaban de no saber su significado después de verlo tantas veces escrito⁹[2].

También la travesía de Nájera resulta dura. En el albergue, regentado por una asociación de amigos del camino, me reciben muy bien. Me instalo, me ducho, y me preparo para irme a una piscina que me han dicho que es gratuita para los peregrinos. Cuando salía me encontré a Joan que se vino conmigo.

Allí nos bañamos y mientras él se iba a hacer una serie de recados yo me dediqué, durante casi tres horas, a este diario.

A las 20 horas me fui a cenar de tapas y luego, en el albergue, los peregrinos que pernoctábamos allí tuvimos una tertulia sumamente divertida. En el libro del albergue leí un texto que me hizo mucha gracia: “*vendo pies usados. Compro ruedas para que me lleven a Santiago*”.

⁹ No sabría, hasta después de haber acabado el camino que, desde la antigüedad era el grito de ánimo del camino que significa “más allá”.

4.13. Empezando a establecer redes: de Nájera a Santo Domingo de la Calzada

Posted on [25 marzo, 2011](#) by [xucar](#)

0/7/1996.

12ª Etapa. 6:50 h. Nájera - 12 h. Santo Domingo de la Calzada

(22 kms.)

Las calles de Nájera me llevan, ascendiendo, a un bosque de pinos que respira aromas en la recién estrenada claridad del día. Por desgracia, los márgenes de la senda por la que transito están llenos de porquería y de basura. Eso estropea el paisaje.

En el alto, veo una cañada que baja de forma abrupta. Una de las paredes es de roca irregular, la otra, herbosa, desciende desde un viñedo. A partir de ahora los campos de viñas son continuos. Se nota que estamos en tierra de vino.

Azofra: La última parte del camino hasta el pueblo transcurre por la carretera. Unos doscientos metros antes de llegar un campesino en una carriola se pone a mi altura con ganas de charla. Me pregunta por el camino y me cuenta cosas del pueblo. Hablamos de los perros y mis historias con ellos; también de bares y de fuentes. Me dice que hay dos bares en el pueblo y que están “picados” entre ellos.

Mientras vamos caminando y charlando el burro se me acerca y frota su cabeza contra mi brazo. Yo sigo hablando y voy acariciándole el cuello. Por la carretera se acercan a nosotros varios peregrinos. A todos los conozco del día anterior y de la tertulia pero con algunos todavía no he cruzado una palabra.

Llegamos al pueblo y yo entro a uno de los bares; el único que está abierto. Allí me encuentro a Joaquín, un vasco de Vergara de unos 35 años. Tomamos y café y echamos unos cigarritos con una animada charla. En el mismo bar nos sellan a los dos la credencial. Joaquín me enseña un bordón precioso que se ha hecho él mismo con madera de acebo y de boj. Lleva una concha tallada en el pomo y, cuando otros peregrinos se maravillan ante su vara, les dice que ha tenido todo un año para tallarla.

Continuamos andando juntos y, de una tirada, nos hacemos los 10 kilómetros que llevan hasta **Cirueña**. La conversación resulta tan agradable que ni me entero. Hablamos sobre todo del camino y del significado y la importancia de hacerlo en solitario.

- *En realidad –le digo-, aunque vayamos acompañados, siempre hacemos el Camino solos. El dolor, el sufrimiento siempre es personal e intransferible. Puedes explicarlo, decirles a los demás cómo te sientes, pero eres tú y sólo tú el que lo sufres.*
- *Es verdad –me contesta-. Y lo mismo pasa con las experiencias estéticas. Puedes explicar la belleza o el placer pero sólo tú lo sientes en toda su intensidad y particularidad.*

Para Joaquín hacer el camino en solitario es sentirse libre. Él es un consumado andarín. En su pueblo hace salidas cada domingo a caminar. De hecho, en el rato que llevamos juntos él va

reteniéndose un poco y yo, por el contrario, voy forzando la marcha. Es algo de lo que no soy consciente –¡Tan centrado iba en la conversación!- hasta que la pista pedregosa comienza a ascender.

Es en ese momento cuando me acuerdo de lo que me dijo Flora:

- *No dejes que los grupos (o las personas) te arrastren si no van a tu ritmo. No te fundas con ellos. No te dejes arrastrar, no sigas su ritmo pues, al final, seguro que lo vas a pagar*

Yo, inocente, le respondí que eso a mí no me pasaría. Pues bien, hoy me ha pasado y ya comienzo a notar los efectos en mis pies. En este caso, lo que me arrastra, lo que me puede es el deseo de conocer a una persona interesante. Más tarde, cuando comiencen los problemas, pensaré que quizá hubiera debido esperar a conocerlo y charlar con él en el albergue.

Quizá una señal premonitória de que el camino se escribe con mis manos y mis pies y no con los de los demás es lo que me sucede a continuación. El cinturón de mi mochila, recién estrenada, se me descose de la espalda, de la zona de los riñones. La cosa es grave puesto que dicho cinturón me permite ajustar y equilibrar el peso. Intentaré que me lo arreglen en Santo Domingo. Pero eso puede, sin duda, alterar de alguna forma mi camino.

Cirueña: Paramos en este pueblo a descansar. Nos sentamos en unas piedras en la esquina de una casa, a la sombra. Al cabo de un ratito van apareciendo peregrinos. Llega una chica gallega, pequeña; una auténtica locomotora, según dicen los demás y pronto tendré ocasión de comprobar. Dos chicas aragonesas y dos chicos franceses –que hablan castellano- con los que ya coincidí a la salida de Navarrete; la chica sudamericana; dos parejas de peregrinos más y, por último, más retrasados, Joan y Xavi. Joan tiene problemas con un músculo de la espina y viene renqueando.

Santo Domingo de la Calzada: Nos ponemos nuevamente en camino. Los dos franceses, Joaquín y yo caminamos juntos por la senda pedregosa a un ritmo fuerte. Joaquín dice que pronto veremos grandes extensiones de patatales.

- *La última vez que pasé por aquí, en la segunda quincena de agosto pasado, había montones de temporeros a ambos lados del camino recogiendo patatas –nos cuenta-. Así que me puse a pensar en lo rica que sería una tortilla de patatas en el albergue de Santo Domingo. Y es lo que hice nada más llegar. Este año pienso hacer lo mismo.*

Cuando, al cabo de un rato, vemos los campos inmensos comenzamos a hacer bromas.



- *Imaginaos la cantidad de patatas fritas que se podrían hacer de este campo –dice Pierre-.*

- *Pues también se podrían hacer unas cuantas tortillas de patata* –contesta el otro francés-.
- *Para eso hace falta tener huevos* –apunto yo-.
- *Unos cuantos* –dice Joaquín-.

Entre bromas llegamos a Santo Domingo. El **albergue** es una preciosidad. Me instalo y lo primero que pregunto es por algún sitio donde me puedan coser la mochila. Los pies me duelen mucho por el esfuerzo de la etapa, pero debo resolver este tema. El descanso deberá esperar.

En una tienda de zapatos para niños me atiende un señor mayor muy amable que me dice que me lo resolverá. Me pregunta, curioso, por el camino y me cuenta que, hace dos años, su hija tuvo que interrumpirlo porque cogió una salmonelosis de la que todavía le quedan algunas secuelas. ¡*Vaya ánimos que me regala!* Aunque, eso sí, me va a arreglar el cinturón.

Estoy en mi tierra, así que algunas cosas me las sé. Busco el “**Rincón de Emilio**” y allí degusto unos magníficos caparrones rojos



y una chuleta de ternera con pimientos verdes. Todo ello regado con un crianza Muga del 1991. De postre “arroz con leche” y un cortadito.

Volvía al albergue con idea de dormir un rato pero, bajo los soportales de la plaza, unos cuantos peregrinos del grupo de los franceses charlaban animadamente. Me senté con ellos.

En el centro del grupo, Pierre, muy divertido, habla, con un español renqueante, de las delicias de su país. Enseguida me informan de que la cosa va de “chauvinismo”. Pasamos casi una hora de agradable y chispeante chachara.

Después la colada, tender, recoger la mochila arreglada y una estupenda visita guiada en grupo a la catedral. En ella disfrutamos de una exposición, con audiovisual incluido, del retablo y del altar mayor que está desmontado y recién restaurado.

Todos quieren ver el gallo vivo que hay dentro de la catedral ya que las guía que los peregrinos llevamos informan con detalle de la leyenda de finales del siglo XIII que dice que en “**Santo Domingo de la Calzada cantó la gallina después de asada**”.

Ya en el albergue hacemos una cena comunitaria entre Xavi, Joan, Elia y yo. Cenamos una ensalada y un arroz a la cubana. A diferencia de otros días que suelo irme muy temprano a dormir, hoy no me he acostado hasta las 23’30 h. Es la conversación animada; la cena compartida; los vínculos establecidos con los otros peregrinos. Todo eso es el camino y hay que aprovecharlo y vivirlo en toda su intensidad.

 24-7-96	 27/7/96	 29-7-96	 29-7-96
 25/7/96	 28-07-96	 20-7-96	 20-7-96

4.14. De Santo Domingo de la Calzada a Belorado: voces, cantos y polifonías

Posted on [29 marzo, 2011](#) by [xucar](#)

31/7/1996.

13ª Etapa. 7:20 h. Santo Domingo de la Calzada – 13:15 h. Belorado

(21 kms.)

Me despierto tarde y me pongo a caminar con la sensación de no haber descansado lo suficiente. La mañana es muy fresca. Hace mucho frío. Ahora me vendría muy bien el jersey que decidí no coger por el peso.

Grañón: Me esperan 5 kilómetros de carretera general muy transitada. A mi izquierda dos chimeneas, separadas entre sí unos veinte metros, elevan al cielo su perdida magnificencia industrial. Entre ellas una luna redonda y transparente, como una sagrada hostia consagrada, se perfila en el azul profundo del cielo de la mañana. La carretera, recta como el horizonte, se pierde en el centro de la base de un monte triangular, redondeado en el vértice superior.

La incomodidad del frío y de la carretera realza mi falta de descanso. A la entrada de Grañón y por vez primera, un perro, afortunadamente no muy grande, se lanza contra mí, con ganas de morderme. Lo mantengo a distancia con el bordón hasta que aparece su ama. Me dice que ha sido la vara la que lo ha asustado. *¡Gran consuelo! También ha sido lo que ha impedido que se me acercara.*

Me han dicho que de Grañón al pueblo siguiente el camino no es fácil de encontrar, así que espero a que pase algún aldeano y le pregunto.

Voy a abandonar La Rioja para entrar en Castilla y el paisaje va a cambiar radicalmente, la tierra roja, los viñedos y el fértil regadío van a ser sustituidos por las llanuras interminables de cereal.



Nada separa el tránsito entre paisajes. Ni señales ni accidentes geográficos pero el peregrino advierte claramente el paso de las tonalidades verdes a los ocre y amarillos.

Redecilla: Una pista pedregosa divide en la planicie los campos de trigo recién cortados. No veo ni una sola bala de paja. El paisaje es verdaderamente castellano.

Nada más salir del pueblo me alcanza una aldeana de unos 55 años. Hablamos y caminamos juntos. Esta mañana ha venido “*a escape*” –me dice- a Grañón a recoger unas cosas y ahora vuelve a su pueblo. Me cuenta lo difíciles que están ahora las cosas y me pregunta, ante mi sorpresa, si me

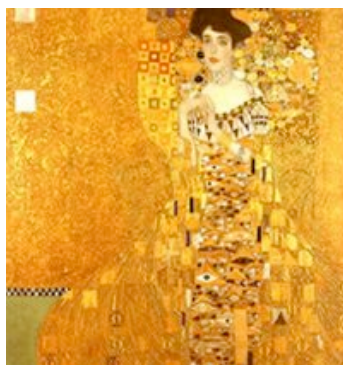
pagan algo –no a mi, sino a los peregrinos en general- por hacer este viaje andando. Eso me sirve para hacerme una idea bastante aproximada de la concepción que tiene de los peregrinos. Supongo que, desde su perspectiva, se hace muy difícil, sino imposible de entender que “*sufrir penalidades*”, encima cueste dinero. Para ella la vida ya comporta demasiadas penalidades. Vuelvo a pensar, como tantas y tantas veces, que soy un privilegiado por poder vivir la vida que vivo y poder elegir cómo vivirla.

La conversación resulta muy agradable y llegamos a Redecilla sin enterarnos. Había muchos cruces de caminos en la pista. Si hubiera venido solo me hubiera perdido más de una vez.

En el bar del albergue de Redecilla me encuentro a Elia, que ya reanuda su camino. La chica que atiende el bar es muy maja. Hablando del camino desde Grañón me dice que los del pueblo –aunque no sabe exactamente quién- cambian las flechas del camino cada año. Seguro que a ellos les parece muy divertido.

Me tomo un café con leche y cuando ya me disponía a seguir aparecen Xavi y Joan. Éste último está mucho mejor de la pierna. Continuamos juntos.

Pasamos por **Castildegado, Vitoria** –la **cuna de Santo Domingo**- y **Villamayor**, segundo pueblo que paso con este nombre. Desde Vitoria el paisaje es magnífico. Un valle entre cerros, cruzado por la carretera como si estuviera cortado por un cuchillo. Las diferentes tonalidades de ocre y amarillos forman un conjunto que la luz del sol resalta en la distancia.



Si no fuera por las líneas tan rectas que lo cortan pensaría que estoy ante una de las doradas visiones de **Klimt**.

Un kilómetro más allá de Villamayor ya no puedo seguir. Estoy cansado y no hay ni una sola sombra a la vista. Me paro al sol y les digo a Joan y a Xavi que sigan, que ya los alcanzaré. Por suerte corre un airecillo que me hará la parada más agradable. El sol comienza a pesar y nada queda ya del frío de la mañana.

Cuando llego al albergue de Belorado me duelen los pies y estoy harto de tanta carretera. Me ducho, hago la colada y me voy a comer con Joan, Xavi y Elia. La conversación durante la comida es muy animada. El primer tema siempre es el camino. Él es, ahora mismo, toda nuestra vida; es nuestra realidad y ocupa la mayor parte de nuestros pensamientos. Hablamos sobre las motivaciones que nos han impulsado a cada uno de nosotros a hacer el camino. También hablamos de los perros y todos coincidimos en que son el “*trauma*” del camino.

Después de la comida me acerqué al centro de salud porque quería que me miraran una duricia que me había salido en la parte externa del dedo gordo del pie. Me dice el médico que tiene dos puntos

de hematoma y que si me quedara en el pueblo me lo abriría. Cuando le digo que esa no es mi intención me recomienda, únicamente que me lo proteja.

Vuelvo al albergue y me hago una buena siesta. La hospitalera –la persona que se ocupa del albergue- me comenta que a las 19 horas comienza en la iglesia que hay al lado la oración del peregrino. No estoy especialmente interesado en la religión pero me mueve todo lo relacionado con el camino y con los ritos que lo pueblan. Abierto como estoy a todo ni me lo pienso: me voy para allí.

En una capillita pequeña de la iglesia estamos nueve personas contando a la hospitalera y al párroco. Cantamos “*Juntos como hermanos*”, una canción que yo conozco bien por mi larga educación católica -13 años en un colegio de los hermanos Maristas y 6 en un club juvenil de los carmelitas-.

Siempre me ha gustado mucho cantar en grupo. Hace muchos años descubrí que era capaz de armonizar las voces de las personas con las que cantaba; que podía crear, cantando, una base vocal para que las demás voces se acoplaran. Desde entonces cantar en grupo me produce sensaciones muy curiosas a la vez que placenteras. En una canción de grupo o en un coro mi voz busca, de manera casi instintiva, llenar los espacios sin sonido que generan las voces superpuestas para intentar conseguir que sean voces conjuntadas y que produzcan polifonías armonizadas que suenen bien. Cuando lo consigo –no siempre el sentido musical o el timbre de las voces que participan me lo permite- siento que todo mi cuerpo vibra como si fuera el instrumento del grupo; como si todos cantaran a través de mí. La sensación es muy placentera para mí pero también para las personas que participan. Eso ha hecho que a lo largo de mi vida, en general, a la gente le haya gustado cantar conmigo.

Cuando acabamos la canción leemos unos salmos, que el párroco nos pasa fotocopiados, en los diferentes idiomas de los peregrinos. Pide, por último que alguien rece el padrenuestro en su idioma natal. La hospitalera lo hace en gaélico. El olor a incienso de la iglesia y su voz desnuda sonando como pequeñas piedritas arrastradas por el agua hacen el momento mágico.

Unos instantes de silencio y de meditación compartida me dejan, al salir de la iglesia, como en un estado de trance.

- *¿Qué habéis hecho?*- Me preguntan Joan y Xavi, sentados en el suelo a la sombra de un muro ante el, aun potente, sol de la tarde.

Se lo explico y nos enzarzamos en una conversación sobre nuestras respectivas creencias. De ahí pasamos a hablar del sentido y significado de la ciencia y lo científico en nuestra sociedad actual. Una hora después aún seguimos hablando de rituales, fenómenos inexplicables y esoterismo.

4.15. De remedios, libros y sopas de ajo: de Belorado a San Juan de Ortega

Posted on [1 abril, 2011](#) by [xucar](#)

1/8/1996.

14ª Etapa. 6:40 h. Belorado – 16 h. San Juan de Ortega

(24 kms.)

Atravieso el pueblo con una luz todavía tenue. Tomo una senda pedregosa que me lleva a la carretera y enseguida la abandono para adentrarme en un estrecho sendero lleno de zarzas y de ortigas. Delante de mí camina un grupo muy numeroso de jóvenes.

También hoy me acompaña una luna apenas blanquecina; esta vez, sobre un azul claro que casi difumina sus contornos. Camino renqueando levemente. Un extraño dolor me ha aparecido en los músculos delanteros y traseros de la cadera derecha. Voy muy incómodo.

Tosantos: Al llegar tengo que parar. El pueblo es muy pequeñito y está desierto. Me fumo un cigarro a la sombra y tallo un rato el bordón. Cada día lo llevo con más normalidad y se está convirtiendo en mi compañero y en mi guía. Gracias Pablito por un regalo tan especial.

He tallado muchos signos y símbolos que acompañan aquel primer punto de luz que dibujé en su base. He tallado en vertical las letras de CAMINO DE SANTIAGO y debajo, siguiendo todo el perímetro de la vara, el número que identifica este año: 1996. También he dibujado una gran cruz de Santiago.



Tengo la sensación de que cada nuevo símbolo, signo o dibujo que añado lo hace más fuerte, le da alma; mi fuerza y mi alma. Ya es inequívocamente mío. Es mi bordón.

Paso **Villambistia** y llego a **Espinosa**. Dos perros pequeñitos salen a recibirme y los acaricio. ¡*Por fin, perros amigables!* Un banco de piedra, adosado a una casa, me resulta adecuado para descansar. El dolor en la cadera no ha parado. Empiezo a preocuparme pues no se me ocurre ninguna razón a la que atribuirlo. Vuelvo a hacer lo mismo que en Tosantos: cigarrito y talla. La navaja suiza que adquirí en Logroño fue, sin duda, una buena compra. Los dos perros se quedan a mi lado haciéndome compañía.

Un grupo grande de chicos y chicas alemanes cruza el pueblo en grupos de dos o de tres. Según me explica luego uno de sus profesores, que encontraré en el camino, hacen algunas etapas sueltas como parte de su viaje de estudios. Son de un colegio de Bonn (Alemania).

Villafranca: En el trayecto hasta Villafranca sólo siento el dolor continuo en la cadera. No hay nada más; tan sólo dolor e incomodidad que no me abandonan en ningún momento.

Busco un bar y aprovecho para descansar y almorzar. Sé que luego me tocará caminar cuesta arriba, así que los huevos fritos con jamón me darán las energías que necesito.

Al cabo de un rato aparecen tres peregrinos que ya había visto el día anterior en Belorado, aunque casi no hablamos. Se sientan en una mesa junto a la mía y almuerzan. Pronto entablamos conversación. Me preguntan cómo me ha ido la primera parte de la etapa. Cuando lo explico y les hablo de mi dolor, Antonio, un hombre de unos 45 años natural de Viana, me dice:

- *Nada. Eso se arregla fácil. Lo que te pasa es que has cargado demasiado el peso en la parte derecha. Lo que tienes que hacer es cambiarte de mano el bordón. Ya verás como el dolor se te pasa rápidamente.*

Los dos chicos que le acompañan son hermanos. Uno de ellos, Joan, de unos 30 años, lleva la cabeza rapada al cero. El otro, Pere, con barba, debe tener unos 45.

- *Hay, si no, otra forma –continúa Antonio-. Consiste en meterse un cartón doblado bajo el talón contrario a la cadera que te duele.*
- *Bueno –le digo-. Seguro que lo voy a probar.*

La guía explicaba y lo había oído contar a más de un peregrino que, en **San Juan de Ortega**, el párroco local tenía por costumbre, recogiendo una antigua tradición, ofrecer a los peregrinos que llegaban a pernoctar allí el primer plato de la cena: unas sopas de ajo. Estos últimos, por su parte, debían traer el segundo plato para compartir con el resto de peregrinos. Como sé que allí no encontraré, probablemente nada, compro lo que necesito aquí en el bar: chorizo, queso, salchichón y pan.

La senda que sale del pueblo asciende abruptamente. Llevo el bordón en la izquierda, como me ha dicho Antonio y, aunque me resulta un poco difícil por la falta de costumbre, enseguida noto que, en efecto, yendo así no me duele la cadera. Estoy encantado.

Cuando acaba la subida veo a mi izquierda un paisaje idílico. Sólo llevo recorrido un kilómetro pero el lugar merece la pena. La fuente de Mojaón



y una magnífica sombra de robledal se abren a unas laderas boscosas. Bebo agua, me tiendo y disfruto del paisaje. La navaja me viene a la mano y vuelvo a mi bordón y a la talla. Estoy y me siento inmensamente feliz.

Al ratito aparecen Antonio, Joan y Pere y se sientan a mi lado. El primero me dice que sólo tiene hasta el día 15 de Agosto para caminar, así que su intención es llegar hasta donde pueda. Por su parte, los dos hermanos me explican que han comenzado su camino en Logroño y que tampoco disponen de muchos días para caminar. Pere comenta que no tiene costumbre de hacerlo y lo veo

quitarse el calzado para curarse. La planta de su pie es un auténtico poema, ¡*pobre hombre!* Una de las ampollas que tiene le ocupa más de media planta del pie. ¡Me impresiona mucho vérselo!

Después de disfrutar durante un rato del lugar y la conversación nos ponemos a caminar los cuatro juntos. El paisaje, muy hermoso, es una extraña mezcla de encinares y pinares; entre ellos va transcurriendo la senda que seguimos.

Estamos en los Montes de Oca que, según apunta la guía del camino, dan “*presumiblemente*” nombre al **juego de la oca**.

Antonio es un personaje muy interesante, respira calidad humana por todos los poros. Al compás del camino comentamos muchas cosas. Los kilómetros se van sucediendo sin enterarnos. Me habla de una novela histórico-costumbrista que, sin duda, leeré: “***Los pilares de la Tierra***” de Ken Follet. Es la historia de un constructor de catedrales de la Edad Media. Yo le hablo de mi pasión por la literatura, especialmente por la de ciencia-ficción.

San Juan de Ortega: Yo me paro a descansar con Joan y Pere, tras pasar toda una parte del bosque que está quemada. La desnudez de la tierra entre tanta frondosidad hiel a la sangre en las venas y da un poco de miedo. Es un lugar extraño que produce mucha inquietud. Algo malo ha tenido que ocurrir en ese lugar; algo que no ha dejado buenas vibraciones en el ambiente.

Antonio sigue adelante. Al cabo de un rato soy yo el que continúo dejando atrás a los dos hermanos. Parece como si tuviera prisa por dejar atrás esa zona.

Al llegar al monasterio Antonio me comenta que le han dicho que sólo queda una cama libre y que él va a seguir caminando hasta el próximo albergue para que Pere, que está tan fastidiado de los pies, pueda utilizarla cuando llegue. Yo le digo que me quedo. Sólo necesito un hueco en el suelo donde poner el saco.

En contra de lo que me habían dicho aquí hay un bar. Me dirijo a él puesto que la recepción del hospitalero no es hasta las 16 h. Allí me encuentro a Joan y Xavi, los valencianos, que han acabado ya de comer. Yo me pido una ración de morcilla frita y un vasito de vino ¡Placeres del camino!

El hospitalero nos dice que, al final, no va a haber problema de camas y que tanto Antonio como yo podemos quedarnos.

Por la tarde, después de los ritos de limpieza y cuidado de los pies, gozo de una estupenda tertulia con Jose M^a, el cura del monasterio; el hospitalero; otro señor de quien no recuerdo el nombre; y, por último, Joan y Xavi.

El sacerdote es, también, todo un personaje. La conversación empieza cuando yo le pregunto si habrá sopas de ajo por la noche. Noto que le gusta cuando yo le digo que he comprado cosas para el segundo plato. Enseguida entiendo su postura. Lo que valora, por encima de todo, es compartir. Pero compartirlo todo.

Está cansado de tener que hacer sopas de ajo por obligación. Me parece claro que la rutina acaba por matar la emoción. La guía lo explica, los peregrinos lo cuentan y él se siente obligado cada noche a hacer lo mismo y eso no le acaba de gustar. O, mejor dicho, lo que no le gusta es que los peregrinos sólo quieran tomarse sus sopas de ajo porque es “lo típico”. Tengo la sensación de que durante nuestra conversación -que transitó por temas muy diferentes aunque, como siempre, dedicando un buen rato a nuestros caminos- él está valorando si hacer o no esa noche las sopas de ajo.

Al final de la conversación nos propone hacer una misa y le decimos que sí. Fue muy pero que muy emocionante. No fue ni la religión ni dios; lo que me atrapó fue el rito y el calor de las emociones compartidas.

La misa de José M^a nos hace sentirnos importantes como peregrinos. Nos hace pensar en nuestros seres queridos, los vivos y los muertos. Yo me acuerdo de las personas que forman mi familia y de mis padres muertos y ofrezco, por todos ellos, esa hermandad mágica que se produce cuando todos los peregrinos cantamos juntos. Hace que nos preguntemos qué significa para nosotros el camino y porqué lo estamos haciendo.

Durante la celebración de la misa tuve la sensación de que me conectaba con todo; de que la piel que me separa del mundo se deshacía y me fundía con todos los seres animados e inanimados que me rodeaban. Con los ojos cerrados me perdí, durante unos instantes eternos, en el ambiente anaranjado y trémulo que la luz de las velas dibujaba.

Acabada la misa el sacerdote nos enseña y nos explica el **capitel de la anunciación**.



Es famoso en el camino y en la arquitectura porque el sol lo ilumina solamente en los equinoccios de primavera y otoño.

Dos magníficas cacerolas de sopas de ajo nos esperan a continuación. Cada peregrino pone sobre la mesa la comida que lleva para compartir. Al acabar de cenar, Antonio, los dos valencianos, y los dos hermanos que empezaron en Logroño nos fuimos al bar a tomarnos un cafecito. Luego charla y sueño.

4.16. Una panorámica sin vistas: de San Juan de Ortega a Burgos

Posted on [5 abril, 2011](#) by [xucar](#)

2/8/1996.

15ª Etapa. 7:40 h. San Juan de Ortega – 14 h. Burgos

(31 kms.)

Todavía es de noche. La salida de San Juan, como siempre en solitario, es mágica. La senda transcurre entre encinas que producen la sensación de estar en un bosque muy tupido. Cuando empieza alumbrar la claridad una niebla brumosa llena la mañana. Hace frío. Llevo puesto el chubasquero pero no resulta suficiente. Me parece que voy a tener que acabar por comprarme un jersey.

A los encinares suceden unas praderas que contrastan con la bruma blanquecina de la mañana. No me duele nada y camino muy a gusto con el frío. Llego a [Agés](#) con muchas ganas de ir al lavabo pero no hay nada abierto. Sigo caminando por una pista rectilínea muy ancha que se pierde al fondo entre la bruma circundante. Voy pensando en meterme en algún ribazo, al lado de la senda, para aliviarme cuando veo que, no demasiado lejos detrás de mí, viene caminando un grupo grande de chicos y chicas; parecen un colegio.

La cosa se pone fea porque mi urgencia comienza a ser cada vez más urgente y la verdad es que voy muy apretado. Esperar a que pasen es un problema porque seguramente tardarán bastante. Creo que pararme no es una opción porque me van a alcanzar y me van a ver en mitad de la faena. Finalmente decido apretar el paso lo más posible y sacar la máxima distancia para ganar algo de tiempo. Por suerte diviso un arbolado, a mano izquierda, junto a los campos de trigo recogido. Allí me dirijo “a toda pastilla” apretado, también, por el grupo de chicos y chicas que no ceja en su empeño por alcanzarme.

Aun no me han alcanzado los chicos cuando, resuelto mi problema, reanudo mi camino. Continúo hacia el pueblo de [Atapuerca](#) con la idea de hacer allí un descansito. Una vez en el pueblo me encuentro con Antonio. Se ha puesto pantalón largo y un jersey. Está sufriendo. Dice que sin calor no puede caminar puesto que se le anquilosan los músculos.

Sin parar, seguimos juntos el camino. Iniciamos charlando una subida pedregosa muy pronunciada. Al llegar arriba un cartel anuncia que estamos ante una vista panorámica maravillosa y un banco está dispuesto para que el peregrino la disfrute sentado. Lo cierto es que a duras penas podemos ver el banco en la espesa niebla en la que estamos inmersos. Eso es algo que nos hace mucha gracia aunque, ciertamente, yo lamento no poder disfrutar del panorama.

Llegamos a [Villaval](#) y, sentados en un banco del pueblo, Antonio saca una lata de sardinas y pan duro. Lo compartimos también con Joan y Xavi que aparecen enseguida.

Seguimos caminando los cuatro y pasamos por el pueblo de [Cardenuela](#). Más adelante, en [Orbaneja](#), paramos en el bar del pueblo para almorzar. Me tomo un bocata de tortilla y seguimos camino.

El tiempo no mejora y, aunque no llueve, el día está muy oscuro. Estamos preocupados porque nos han dicho que la entrada a la ciudad de Burgos se hace por un cinturón industrial muy desagradable. Con resignación tomamos la carretera pero pronto las flechas amarillas –ante nuestra sorpresa- nos llevan a una senda entre trigales. Más adelante el sendero atraviesa un antiguo aeródromo y, evitando **Villafría**, nos adentramos en Burgos con un trayecto muy pequeño por carretera. Estamos encantados.

Llevamos un paso muy vivo, aunque a mi hace un rato que ha empezado a dolerme un músculo delantero en la unión entre la espinilla y el empeine.

A la entrada de Burgos nos separamos. Joan y Xavi quieren ir a correos. Antonio y yo nos adentramos en la ciudad. Yo quiero comprar tabaco y un jersey; Antonio, sacar dinero. Me compro un jersey de lana negro. Tras hacer estos recados y pasar por la catedral nos dirigimos al albergue.



Yo cojeo notablemente y vamos cada vez más lentos. Antonio es una maravilla, sigue a mi paso y me dice que no me preocupe.

El albergue, una casamata prefabricada de madera –poca cosa, a mi entender, para una ciudad como Burgos- está cerrado. Cojeando nos vamos a comer a la cafetería de la Facultad de Derecho que, por lo que nos dicen, está muy cerca. Allí, una vez más, Xavi y Joan. Nos sentamos con ellos ante una comida que –relación calidad precio- está estupenda

Volvemos al albergue y ellos tres se van a visitar la ciudad. Yo no puedo. Tengo que cuidarme y descansar. Durante una hora mantengo los pies sumergidos en agua, vinagre y sal que me proporcionan las hospitaleras. Después, media hora de masaje con bálsamo del tigre en el músculo dolorido y, a continuación, dos horitas de cama.

Es media tarde cuando me levanto. En ese momento llegan unos ciclistas al albergue pidiendo cama para pasar la noche. Me sorprende la respuesta de las hospitaleras. Les dicen que no podrán saberlo hasta la noche. Si los peregrinos que van a pie no han llenado las camas del albergue habrá sitio para ellos. Es en ese momento cuando pienso que los ciclistas parecen ser *ciudadanos de segunda* en el camino. Es cierto que el esfuerzo de peregrinos a pie o en bici no tiene comparación, pero también lo es que yo he visto ciclistas, en los Montes de Oca, cargándose a la espalda su bici para poder subir por los fuertes desniveles del camino. Es posible que esto no pase en todos los albergues.

Antonio regresa al atardecer con la compra para la cena que, tal y como nos había dicho, corría por su cuenta. Yo intento y, tras insistir bastante, consigo pagarle una parte.

En una mesa de madera, al aire libre, preparamos unas ensaladas de tomate, queso cortado en tacos, salchichón y aceitunas. Tenemos hasta una botella de vino. Antonio invita a sumarse a nuestra mesa

a las dos hospitaleras: Mariví, una burgalesa morena y Abigail, una rubia norteamericana; ambas encantadoras.

Cuando ya estamos todos sentados a la mesa, Antonio se levanta y con mucha parsimonia, hace una bendición muy divertida: *¡¡Los reyes magos y sus pajes bendigan la mesa de estos salvajes!!* La cena resulta sabrosa y sumamente divertida. Al final comienza a hacer frío y se levanta un viento muy potente. A dormir prontito.

4.17. En el páramo castellano: de Burgos a Arroyo Sambol

Posted on [8 abril, 2011](#) by [xucar](#)

3/8/1996.

16ª Etapa. 6:50 h. Burgos - 18:30 h. Arroyo Sambol

(25 kms.)

Apoyo el pie en el suelo con mucho miedo. Milagrosamente no me duele. Comienzo la etapa con pasos muy cortos y cuidadosos. Voy pensando que si el pie me falla me quedaré por el camino. Una senda de tierra, primero a través de un arbolado y después entre sembrados, me conduce a **Villalbilla**. Aunque me cruzo con tres o cuatro tractores, el pueblo está dormido.

Sigo por un sendero que gira por un edificio bajo y me obliga a pasar entre tres enormes perros atados, por suerte, que me ladran desaforadamente.

Los eternos trigales cortados bordean un camino por el que me muevo a paso mosca. Antonio llega a mi lado y se pone a mi paso.

- *Pensaba que ibas por delante –le digo–.*

Me contesta que ha sido de los últimos en salir del albergue.

- *Tira para adelante –le digo– que tú vas muy rápido y yo ya ves qué paso llevo.*
- *Un ratito me dejarás ir contigo ¿No? – Me dice de una forma que percibo casi molesta.*
- *Por favor. ¡Cómo si quieres todo el camino! Yo lo decía por ti, para no retrasarte.*

Seguimos hablando hasta llegar a **Tardajos del Camino**. Me explica, entre otras cosas, un remedio para las escoceduras:

- *Coge –me dice– una hoja de cardo borriquero. A los lados de camino crecen en cantidad. Dóblala, envuélvela en un papel y machácala un poco con el puño o pisándola con el pie. Lego te la colocas en el bolsillo más cercano a la zona donde tengas la escocedura. Al cabo de un rato notarás como va desapareciendo el escozor.*

Llegamos a Tardajos y paramos en un bar a almorzar. Para nuestra sorpresa al rato aparece Joan sin Xavi. A estas alturas ya sé que es mallorquín y que está estudiando ingeniería agrícola en Valencia.

- *Estaba seguro de que os iba a encontrar aquí almorzando –nos dice–.*

Le preguntamos por Xavi y nos contesta que viene más atrás puesto que ha salido más tarde de Burgos para poder recoger unas zapatillas que le enviaban por correo.

Antonio sigue adelante y me quedo un rato en el bar charlando con Joan. Cuando salimos para continuar camino vemos aparecer a Xavi por la carretera. Decidimos seguir juntos hasta Arroyo Sambol pero, como sabemos que allí no hay nada, buscamos una tienda en el pueblo para comprar víveres.

Nos ponemos en marcha con muchos ánimos y una conversación muy agradable. Así que me olvido del pie que, por otra parte, parece estar perfectamente. En **Rabé de las Calzadas** nos paramos a observar a un grupo de águilas que están haciendo acrobacias por el cielo. ¡*Más regalos del Camino!*

Pasado este pueblo el paisaje muestra sus rasgos más castellanos. Inmensas llanuras de trigo todavía sin cosechar ondean bajo los vientos del páramo. El sendero, de tierra endurecida de color blanco crudo, los corta zigzagueando. Aunque el sol luce con fuerza el viento hace que el camino sea llevadero.

Hornillos del Camino: Atravesamos el páramo castellano



charlando de nosotros mismos y de nuestras vidas. Compartimos la emoción de estar en el camino juntos, compartimos una parte de nuestra vida y, lo más importante, lo hacemos porque queremos. Pocas cosas hay más satisfactorias en la vida que las de elegir la compañía libremente; escoger el camino que queremos seguir; y tener la libertad, por último, de decidir en cada momento si queremos pararnos o continuar. Creo que nunca en toda mi vida he experimentado una sensación de paz, libertad y conexión con el ambiente y el mundo como la que estoy sintiendo y viviendo en el camino.

Sin embargo, no quiero engañarme. No todas las personas ni en todos los momentos y circunstancias de la vida tienen la posibilidad de disponer de una capacidad de elección tan extraordinaria. Si tengo la libertad de sentir y experimentar esta libertad, si puedo elegirla, es porque en este momento de mi vida no tengo vínculos emocionales que condicionen o influyan en mis decisiones. Es también porque dispongo de un trabajo seguro que me proporciona el tiempo y el dinero suficiente para no tenerme que preocupar por lo que, habitualmente, son las preocupaciones cotidianas fundamentales de la mayor parte de las personas: el tiempo y el dinero. Soy sin duda un privilegiado y creo que es muy importante recordármelo y tenerlo siempre presente porque eso me va a ayudar a entender mejor a aquellos que no lo son.

¡Quiero disfrutar de esta libertad con la máxima intensidad posible! Y quiero grabar estos sentimientos y estas sensaciones en mi memoria; en la sentimental, pero también en la racional. El mañana solo existirá mañana y ni sabemos ni necesitamos saber hoy qué es lo que nos deparará. Lo único que sé es que me parece muy importante que el mañana nos encuentre fuertes, seguros y dispuestos a lidiar con sus luces y sus sombras.

El camino me llena de energía, me hace fuerte y yo me abro a él y a la aceptación y a la sorpresa de lo que venga.

La charla ha dado paso a un caminar ensimismado. Más o menos a un kilómetro de distancia de Hornillos caminamos los tres, Xavi, Joan y yo, separados; cada uno a su propio ritmo. El primero

va Joan “*máquina total*”; como le solemos llamar, en broma, por lo embalado que va. A unos 50 metros más atrás camina Xavi y a una distancia parecida, en la retaguardia, yo.

Los primeros días, en la ruta aragonesa, me encontré con que los pueblos solían estar en lo alto de las colinas o montes.



En el camino castellano los pueblos están encajonados, al abrigo de los vientos, en las hondonadas del páramo. Caminando por el llano no los ves hasta que no los tienes encima.

En Hornillos el sol es muy fuerte así que decidimos comer en el albergue y continuar el camino por la tarde.

El albergue es una maravilla. Lo llevan Miguel y Juncal, una pareja de unos 50 o 55 años. Son muy atentos y cariñosos. Allí encontramos a Michel y a Susana, del grupo de peregrinos que conocimos en Santo Domingo de la Calzada. Nos dicen que se han quedado atrás por problemas en los pies. Michel es uno de los dos franceses, el que habla un castellano más correcto.

En la sobremesa empezamos a hablar y hacen su aparición las historias. Hay una, especialmente, que se me queda grabada. Habla de dos jóvenes a los que la justicia belga impuso como condena, por los delitos cometidos, hacer el camino de Santiago. Me explican que es la única justicia del mundo que lo contempla a partir de una ley que perdura desde el siglo XII. No me cabe ninguna duda de las virtudes educativas del camino.

Miguel y Juncal nos preparan un café y con él en la mesa nos cuentan la historia de la estatua del Gallo que hay en la plaza del pueblo:



- *Durante la guerra de la Independencia un destacamento de soldados franceses acampó cerca del pueblo. Al día siguiente los lugareños observaron que faltaban gallinas de sus corrales así que se armaron de sus garrotes y fueron a buscar a los*

franceses. Allí no había ninguna gallina y el capitán les dijo que ellos no habían sido. Cuando, muy desconcertados, los aldeanos se estaban marchando un gallo cantó. Resulta que los franceses habían ocultado las gallinas dentro de sus tambores.

Comentando que vamos a seguir hasta Arroyo Sambol, Miguel y Juncal nos dicen que no vale la pena quedarse a pasar la noche allí; que no hay nada. Comentan que es preferible seguir hasta Hontanas donde, además, hay piscinas.

Al oír esto Joan, “*máquina total*”, reacciona:

- *Yo me voy.*
- *¡Pero cómo te vas a ir con este solazo! –Le dice Xavi–.*

Joan se empeña así que, Xavi y yo decidimos que, cuando baje un poco la fuerza del sol, le seguiremos.



Arroyo Sambol: A las 17'30 horas salimos para **Hontanas**. El paisaje no varía. Dejamos atrás el pueblo subiendo una cuesta y otra vez estamos en el páramo. Charlamos caminando a buen paso.

Al llegar a Arroyo Sambol vemos, a lo lejos, el reflejo de una casita de una planta con una extraña cúpula en su parte derecha.



El edificio es curioso. Junto a él una alameda verde contrasta con el amarillo del paisaje dominante. Eso debe ser el albergue, que más bien parece un refugio.

Decidimos parar un momento en el mismo camino sin acercarnos al refugio, que queda un poco apartado. El sol es ahora muy suave y el viento del páramo hace la tarde muy agradable. Cuando voy ya por el segundo cigarrito, una aparición: Joan, que se acerca corriendo desde el refugio.

- *Os he visto bajar desde el refugio. Os estaba esperando allí, pero al ver que no aparecíais he salido a buscaros.* –Dice Joan-.
- *Pero tú, ¿qué haces aquí?* –Le pregunta Xavi-
- *Nada, que he entrado al pasar y he decidido quedarme porque es una maravilla de sitio* –responde Joan-. *Me he comido un plato de lentejas. Hay buen vino y un estanque. Además, hay literas para dormir.*

Nos explica, también, que es un refugio templario. El refugio resulta ser, en efecto, una maravilla. Está construido en piedra. Es una única sala rectangular. Se accede al interior por una puerta en el centro de uno de los brazos largos del rectángulo. Frente a la puerta, una mesa y tras ella, una minicocina con una ventana alargada en forma de puerta. A la derecha, 10 literas. A la izquierda, una sala circular con un asiento de obra también circular bajo una cúpula azul con estrellas doradas pintadas en el techo. En el suelo un cono de piedra debió servir en el pasado para encender el fuego. Ahora hay solamente una lámpara de incienso. Un pequeño altar con el símbolo del Temple y el de Santiago se halla ubicado en el lado corto del rectángulo.



Cuando entro al refugio encuentro a un hombre mayor del pueblo cercano sentado a la mesa. Es Gaspar, un hombre muy campechano con quien disfrutamos de una pequeña charla muy entretenida.

Me dicen que muy cerca hay un estanque con agua de manantial helada. Sin pensarlo me cambio y me baño dos veces. Un poco por chulería –dado que nadie más se atreve– y otro poco porque de verdad me apetece. Mientras me baño llegan dos parejas de ciclistas y alucinan de que me esté bañando con la temperatura que tiene el agua. El baño me resulta muy muy estimulante.

Más tarde aparece el hospitalero. Es un hippie de unos 30 o 35 años con una barba amplia, desaliñada y canosa. Nos prepara unos macarrones con tomate y cenamos a la luz de las velas.

Con él ha venido Vitorino, un hombre de unos 60 años, bajito y con gafas. Es el dueño de un mesón en el pueblo de Hontanas. No se queda a cenar pero le decimos que, al día siguiente, pasaremos a desayunar por su casa. Antes de marchar nos demuestra su principal habilidad, de la que se siente muy orgulloso y por la que, según él, es conocido en el camino.



Seguramente tiene razón puesto que ya habíamos visto en Burgos una fotografía suya mostrando su habilidad. Toma un porrón de vino y se echa el chorro por la frente; el vino de forma más o menos precisa le baja hasta la boca. Joan le hace varias fotos.

No sé muy bien porqué pero el hospitalero no me acaba de gustar. Cuando acabamos de cenar nos sentamos en círculo en el banco de obra bajo la cúpula, enciende unas barritas de incienso y pone música *new age*. El ambiente podía haber sido perfecto para contar historias o para sentir el silencio acompañados por la música de fondo. Pues bien, en ese momento, el hospitalero se puso a contar chistes de vascos y guipuzcoanos. Si hubiera podido haber alguna magia en ese mismo instante se rompió.

Trato de abstraerme y, en la penumbra que me proporcionan las velas, me coloco en un rincón y hago una meditación. Después salgo del refugio a contemplar las estrellas. Pienso que, en el futuro, recordaré con añoranza estos momentos tan especiales. La noche está muy estrellada y corre una ligera brisa que eriza suavemente la piel. Vuelvo a pensar y a sentir lo afortunado que soy.

Me duermo apaciblemente en la litera mientras de fondo suenan las notas de **“The visit”** de **Lorena McKennit**.

4.18. La hermandad de la Fuente del Piojo: de Arroyo Sambol a la ermita de San Nicolás el Puentino (Itero de la Vega) (1ª parte)

Posted on [12 abril, 2011](#) by [xucar](#)

4/8/1996.

17ª Etapa. 7:45 h. Arroyo Sambol – 19 h. Ermita de San Nicolás el Puentino

(26'5 kms.)

Me despierto con el sonido de **cantos gregorianos**. Es tarde. El hospitalero nos ha preparado café y nos ofrece bizcochos.

Hontanas: Nos ponemos en marcha Joan, Xavi, Esteban –un chico de Vergara- y yo. Avanzamos por el páramo desnudo. Una llanura desolada y triste. La tierra es extrañamente oscura; una mezcla entre marrón y negro.

Al cabo de una hora de camino descendemos a la hondonada en la que se encuentra el pueblo de Hontanas. Dos grandes perros, tumbados uno a cada lado de la calle, marcan la entrada de la posada de Vitorino. Como él mismo nos había anunciado, ni se mueven cuando pasamos entre ellos. Nos prepara cuatro cafés y nos invita a unos orujos de hierbas.

Castrojeriz: La senda que sale del pueblo va por la ladera de una elevación. Discurre entre matorrales secos. A la derecha, como una columna, una parte de la pared, de lo que debió ser en tiempos un edificio de piedra gris, se eleva desnuda hacia el cielo.

El sendero desemboca en una estrecha carreterita entre grandes chopos. Joan pone en práctica una de sus aficiones: buscar setas. Pronto llenamos una bolsa y planeamos hacer un revuelto con setas para comer en Castrojeriz.

A lo lejos divisamos las ruinas del antiguo **convento de San Antón**



donde, según dicen, estaban los frailes *antonianos* que eran especialistas en curar una enfermedad llamada **fuego sacro o mal de San Antón**. La carretera pasa bajo dos grandes arcadas de piedra que

todavía están en pie. Me paro a descansar en un banco al amparo de la sombra de una de las paredes pétreas. Con mis compañeros, que deciden continuar, quedo en que me esperarán en Castrojeriz con el revuelto de setas preparado.

Estoy sentado trabajando el bordón con la navaja cuando aparece Michel, el francés que habla español que, por lo que me cuenta, se quedó descolgado de su grupo. Enseguida se sienta a charlar conmigo. Me pregunta si soy profesor; supongo que alguien debió comentárselo. Cuando le respondo empieza a explicarme que ha estudiado filología hispánica en Francia y que, aunque ha sacado muy buenas notas, no está muy seguro puesto que piensa que ha jugado con la ventaja del idioma, que ya dominaba. Le digo que me parece que eso no es suficiente para sacar buenas notas. Nos ponemos en camino siguiendo con la conversación y nos presentamos en Castrojeriz en un momento.

La colegiata es muy hermosa. Hay varios retablos preciosos en madera desnuda, sin pintar.



Allí me entero de que San Antón es también el patrón del estómago así que, sin pensármelo dos veces, me voy a charlar un ratito con él.

Me siento en un banco y hablo interiormente. Doy gracias al santo o a quien sea por tener una úlcera de estómago no demasiado molesta. Me sirvió para librarme del servicio militar –de la mili–, aunque de vez en cuando se despierta y me hace pasar unos días malos, no ocurre muy a menudo. Tampoco ha degenerado en perforación, como le sucedió a mi padre, así que no hay porqué no dar gracias por estar como estoy.

En el albergue encuentro a Xavi, Joan y Esteban. El primero está muy enfadado porque, cuando han llegado, el hospitalero cerraba para irse a comer y no le ha dejado la cocina para preparar el revuelto de setas. Ellos van a continuar camino así que les digo que ya nos veremos en Itero, que yo necesito descansar.

Michel envió una carta el día anterior a su grupo, desde Hornillos, para decirles dónde y cómo iba y para intentar reencontrarlos más adelante. Ahora busca en el libro del albergue para ver si le han dejado alguna nota. Pronto la encuentra y, de inmediato, se pone en camino.

Estoy sentado a la puerta del albergue cuando aparece Vitorino con el coche. Nos vamos juntos al bar a “*echar un vino*”.

Al volver al albergue me encuentro a los hermanos catalanes, Joan y Pere, que están descansando a la sombra en una placita del pueblo. Me como con ellos dos plátanos y un melocotón y otra vez al camino. Pretendo llegar hasta Itero de la Vega.

4.18. La hermandad de la Fuente del Piojo: de Arroyo Sambol a la ermita de San Nicolás el Puentino (Itero de la Vega) (2ª parte)

Posted on [13 abril, 2011](#) by [xucar](#)

4/8/1996.

17ª Etapa. 7:45 h. Arroyo Sambol – 19 h. Ermita de San Nicolás el Puentino

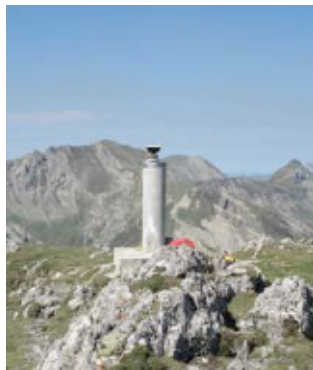
(26'5 kms.)

La fuente del piojo: Tomo una amplia pista de tierra seca blanquinosa que conduce a la base de lo que me parece una alta montaña. Serpenteando en diagonal por su ladera se divisa la pista.



Desde la base de la colina de Mostelares se puede ver cómo asciende hasta un vértice geodésico que debe quedar a unos 200 metros a la derecha de donde se inicia la subida. Aunque el desvío a la derecha modula la ascensión estoy bastante seguro de que va a ser muy dura. Me empuja y me anima la sospecha de que desde arribar debe haber una vista magnífica.

Luego preguntaré sobre los vértices geodésicos y me dirán que en nuestro país están representados físicamente por un cilindro de 120 centímetros de altura y 30 de diámetro sustentado en una base cúbica de hormigón pintado de blanco.



Suelen estar en sitios altos y despejados para poder ver otros puntos, por lo que desde ellos se divisan unas buenas panorámicas. Son puntos –señales- que marcan una latitud y longitud exacta y forman parte de una red de triángulos con otros vértices geodésicos que estructura todo el territorio.

Desde la base de la colina vislumbro una figura pequeñita ascendiendo por la pista como a unos 300 metros por delante de mí. Creo que es Michel.

El sol cae de plano aunque el viento mitiga su fuerza. La ascensión es dura pero pienso que, con marcha corta, paso lento y constancia, se alcanzan todos los Santiagos. Me obligo a no mirar el valle hasta llegar arriba. Deseo que la vista panorámica sea un regalo repentino y sorprendente; no quiero estropearlo dividiendo mi atención entre el esfuerzo físico y mental y el disfrute estético. Quiero dar a cada cosa su espacio y su tiempo.

No puedo encontrar palabras que describan con justicia la vista que obtengo desde arriba; desde el vértice geodésico a 1.400 metros de altura. Estoy embargado por la emoción y noto que se me pone la piel de gallina. Me dejo poseer por la maravilla; dejo que me llene y se expanda dentro de mí. Sé y siento que esto es algo que no olvidaré. Aquí y ahora, el instante eterno, la luz ilimitada, la experiencia irrepetible e irretornable.

Un inmenso cuenco, plano en la base e irregular en los bordes se muestra ante mí. Los tonos de amarillos, ocres, tejas y marrones se mezclan por doquier en la paleta del pintor. En la parte izquierda del cuenco se levanta, como si el escultor hubiera golpeado por debajo con un punzón un, también inmenso, monte de color ocre. En su base y apoyado sobre sus laderas Castrojeriz. En su cima, las ruinas de un castillo que hubo de ser, en su tiempo, difícilmente conquistable.

Sentado a la sombra de la cruz de piedra me estoy más de una hora prendido del paisaje. Me siento lleno, pletórico y me cuesta abandonar el lugar y la vista. Cuando, finalmente lo hago me doy cuenta de que estoy en un llano y que la colina de Mostelares es, en realidad una meseta. Parece como si hubieran cortado la montaña con un cuchillo.

La senda serpentea entre bloques de piedras amontonadas algunos de los cuales tienen una cruz de hierro en su centro. Yo también me paro un momento y con piedras que recojo del camino, hago una pila con piedras de unos tres pisos de altura. Es como una pequeña pirámide de piedras que queda, junto a la senda, como testigo de mi paso.

Avanzo entre cruces y grupos de piedras apiladas por otros peregrinos. Lo que no me espero es el paisaje que me aguarda al otro lado. De nuevo un cuenco con una tremenda explosión de ocres.

Desciendo hacia el valle siguiendo la senda que pasa entre campos de trigo cortado. Estoy tan contento que camino cantando “*a grito pelao*” como si fuera el último o el único hombre en el mundo. Un hermano de mi madre, mi tío Luis, que cantaba zarzuela con una buena voz de tenor me enseñó a apreciar esta música. Cuando yo era niño escuchábamos y cantábamos fragmentos de las zarzuelas que le gustaban. Mis favoritas son “[Katiuska](#)” y “[La tabernera del puerto](#)”. La primera transcurre en los inviernos helados de la Rusia zarista, la segunda en un puerto de pescadores del mar cantábrico. En ambas el amor y el desamor son el tema preferente.

Ahora voy cantando “*Calor de nido*”, una pieza sentida y honda que habla de la nostalgia del hogar y de los amores incondicionales. La voy cantando porque me gusta y porque me la sé, no porqué sienta la añoranza y la melancolía de la que habla la canción. Más bien al contrario, estoy exultante y, aunque me siento como si fuera [Alfredo Kraus](#), la estoy cantando probablemente bastante mal. Pero no me importa; lo que quiero es exteriorizar lo bien que me siento. Por fortuna, nadie me escucha.

Al cabo de media hora de cantatas el viento me ha secado los labios y tengo sed. A lo lejos adivino el fin de la pista. A su derecha advierto unos árboles en los que parece haber un grupo de personas. No tengo claro qué o quiénes pueden ser.

Sorprendido descubro, en mis últimos pasos, que es el grupo con el que Michel quería encontrarse. Lorena, la chica sudamericana, me está esperando al final del sendero con un refrescante y apetecible vaso de agua que consumo con fruición.

Hay una fuente y unas mesas bajo los árboles. Allí han improvisado una sombra con los bordonos y una capa de lluvia. Están junto a una fuente llamada “la fuente del piojo” y, según me cuentan, pretenden quedarse allí a esperar a Michel y a pasar la noche a la luz de las estrellas.

Los que están son, Pierre, Lorena, Jesús –un madrileño que conocí al salir de casa de Pablito- y dos chicas aragonesas. Se extrañan cuando les digo que Michel iba por delante de mí. Mientras comparto conmigo su comida Michel hace su aparición. Nos dice que se desvió del camino para tenderse a la sombra de una encina y que se quedó dormido.

Al rato llegan a la fuente del piojo los hermanos catalanes, Joan y Pere. A los peregrinos que van apareciendo por la pista Lorena los espera con agua, cómo si fuera la hospitalera del refugio.

El ambiente es muy bueno y todos compartimos todo lo que tenemos para comer. La alegría del encuentro y del momento nos lleva a decir que estamos en el albergue de la fuente del piojo y que es una pena que no tengamos un sello para inmortalizar el momento en nuestras credenciales.

Uno de los peregrinos que ha pasado por allí, antes de que yo llegara, le ha dibujado un piojo a una de las chicas aragonesas. Todos coincidimos en que ese debiera ser el sello. Pregunto si alguien tiene una patata y les explico cómo hacer un sello.

Nos ponemos manos a la obra. Pierre es el encargado de modelar en la patata el piojo a partir del dibujo del peregrino. El problema es que no tenemos tinta.

Nos hemos comido una lata de calamares en su tinta. A falta de algo mejor la tinta que ha quedado puede servir. Sin embargo, pronto vemos que no va a funcionar porque nos pringará de aceite las credenciales. Michel saca el cartucho de tinta de un rotulador negro que lleva y con eso lo resolvemos.

Todos nos ponemos el sello en la credencial



y Lorena es la encargada de firmar y escribir “fuente del piojo”. Al final acabamos firmando todo el grupo en todas las credenciales.

Me insisten para que me quede con ellos a dormir al raso pero prefiero continuar mi camino. Michel me dice que lo que me puede es el revuelto de setas. No se lo digo pero se equivoca.

A estas alturas del camino siento que quiero ser yo quien decida los *qué*, los *cómo* y los *cuándo* del camino. La decisión de hacer solo el camino no implicaba, necesariamente, estar solo en el camino

pero sí –y ahora lo entiendo- ser yo, valorando cada situación y cada momento, quien tomara mis decisiones.

Una decisión que no había pensado previamente ha sido la de empezar cada día el camino solo, aunque la noche anterior haya llegado o haya estado con otros peregrinos. De hecho, creo que solamente uno o dos días empecé el camino con otras personas. He descubierto que es el momento más íntimo del día. Cuando me encuentro conmigo mismo y mi camino, pleno de fuerzas para caminar y estimulado por el fresco de la mañana. Es cuando descubro los fundidos de la claridad y la luna; cuando no es noche ni día; cuando nada está escrito ni decidido. Es el momento que prepara y anticipa las sorpresas; cuando todo es posible y plausible. Es el momento de los vértices y las fronteras, cuando ni siquiera se intuye hacia qué laderas nos deslizaremos. Esa es para mí la magia del camino, esa es la magia de la vida.

Ermita de San Nicolás el Puentino: Atardece cuando llego a la ermita de San Nicolás el Puentino; es el albergue.



Es una capilla románica preciosa, reconstruida y habilitada como refugio por una cofradía italiana del camino de Santiago. Los que lo gestionan son, obviamente, italianos. Nos invitan a cenar a todos los que estamos. Al llegar me he encontrado con Esteban de Vergara y con Joan y Pere, los hermanos catalanes. Además de nosotros comparten cena tres ciclistas, un franciscano italiano, Giovanni, que vive en Murcia y los dos hospitaleros. Me como dos magníficos platos de espaguetis a la pimienta.

4.19. 1.357 pasos en 1.000 metros: de Itero de la Vega a Villalcázar de Sirga

Posted on [17 abril, 2011](#) by [xucar](#)

[5/8/1996.](#)

18ª Etapa. 7:15 h. Ermita de San Nicolás el Puentino en Itero de la Vega – 17 h. Villalcázar de Sirga

(26 kms.)

Los italianos nos preparan el desayuno y, al acabarlo, me pongo en camino. Enseguida me alcanza Giovanni aunque no caminamos mucho rato juntos puesto que voy sin agua y, en la primera fuente que encuentro, me paro a llenar la cantimplora.



Cruzo el río Pisuerga por un puente muy bonito y muy grande.

El día está nublado y la pista, que transcurre entre sembrados, es muy polvorienta. En una larga recta, que conduce a **Boadilla del Camino**, me paro a charlar con un pastor. Está encantado de poder charlar con alguien y se muestra muy locuaz. Me comenta cosas de los peregrinos, del camino y, sobre todo, de los perros. Me mete el miedo en el cuerpo con los perros que hay en el pueblo en el que estoy a punto de entrar.

En Boadilla los pocos perros que veo ni se inmutan: están absolutamente hieráticos. A tal punto que dudo si son de piedra o de carne. *¡Hay que ver lo que puede una buena sugerencia o una imaginación desbordada por los miedos internos!* Como los perros, el pastor debió oler mis miedos y los explotó con mucha habilidad. Seguramente ahora debe estar riéndose de mi y de mi inocencia. *¡Cuán fácilmente nos ven algunos cosas para las que nosotros estamos ciegos!*

Desayuno en un bar-tienda. De paso, veo que tienen sombreros así que intento, nuevamente de manera infructuosa, comprarme uno. Me vuelvo a enfrentar a mi cabeza pequeña: no hay sombreros de mi medida.

Frómista: El camino hasta el pueblo es sencillamente precioso. La pista pedregosa transcurre por una avenida entre chopos no muy grandes todavía. Camino entre ellos con un paso muy vivo. Noto en mis piernas la fuerza de los días caminados.

Al llegar al **canal de Castilla** la pista se vuelve de tierra y continúa en paralelo al canal, que es, sencillamente, precioso. Las aguas son claras y la corriente hace ondear las algas que hay en su interior en una danza nunca interrumpida que mis ojos de viajero van dejando atrás.

Al llegar a Frómista hay que cruzar el canal por un puentecito arqueado con barandas de hierro.



Desde él la vista es magnífica. Tres o cuatro niveles descendentes de agua separados por un puente arqueado a través del cual se ve caer el agua.

El templo románico de **San Martín de Frómista** es visita obligada. Su extrema sobriedad contrasta con la grandiosidad y perfección de sus formas. Entrar en él, sentarse en un banco y admirar sus ábsides, sus cúpulas y sus capiteles es una auténtica experiencia.



De allí a almorzar. No me pueden hacer unos huevos fritos así que pido un bocata de tortilla de patata y un platito con tacos de queso. Al levantarme para volver al camino noto un dolor fuerte en la zona de las lumbares.

Población de Campos: Una pista del camino, señalada por mojones, transcurre paralela a la carretera. Yo pensaba que tendría que circular por esta última así que la cosa se presenta mejor de lo que yo esperaba. Aunque camino a paso muy vivo el dolor no me abandona. Me doy cuenta que voy caminando en una situación precaria.

En el albergue de Población la hospitalera es una mujer mayor muy cariñosa que, al ver cómo me encuentro, me dice que me quede a pasar la noche, que no siga. Allí me encuentro a los hermanos catalanes, Joan y Pere que, después de un alto en el camino, van a seguir su marcha. Al ver mi estado, Joan, solícito, se ofrece a llevarme la mochila. Se lo agradezco mucho, pero le digo que no. Creo que cada uno debe llevar su propia carga.

Me planteo qué hacer. Pretendía llegar a Carrión pero creo que eso no me conviene por el dolor que tengo en la columna. El problema al que me enfrento es que la etapa siguiente consiste en 17 kilómetros seguidos sin nada entre ellos. Si me quedo a dormir donde estoy mañana habré de hacer o bien 13 ó bien 30 kilómetros para llegar a una población. Esto significa que o hago muy poco o demasiado. Decido continuar, al menos, hasta **Villalcázar de Sirga**; 11 kilómetros más.



Villalcázar de Sirga: Como medida cautelar me suelto el cinturón de la mochila, meto el bordón por los ojales de las correas delanteras de la misma y poniéndolo en horizontal, apoyo todo el peso de mis brazos en él. Eso hace que todo el peso se cargue en los hombros y libera la presión de las vértebras lumbares. Para cualquiera que me mire debo parecer un crucificado que camina.

El dolor no me abandona ni un momento y el camino me resulta muy duro. Decidido a no prestarle atención me dedico a contar, uno por uno, los pasos que doy en un kilómetro. En esta parte del camino cada kilómetro está marcado por carteles señalizadores. Doy, exactamente, 1.357 pasos. Eso significa que, cada 100 metros estoy haciendo casi 136 pasos; cada 10 metros, casi 14 pasos; y cada metro, por último, me ocupa casi un paso y medio.

Llego a **Villovieco** sufriendo e intentando distraerme de la manera que puedo, ya que el paisaje – castellano- es una monótona llanura de campos de trigo recogido.



Pasado **Villarmantero de Campos**, el siguiente pueblo, hay una zona de recreo con césped y grandes pinares que la guía destaca como la última sombra del camino antes de llegar a Carrión. Allí están descansando los hermanos catalanes así que nos ponemos a charlar un rato. En la conversación me entero de que Antonio, el de Viana, al que yo calculé unos 45 años, tenía 50 y ellos, Joan y Pere, 37 y 39 respectivamente. Me doy cuenta de que las edades que les calculé cuando los conocí, 30 y 45, son totalmente erróneas; al primero lo hice más joven y al segundo más viejo.

Antes de marcharse Joan se ofrece otra vez a cargar con mi mochila y, aunque se lo agradezco mucho, vuelvo a negarme. Es mi carga, es mi responsabilidad. Mientras pueda, creo que debo ser yo quien lo haga. Si llega un momento en el que soy consciente de que no puedo llevarla aceptaré con gusto toda la ayuda que puedan prestarme pero hasta ese momento debo ser yo quien lo haga.

Al entrar en el pueblo la sensación de estar en Castilla se reafirma. Su imagen coincide con el prototipo de pueblo castellano que tengo en mi mente. En el refugio de Villalcázar me ducho, hago

la colada y pongo los pies a remojo en agua con sal. Luego me tumbo en la cama y adopto, durante un buen rato, una postura de yoga que ayuda a relajar las lumbares.

Me toca compartir habitación con tres mujeres mayores alemanas. Yo diría, aunque ahora ya no me atrevo mucho a calcular edades, que tienen entre 50 y 60 años. Con ellas había coincidido ya en el albergue de Burgos, pero no intercambiamos palabra.

Después de descansar un rato me voy a ver la iglesia del pueblo; una vez más, un románico muy interesante. En la ermita de San Nicolás el puentino me hablaron del “Mesón de Pablo”. Los italianos me dijeron que trata muy bien a los peregrinos, así que me fui a cenar allí.

Los italianos tenían razón: me trataron muy bien. Me sirvieron la cena media hora antes de lo que acostumbran para que me pudiera acostar pronto. Tomé una sopa castellana deliciosa. De segundo, un lomo adobado casero muy rico. Todo ello regado con un clarete de la casa y buen pan. De postre unos dulces, también caseros, típicos de la zona.

El mesón es un salón con mesas grandes de madera. Está adornado con objetos típicamente castellanos y el techo, de dos aguas, es todo de madera vista. Durante la cena aparecieron las alemanas. Una habla español y me dice que da clases en un colegio alemán de Barcelona. Con otra me entendí en francés y con la tercera no hablé puesto que no encontramos un idioma que compartir.

El jefe del mesón me invitó a un orujo de hierbas y con el cuerpo calentito, me fui a dormir.

4.20. Mirar el camino, mirar la vida: de Villalcázar de Sirga a Calzadilla de la Cueva

Posted on [22 abril, 2011](#) by [xucar](#)

[6/8/1996.](#)

19ª Etapa. 7:15 h. Villalcazar de Sirga – 14 h. Calzadilla de la Cueva

(21'5 kms.)

Me levanto con el dolor de lumbares con el que me acosté. He pasado una noche inquieta, con sueños que, aunque no han sido ni muy malos ni especialmente desagradables, no me han gustado. La persona que yo era en el sueño es alguien de quien me gustaría huir; representa a alguien que no quiero ser, que ya no soy. Pertenece a una etapa de mi vida que está acabada. Quizás por eso el camino me lo ha mostrado y me ha enfrentado a él. Estoy resuelto a aceptar, de la mejor manera posible, lo que el camino me dé. Si me exige enfrentamientos conmigo mismo o con otros, los tendré.

Cuando comienzo a caminar está lloviznando. He atado con una cuerda las presillas delanteras de la mochila para obligarme a cargar el peso en los hombros. Me oprime un poco en el pecho pero lo prefiero antes que el dolor de las lumbares.

Carrión de los Condes: Me acerco a una ciudad con resonancias históricas. Lo que sé de Carrión lo recuerdo de cuando estudiaba en Logroño en el colegio San José de los Hermanos Maristas. Lo recuerdo del *Cantar de Mío Cid* y, de forma más viva, de una película que debí ver, seguramente, en una sesión de sábado tarde del mismo colegio.



La secuencia, que impactó mi sensibilidad de chavalito católico y provinciano –aún me pregunto cómo la censura marista permitió proyectar aquella película- muestra cómo dos castellanos dejan sus caballos en el sendero y entran en una alameda arrastrando a dos mujeres; sus esposas e hijas ambas de Don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Recuerdo que lo primero que pensé fue cómo aquellos dos “soldados” se atrevían a enfrentar las iras de quien para mí tenía la estatura de un gigante, el Cid. -¿Cómo podían no darse cuenta de que el Cid los destrozaría? ¿Cómo podían hacerle eso a un hombre como él? ¿Cómo podían hacerles eso a sus propias esposas?- Atan a cada una de sus mujeres de cara a un álamo con los brazos en alto rodeando el tronco y les desgarran la

tela del vestido de su espalda. Acto seguido se dedican a golpearlas con un látigo que les deja la espalda llena de costurones y desgarraduras rojas. En la última secuencia que recuerdo, ambos castellanos las abandonan caídas, colgando de sus brazos y desmayadas de dolor en los árboles, mientras ellos se alejan riendo entre bromas. Me pareció una escena especialmente cruel.

No sé cómo interpretarían hoy mis ojos de adulto aquella secuencia. Probablemente me pudiera el sentido estético sobre el emocional; no lo sé. Pero, si he de hacer caso a mi recuerdo, parece que es este segundo el que realmente deja en nosotros las huellas más profundas.

La silueta de las tres alemanas se perfila unos 200 metros más adelante. El camino me está haciendo sufrir. Llueve de forma recurrente por lo que llevo puesto el chubasquero y el sombrero de paja encima. No sé si aguantará mucho más.

En un bar de Carrión me tomo un chocolate con dos raciones de churros. Después cruzo todo el pueblo y entro en una carreterita muy estrecha con el firme en muy mal estado. Unos mojones van marcando los kilómetros. Para olvidar el dolor reinicio el juego del día anterior. Esta vez doy 1.295 pasos en un kilómetro, lo que quiere decir que voy un poco más rápido que ayer.

Calzadilla de la Cueva: Esta etapa tiene 17 kilómetros sin que haya nada entre medio. Dicen que con calor es un desierto duro en extremo. La suerte me ha sonreído: está nublado y llueve.

Pronto la carretera se convierte en una pista. Aunque las vértebras lumbares me siguen molestando noto que tengo las piernas muy fuertes. Parece que por fin mi cuerpo se va acostumbrando al esfuerzo diario.

La pista es pedregosa pero los pies de los peregrinos, con su constante pisar, han abierto un estrecho sendero de tierra que serpentea por uno de sus costados. Lo sigo decidido; es bastante más cómodo.



La monotonía del paisaje me encierra en mi mismo. Un mar de trigo a cada lado del sendero hace que los ojos no tengan a dónde mirar. Me centro en mi actitud respecto al camino, respecto a mi forma de andar. Observo que doy 4 ó 5 pasos mirando al suelo que inmediatamente voy a pisar. El paso siguiente siempre me lleva a alzar la vista para mirar al horizonte o a la siguiente loma. Me doy cuenta de que esto se va repitiendo de manera rítmica y constante.

Estas observaciones me llevan a pensar que el futuro nunca debe hacernos olvidar el presente. De la misma manera que no podemos encerrarnos en el presente sin lanzar miradas periódicas al lugar a donde queremos llegar. Pienso que la misma o una proporción parecida de miradas respecto al camino podría aplicarse a nuestra forma de enfocar la vida. Mirar sólo al futuro nos haría tropezar y caer en el presente. Mirar sólo el presente nos puede hacer caminar perdidos, sin saber hacia donde nos dirigimos. Una vez más pienso que el camino me enseña a vivir.

Camino con paso vivo. Veo a la derecha un tremendo chopo bajo el cual hay una zona de paja aplastada, como si un grupo hubiera descansado o dormido allí. Ni lo dudo; me estiro. La sensación de alivio y de placer al extender y apoyar la espalda en el suelo es difícilmente explicable.

Descanso un poco y luego me pongo a trabajar el bordón con la navaja. Voy añadiendo signos y símbolos de forma intuitiva, sin saber muy bien ni porqué los tallo ni porqué los dispongo en la forma que lo hago. Han aparecido un ojo; la letra griega omega; diferentes tipos de cruces, la cristiana, la griega, la ortodoxa; también diferentes tipos de estrellas, entre ellas la de David. Ya he conseguido hacer que el bordón sea mío; es mi compañero, me acompaña y me da seguridad.

Sigue lloviznando de forma intermitente y el cielo está muy oscuro. Por la senda pasa una chica rubia sola con una capa de agua amarilla. Va como una bala. Me saluda con la mano y sigue adelante.

Vuelvo a ponerme en marcha. Cada vez que reinicio el camino, después de una parada, siento que “*me crujen las estructuras*”. El fondo que me han proporcionado los días que llevo caminando hace, sin embargo, que enseguida se me “*calienten*” las piernas.

A los lejos, por delante, vislumbro dos personas. Me siento fuerte y aprieto el paso hasta que los alcanzo. Son dos peregrinos raros, sobre todo porque, a primera vista, van poco y mal equipados. Los saludo y sigo adelante.



Una gran encina se perfila a la izquierda del camino; algo que mirar en el océano de trigo amarillo que se extiende hasta el horizonte. Sé que me costará llegar hasta ella y sé, también –la guía me ha informado–, que al sobrepasarla aparecerá otra mucho mayor y que alcanzarla se hará interminable.

El camino hace rato que para mi se ha hecho insoportable. El senderito de tierra ha desaparecido y las piedras de la pista me machacan las plantas de los pies. Con eso se agudizan el resto de dolores.

En otras condiciones me hubiera parado en la segunda encina, un gigante verde solitario que domina el mar de trigo, y que queda a la derecha a unos 50 metros del camino. Tal y como voy, no paro hasta el albergue. Llego hecho polvo; las vértebras lumbares me matan.

El albergue es bastante cutre pero lo lleva una pareja muy maja. Me llevan al primer piso, a una habitación con un suelo de madera y, sobre un colchón de espuma, pongo el saco de dormir y me tumbo. Ni siquiera me ducho. No me quedan fuerzas y estoy preocupado por el camino. Si el dolor de espalda sigue a este ritmo no sé que voy a hacer. Sé que me resistiré, “*de todas, todas*”, a abandonarlo. Si es necesario me cargaré la mochila sobre los hombros y caminaré muy despacito, pero me gustaría mucho poder llegar a Santiago. Esta resolución me da fuerza.

Me quedo dormido. Me despierta una voz conocida de mujer; es Elia. En Belorado apareció un amigo suyo y se quedó a pasar el día con él. Al día siguiente se volvió a poner en marcha y ahora me ha alcanzado. Ha llegado al albergue con dos chicos.

Me levanto y me voy a un bar a comer. Después me pongo a escribir este diario delante de un café. Es lo que estoy haciendo ahora mismo.

Al rato aparece Elia con los dos chicos. Uno es vasco y se llama Felipe. El otro es un suizo del que llevaba oyendo hablar varios días. Es Klaus, un personaje muy curioso. Es alto y delgado. Sus cabellos, largos y desordenados, son de un rubio apagado casi rojo y lleva una barba corta y desordenada y gafas de concha. Nada más verlo uno percibe que tiene algo de estrambótico. Lleva tres meses caminando. Viene desde Suiza y ha hecho unos 2.500 kilómetros caminando. Habla un castellano muy peculiar en el que se mezclan de manera desigual el francés y el italiano. Cuando le digo que es muy valiente y que lo que hace es muy difícil, me responde:

- *¡Más difícil es trabajar!* - Con lo que todos nos echamos a reír.

La tarde se va animando. Aparece todo el grupo de Pierre y Michel: Lorena, la argentina; las dos chicas aragonesas; Jesús, el madrileño de casa de Pablito; y Xavi, un atleta de Madrid. Es el grupo de la “fuente del piojo”. Todos tenemos una gran alegría de volvernos a encontrar y los besos y abrazos se prodigan.

Llegan también las tres alemanas y dos chicas catalanas que ya había conocido; Olga y Gema. Charlamos largo rato en una muy animada conversación. Pierre está hablando de la etapa de San Antón a Castrojeriz:

- *Yo soy una persona muy receptiva y en las ruinas de San Antón percibí algo; como presencias malignas y extrañas. Había algo allí, algo malo –nos dice-.*
- *Es curioso –Le contesto-. Yo no recuerdo haber percibido nada, pero sí que me extrañó ver unos carteles tan grandes, frente a la verja que da entrada a las ruinas, avisando: PERROS MUY PELIGROSOS. Pensé que quien los había puesto debía ser una persona con muy malas vibraciones o muy mala leche.*

Esto último que dijo Pierre me llevó a pensar en una historia que me contaron, según la cual un peregrino entró a ver unas ruinas -me imagino que se debía referir a estas- y un gran perro negro le destrozó a mordiscos una pierna.

A la hora de acostarnos Gema me dijo que me daría un masaje en las lumbares con el bálsamo del tigre. Así lo hizo y me dejó como nuevo. Olga, por su parte, me recomendó meter las costillas flotantes hacia adentro. *Como si te hubieran dado un puñetazo en el estómago –me dijo-.* Eso me haría rectificar la curvatura de las lumbares -**lordosis** me dijo que se llamaba técnicamente- y me aliviaría.

En el suelo de madera de la habitación del albergue dormimos esa noche 12 personas.

4.21. Sobre voluntades y límites: de Calzadilla de la Cueva a Sahagún

Posted on [27 abril, 2011](#) by [xucar](#)

7/8/1996.

20ª Etapa. 7:10 h. Calzadilla de la Cueva – 13 h. Sahagún

(21 kms.)

Lo primero es desayunar. En el pueblo hay un hostel que hace horario peregrino. Me tomo un café con leche y pan con mantequilla y mermelada.

El día apunta oscuro y llueve considerablemente. Llevo puesto el chubasquero verde y, encima de la capucha, el sombrero. Lo llevo prendido en la parte trasera del ala con un imperdible que, a su vez, está sujeto a una de las correas superiores de la mochila. Cuando el camino transcurre por la carretera, cosa más frecuente de lo que quisiera, el aire de los camiones que pasan a mi lado puede ser muy fuerte y no quiero tener que salir corriendo tras un sombrero volador.

Es el caso de esta oscura mañana. Estoy andando por el arcén de una carretera general ocupada, casi permanentemente, por rápidos camiones que derrochan aire y agua en una orgía de incomodidades que hacen impracticable y peligroso el caminar.

Me siento muy fuerte y camino bajo la lluvia con un paso muy rápido. Parece que los cuidados que me dispensaron la noche anterior los peregrinos me han hecho recuperarme de forma muy rápida. Supongo que los 19 días anteriores de camino también han hecho su trabajo.

Hay mucha circulación y los camiones que pasan como exhalaciones a mi lado me lanzan, con el aire, chaparrones de agua. *¡Como si no tuviera bastante con la que cae del cielo!* Esto va a durar casi 6 interminables kilómetros. Sin proponérmelo “pongo el automático” y el pensamiento empieza a derivar.

Me enseñaron que la voluntad lo puede todo. Con voluntad uno puede conseguir lo que se proponga y supongo que debe ser verdad. Me parece, sin embargo, que hay que matizar un poco esta idea. Si pienso en mi mismo y en mi vida, veo que todo lo he conseguido con voluntad. Una voluntad superior a cualquier cosa que se me presentara. Una voluntad capaz de superar cualquier obstáculo para llegar a su destino; para conseguir su propósito.

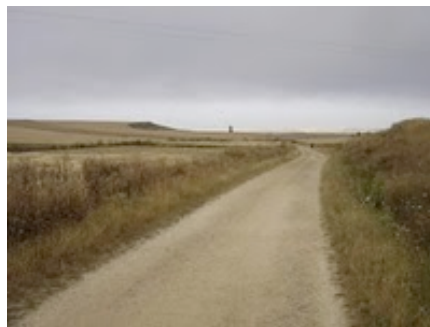
Me parece que así pensada y utilizada, la voluntad deja de ser una cualidad para convertirse en un defecto. Creo que la voluntad puede ser la primera o el segundo en función de si el hecho de utilizarla supone o no ejercer violencia sobre quien la usa.

Cuando me violento o me fuerzo a mi mismo para conseguir un objetivo determinado; cuando paso por encima de mi cuerpo, de mi mente, de mis pensamientos o mis sentimientos, -que me pueden estar gritando que no lo haga- por alcanzar una meta; cuando no respeto todo aquello que me hace ser humano por llegar a donde me he propuesto, estoy malutilizando la voluntad. En esta situación es fácil que, aunque consiga mis propósitos, estos acaben volviéndose contra mí. La voluntad como cualidad no supone renunciar al esfuerzo, sino dosificarlo para que no se vuelva contra nosotros.

El camino es voluntad constante, pero voluntad respetuosa, dosificada, a la medida de nuestros límites y nuestras posibilidades. Si no respetas tu propio ritmo; si no escuchas o atiendes las indicaciones de tu cuerpo; si no lo cuidas y lo respetas, pase lo que pase a tu alrededor; tu cuerpo se rebelará y aparecerán males y dolores imprevistos que pueden obligarte a abandonar el camino. Si existe una educación de y para la salud esa es, sin duda, la enseñanza básica. Tenemos que aprender a escucharnos pero, sobretodo, tenemos que aprender a hacernos caso.

Hablando de males; ahora mismo las lumbares me están matando. Me acuerdo de lo que me dijo Olga respecto a cómo colocar las lumbares y decido ponerlo en práctica. Si, finalmente, tengo que abandonar el camino lo haré, pero antes intentaré todo lo que esté a mi alcance para que no llegue ese momento.

Al principio la postura me resulta muy incómoda, pero enseguida noto que, efectivamente, se me están descargando las vértebras, así que intento mantenerla. Tengo que llevar mi atención de forma constante a los músculos de las cervicales que, como contrapartida a la postura que intento mantener, se me están tensando. Cada vez que soy consciente de estarlos tensando, los relajo.



Sin darme casi cuenta he pasado **Lédigos**, he abandonado la carretera y he entrado en una pista embarrada que dificulta mucho la andadura.

En **Terradillos de los Templarios** paro en un albergue particular a tomarme un café. Allí me encuentro a Estíbaliz, la chica rubia de la capa de agua amarilla que me adelantó en la etapa de Calzadilla. La acompaña una preciosa mujer de Burgos llamada Chus. Al poco aparecen también Michel, Pierre y Lorena y, mientras desayunan, charlamos un ratito.

Ha dejado de llover y parece que un sol irregular comienza a despuntar. La postura que me recomendó Olga se va convirtiendo poco a poco en automática y eso me permite acelerar el paso. Así alcanzo, con gran ilusión puesto que los creía perdidos, a los hermanos catalanes, Joan y Pere. Con ellos camina Estíbaliz, que ha salido del albergue sin que yo me apercibiera.

En **San Nicolás** me paro a beber en una fuente. Allí nos juntamos todos; los catalanes, Estíbaliz y el grupo de Pierre y Michel. Desde allí caminamos todos en grupo. Estíbaliz y yo, con un paso muy vivo, nos adelantamos y nos vamos explicando nuestra vida.



En la **ermita de la virgen del puente** una alameda ofrece una sombra tentadora que nos hace ir cayendo a todos los peregrinos a medida que vamos llegando. Charlamos bajo los álamos sobre la película “***Un lugar en el mundo***”. Lorena también la ha visto y dice que es la película que más le ha gustado. Yo les cuento que me parece una película muy inteligente, muy humana y muy interesante. Les digo también que hace años que la utilizo en mis clases para trabajar temas de pedagogía social, de animación sociocultural y de desarrollo comunitario.

Sahagún: Llegamos al pueblo en grupo. Suerte de eso, puesto que a la entrada nos aguardaban tres enormes perros ladradores. El grupo los espanta.



El albergue de Sahagún es grande, cómodo y bonito. Al verlo empezamos a dudar sobre si seguir o no adelante. Yo me decido: me quedo. Michel se ha empezado a sentir mal de repente y dice que él también. Se añaden Lorena, Pierre, Jesús y Javi. Las dos aragonesas dicen que comerán algo y seguirán adelante.

Michel, Pierre y yo comemos en un restaurante: paella, conejo asado, natillas y un Marqués de Cáceres del 1989. A media comida Michel se siente francamente mal así que se va al refugio, que está al lado. Comentamos que seguramente se ha quedado frío en el rato que hemos estado a la sombra de la alameda. Pasará toda la tarde en la cama, levantándose tan sólo a vomitar.

Al refugio han llegado también las catalanas Olga y Gema, Klaus y Felipe, el chico vasco. Klaus nos dice que está preparando para todos una “*porquería suiza*” a base de pasta.

Con todo el grupo sentado en una larga mesa agradezco a las catalanas la mejora de mis lumbares gracias a sus consejos. Todos piden a Olga que les explique, de manera práctica, la colocación de las costillas para poner la columna recta y –ahora domino el tema- *evitar la lordosis*. Jesús se ofrece como modelo y Olga lo mueve y malea como si fuese una escultura. Se produce una situación muy cómica y divertida cuando todos vamos diciéndole a la vez a Jesús cómo tiene que colocarse.

Después de una buena siesta paso la tarde con las dos chicas catalanas y con Pepín, un chico malagueño que se ha juntado al grupo. Paseamos y vamos al médico los cuatro que, por cierto, nos

dice a cada uno de nosotros lo que ya sabíamos. Luego nos sentamos en una terraza cubierta a charlar sobre yoga y terapias mientras una terrible tormenta descarga su mal genio. Finalmente, cena y dormir.

Por cierto, esto debo resaltarlo: pierdo mi -ya casi- complejo de cabeza pequeña. ¡Encuentro un sombrero a mi medida! El viejo, que voy a tirar, me lo pide Michel, así que se lo regalo.

4.22. Los obstáculos que nos ponemos a nosotros mismos: de Sahagún a Mansilla de las Mulas

Posted on [1 mayo, 2011](#) by [xucar](#)

8/8/1996.

21ª Etapa. 7:10 h. Sahagún – 18'30 h. Mansilla de las Mulas

(38 kms.)

Otra jornada que comienzo el camino incómodo. Circulo por carretera. Lo que me ocurre no es nada que pueda concretar. Es una especie de malestar que me hace no caminar a gusto. Una vez más pienso que el camino es como la vida. Hay días, situaciones y sensaciones que abarcan no sólo todas las gamas de los grises sino, también, todas las gamas de todos y cada uno de los colores. Hoy parece ser uno de los grises.

En **Calzada del Coto** hay una cruz sobre un pie de piedra que marca el inicio de la senda peregrina. Allí me siento a descansar un rato. Un cigarrillo para disfrutar del momento. Sigo pensando que no he sido capaz de dejar de fumar como me propuse. Sé que estoy en el camino; en todos los caminos; también en el de dejar definitivamente de fumar. Pero no ahora; no todavía, no en este momento. Si estoy fumando, soy consciente de lo que hago y puedo permitirme todavía disfrutarlo.

La senda tiene árboles plantados en su orilla izquierda. La guía que llevo lo explica: uno a cada nueve metros de distancia. Pero todavía son muy pequeños. Seguro que en el futuro muchos peregrinos los agradecerán por que les protegerá del sol. Pero no ahora, no todavía. Hay que darle tiempo al tiempo. Y cada vez me parece más claro que para todo hay un tiempo y un momento.



La llanura es inescrutable: estoy en pleno páramo. Casi sin darme cuenta cojo el ritmo caminante y ando cómodo y rápido. Voy pensando que la mayor dificultad del camino reside en los obstáculos que nos ponemos a nosotros mismos. Es como un círculo vicioso. Si pienso que voy incómodo y me dejo llevar por esa sensación, la incomodidad se adueña de mí y, poco a poco, me va derrotando. Pensamientos del tipo “*Voy muy mal*”, “*no seré capaz de aguantar*”, “*no puedo hacerlo*” van convirtiendo paulatinamente las sensaciones en realidades. Lo que empezó siendo una leve incomodidad acaba transformándose en el deseo imperioso de acabar con esa sensación. La negatividad se nutre de negatividad y acaba por convertirlo todo en oscuridad.

A principios del siglo XX los sociólogos americanos llamaron a este efecto el *teorema de Thomas* en honor del pensador que lo formuló. Decía algo así como: *si las personas consideran real una*

situación lo será por sus consecuencias. Si, por el contrario, aceptamos la incomodidad como un requisito más del camino, le quitamos importancia y no la dejamos poseernos es muy probable que acabe desvaneciéndose en la propia dinámica del camino.

Más adelante veo caminando a “*Rinconete y Cortadillo*”. Son los dos peregrinos “raros”, “mal equipados” que me encontré en la etapa anterior. Estíbaliz me contó que son dos personas que se pusieron a caminar hacia Santiago porque estaban sin trabajo. Me contó que donde pueden trabajan uno o dos días y siguen. Se ve que van preguntando por todos los pueblos si “hay algo para ellos”. Según le dijeron a Estíbaliz tienen mucha confianza y están seguros de que llegaran a Santiago porque cuando más apretados están siempre aparece algo y resuelven. Desde que me lo contó pensé que tenía que ayudarles.

Me gustaría darles dinero, pero no sé muy bien cómo hacerlo porque ni siquiera he hablado con ellos ni los conozco. Se me ocurre que una posibilidad es la de adelantarlos y dejar el dinero bajo una piedra de manera que lo encuentren al pasar. Pero no lo acabo de ver claro: pueden pararse antes o pasar otro peregrino y quedárselo. Me armo de valor y camino hasta que me pongo a su altura.

- *Hola –les digo- ¿Qué tal?*
- *Muy bien. Ya ves –contesta el más alto-, poquito a poquito.*

Les pregunto que de dónde vienen y porqué hacen el camino. Quiero preparar las cosas para darles el dinero de la manera más suave. Me dice que salieron de Sevilla porque no tenían trabajo y que desde Santiago piensan seguir hacia Roma.

- *Y ¿cómo os financiáis? –les pregunto-.*
- *Como podemos –responden-. A veces pedimos.*

Yo pienso que si me hubieran pedido todo hubiera sido más fácil, pero no lo hacen.

- *Yo..... –les digo muy inseguro cogiendo el dinero que ya me había preparado en el bolsillo- A mi me gustaría participar. No os ofendáis, por favor.*
- *No –me dicen-. Gracias. De verdad.*

Un poco avergonzado me despido de ellos y sigo caminando.

Nuestra mente nos traiciona demasiado a menudo. Sin buscarlo me doy cuenta de que comienzo a sentirme orgulloso de mi acción, pero ese es un sentimiento que no quiero tener. He hecho, simplemente, lo que quería y podía hacer. Me avergüenza sentirme orgulloso por eso. No quiero pensar más en ello.

[El Burgo Ranero](#): **Bercianos** es un pueblo hecho de casas de adobe.



Me resulta muy original puesto que nunca antes había visto construcciones de estas características. Allí me paro a almorzar. Me tomo dos huevos fritos que me sirven con pimentón rojo por encima. Están deliciosos y la especia picante los hace muy estimulantes.

El camino hasta el Burgo es celérico. De la hora y media inicialmente prevista me sobran 20 minutos. Nunca lo hubiera dicho a partir de la incomodidad con la que he empezado la jornada.

En un mesón del Burgo está mi grupito de amigos peregrinos : Klaus, Felipe, Xavi, las chicas aragonesas, Lorena, etc. Charlo un ratito con ellos y sigo mi camino. Lorena me dice de vernos en Mansilla y cenar todos juntos. Le contesto que *“caminaré hasta donde me dé el cuero”*.



La llanura se extiende interminable y los árboles que bordean la orilla de la senda constituyen la única referencia. Se podría decir que el camino está urbanizado. Cada dos kilómetros, aproximadamente, hay pequeñas hondonadas con riachuelos y arbolado que el peregrino advierte solamente cuando los alcanza.

El día es soleado, pero una ligera brisa hace que sea muy soportable. El camino es de esos que te llevan a encerrarte en ti mismo para deambular por los laberintos interiores.

Al cabo de una hora de andar me tumbo un ratito a la sombra en una de las hondonadas. Descanso un rato y tallo el bordón. Cuando me dispongo a continuar aparece Estíbaliz y continuamos juntos a buen paso.

De cuando en cuando, la monotonía del paisaje es mágicamente rota por los colores blanqui-rojos de un electrotrén que atraviesa la llanura en la distancia. Parece un tren de juguete y el efecto es muy bonito. Le digo a Estíbaliz que me recuerda las viñetas de las historias rusas



de **Hugo Pratt** en las que los trenes cruzan las llanuras siberianas en las que el **Corto Maltés** vive sus aventuras.

Los trece kilómetros de páramo no se acaban nunca. Suerte de la animada conversación que sostenemos, si no se me hubiera hecho muy duro.

Mansilla de las Mulas: Paramos en Reliegos a repostar y se nos junta otra peregrina, Paz; una mujer muy divertida. Los seis kilómetros hasta Mansilla son muy rápidos. Allí nos instalamos en el albergue y nos dedicamos a los ritos cotidianos: ducha, colada y cura y cuidado de los pies. Luego una buena cena y a dormir.

4.23. Vitrales, meditaciones y chasquidos de cortejo: de Mansilla de las Mulas a León

Posted on [5 mayo, 2011](#) by [xucar](#)

[9/8/1996.](#)

[22ª Etapa. 7:20 h. Mansilla de las Mulas – 13 h. León](#)

[\(22 kms.\)](#)

De buena mañana cruzo el puente sobre el [río Esla](#). Camino alternativamente por la carretera y por sendas habilitadas en paralelo a ella.

Paro a desayunar en [Villamoros](#). Estoy un poco preocupado porque me han dicho que la entrada a León es por carretera y no me apetece nada. La carretera aísla; es como si obstaculizara o rompiera el vínculo que une al peregrino con la tierra, con el camino. Mientras estoy desayunando perdido en mis reflexiones aparece Paz, que se está un ratito conmigo y luego sigue su camino.

Me pongo en marcha. Voy con paso rápido y el cuerpo responde muy bien. La postura de Olga para mis lumbares funciona a la perfección. Ya la hago de forma automática. Al principio tuve que forzar el cuerpo porque me parecía una postura antinatural. Ahora el cuerpo la ha integrado de manera normalizada. Está claro que eso de “natural” requiere siempre precisiones. Me parece que lo “natural”, por más natural que sea, también se puede aprender.

El paisaje va cambiando poco a poco. Han comenzado a aparecer campos de maíz a ambos lados del camino.

En [Valdelafuente](#) me encuentro a un grupo de valencianos con los que ya me he cruzado varias veces en el camino. Me dicen que la noche anterior el grupito llegó muy tarde al albergue y que esta mañana, Lorena, la chica sudamericana, preguntaba por mí. Me dice que todo el grupo viene, muy cerca, detrás de ellos.

Me siento a la sombra y me pongo a trabajar la vara. Aparece Lorena seguida por Michel y Pierre. Los cuatro caminamos juntos hacia León. Me explican que la noche anterior en el albergue los dos hospitaleros les confesaron ser homosexuales y que, prácticamente, acosaron a Michel al que pidieron repetida e insistentemente que se quedara con ellos. Se ve que jugando le cogieron el sombrero que yo le había dado cuando me compré el nuevo. Para poder recuperarlo Michel les tuvo que decir que era un regalo de su abuelito cosa que hizo que todo el mundo se matara de risa.

Una de las aragonesas, Susana, que el día que nos conocimos se refirió a mí como “*el señor ese*” y a la que yo le hacía broma con ese tema, decía: *Si además de “señor ese” le llamáis abuelito, ya veréis lo que os dirá.* Entre juegos y risas llegamos a [León](#).

Carretera, carretera y carretera que la compañía y la conversación ayudan a sobrellevar. Entramos en la ciudad y nos dirigimos al albergue. Pertenece a las monjas hermanas Carvajales. Han habilitado un gimnasio para dar cabida a la cantidad de peregrinos que viajan a Santiago y parece que tendremos que dormir en el suelo.

Dejo todo preparado y me voy a comer yo solo. Un menú en una terraza precedido de una muy sabrosa morcilla leonesa. Después doy un buen paseo por el barrio viejo de León llamado **“el húmedo”**. Es un entramado de callejuelas muy estrechas donde bares y tiendas antiguas se alternan. A pesar de ser un sitio precioso no me acabo de sentir bien. La sensación que me produce es la de haber abandonado el camino; es como si estuviera en un lugar que no me corresponde. La ciudad me viene grande, me faltan espacios libres, me falta el aire. Pienso que debo irme a la catedral, buscar un sitio apropiadamente resguardado y hacer una meditación. Necesito volver a centrarme.

La catedral es muy especial, la luz que se filtra por el rosetón y los inmensos y abundantes vitrales



es muy especial. No hay mucha gente. El silencio lo llena todo y el ambiente, a la brumosa luz azul de los vitrales y a la claridad trémula y brillante de las velas, favorece la introspección. Me siento en un banco en postura de yoga y me abandono en la meditación.

Al salir de la catedral me siento un hombre nuevo, liberado, abierto al mundo y lleno otra vez. Me siento frente al pórtico en una terraza y me pongo a observar a las quizás más de 50 cigüeñas que evolucionan entre las agujas de la catedral. Es un espectáculo muy entretenido y muy bello. Encima de cada pináculo hay una cigüeña.



Toda la catedral bulle con ellas, que van intercambiando sus posiciones, tras pequeños vuelos, entre los distintos y abundantes pináculos catedralicios. Muy a menudo se escuchan chasquidos que producen con el entrechocar de sus largos picos. Según me dicen es el rito habitual de cortejo.

Mientras las contemplo aparecen Jesús, Xavi, Marisol (una de las aragonesas), Chus y Gema. Me dicen que el plan para la noche es irse de marcha por la ciudad, no dormir y, a las 6'30 de la madrugada, cuando abran el albergue, ir a buscar las mochilas para continuar camino.

Se nota que son jóvenes. Yo no acabo de tener claro qué hacer porque, aunque fuera poco, algo me gustaría dormir. Tenerlo todo siempre es difícil sino imposible. Ya veremos qué es lo que decido, finalmente.

A las 22 horas nos acercamos a la iglesia de las hermanas carvajales a escuchar cantos gregorianos; nos han dicho que lo hacen muy bien. Sólo puedo decir que estimulado por las tonalidades mágicas de aquellas voces y aquel ambiente subí al cielo.

Decidido a formar parte de todo, al menos un ratito, saco mis cosas del gimnasio y me busco una pensión. Eso me dará la libertad necesaria para hacer lo que quiera: quedarme toda la noche o retirarme si veo que es lo que me pide el cuerpo.

Cuando nos encontramos todos aluciné de lo que se habían arreglado y de lo guapas que estaban las chicas esa noche. Nuevamente escuchaba los chasquidos del cortejo, en este caso, muy humanos. Acostumbrado a verlas y a vernos a través de las “humanidades sudorosas” del camino fue toda una sorpresa. alguna de ellas, muy maquillada, estaba casi desconocida. La verdad es que yo no buscaba nada pero me pareció bastante claro que, si lo hubiera buscado, esa noche hubiera podido encontrar.

Éramos un grupo de personas bastante grande porque se nos fueron juntado otros peregrinos. Hasta las 4 horas de la madrugada jugamos, comimos, bebimos y nos reímos. Incluso bailamos de forma desahogada. Fue una noche bonita y divertida. A esa hora y aunque todos los demás continúan la fiesta yo hago un discreto “mutis por el foro”.

4.24. Hablarle al peregrino: de León a Villadangos del Páramo

Posted on [11 mayo, 2011](#) by [xucar](#)

[10/8/1996.](#)

[23ª Etapa. 13 h. León – 20'30 h. Villadangos del Páramo](#)

[\(21 kms.\)](#)

Dos veces me paro a desayunar cruzando León. Empiezo a caminar a las 11, pero no será hasta las 13 horas que me ponga realmente en marcha. Me doy cuenta que no hago sino “marear la perdiz” y no acabo de volver a “entrar” en el camino. Tengo la sensación de que la noche anterior fue un corte en mi camino y pienso que me costará volver a centrarme. Aunque he disfrutado en León no tengo claro que fuera una buena idea salir de marcha la noche anterior.

Camino, camino y camino y la ciudad no parece acabarse nunca. Visito las basílicas de [San Isidoro](#) y [San Marcos](#), dos joyas arquitectónicas que jalonan el camino ciudadano.

La virgen del Camino: León continua en [Trobajo del Camino](#), un pueblo obrero que le hace de periferia. Las calles, la circulación y los edificios me pesan. Ardo en deseos de sentir nuevamente el campo y los paisajes. Ese es el verdadero camino; el lugar donde el peregrino y el paisaje se funden; el espacio al que pertenecen y en el que ambos se respetan y comprenden.

La marcha de la noche anterior me gastó más de lo que pensaba. Apenas llevo dos horas caminando cuando vuelvo a tener hambre. Una carreterita y una pista de tierra dura me llevan a través de una gran zona industrial. El sol luce con fuerza pero, más fuerte aún, sopla un viento incómodo que me ataca alternativamente de frente y de costado.

“El coyote”, un restaurante mejicano, me sirve de refugio. Lo cierto es que me sorprende encontrarlo aquí en medio de una nada industrial que los domingos despueblan. Lo atiende una chica muy atenta y muy cálida. Me sirve una coca-cola, un bocadillo de hamburguesa y un café de puchero.

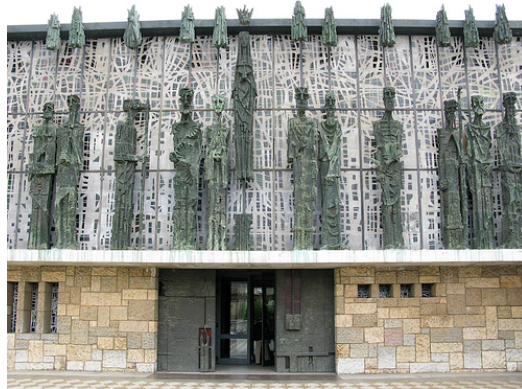
Tres señores –advierto con sorpresa– están hablando de religión a mi lado. Creer o no creer; la religión como opio tranquilizante; y motivos y experiencias religiosas de cada uno de ellos, constituyen el contenido de la conversación.

Entra un joven de unos 35 años –sigo con mis cálculos de edades–. Enseguida me interpela. Me explica su vida, lo harto que está de ser pastor y lo mucho que le gustaría encontrar algo en algún otro lugar. Noto que envidia la libertad –*transitoria*, le apunto– del peregrino. Se siente esclavo, pero me dice que las ovejas son de su propiedad y que es eso lo que le ata. ¡Curiosa esclavitud la del propietario!

Cuando salgo del restaurante voy pensando en lo fácilmente que “me entran” todas las personas. En lo fácil que resulta hablarle a un peregrino. Pienso que las personas con las que se cruzan los peregrinos ven a estos últimos como transeúntes y les presuponen buena fe. Creo que eso es lo que

nos hace objeto de confesiones, confidencias y charlas que, probablemente, no se les hacen a los amigos, familiares y conocidos que forman parte de su vida cotidiana.

Con estos pensamientos llegó a La Virgen del Camino, un santuario que tiene en la fachada unas magníficas figuras esculpidas de **Subirachs** sobre un fondo de vitrales diseñados por **Rafols Casamada**. El efecto, que tiene un aire muy moderno, es muy interesante. Por la guía me entero de que la construcción es del 1961.



Subirachs es el escultor que está dirigiendo en la actualidad la construcción de la **Sagrada Familia** en Barcelona. Tiene muchos detractores puesto que su estilo geométrico, aristado y poliédrico contrasta de manera muy exagerada con las suaves arcadas y el estilo curvilíneo y modernista de Gaudí, arquitecto que inició las obras de la catedral hace ahora más de 100 años. A mi me encanta. Creo que sus imágenes tienen la fuerza de la austeridad y la sencillez. Y también me gusta su elección para continuar el templo de Gaudí del que, por cierto, pude admirar el edificio que tiene en León.



Es precioso, pero la impresión que produce es la de estar descontextualizado.

Creo que la historia de las catedrales es una prueba fehaciente de la mezcla de estilos arquitectónicos en cada una de ellas. Seguramente también los arquitectos y escultores que empezaban a incluir elementos góticos en la sobriedad de las construcciones románicas fueron unos

incomprendidos en su momento. Creo que la integración de los estilos en una obra sólo puede realmente apreciarse cuando está acabada y el tiempo le ha dado su lustre.

Entro en el santuario. La nave no me gusta nada; me parece un cine. El retablo, por el contrario, encajonado en una especie de teatro italiano iluminado por luces cenitales me subyuga.



Villadangos del Páramo: Al salir me encuentro a Susana y a Lorena durmiendo bajo un gran pino y decidimos seguir caminando los tres juntos. Pasado **San Miguel del Camino** paramos a tomar un refrigerio.

El camino discurre por la carretera entre campos de trigo. El sol de media tarde y el viento de cara hacen difícil caminar. Unos momentos de descanso de carretera, una senda de tierra y arena. En el suelo está escrito: “*Katiuska*”. Mi sorpresa es mayúscula. Les explico que ya he cantado varias veces por el camino fragmentos de esta zarzuela.

Una vez en Villadangos nos instalamos en el albergue, compramos cena y, entre Lorena y yo, preparamos unos espaguetis a la boloñesa que devoramos con fruición.

4.25. De Villadangos a Astorga: *¡no se puede ser romántica!*

Posted on [16 mayo, 2011](#) by [xucar](#)

11/8/1996

24ª Etapa. 7'15 h. Villadangos del Páramo – 20'45 h. Astorga

(27 kms.)

Cada vez amanece más tarde. Veinte días atrás ya haría una hora que el sol estaría levantado. Hace una mañana preciosa y me encuentro fuerte. Parece que he vuelto al camino. Salgo solo, disparado. Lorena y Susana justo se acaban de levantar. Les digo que nos veremos en el camino y me voy.

Los primeros pasos, con el fresco de la mañana son los que más me gustan. La soledad matutina del camino me llena el alma de una sensación de libertad que me hermana con todo lo viviente. En esos momentos me siento lleno de vida, de alegría y de felicidad.

Hospital de Órbigo: Los once kilómetros hasta el puente de Órbigo



los hago, casi totalmente, por carretera. Voy muy rápido, pero enseguida me canso de tanto coche, de tanto ruido y de tanto alquitrán. Empiezo a sentirme mal y busco un sitio apropiado para parar. Los pasos se van sucediendo sin que aparezca el lugar deseado y cada vez me encuentro peor. Me llamo la atención a mi mismo y me digo que, a pesar de todo, es imposible que me sienta mal. Hace una magnífica mañana para caminar y, lo que es aun más importante, estoy fuerte y no me duele nada. *¿De qué me estoy quejando?*

Es otra vez el maldito deseo que me estira y me urge. Me tienta con llegar, con el desayuno, con un cigarrito. No tengo que hacerle caso. Debo concentrarme sólo en caminar. Con todas estas disquisiciones abandono la carretera y tomo una senda que me conduce a Hospital de Órbigo a través del **puente del Paso Honroso.**

Cuentan que Don Suero de Quiñones, un caballero del medievo, presentó sus amores a una dama y ella los rechazó. Don Suero, afrentado, resolvió salvar su honra retando a justas a cuanto caballero quisiera cruzar el puente. Dicen que derrotó a 68 caballeros y que después hizo la peregrinación a Santiago de Compostela.

El puente es muy original ya que se bifurca y tiene un ramal que desciende en rampa hacia un prado; lugar donde veo un restaurante. Los peregrinos que iban por delante de mí ya se encuentran en él. Yo les saludo a todos y ocupé una de las mesas de la terraza, desde donde se divisa perfectamente el puente. Quiero ver si llegan Lorena y Susana.

Me tomo dos cafés con leche y una palmera endulzada tremenda de grande. La noche anterior, en Villadangos del Páramo, estuve charlando un rato con uno de esos peregrinos que hacen gala de su “*peregrinidad*” y la proclaman a los cuatro vientos. De esos que te muestran su credencial para que veas que no te están engañando. Eso me hizo desconfiar. Normalmente los peregrinos que me he encontrado no van así. Ahora lo veo llamar a un taxi para que lo lleve a Astorga. Cuando me ve mirándolo nota que me he dado cuenta y se justifica:

- *Es que estoy machacado. Ya he sufrido bastante. Total, por cuatro duros me lleva a Astorga.*

No le digo nada. ¡*Cómo si fuera una cuestión de dinero!* Seguro que -para que no le vean- dejaré el taxi antes de llegar al albergue y, seguro también, que ocuparé una de las camas disponibles. Es muy posible que a algún peregrino que llegue tarde y que realmente haya hecho el camino a pie, le toque dormir en el suelo.

Me estoy casi una hora en el bar trabajando la vara con la navaja. Como veo que las chicas no aparecen decido seguir mi camino.

Astorga: A la salida de Hospital dos sendas alternativas conducen a Astorga. Una por carretera, la otra por un camino que pone “bien señalizado”. No lo dudo; tomo el camino.

La senda es pedregosa y transcurre entre sembrados. Hace buen día, luce el sol y una suave brisa mitiga su fuerza. Al llegar al primer pueblo, un hombre mayor se pone a hablar conmigo. Ha hecho el camino y es uno de los que se ocupan de señalizarlo con las flechas amarillas. Me dice que voy a pasar por un paraje espléndido. Y no se equivoca; el camino hasta Astorga sube y baja pequeños collados solitarios con encinares plateados que hacen brillar su riqueza a luz del sol.

Es la tercera vez en el camino que me pongo a cantar como un poseso y a voz en grito. Vuelvo a Katiuska y a las baladas “*Calor de nido*” y “*Noche hermosa*”. Me siento plétórico.

Bajo por una vaguada al final de la cual un cauce seco está guardado por dos enormes chopos. Un poco más allá, a mitad de la subida, veo una sombra muy agradable y me paro a descansar.

Al cabo de un rato aparecen Lorena y Susana y se sientan conmigo. Compartimos nuestra comida y una magnífica siesta. El aire está limpio, luce el sol y el cielo, de un precioso azul marino, prende la mirada con sus profundidades.

Una chica aparece por la senda. Dice que tiene mucha sed. Le ofrezco agua pero –curiosamente- la rechaza. Nos dice que es australiana y después continúa su camino.

El encuentro nos espabila y nos ponemos en marcha a buen paso. En la subida que pone fin a la vaguada nos volvemos a encontrar con el páramo. Al cabo del mar amarillo una cruz de Santiago sobre tres piedras circulares y concéntricas ofrece, encima de ellas, una preciosa panorámica de Astorga y sus torres gemelas.

Aparece Australia, la chica que nos encontró en la siesta y nuevamente adelantamos en el páramo. Ahora sí que acepta el agua que le ofrezco. Desde la cruz una bajada nos lleva al valle.

Entramos en una alameda donde vemos muchos caballos, gente y un chiringuito montado para ofrecer bebidas.

No hacía mucho que Lorena nos había estado hablando sobre su pasión por los caballos. Se queda maravillada.

- *Esto es el camino* –exclama dirigiéndose emocionada a los caballos-.
- *¡Oiga!* –Le dice a un hombre calado con un sombrero que se fuma un enorme puro-
¿Podría montarme en un caballo para que mis amigos me hagan una foto?
- *¡Claro que sí!* –Le contesta, mientras por detrás oigo a un chico refunfuñar-.
- *¡Hay que ver! A nosotros nunca nos deja.*

Luego le toca a Susana quien se monta en el caballo muy asustada. A ambas les hago una foto y, a continuación, nos tomamos unas cañas en el chiringuito a la espera de que empiece la competición que nos han dicho que va a haber.

Entre dos álamos cuelgan una cuerda de la que penden anillas separadas como unos 40 o 50 centímetros entre ellas. Se trata de que los jinetes las inserten al galope con una vara que llevan en la mano.

Lorena, siguiendo un impulso, le da su bordón al chico que le dejó el caballo a petición del jefe. Le dice:

- *Para que te dé suerte.*

El caballo se niega a pasar bajo los aros. El chico comienza a golpearlo de forma salvaje con el bordón. Lorena está horrorizada. Finalmente el bordón se astilla. Le comento:

- *No se puede ser romántica.*
- *Es verdad* –me dice con acento argentino-. *Lo que me fastidia es que el tarado lo rompió golpeando al caballo.*

El jefe nos dio otra vara, pero resultaba corta y Lorena se resistía a perder su bordón. Al final dice que entablillará la parte astillada de su bordón con la nueva vara.

En el albergue sólo quedan dos colchonetas que tendremos que compartir entre los tres. Por cierto, como ya anticipé, el peregrino que cogió el taxi ocupa ya una cama.

Una vez instalados nos vamos a cenar y, al volver al albergue, nos encontramos con un grupo de jóvenes vestidos con los trajes típicos maragatos. Nos paramos a charlar con ellos y acaban danzando y tocando las castañuelas para nosotros en medio de la calle. Una vez más la magia hacía su aparición en mi camino.

4.26. Un cocido maragato y algunas confidencias a la sombra de una encina: de Astorga a Rabanal del Camino

Posted on [20 mayo, 2011](#) by [xucar](#)

[12/8/1996.](#)

25ª Etapa. 12 h. Astorga - 21 h. Rabanal del camino

(22 kms.)

Nos levantamos, hacemos la colada, nos preparamos y vamos a desayunar a un bar. Tomamos un café con leche y, por supuesto, **mantecadas de Astorga**.

Las chicas, Lorena y Susana, quieren visitar la ciudad y yo quiero escribir, así que me quedo en el bar cuidando las mochilas. Al cabo de un rato aparecen Pierre y Michel con dos chicas y dos peregrinos más. Una es la novia de Michel, que ha venido para hacer el resto del camino con él. Cuando llegan Lorena y Susana emprendemos la marcha todos juntos.

Castrillo de los Polvazares: Mi intención es desviarme dos kilómetros del camino para ir al que dicen que es el pueblo más bonito de la maragatería, Castrillo de los Polvazares,



a comerme un “**cocido maragato**”. Uno de los peregrinos ha dicho que se viene conmigo, las chicas no lo tienen tan claro; dicen que decidirán sobre la marcha.

Cuando estuve en el albergue de Hornillos fueron los hospitaleros, Miguel y Juncal, quienes me recomendaron que me parara aquí. También me dijeron que a unos dos kilómetros volviendo al camino hay una magnífica encina que me daría sombra para la siesta que necesitaría después de comerme el cocido. Todo resulto ser una muy buena recomendación.

Al llegar al desvío las chicas deciden continuar; quieren llegar a Manjarín. Uno de los peregrinos y yo nos dirigimos hacia Castrillo.

A la entrada del pueblo, muchos coches con matrículas de toda España. Pienso que es una buena señal. El pueblo es realmente precioso. Todo está muy limpio. Las calles están empedradas con

cantos rodados y las casas están construidas con piedras talladas de manera irregular. Los colores de las piedras abarcan todas las tonalidades del ocre. El efecto es muy hermoso.

En el mesón “El Arriero” preguntamos si pueden darnos de comer. Si no hubiéramos sido peregrinos estoy seguro de que no nos hubieran atendido. Cuando me pregunta si tenemos reserva le digo que somos peregrinos, que difícilmente hubiéramos podido hacerla porque estamos en el camino.

Para empezar el primer plato de nuestro cocido maragato,



una gran fuente de cerámica con tocino, jamón cocido, costilla adobada, morcilla y otros productos del cerdo. También dos platos más; uno lleno de garbanzos y otro de berza cocida.

Aunque es una comida muy fuerte, para el calor que hace, está sabrosísima y la devoramos con pasión regada con un buen tinto leonés. De segundo plato, la sopa, hecha a partir del caldo de la cocción de todo lo que nos acabamos de comer.

Cuenta la leyenda que, a principios del siglo XIX, durante la guerra de la Independencia, los franceses estaban a punto de atacar y que los leoneses, por si no les daba tiempo a acabarse la comida antes del ataque, comenzaron por la carne que es lo que consideraban más substancioso. De aquí la tradición del orden de los platos en el cocido maragato que, por lo que sé, es única en el conjunto de España. En La Rioja, por ejemplo, se come todo mezclado en un único plato mientras que en Cataluña se toma primero el caldo con una pasta que se llama “galets” y con un único producto de la cocción, la “pilota”, carne picada con ajo y perejil.

De postre todavía nos queda hueco para unas sabrosas natillas. Mientras comemos comentamos que es una suerte que el camino nos permita “quemarlo todo” porque de aquí vamos a salir totalmente cargados de energía; una energía que se transformaría en grasa y en kilos de no estar en el camino. Acabamos nuestro festín con un café y un orujo.

Rabanal del Camino: Cuesta caminar con el sol de la tarde y la barriga llena. La encina que nos espera nos motiva. De hecho, con lo que nos encontramos es con dos encinas a un lado de la carretera, que ofrecen un sombra muy fresca al peregrino.

A lo largo de una hora descansamos y charlamos. Entre otras cosas el peregrino me confiesa que es homosexual. Me comenta que es un católico convencido y que ese es su gran problema con la Iglesia, que no acepta la diferencia sexual. Me dice también que se ha atrevido a contármelo por que cree que en la universidad somos abiertos y que no me voy a asustar por eso. Se equivoca totalmente. Conozco profesores universitarios que se hubiera horrorizado o asustado y le hubieran tratado, a partir de ese momento, de una manera substancialmente diferente.

Refrescados, después de un buen descanso a la sombra, continuamos camino a través de magníficos robledales. Un valle verdi-amarillo entre collados nos acerca a Rabanal.



A la entrada del pueblo hace guardia un roble gigantesco, el más grande que he visto en toda mi vida. Hay que pararse necesariamente a contemplarlo. Tiene un porte muy majestuoso. Inevitablemente me acuerdo de los relatos de ciencia-ficción de [Philip Jose Farmer](#). De sus árboles de hierro del [mundo del río](#) y, sobre todo, del mundo-árbol de su novela “[El dios de piedra despierta](#)”, una idea que me pareció de lo más sugerente cuando la leí hace ahora 20 años. Ramas por las que circulan torrentes y en las que habitan civilizaciones.

Un gran cuesta arriba nos lleva al refugio que, por la hora a la que llegamos, ya está lleno. Allí nos dicen que las chicas acaban de salir para Manjarín. Nosotros ya hemos decidido quedarnos.

Nos envían a otro refugio donde la hospitalera, muy amable, me cose una pequeña ampolla que me ha salido. Estoy sorprendido de no tener problemas ni con los pies ni con las ampollas. Hasta hoy no he sido consciente de ello. Es realmente una suerte. Ritos de limpieza y sueño.

4.27. Ritos templarios y reflexiones fílmicas: de Rabanal a Molinaseca

Posted on [25 mayo, 2011](#) by [xucar](#)

[13/8/1996.](#)

26ª Etapa. 7'10 h. Rabanal del camino – 18 h. Molinaseca

(22 kms.)

Está amaneciendo. Me encuentro muy bien y camino con paso muy rápido. La carretera asciende, a media altura, zigzagueando por las laderas de los montes. El paisaje montañoso es ahora totalmente verde. Nuevamente ha vuelto a cambiar el paisaje del camino. Los helechos que pueblan los lados invaden la carretera con su frondosidad. Veo que en algunos lugares los han tenido que segar. Se me ocurre que mientras en Castilla la naturaleza es austera, parca, y tímida aquí empieza a desbordarse.

Sigo ascendiendo. La guía dice que, si hasta Rabanal se han subido 300 metros a lo largo de 20 kilómetros, aquí se vuelve a ascender lo mismo pero en sólo 6 kilómetros.

No sé muy bien porqué pero el nombre de **Foncebadón** tiene para mi resonancias antiguas, medievales e, incluso, oscuras. Es un pueblo que está completamente en ruinas y el paso por su única calle, dejando a los lados casas derruidas, me resulta muy inquietante. No ayuda para nada el ladrido de los perros que oigo en la lejanía y, tampoco, uno grande de color negro que me parece ver pasando entre los muros derruidos.

Probablemente fruto de mi imaginación pues no llegué encontrarme con él. Ahora ya tengo experiencia con estas cosas. El camino me ha enseñado que nuestros miedos pueden encarnarse para hacernos ver lo que no existe así que, aunque no resulte fácil, hay que luchar para no dejarse poseer por ellos.

La cruz de hierro: Después de una dura ascensión que hago muy a gusto llego a la Cruz de Hierro.



Está situada en lo alto de un mástil de roble de unos cinco metros de altura. Un inmenso promontorio de piedras en su base da cuenta de la ingente cantidad de peregrinos que han pasado por allí. Esa es la costumbre que yo ya conocía y que los peregrinos que me he ido encontrando por el camino me han comentado. Todos los peregrinos traen piedras de su camino a este promontorio.

Hay piedras de todos los colores y tamaños. Las hay talladas; las hay con nombres, fechas y símbolos grabados. Hay algunas muy grandes y a uno le cuesta pensar cómo las pudieron llevar o arrastrar hasta allí los peregrinos. Es posible que el tamaño vaya en relación con la promesa, el voto o el sacrificio prometido al santo.

Cuando estuve en Yagüe, en mi casa de Logroño, yo también cogí varias piedras pequeñas pensando en este momento. Las lanzo a la inmensa pila y sigo mi camino.

El Acebo: El siguiente pueblo es **Manjarín**. Una campana suena cuando me acerco al refugio. Luego me dirán que esa es la forma de recibir a los peregrinos. Tomás, que se define a sí mismo como el último templario, es el hospitalero del lugar. Es un sitio especial; eso es algo que se capta enseguida.

Allí me encuentro a todo el grupo. Cada vez que nos juntamos nos abrazamos y besamos con gran alegría. La familiaridad de los encuentros en el camino nos está día a día hermanando. Me cuentan que me he perdido una noche maravillosa; con tirada de cartas y lectura del porvenir incluida. También que, por la mañana, a las 9 en punto, Tomás ha hecho un ritual templario con una espada. Me da rabia habérmelo perdido pero pienso que, si puedo, esta no será la única ni la última vez que haga el camino, así que no me importa demasiado.

Me tomo un café con leche y me pongo a trabajar en el bordón al agradable sol de la mañana. Estoy tan a gusto que, cuando el grupo se pone en marcha, les digo que tiren, que ya les alcanzaré. Lorena también se queda. Quiere ayudar trabajando unas horas en una casa que están construyendo. Dice que quiere hacer algo por el camino.

Cuando alcanzo al grupo los encuentro sentados en lo alto de un collado, junto al camino. La panorámica es, de verdad, impresionante: Un valle rodeado por altas montañas que compiten con diferentes tonalidades del verde. Al verme llegar me dicen:

- *Esto es parada obligatoria.*
- *Ya lo creo –les digo, mirando el paisaje–.*

Me siento con ellos y compartimos la comida. Hay una chica rubia, nueva, muy jovencita con ellos. Es Helena, tiene 21 años y es hermana de Javi, el atleta de Madrid. Es muy pícara y atrevida y tiene unos ojos azules encantadores.

Otra vez en el camino. Todo es bajada; estamos descendiendo de la montaña.



El Acebo es un pueblo del Bierzo precioso. El camino pasa por la calle principal. Nos paramos en una fuente a la entrada. Allí nos reagrupamos, bebemos, y nos disponemos a continuar. Pero, al

llegar a la mitad de la calle, un letrero capta nuestra atención: *Aquí se sellan credenciales*. Entramos y yo, que me siento pleno y muy expansivo, pido vino y unos tacos de queso para todos.

Mientras degustamos las delicias del Bierzo nos fijamos en unos carteles colgados de la pared. Uno resalta con letra grande en negrita: DERECHOS FUNDAMENTALES DE LA MUJER. Otro, explica de una manera muy divertida la versatilidad del castellano utilizando una multiplicidad de acepciones del término: COJONES. Todos nos reímos mucho al leerlo.

Molinaseca: De nuevo en marcha. Sole, Javi y yo nos adelantamos mientras Jesús, Helena y Susana se van quedando rezagados. Caminamos con paso vivo mientras charlamos. Es Sole quien marca el paso; va muy rápida. Hablamos de poesía; ambos escriben poemas, aunque dicen hacerlo de forma muy esporádica. Javi nos recita uno suyo. Más adelante nos ponemos a cantar canciones los tres juntos. La sensación es muy, muy reconfortante. Hasta ahora siempre he cantado sólo en el camino. El paisaje es cada vez más arbolado. Pasado el pueblo de Riego, una pequeña campa con unos enormes castaños que producen una gran sombra nos atraen.

- *Señores –les digo- éste se para aquí.*
- *Todos nos paramos –responde Sole, descargándose de la mochila y tirándose en la hierba con un suspiro-.*
-

No sé muy bien de qué manera empezó la conversación pero acabamos hablando de la película “**El club de los poetas muertos**”. Como era previsible, a los dos les había cautivado. Iniciamos una discusión en la que Sole defiende de manera enfática y aferrizada la película mientras que yo me dedico, sistemáticamente, a desmontar cada uno de sus argumentos.

En síntesis, ella defiende al profesor que anima al estudiante adolescente a romper con todo y a hacer lo que quiere pasando por encima de todo y de todos. Yo le digo que es una película ideológicamente falsa y engañosa. Como película es interesante, entretenida y uno se lo pasa bien viéndola. Pero desde el punto de vista ideológico no me gusta nada. El profesor encarna el revolucionario o al antisistema que todos -o muchos- llevamos dentro. Pone en sus labios el lema – que, por cierto, se hizo famoso a partir de la película- del **Carpe diem**, que literalmente significa *aprovecha este día* o, en otros términos, vive el momento, aprovéchalo. Le hago notar, sin embargo, que dicho profesor tiene una vida muy poco “revolucionaria” y que me parece que proyecta sus sentimientos y su propia historia –sin tener en cuenta las posibles consecuencias- sobre unos adolescentes muy influenciables y, especialmente, sobre uno de ellos que la película dibuja como emocionalmente muy vulnerable. En la película este adolescente acabará suicidándose.

Cuando llega el resto del grupo la discusión ha terminado y Sole me dice que ha disfrutado mucho con ella porque le ha hecho pensar. Susana me pide que le repita mis argumentaciones pero me escapo diciéndole que, para conseguir determinadas cosas, uno ha de estar en el lugar adecuado en el momento exacto.

Aún nos relajamos un rato en la campa a la sombra de los castaños. Pronto vemos aparecer a la chica australiana. ¡*Australia!* -la llamo-. Se acerca y comentamos cómo le va el camino. Luego continúa.

Seguimos descendiendo por una senda irregular y pedregosa que nos machaca las piernas y las rodillas. La dinámica del camino ha vuelto a separarnos en dos grupos. Sole, Javi y yo volvemos a ir en cabeza.

En un momento determinado admiramos, desde un promontorio, una parte de Molinaseca, el próximo pueblo. Ya nos lo había dicho Jesús, la vista de las torres de la iglesia y algunos tejados entre dos montes verdes es preciosa



Nos ha dicho, también, que, aprovechando el río Meruelo a su paso por el pueblo, han construido unas piscinas naturales que invitan a bañarse. Todos soñamos con quitarnos de encima los calores de la tarde.

Una vez reagrupados a la entrada del pueblo y a la vista de las piscinas yo les digo que me quedo. Después de algunas vacilaciones todos deciden hacer lo mismo.

Cruzamos el pueblo, que es muy bonito y nos instalamos en el albergue. Al volver al pueblo para bañarnos y comprar la cena, que vamos a hacer comunitaria, aparece Lorena.

El baño resulta de lo más estimulante. El agua está helada y eso favorece la circulación de la sangre en nuestras piernas cansadas. Un músculo en la parte delantera de la espinilla izquierda me está molestando bastante. Tengo claro que es el resultado de tantas horas de bajada. Las bajadas les sientan a mis piernas bastante peor que las subidas.

Los ritos de cura y de limpieza; la colada y una buena cena comunitaria en el albergue ponen fin a otra jornada.

4.28. El poder de Santiago, el santo: de Molinaseca a Cacabelos

Posted on [31 mayo, 2011](#) by [xucar](#)

[14/8/1996.](#)

[27ª Etapa. 7'15 h. Molinaseca - 20 h. Cacabelos](#)

[\(18 kms.\)](#)

Salgo, como siempre, sólo. Camino por una acera junto a una carretera. Está amaneciendo y parece que hará buen día. El músculo de la espinilla de la pierna izquierda late con cada paso que doy. Voy cojeando perceptiblemente.

La acera se convierte en un camino de hormigón en el que, cada pocos metros, hay pilas de losetas esperando a ser colocadas sobre el suelo. Tener que sortearlas variando la dirección obstaculiza aún más mi ya torpe caminar.

Pronto se deja a un lado la carretera y el camino se interna entre corros sembrados. Llegará hasta una carretera comarcal que me lleva a Ponferrada.

Llego destrozado; estoy pagando las horas de larga bajada de ayer. Tengo que hacer algo; así no puedo continuar. En un bar me encuentro a los franceses: Pierre, Michel y las chicas. Cuando ve como camino Pierre me da 3 pastillas homeopáticas de árnica.



Es un extracto de unas plantas de flores amarillas, que crecen en las orillas de la mayoría de las sendas y caminos, que, según me dice, es lo mejor para los músculos doloridos.

Sigo caminando por la ciudad y me encuentro a las alemanas. Llevan una farmacia homeopática ambulante. Un estuche de cremallera con pequeños recipientes cilíndricos y transparentes. Están llenos de unas ínfimas píldoras esféricas de color blanco. Llevan también una hoja con las instrucciones de uso. Me dan 3 pastillas para que me las tome hoy y 3 más para el día siguiente, por si no nos vemos.

Un poco más adelante me paro a desayunar en un bar y luego voy a una farmacia donde me dan, para los dolores musculares, la misma crema que llevaba Flora. ¡Desde luego, no será por remedios y ungüentos!

A través de **Ponferrada** el camino es un calvario. El dolor me obliga a cojear apoyando todo el peso del cuerpo en el bordón. El sol aprieta con fuerza y el calor es insoportable. Me gustaría llegar a Vilafranca del Bierzo porque me han hablado de Jato, uno de los personajes más conocidos del camino.

En **Columbrianos** le pregunto a un hombre si hay refugio en el pueblo. Me doy cuenta de que empiezo a flaquear. Me responde:

- *No, pero se podía haber quedado en Ponferrada –y con un tono conmisericordioso, añade- Hay que ser sufrido.*

Noto que me sube la ira, la adrenalina, la bilirrubina y todas las inas que se me puedan ocurrir. Tengo ganas de decirle: *¡¡Será posible!! ¡¡Pero usted ¿quién se ha creído que es?!!! Llevo casi 700 kilómetros en las piernas. Estoy como para que venga a darme consejitos.-* Sin embargo le respondo:

- *Sí, tiene usted razón.*

Me voy enfadado, molesto conmigo mismo por no decirle nada, por no devolverle su paternalismo innecesario e injusto. La frase me va dando vueltas en la cabeza y darme cuenta de eso hace que se me encienda la lucecita de alarma. Empiezo a pensar que quizás me estoy centrando demasiado en mi dolor y que es eso, probablemente, lo que me está causando la mayor parte de los problemas actuales.

Decido olvidarme del dolor y empiezo a apretar el paso. *El santo –pienso- ha puesto a ese hombre en mi camino para darme la ira; de ella estoy sacando las fuerzas para avanzar.*

Santiago, “el santo”, ha entrado, casi sin darme cuenta, a formar parte de la vida en el camino. Aparece aquí y allá en las conversaciones que sostenemos los peregrinos. No me cabe duda de que, para muchos de ellos, tiene un sentido literal y al pensar en él o al nombrarlo, están pensando en un prócer de la iglesia con poderes para obrar milagros.

Para mí y para buena parte de los peregrinos con los que he caminado y conversado, “el Santo” es la personalización de todo lo que de misterioso, de bueno y de mágico sucede en el camino. A él atribuimos todas las ayudas que se nos dan; las solidaridades que se despiertan y cualquier evento inexplicable al que atribuyamos valor. Es gracias a él que, superamos las debilidades, las incapacidades y los miedos que constantemente aparecen en el camino. Él es quien nos acompaña y nos protege. No es una fuerza religiosa; es la fuerza de la determinación y de la confianza que acompaña a cualquiera que se sienta y se piense peregrino.

Bajo el sol ardiente del mediodía, sudando a mares y con el latido constante del dolor en la pierna, paso **Fuentes Nuevas** y llego a **Camponaraya**. Voy pensando en parar a comer para así poder descansar. Aún habré de hacer un kilómetro largo de pueblo por la carretera hasta llegar a la plaza, donde hay un restaurante. Me pido el menú. Luego extendiendo la esterilla a la sombra en la misma plaza y me tumbo a descansar.

Cacabelos: Del trayecto de este pueblo a Cacabelos sólo recuerdo el dolor y el sufrimiento. Un recorrido que hubiera podido hacer en menos de una hora me costó casi tres. Por el camino, que transcurre entre viñedos -una ruta que hubiera disfrutado en condiciones normales-, Australia me adelanta.

La tarde se ha puesto, afortunadamente, nebulosa y truenos lejanos hacen presagiar una tormenta. Pienso que eso es lo único que me falta: lluvia.

El pueblo es muy largo y todo él parece estar en venta. A ambos lados de la calle principal sendos carteles anuncian la venta de unas casas con galería de dos plantas que parecen estar bastante destartadas.



Un aldeano muy amable me informa de que el albergue está en el polideportivo municipal y al verme cojear, me recomienda pasar previamente por la tienda a comprar sal y vinagre. Le hago caso y ya que estoy, aprovecho para comprar algo para cenar y para desayunar. Ayer se me ocurrió - ¡gran descubrimiento!- que los frutos secos dan mucha energía y que estaría bien llevar en la mochila para desayunar o, simplemente, para cuando tuviera hambre en el camino. Aprovecho y compro una lata de cacahuets fritos con miel. Los he probado y sé que son deliciosos.

En la entrada del polideportivo, que está cerrado, se encuentran Australia y un chico joven vestido con unos vaqueros y una camisa de cuadros muy sucios. Me dicen que hasta las 19 horas no abren. Mientras esperamos van llegando chavales con atuendo deportivo. La verdad es que nos da muy mala espina y ya nos vemos preparando nuestros sacos en el suelo entre el griterío divertido de los muchachos.

Por fin aparece el encargado y, en contra de lo que nos pensábamos, no hemos de dormir en medio del gimnasio sino que disponen de una habitación con cuatro literas.

Tras una buena ducha pongo mis pies en remojo con vinagre y sal durante casi una hora. Mientras estoy en remojo mantengo una charla con Jorge, el chico joven que, según me dice, tiene 18 años. Es malagueño y tiene pinta de romántico “cochambroso” que es como se define a sí mismo. Es evidente que lo de “cochambroso” lo añadió yo a su definición. Cabello largo recortado sobre los hombros a lo “príncipe valiente” y un ligero bigote acompañado por una barba de lo más incipiente. Diría que el conjunto se asemeja bastante más a un *clochard* que a un romántico.

Se ducha y, sin ningún problema, vuelve a ponerse la misma ropa –sucio- que llevaba. Un atuendo que ya no se quitará ni para dormir.

Es un enamorado de **Gustavo Adolfo Becquer** y de todo lo antiguo. Es retraído y tiene las maneras de un joven hidalgo venido a menos. Al dirigirse a mí siempre me trata de vos.



Hablando con él pienso en lo que decía **Ciorán**: *La juventud es fanática por definición*. Jorge defiende sus ideas con la intolerancia de la falta de experiencia juvenil. Yo no puedo evitar darle la vuelta a sus opiniones mostrándole sus propias contradicciones.

- *Todo lo que no sean los románticos –me dice- es malo.*

Le pregunto qué quiere decir todo y qué es lo que ha leído para poder hacer esa afirmación. Reconoce que no ha leído prácticamente nada.

Margarita, que así se llama la chica australiana, nos propone compartir la cena. Yo solo dispongo de dos yogures así que le digo que podemos compartir mesa pero no cena puesto que yo con lo mío tengo bastante y no parece que sea ni suficiente ni adecuado para compartir. Jorge ni siquiera cena. La conversación es muy sabrosa. Cada uno explicamos el porqué de nuestro camino. Jorge cree conocer *–con absoluta seguridad*, afirma- su destino. Lo está haciendo por motivos religiosos. Nos dice que, en realidad, lo que él quiere es ser monje. *Una idea sin duda muy romántica y muy poco realista* –pienso, aunque no se lo digo-.

Margarita, nos deja entrever que ha estado o está muy enferma. Nos dice que lo hace por ella misma y también *–me da la impresión-* porque parece que nadie de su entorno creía que lo haría. Yo les doy también mis razones y les digo que lo más probable es todos hallemos el verdadero sentido de nuestros caminos cuando los hallamos acabado; cuándo podamos mirar hacia atrás y ver lo que han significado para cada uno de nosotros.

4.29. Dolores.....: de Cacabelos a Villafranca del Bierzo

Posted on [6 junio, 2011](#) by [xucar](#)

15/8/1996.

28ª Etapa. 8'30 h. Cacabelos – 12 h. Villafranca del Bierzo

(7 kms.)

Comienzo el camino cojeando mucho, con el dolor encajado en mi pierna y pulsando continua e insistentemente. Me doy cuenta que hoy no voy a poder caminar mucho.

Ya hace bastantes etapas que me hablaron de Jato de Villafranca; *una persona entregada en cuerpo y alma al camino* –me dijeron-. Creo que lo más realista es hacer una etapa corta, hasta **Villafranca** y pasar allí el día descansando. Si quiero llegar al final he de darles a mis piernas un poco de tiempo para recuperarse.

Cuando llevo un ratito andando me alcanza Jorge. Parece que quiere caminar conmigo aunque yo voy muy despacio. Se pone a mi paso y hacemos el resto del camino hasta Villafranca charlando.

La pose arrogante que manifestaba el día anterior ha desaparecido. Me pregunta cosas de literatura y de la vida. La noche anterior le dije que esperara a hacerse monje a tener, al menos, 30 años. Me pregunta porque.....



Capítulo 5. RETAZOS DEL RECUERDO, PERLAS DE SENSACIONES

Posted on [7 junio, 2011](#) by [xucar](#)

Empecé a escribir la etapa anterior, sentado en el albergue de Jato, justo después de comer pero solamente me dio tiempo a escribir unas pocas líneas. No volví a escribir en mi diario nada de lo que me sucedió en el resto de las etapas del camino.

La razón es muy simple: no tenía tiempo o, mejor dicho, elegí y decidí no tenerlo. Me parecía que había cosas mucho más interesantes para hacer.

Desde el primer día de mi camino había estado dedicando entre una y dos horas diarias a consignar en mi diario, un librito negro, como un misal, las vivencias y sensaciones que había experimentado. Eran unos momentos de introspección y de recogimiento que me resultaban muy satisfactorios y placenteros. Era una reconstrucción de mi día; de cada uno de mis días. *¿Qué era lo que había vivido? ¿Qué había visto? ¿Cómo me había sentido? ¿Qué emociones había experimentado? ¿Qué había descubierto? ¿Qué había aprendido?* Eran las preguntas que estructuraban mi relato. Como ya he comentado al principio, en mis pensamientos, mi diario se convertiría, algún día, en un libro.

En el día número 28 de mi camino, cuando voy a irme a dormir, cansado no tanto de andar como de las intensas emociones experimentadas, me doy cuenta de que no he acabado de relatar en el diario lo vivido en ese día. Descubro, con sorpresa, que no he tenido tiempo para mí; para escribir en el diario. He estado todo el día compartiendo con la gente y me he divertido mucho. He compartido charlas, risas, anécdotas, bromas, comida y masajes. No he querido dejar de vivir ni uno de los segundos del día. Y, si algo caracteriza mis recuerdos de aquel día, es precisamente la intensidad. Fue un día lleno de emociones.

Mi primera intención es ponerme a escribir pero estoy muy cansado. Pienso que encontraré otros momentos para escribir y que, en realidad, tampoco importa demasiado que no escriba todo, todo, lo que me sucede.

Lo cierto es que no volví a escribir en mi diario. Como he dicho, no tuve tiempo y tampoco quise tenerlo. Elegí estar con los otros y con lo que el camino me deparara antes que estar conmigo a solas, que es lo que tenía que hacer para poder escribir. En aquel momento era más importante vivir que escribir; compartir que relatar.

Que dejara de escribir no significa que no volviera a estar o a caminar solo. Todavía hubo momentos en que lo hice, pero lo cierto es que, a partir de aquel día, esos momentos fueron cada día más escasos.

Lo único que fui consignando en mi diario fueron los recorridos diarios que realicé hasta el fin del camino. Me ocupaba muy poco tiempo y esa era una información que sabía que perdería si no la anotaba. Estas fueron las etapas que hice:

16/8/1996. 29ª Etapa. Villafranca del Bierzo – O Cebreiro (28 kms.)

17/8/1996. 30ª Etapa. O Cebreiro – Triacastela (21 kms.)

18/8/1996. 31ª Etapa. Triacastela – Barbadelo (22 kms.)

19/8/1996. 32ª Etapa. Barbadelo – Portomarin (17 kms.)

20/8/1996. 33ª Etapa. Portomarín – Palas del Rey (25 kms.)
21/8/1996. 34ª Etapa. Palas del Rey –Cátedra de ecología (17 kms.)
22/8/1996. 35ª Etapa. Cátedra – Rua (27 kms.)
23/8/1996. 36ª Etapa. Rua - Santiago de Compostela (21 kms.)
24/8/1996. 37ª Etapa. Santiago – Negreira (20 kms.)
25/8/1996. 38ª Etapa. Negreira – Oliveira (35 kms.)
26/8/1996. 39ª Etapa. Oliveira – Faro de Finisterre (30 kms.)

Lo que he escrito a partir de aquí no es un diario. Son retazos de vivencias arrancados a los recuerdos. Algunos de ellos han permanecido imborrables a lo largo del tiempo y son perlas que brillan y siempre brillarán en mi interior con luz propia. Otros se me han ido despertando a medida que iba releendo el diario para darle la forma de libro. Unos recuerdos me han hecho conectar con otros, que estaban desaparecidos en las nieblas del tiempo y, poco a poco, he podido reconstruir las últimas etapas de mi camino.

Las nuevas tecnologías, que apenas existían cuando yo hice mi camino, me han permitido, en más de un caso, contrastar mis recuerdos con la realidad actual o, al menos, con lo que de la realidad física hay en Internet. La curiosidad me ha llevado a querer saber qué ha sido de algunos de los lugares donde estuve o, simplemente, a comprobar si, en realidad, dichos lugares existieron o son el producto retrospectivo de la reconstrucción de mis recuerdos.

Lo que sigue es un mapa discontinuo hecho de fragmentos recuperados. Un mosaico de vivencias que, en algún caso, trataré de contrastar con informaciones de la red.

5.1. Jato de Villafranca del Bierzo

Posted on [10 junio, 2011](#) by [xucar](#)

Había hecho muy pocos kilómetros pero me encontraba bastante mal. Jorge, el “romántico cochambroso” y yo llegamos a Villafranca y, aunque vimos un cartel que señalaba hacia el albergue municipal, nosotros buscábamos la casa de Jato. Estaba ubicada junto a una pequeña pero preciosa basílica. De ella lo único que recuerdo es que era muy bonita pero muy oscura, como si fuera de color negro o como si la rodeara un aura de oscuridad. He buscado por curiosidad en Internet y, en las imágenes que he encontrado, no es, para nada, negra. Quizás la han limpiado o restaurado pero yo la recuerdo pequeña, bonita, negra y sucia.

Muy cerca de ella una especie de nave o tienda de campaña grande muy cochambrosa hecha con maderas y plásticos. Mi primera impresión fue la de entrar en un lugar muy cutre.

Pasada la puerta de entrada, a la izquierda, un panel de madera separaba los servicios en cuya puerta estaba escrito peregrinos/peregrinas. Entrando un poco más uno estaba ya en la sala principal de la nave. A la izquierda una larga barra de madera hacía de mostrador de bar. Tras ella un hombre como de unos 50 años estaba fregando unos platos. A la derecha varias mesas largas de madera con bancos continuos a cada lado se ubicaban perpendiculares a la barra.

La curiosidad por conocer a Jato me llevó a preguntarle al hombre tras la barra si era él. Me dijo que no que luego más tarde lo conocería. Me dijo que él se llamaba José Mari y que era de Donosti. Al principio yo no entendía nada. Había varias personas en el albergue que entraban y salían, dentro y fuera de la barra, y, también, de una puerta junto a los servicios, que supuse conducía a la cocina, como si todo fuera suyo. Mientras me tomaba un café con leche, que José Mari me preparó, yo trataba de componer la situación. Lo más fácil hubiera sido preguntar. José Mari era una persona muy campechana y abierta y, como pude comprobar a lo largo de la tarde, también muy marchoso y divertido.

De lo que sucedió a lo largo del día conservo recuerdos vagos. Me acuerdo de que fueron llegando peregrinos y peregrinas que yo conocía. Aparecieron Klaus, Felipe, Olga, Gema, Lorena y muchos otros. Nos juntamos allí un grupo grande y lo pasamos muy bien. Comimos la comida que nos preparó la mujer de Jato. Sirviendo las mesas estaban sus hijas y otras personas que, como he dicho, yo no sabía situar.

En la charla de la tarde entendí que aquella era una casa abierta a la que venían personas y se quedaban a ayudar de diferentes maneras. Por ejemplo José Mari me contó que él disponía de tres días libres y se había venido desde Donosti a pasarlos con Jato en el Albergue. A lo largo del día lo vi ocupándose del bar y en algunos momentos de la cocina.

Junto al albergue vi los fundamentos de un edificio de piedra en construcción. Había paredes levantadas a una altura de metro o metro y medio. Más tarde Jato me explicaría que allí estaba construyendo su nuevo albergue: un albergue de piedra que construía con sus manos y con las de todos los peregrinos y peregrinas que le ayudaban. A veces había peregrinos que se quedaban varios días en el albergue para ayudarle en la construcción.

Jato era un hombre –me pareció aunque, como ya he dicho, no soy nada fiable en esto de las edades- de unos 50 o 55 años. Fue muy interesante la impresión que me causó. Los relatos de los peregrinos que me habían hablado de él habían despertado mi curiosidad y lo habían convertido más en un personaje que en una persona de carne y hueso.

Lo estuve observando bastante rato antes de presentarme y hablar con él. Me dio la impresión de ser un hombre que sabía dónde estaba; que estaba donde quería estar y que ese era su lugar. Me pareció una persona con una clara determinación; una persona que es consciente de lo que tiene que hacer y lo hace. No podría decir que fuera un hombre abierto, al menos, esa tarde no estuvo especialmente comunicativo. Lo que vi meridianamente claro es que era un hombre dedicado al camino. El albergue y el camino eran su lugar, su misión y su vida.

A media tarde aparecieron tres mujeres, creo recordar danesas o alemanas de entre 40 y 50 años. Llegaron muy sudorosas y una de ellas cojeando ostensiblemente. Al ver cómo se acercaba renqueando a uno de los bancos, con el pie alzado sin poderlo apoyar, Jato, que estaba junto a la barra, se acercó a ella para ver qué le pasaba. Con un castellano bastante defectuoso le explicaron que hacía algunos meses que le habían operado del pie y que tenía los músculos totalmente contraídos y doloridos.

Yo recuerdo haber comentado con Felipe que no acababa de entender cómo se podía continuar en el camino en esas condiciones. Era evidente para mí que, de la manera que había llegado, no iba a poder continuar. Pero también pude ver en ella la fuerza de la determinación. Me las volvería encontrar –calculo que unos- tres o cuatro días más tarde y fue entonces cuando me dijeron que se veían obligadas a abandonar el camino.

Jato se fue detrás de la barra y sacó un recipiente de vidrio muy grande. Un bote de esos en los que se suelen poner conservas de melocotones en vino.



Dentro, una solución transparente llena de pétalos pequeños de color amarillento y ocre. Jato nos explicó que eran flores de árnica macerándose en alcohol.

- *Lo mejor para los músculos –dijo–.*

Es cierto que luego, en muchas ocasiones, busqué la composición en las cremas de farmacia y la mayoría de las que se utilizan para los dolores musculares, llevan una buena proporción de árnica en su composición.

Jato se sentó en una banqueta baja y llenándose las manos del líquido del recipiente le dio unas friegas en la pierna a la mujer que cojeaba. El masaje que le dio fue muy fuerte. Yo pensé que le iba a acabar de fastidiar el músculo. Se me ocurrió que actuaba como esos curanderos que te cogen el brazo como si fuera la pata de una oveja, dan un tirón que parece que te lo van a arrancar y, de repente, te das cuenta que, no solamente no te lo han arrancado sino que notas que –increíblemente- ya no te duele.

Por la noche cenamos todos juntos, cantamos, explicamos historias y nos reímos abundantemente. Todos fuimos aportando cosas al grupo. Yo les hice una de las pocas gracias que sé hacer de mis tiempos de estudiante y actor de pantomima: moví el cuerpo independientemente de la cabeza y viceversa. Les expliqué que unas veces la cabeza se escapa del cuerpo y otras es éste último el que va a su bola pasando de la cabeza. Les divertió y se rieron.

Al día siguiente, cuando me paré a almorzar en un bar del camino, apareció José Mari. Un poco más y no lo reconozco. Llevaba un traje de cuero negro de motorista y afuera le esperaba una moto BMW muy grande. ¡Una imagen totalmente diferente de la que había tenido de él el día anterior en el albergue de Jato! Nos dimos un abrazo como si fuéramos amigos desde siempre. Me dijo que volvía a Donosti con la familia y me apuntó en mi diario su dirección y este pequeño texto relativo a las risas de la noche anterior:

A mi amigo “ser humano” de La Rioja con el deseo de que, en sus contorsiones, no pierda la cabeza y termine como yo.

Te quiero.

José Mari



En la red he podido ver que el albergue de piedra de Jato está acabado. Se llama del **Ave Fénix**, un nombre en extremo apropiado dada su historia. He visto también que tras él hay una asociación de amigos del camino que lleva el mismo nombre.

5.2. Santiago, el perro

Posted on [15 junio, 2011](#) by [xucar](#)

En algún lugar entre Vilafranca y O Cebreiro oí hablar de él por primera vez. Alguno de los peregrinos me lo comentó:

- *Hay un perro que está haciendo y deshaciendo el camino. Me han dicho que acompaña un rato a los peregrinos y se para cuando y donde quiere.*

Era un perro salchicha más bien pequeño y tenía, desde mi punto de vista, una fuerte personalidad. En efecto, a lo largo de las 3 ó 4 etapas siguientes, Santiago, como pronto bautizamos al perro, aparecía y desaparecía como por encanto. Había peregrinos que le hacían más caso que otros, pero lo cierto es que daba la impresión de que era él, más que nosotros, quien elegía con quien estar y a quien seguir. De repente lo veías aparecer a la vera del camino, situarse junto a ti y caminar un rato a tu lado. Luego, de la misma manera, se paraba y supongo que esperaba o se iba con otros peregrinos.

Los peregrinos y peregrinas lo comentábamos en los albergues y, a raíz de sus relatos, pude comprobar efectivamente que Santiago hacía y deshacía camino. En más de una ocasión, a lo largo de los días siguientes, nos parecía que lo habíamos perdido o que había quedado más atrás pero tan sorpresivamente como se había ido volvía a aparecer. Incluso uno de los días, que no apareció en toda la etapa, pensamos haberlo perdido definitivamente. Pues bien, en la etapa siguiente volvió a caminar con nosotros.

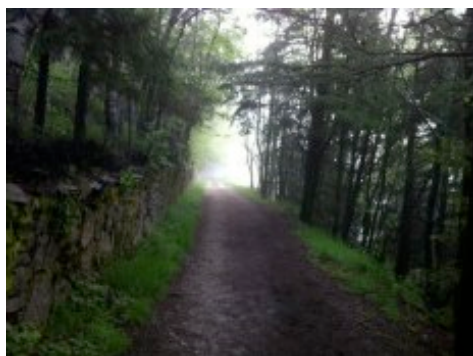
Había comentarios que especulaban con todo tipo de hipótesis. Desde que el perro “*era el santo encarnado cuidando el camino*” hasta que “*protegía y guiaba a los peregrinos que más lo necesitaban*” pasando porque era “*la fuerza del camino la que le impedía abandonarlo*”. Lo cierto es que yo hacía interpretaciones mucho más simples y mundanas. Seguramente lo que Santiago estaba buscando era un amo que se ocupara de él y, como en el camino había muchas personas disponibles, buscaba a alguien que lo quisiera.

No me cabe ninguna duda de que al final lo consiguió; de que encontró a alguna persona que se ocupara de él. Si algo aprendí en el camino es la fuerza que puede llegar a tener la propia determinación y Santiago, el perro, tenía, como he dicho, mucha

5.3. O Cebreiro y la red de peregrinos del camino

Posted on [21 junio, 2011](#) by [xucar](#)

De Vilafranca a O Cebreiro todo fue cuesta arriba. Me paré a comer en [Herrerías](#) y allí me encontré con Paloma y Carolina –la hermana jovencita de Jesús el madrileño y su amiga- por lo que continuamos caminando juntos. Lo mas remarcable de la etapa es que se entra en Galicia y que se produce, nuevamente, un cambio de paisaje muy importante.



Recuerdo la empinada senda entre grandes castaños y enormes piedras por la que ascendimos hasta el pueblo de [La Faba](#).

Es curioso porque me han quedado flashes muy vívidos de aquellos momentos. La ascensión era muy dura porque el firme alternaba sendero embarrado con grandes piedras y el desnivel era muy elevado en pocos metros. El día de descanso en el albergue de Jato, sin embargo, me había hecho recuperar las fuerzas.

La salida de la senda oscura y boscosa por la que ascendía era abrupta y se abrió al pueblo de La Faba, que estaba desierto. La cuesta arriba daba a un pequeño claro entre dos casas y no se veía nada más aunque, justo al emerger entre los castaños, vi pasar a un lugareño montado en un burro. Una sensación de lo más rural.

Nada más llegar nos sentamos a descansar. Al poco apareció, saliendo de un recodo tras una de las casas, Felipe el vasco y nos pusimos a charlar. El resto de la etapa hasta el alto de O Cebreiro lo hicimos por unas sendas despejadas, sin árboles que no paraban de ascender. Era media tarde y, además de Felipe y las dos chicas jovencitas, caminaban con nosotros otros dos o tres peregrinos.

La charla durante la ascensión me fue confirmando cosas que ya sabía y que, en más de una ocasión, había comentado con otros peregrinos. Me dijeron que a partir de O Cebreiro el camino hasta Santiago se hacía multitud y que era muy difícil volver a estar o a caminar sólo. La razón era que, desde ese punto hasta Santiago, había, aproximadamente, unos 100 kilómetros y esa era la distancia mínima exigida de camino al peregrino para darle *la Compostela*. Había muchos peregrinos que comenzaban desde aquí su camino.



La *Compostela* o , también, *Compostelana*, es la acreditación que el peregrino obtiene de las autoridades eclesiásticas de Santiago de Compostela conforme ha peregrinado hasta allí. Si no justificas con sellos en tu credencial que has hecho al menos 100 kilómetros no la obtienes.

El albergue de O Cebreiro era muy grande y allí nos encontramos buena parte de los peregrinos que habíamos ido coincidiendo en las últimas etapas. Estaban prácticamente todos: las chicas catalanas, las aragonesas, Jesús el madrileño, Klaus, Los valencianos Xavi y Joan, Lorena y el grupo de Michel y Pierre, Chus la burgalesa y muchos otros.

Los encuentros, como siempre, una alegría. Ya tuve esa impresión en León, pero aquí todavía se hizo más evidente. Habíamos ido conectado unos con otros y haciendo una red muy amplia de amistades y compañerismo. La red de peregrinos del camino. Cada uno de nosotros, fuera solo o en grupo, sabía que contaba con todos los demás, que nos ayudaríamos y nos cuidaríamos si lo necesitábamos. Los lazos estaban y ahí y creo que todos los sentíamos muy fuertes. No sabía cuánto o si durarían pero en aquel momento yo formaba parte de algo muy grande. Era y me sentía peregrino.

La sensaciones que tenía eran muy potentes. Me sentía muy lleno y muy orgulloso de ser peregrino y de estar en el camino. Todos los peregrinos y peregrinas eran mis hermanos y, en aquellos momentos, sentía que haría cualquier cosa por ellos. De aquella etapa me ha quedado, sobre todo, la fuerza con que sentía mis emociones.



Antes de ir a cenar fui a la iglesia a solicitar una nueva credencial de peregrino puesto que había llenado la que me dieron en Villalcázar de Sirga. La nueva credencial es igual que la última.

La iglesia de O Cebreiro, pre-románica, era una preciosidad. Cuando llegué estaba anocheciendo y dentro todo estaba muy oscuro. Había una iluminación muy débil a base de velas y el ambiente tenía una calidez trémula que te transportaba a la antigüedad, al medievo.



Uno casi esperaba ver aparecer en cualquier momento a monjes y templarios. Aquello todavía acentuó más el sentimiento de ser peregrino y de estar en un camino intemporal, eterno. Me deje llevar por el ambiente y estuve un rato con los ojos cerrados disfrutando de las sensaciones.

Volví al albergue a buscar al resto de peregrinos y con los que todavía estaban allí nos acercamos a un mesón cercano donde nos estaban esperando todos los demás. Allí cenamos todos juntos.

Esa noche, antes de dormir y ya estirado en un jergón, estuve pensando que el camino, tal y como yo lo estaba haciendo, podía llenar una vida. Realmente era afortunado por estar haciéndolo. Tenía una misión: ir a Santiago; una tarea diaria: caminar; disponía de los recursos que me permitían no tenerme que preocupar por nada: tenía dinero para comer y para dormir y en el camino no faltaban lugares donde poder hacer ambas cosas; era libre de decidir qué hacer en cada momento: caminar o pararme, acompañar a unos peregrinos o esperar a otros; estaba abierto a la vida y a las sorpresas, fueran de paisajes o de personas; nada ni nadie me retenía o me empujaba; y disfrutaba, por último, de la solidaridad, la compañía, el calor y la ayuda de los peregrinos. Ahora mismo no sabía que más se le puede pedir a una vida.

Una vez acabado el camino supe que la vetusta iglesia de O Cebreiro era el resto de un antiguo monasterio. Leí, asimismo, que había leyendas que situaban en ella un milagro de transustanciación que convirtió el pan eucarístico y el vino misal en auténticas carne y sangre y que los Reyes Católicos donaron unas patenas de oro y plata como relicarios para conservar aquellas divinas pruebas.

Tradiciones espirituales y esotéricas apuntan que el cambio alquímico de la transustanciación se relacionaba simbólicamente con el cambio interior operado en el peregrino. Es a partir de este momento y de este lugar, pasadas ya las más duras pruebas del camino –la llamada *iniciación*– cuando y donde el peregrino puede dar comienzo a su verdadera transformación interior.

5.4. La canción del peregrino

Posted on [26 junio, 2011](#) by [xucar](#)

De O Cebreiro no salí solo, como me había estado gustando hacer desde el inicio del camino. Empezamos la etapa en grupo y solamente guardo tres recuerdos, en forma de flash, de aquel día. En el primero me veo caminando casi en procesión -¡*Tantos peregrinos caminábamos!*- a lo largo de un sendero amplio que parecía el lecho arenoso de un río. En ambas orillas crecían unos árboles que unían sus ramas y sus hojas en lo alto de manera que parecía que avanzábamos por un túnel boscoso. No estaba oscuro; era la mañana de un día nublado y los colores con los que recuerdo la escena eran verdes y marrones claros.



El ambiente era muy bueno. Todos estábamos muy alegres y caminábamos entre risas y bromas. Allí se nos ocurrió que podríamos cantar; que deberíamos tener nuestra propia canción del camino. Nos sentíamos un grupo, una compañía, una comunidad y buscábamos acciones, tareas o símbolos compartidos que nos identificaran. Nos pasaba algo parecido a lo que nos sucedió en la fuente del piojo. Allí hicimos nuestro sello. Aquí debíamos encontrar algo.

Fue en **Hospital** donde se me ocurrió que podría readaptar una canción que yo conocía y enseñársela a todos. Nos paramos en un bar a desayunar y la escribí en la misma guía; cosa que resultó ser una buena idea porque eso me ha permitido conservarla.

*Me preguntan mis amigos
cuando ven que estoy cantando
que ahora cual es el pretexto.
Yo con gusto les contesto
que es porque soy peregrino
en el camino de Santiago.
Una experiencia que encanta
donde por gracia uno siente
el calor del peregrino
que, aunque se agota y se cansa
y de ampollas se revienta,
nunca abandona el camino.*

(Estribillo)

*Que bonito estar tan cerca
de la gente que uno quiere
y vivir de esta manera.
No quiero perder el paso,
quiero andar todo el camino*

y ganar mi Compostela.

*Ahora sí, mi peregrino,
dale marcha a la guitarra
quiero cantarle al camino,
quiero decirle a Santiago
que ya se acerca el momento
de que estemos reunidos.
A estos buenos peregrinos,
a los que vienen de lejos
y a los que vienen de cerca,
quiero que brinden conmigo
que compartan mi alegría
y que muera la tristeza*

(Estribillo)

*Que bonito estar tan cerca
de la gente que uno quiere
y vivir de esta manera
no quiero perder el paso
quiero andar todo el camino
y ganar mi Compostela*

El tercer flash del recuerdo consiste en todo el grupo caminando e intentando aprenderla y cantarla juntos. Quizá lo que más recuerdo del día es el sentimiento de estar juntos y de ser y sentirnos comunidad.

5.5. Moras y sílex

Posted on [28 junio, 2011](#) by [xucar](#)

En **Triacastela** tuve que tomar una decisión puesto que la guía ofrecía dos rutas alternativas: una que pasaba por el **monasterio de Samos** y otra que pasaba por diferentes pueblos y, en principio, no ofrecía nada especial. No sé muy bien porque tomé la decisión de seguir por la segunda. Por alguna razón preferí obviar el monasterio. La mayoría de los del grupo, por el contrario, optaron por Samos, así que nuevamente volví a caminar solo.

El día era precioso y, en un momento determinado, empecé a ver zarzales llenos de moras junto a la carreterita por la que caminaba.



Estaban en su punto así que estuve comiendo unas moras deliciosas. Más regalos que el camino ponía a mi disposición.

Una de las veces que me paré a descansar apareció Margarita, la australiana. También ella había preferido esta ruta. Ella tenía una razón específica. Me dijo que unos amigos suyos le habían hablado de que había un punto en esta etapa en el que, si te desviabas un par de kilómetros, podías encontrar a un artesano del sílex que hacía piezas muy bonitas.

La idea me entusiasmó ya que soy un enamorado de las piedras, de los minerales y de las formas y volúmenes que unas y otros adquieren.



Creo que fue entre **Furela** y **Pintin** aunque no estoy del todo seguro. Un cartel pintado en negro sobre un trozo de madera clavado en un árbol indicaba: **SILEX**. Bajo el nombre una flecha negra señalaba la dirección que había que seguir.

La seguimos sin dudar y nos condujo a una casa de piedra tras un muro no muy alto que la rodeaba. Estaba cerrada y no había nadie. Decidimos esperar allí. Deambulando por los alrededores, mientras hacíamos tiempo, encontramos restos de piedras trabajadas. Imaginamos que eran restos de minerales con los que el artesano había estado trabajando.

Estuvimos casi dos horas esperando y allí no apareció nadie así que, finalmente, decidimos continuar nuestro camino. No sin antes recoger algunas de aquellas piedras que estaban tiradas en el suelo. Yo me lleve seis piedras muy bonitas. Algunas las regalé a mis amigos al volver del camino y otras aún las conservo.

5.6. Los perros en el camino gallego

Posted on [1 julio, 2011](#) by [xucar](#)

En la guía que llevaba ponía que en la etapa de **Triacastela** a **Sarria** volvían a aparecer los perros, aunque tengo que decir que, en realidad, yo no me llegué a enterar de que hubieran desaparecido en ningún momento. En concreto decía:



Los hay en cada casa y salen, aparentemente bravíos, al encuentro del peregrino. No hay que temer. Por allí han pasado ya cientos de caminantes y nuestra pierna no va a ser la preferida para morder.

Hubo dos hechos que me intranquilizaron especialmente. El primero, que esa información estuviera escrita en la guía. El segundo, la manera como estaba escrita. Uno tendía a no tener claro si el escritor nos advertía de un peligro o si, por el contrario, iba de valiente. En cualquier caso: ¿de qué iba?

A mi los perros no me habían dejado del todo tranquilo en el camino, quizás porque, como se suele decir, olían mi miedo. Pero, fuera por lo que fuera, las relaciones entre ellos y yo no eran todo lo fluidas que, al menos, yo hubiera deseado. El hecho es que, como resultado de la información de la guía, tuve que pensar qué hacer, si asustarme o por el contrario, envalentonarme. Decidí que ignoraría a los perros. Fue una buena decisión.

En Galicia me encontré perros en todos los pueblos y tengo que decir que eran, en general, perros grandes. Pero no tuve ningún problema con ellos. Los perros me pagaron con la misma moneda que yo y me ignoraron totalmente, cosa que agradecí sobremanera.

5.7. El bosque mágico de Sarria

Posted on [3 julio, 2011](#) by [xucar](#)

Margarita y yo paramos a comernos un lacón con grelos en un restaurante de [Sarria](#).



Tenía ganas de celebrar la entrada en Galicia con un plato tan sabroso como ese y tengo que decir que realmente lo disfrutamos. El camino puede ser también un trayecto gastronómico en el que gozar de los aromas y sabores de cada pueblo.

Después de comer nos dirigimos caminando a un precioso bosque que hay a la salida de esa ciudad. No tiene más de 500 metros de longitud pero uno puede entender perfectamente las fantasías que un lugar como ese puede despertar. Lo llaman “el bosque encantado”. Duendes, elfos, trolls, gnomos, hadas y brujas podrían habitar en un lugar así. No sé si son las lecturas, los cuentos que nos explicaban de niños o las películas que hemos visto las que dejan en nosotros esas huellas que nos hacen reconocer lugares o sensaciones.



Cuando llegamos a ellos se establece una extraña magia que nos hace reconocerlos. Nos pueden maravillar, asustar o inquietar. Pero por encima de todo eso está el reconocimiento. Algo nos une, nos ha unido o nos unirá a esos lugares.

Nos sentamos junto a un precioso roble centenario y estuvimos un rato disfrutando del ambiente mágico. Margarita me dijo que le gustaría que nos quedáramos allí a dormir pero yo preferí continuar hasta el albergue. El lugar me maravillaba al mismo tiempo que me inquietaba y no sé muy bien cual de las dos sensaciones era más fuerte. Ni se lo dije ni probablemente lo hubiera reconocido si me lo hubiera comentado pero temía la noche en aquel bosque. Temía la oscuridad y las sombras.

Seguir adelante no resultó ser la mejor decisión puesto que cuando llegamos el albergue estaba lleno y tuvimos que dormir en el suelo.

5.8. El sentido del peregrinaje

Posted on [5 julio, 2011](#) by [xucar](#)

Creo que lo que voy a contar me sucedió en el trayecto de **Portomarín** a **Palas del Rey** pero no estoy del todo seguro. La etapa me estaba resultando realmente dura. Me faltaban, más o menos, unos 11 kilómetros para llegar al final de la misma y prácticamente no podía caminar. Volvía a tener mucho dolor en un tendón o en un músculo de la parte posterior de la espinilla derecha.



El caso es que llevaba varias horas caminando con mucha dificultad. Viajaba solo y, si podía seguir caminando, era únicamente gracias a mi bordón que, a estas alturas del camino, era ya mi hermano, mi guía y mi soporte. Había ido perdiendo, no sabía muy bien si por delante o por detrás de mí, a todos mis compañeros y compañeras de camino.

A lo largo de la etapa me habían pasado o yo mismo había ido adelantado a muchos peregrinos, pero con ellos no había tenido un especial contacto más allá del saludo de quien sabe compartir camino o destino. En un momento determinado me doy cuenta de que no puedo más. Me duele mucho la pierna y necesito pararme a descansar. Deben ser las 17 o 17'30 horas. Me tiendo a un lado del camino. Tres chicas que había visto paradas más atrás, mientras yo caminaba a duras penas, pasan ahora por una senda frente a mí. Me preguntan que cómo estoy y que a dónde me dirijo. Les digo que pretendo llegar a Palas del Rey. Aunque ya han visto las dificultades por las que estoy pasando me animan a continuar mi camino y siguen adelante.

No han pasado ni cinco minutos cuando las veo desandar el camino y volver hasta donde yo estoy parado. Me dicen que han pensado que, en las condiciones en las que estoy, no voy a poder llegar al albergue así que una de ellas va a darme un masaje en la pierna dolorida.

Durante unos 10 o 15 minutos estuvo masajeándome la pierna con una crema de árnica que llevaba.



Después me dijo que continuara caminando y que ya nos encontraríamos en el albergue de Palas. Me dijo también que, antes de dormir, me daría otro masaje en la pierna.

Dudo que sin el masaje hubiera podido llegar. Me llevó todavía mis buenas dos horas alcanzar el albergue. Cuando llegué me encontré a las tres chicas esperándome y me dijeron que ya se estaban planteando salir a buscarme ya que les extrañaba que me costara tanto llegar.

Pensé que esa era la magia que producía el camino. Tres horas antes éramos absolutamente desconocidos y ahora ya se estaban preocupando por mi y pensando en desandar el camino por si necesitaba ayuda. Ese es el sentido del peregrinaje: la humanidad compartida y las necesidades comunes nos hermanan y nos llevan a pensar en el otro y a compartir con él o con ella aquello que tenemos.

5.9. Aromas de Galicia en el camino

Posted on [10 julio, 2011](#) by [xucar](#)

Galicia es diferente. Galicia es especial. Los pueblos de Galicia, sus gentes y su paisaje son especiales. De esa parte del camino recuerdo lo más típico, aquello que uno identifica enseguida con la cultura gallega: los hórreos;



las casas, las calles y las calzadas de piedra; algunas lugareñas, vestidas totalmente de negro con un pañuelo en la cabeza; los perros grandes, presentes en todos los pueblos; las voces y las conversaciones con esa música tan dulce que tienen los gallegos al hablar. Pero, siendo como es especial todo lo que acabo de comentar, lo que quiero destacar es otra cosa.

Algo que me llamó poderosamente la atención, en prácticamente todos los pueblos de la Galicia rural por los que pasé, fue el olor. Es un olor difícil de explicar. No es desagradable en exceso; es soportable y podría decir que deja, incluso, un punto agradable o al menos familiar, cuando lo más fuerte del aroma ya se está apagando. El núcleo del olor es duro, casi agresivo, concentrado y profundo y, para alguien ajeno, ha de ser difícil de soportar en su mismo centro, allí donde es más potente; donde se convierte en una esencia pura. Es un olor muy intenso a fermentos que recuerda a las manzanas podridas y al estiércol fresco mezclado con la paja limpia. Es una mezcla densa y punzante que se expande por el aire con notas verdosas y amarillentas.

La primera vez que lo olí fue al acercarme a un pueblo del interior, del que no consigné el nombre. Recuerdo que busqué la fuente que lo producía porque me traía recuerdos de mi infancia. El olor me impresionó tanto que me hizo retroceder a recuerdos muy antiguos que, aunque ni siquiera sabía que tenía, pude reconocer rápidamente. Mis 5, 6 ó 7 años en un pueblo de La Rioja, **Medrano**, donde vivían mis tíos y mis primas y una hacienda, a la que me llevaban de vez en cuando, en la que había vacas y otros animales. El olor me llevó hasta aquella hacienda y hacia mi niñez. El olor me llevó al recuerdo de aquel momento tan lejano y tan perdido.

Tengo ese olor tan profundamente grabado en mí que lo reconocí de inmediato y recuerdo haberme parado y aspirarlo profundamente intentando conectarlo con mis recuerdos. Pronto identifiqué que el olor provenía de los corrales donde estaban las vacas o, al menos, eso me pareció.



Los lugareños seguramente ya estaban acostumbrados y no debían olerlo, pero impregnaba todo el ambiente de los pueblos y se hacía especialmente fuerte e intenso cuando pasaba caminando junto a las naves o los edificios donde guardaban las vacas.

En la Galicia rural el olor formaba parte del paisaje y para mi resultó ser un paisaje familiar a pesar de no ser gallego. En mi camino atravesé toda Galicia y los aromas a fermentos junto a los de los eucaliptos, que pueblan buena parte del territorio, no me abandonaron ni antes ni después de Santiago.

Los peregrinos me contaron que los eucaliptos no eran originarios de Galicia sino que fueron traídos por los indianos;



gallegos que retornaron ricos a su patria después de pasar muchos años en países de Latinoamérica o en la zona de las islas Filipinas. Lo que me explicaron fue que el eucalipto es una especie muy fuerte que va ocupando el terreno y matando el resto de la vegetación. Me dijeron que con los años todos los bosques de Galicia serían de eucaliptos. No se si será verdad o no pero lo cierto es que pude ver –o así lo interpreté– bosques en los que la línea de demarcación entre los eucaliptos y los árboles nativos estaba claramente definida. Pude pasar por bosques en los que los eucaliptos eran mayoritarios y minoritarios los árboles locales y también al contrario. Sabiendo lo que sabía pensé que me hallaba en zona de guerra; una guerra entre especies arbóreas.

El aroma de los bosques de eucaliptos es también profundo, largo y muy intenso. La mezcla de ambos aromas -fermento y eucalipto-, para mi los más destacables de la zona por la que atravesé Galicia, son desde entonces reflejo y recuerdo de esta tierra y de los días que pasé cruzándola rumbo hacia el fin de la tierra y del mundo.

5.10. Pulpería Ezequiel

Posted on [13 julio, 2011](#) by [xucar](#)

Creo que fue en **Leboreiro**, el primer pueblo de la provincia de A Coruña. En un precioso puentecito enlosado, sobre un arco de medio punto a través del que circula el río Seco, volvimos a juntarnos el grupo de amigos peregrinos.



Habíamos estado haciendo desperdigados los últimos kilómetros. Allí fuimos llegando, poco a poco, todo el grupo de Pierre, Michel, Lorena, Klaus y Felipe, las catalanas y las aragonesas, etc.

La sensación del reencuentro siempre era curiosa. Sabes que todos están en el camino pero no sabes muy bien exactamente dónde; si quedaron atrás o si te adelantaron. Las primeras palabras del encuentro tratan también siempre sobre lo que se ha hecho desde la última vez que nos vimos: *¿Dónde te has parado? ¿En qué lugar estaba cada uno cuando los otros lo adelantaron? ¿Cómo es que no nos hemos visto si los dos estábamos allí? ¿Qué pena que te hayas perdido esto o aquello! ¿No sabías que aquello estaba en aquel sitio?* Es como una especie de actualización sobre el camino que compartimos.

En otros trechos de camino nos habían hablado de la **pulpería Ezequiel** en el pueblo de **Melide**. Allí, según decían, se comía “*el mejor pulpo de Galicia*”. Por las redes sociales –físicas, en aquellos años- que teje el peregrinaje circulan informaciones de todo tipo y cada peregrino o grupo de peregrinos selecciona aquellas que le resultan relevantes. Yo era un buscador de noticias gastronómicas, entre muchas otras, así que anuncié que yo no pensaba quedarme sin pasar por la pulpería.

Hacia allí nos dirigimos en grupo. El lugar, tal y como lo recuerdo, producía una sensación bastante cutre. Era una nave grande. A la izquierda de la entrada una barra corrida de bar, a la derecha varias mesas largas, perpendiculares a la barra, con bancos corridos a ambos lados. Me recordó al albergue de Jato.

El pulpo que comimos fue extraordinario y nos trataron muy bien. Recuerdo que disfrutamos la comida y la compañía y que lo pasamos muy bien.



Creo que fue allí también, en la sobremesa, cuando Chus y Klaus me escribieron unas notas de recuerdo en mi diario. Esto es lo que me puso Chus:

- *Cuando empezaste este camino has dejado muy lejos, creo, algo que no te gustaba. En Finisterre comienzas de nuevo. ¡Disfrútalo!*

Chus.

Klaus también me escribió unas palabras en alemán y me hizo un pequeño croquis para saber llegar hasta su ciudad. El tiempo que ha pasado desde entonces, alguna gota de agua descuidada sobre la tinta y el pudor de transcribir mal sus palabras hacen que prefiera ir directamente a lo que él me tradujo. Su nota decía:

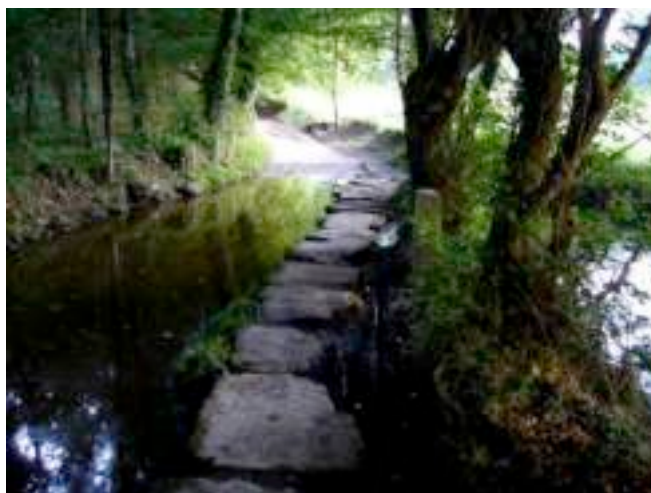
- *Al fin del mundo solamente puede llegarse a pie.*

Klaus.

5.11. Una velada llena de historias en la cátedra de ecología

Posted on [17 julio, 2011](#) by [xucar](#)

La guía que tenía del camino hablaba de un bosque a la salida de Melide y lo caracterizaba como una *cátedra de ecología*. El lugar era efectivamente magnífico; de esos que parece que ya no deben existir en ningún sitio porque nuestra civilización consumista y derrochadora ha degradado todos los que quedaban.



Eucaliptos, robles, pinos y unas aguas claras y límpidas componían un cuadro idílico y casi irreal de tan perfecto.

Llegamos allí a media tarde. El lugar nos gustó tanto que comentamos la posibilidad de quedarnos a dormir al raso. Pensábamos en hacer un fuego, en compartir nuestra cena y en dormir a su alrededor. Ahora bien, si deseábamos hacer fuego no nos podíamos quedar donde estábamos, porque el lugar era demasiado perfecto y temíamos estropearlo, así que se imponía encontrar algún sitio más apropiado.

No muy lejos de la cátedra había una amplia campa entre los árboles que daba al río. Comentamos que, en el centro mismo de la campa, no habría ningún peligro de que el fuego se pudiera extender puesto que la distancia hasta los árboles era lo suficientemente amplia.



Creo recordar exactamente todas la personas que elegimos quedarnos a pasar allí la noche: Gema y Olga, las catalanas; Felipe el vasco; Klaus el suizo; Margarita, la australiana; Jesús el madrileño, su hermana Paloma y su amiga Carolina; Lorena, la argentina; Joan y Xavi, los valencianos; Chus, la burgalesa; y, por último, yo mismo, riojano de nacimiento y catalán de adopción. El mosaico de personas y de orígenes era diverso y variado así que la noche prometía ser muy interesante.

Nos ubicamos en el centro mismo de la campa. Todavía había luz de día pero sabíamos que no duraría mucho tiempo. Íbamos hacia el final de agosto y comenzaba a notarse que amanecía más tarde y anochecía antes. Yo dirigí los primeros pasos en la organización de la acampada. En un paraje tan bello como aquel no teníamos derecho a estropear nada. La idea era que, cuando nos fuéramos por la mañana, todo quedara exactamente igual como lo habíamos encontrado.

Años atrás, cuando estaba haciendo la tesis doctoral, pasé los meses de verano de tres años consecutivos en el monasterio benedictino de Valvanera, en la Rioja. Fueron los monjes, en las salidas que hacíamos los fines de semana a caminar por el monte, los que me enseñaron cómo hacer fuego en la montaña.

Mientras unos cuantos iban al río, en busca de piedras lo más planas posible, otros marcaron un círculo en el suelo del diámetro aproximado del fuego que pretendíamos hacer. Con las navajas cortaron y levantaron el manto de hierba y lo dejaron apartado a un lado. La idea era volver a colocarlo por la mañana para que todo quedara como si no hubiera pasado nada.

Rellenamos el hueco de tierra desnuda con las piedras planas que habíamos cogido en el río e hicimos el fuego encima de ellas. Es la técnica que los monjes me explicaron para evitar que la humedad del suelo impidiera hacer y mantener el fuego. En este caso nos serviría también para no dañar el prado. Al día siguiente recogeríamos las cenizas, devolveríamos las piedras al río y volveríamos a colocar el círculo de hierba que habíamos retirado.

Charlando acerca del saber popular del campo, Jesús nos contó una historia que le explicaba su abuelo para evitar la lluvia cuando te cogía, solo y sin protección, en mitad del campo. El truco era muy sencillo.

- *Si ves que empieza a llover –nos contó, que le decía su abuelo-. Quédate en calzoncillos o, todavía mejor, desnudo. Busca una piedra, si es grande mejor, dobla la ropa bien doblada y siéntate encima de ella para que no se moje. Después de la lluvia tu estarás mojado pero tendrás la ropa seca.*

Cuando cayó la noche el fuego crepitaba con fuerza en el centro del círculo que habíamos hecho a su alrededor. Un cielo limpio y estrellado nos cubría y pasamos buena parte de la velada mirando la vía láctea, que era perfectamente identificable en las alturas. Estuvimos comentando cosas de las estrellas e intentamos poner nombres a las constelaciones, aunque pronto quedó claro que ninguno de nosotros éramos otra cosa que simples aficionados.

Cada uno aportó al grupo la comida que llevaba y compartimos una cena diversa y abundante. Felipe era el encargado de ir alimentando el fuego para que no se consumiera. La provisión de madera que habíamos traído del río era suficiente y nos duró toda la noche. Más de una vez nos sorprendió o asustó a todos saliendo del círculo de luz y lanzando al fuego, desde fuera y cuando menos nos lo esperábamos, alguna rama que impactaba con fuerza y despedía constelaciones de chispas sobre todos los que estábamos estirados alrededor. El juego entonces estaba asegurado. Le increpábamos diciéndole de todo y Klaus incluso una vez le lanzó una bota que, para su sorpresa y la nuestra, le dio de lleno en la cara y consiguió que todos nos desternillásemos de risa.

Después de cenar, unos sentados, otros recostados sobre las mochilas y otros, por último, ya embutidos en los sacos de dormir, nos pusimos a explicar historias. El trémulo reflejo de las llamas danzaba sobre las caras de todos los que estábamos alrededor del fuego y el efecto era sencillamente mágico. Un mar de sensaciones y sentimientos se bordaron aquella noche bajo el manto de un cielo

sereno, profundo y estrellado. Al ritmo de las historias sentimos el placer de compartir la magia de la vida.

Fue una velada con muchas historias de las que, lamentablemente, sólo unas pocas han quedado en el recuerdo. A lo largo de los años, más que las historias concretas, he atesorado imágenes y sentimientos de aquella velada tan especial.

Una de las que me quedaron grabadas la explicó Xavi e iba de escritores españoles de la llamada generación del 98. La verdad es que no recuerdo bien cual de los dos, si Miguel de Unamuno o Ramiro de Maeztu, había escrito la obra de teatro que se estaba representando. Tampoco me acuerdo, en consecuencia, quien era, de los dos, el que la estaba viendo sentado en la platea. Xavi nos dijo que los dos escritores se tenían mucha inquina y que eso fue lo que motivó la anécdota. Iba más o menos así:

- *El teatro estaba lleno ya que el autor estrenaba la obra que acababa de escribir. Todo Madrid había acudido a dicho estreno. Pues bien, resulta que el personaje que estaba en el escenario describía a una mujer diciendo de ella que “.....iba vestida de seda y tenía nervios de acero”.*
- *Se ve que en ese momento el otro escritor, sentado en las primeras filas de la platea y con evidentes ganas de fastidiar a su rival, se puso de pie y a voz en grito dijo: “Eso no es una mujer: es un paraguas”*

Xavi nos dijo que se montó una buena en el teatro y que eso encendió todavía más las riñas y discusiones entre los dos escritores. A todos nos hizo mucha gracia la anécdota.

Klaus era la persona que, con diferencia, más tiempo llevaba en el camino y más kilómetros había recorrido. No sé muy bien cómo pero se puso a explicarnos el porqué y el cómo de su camino. Nos dijo que estaba harto de su trabajo y de la vida que llevaba y que un día, sin pensárselo demasiado y sin preparar prácticamente nada, cerró con llave la puerta de su casa y se puso a caminar.

Tampoco recuerdo muy bien a qué se dedicaba. Creo que nos explico que realizaba a algún tipo de trabajo técnico relacionado con la electricidad y, también, que utilizaba sus conocimientos para hacer algún tipo de arte, aunque no puedo estar seguro.

Con un castellano vacilante nos explicó que todo fue muy mal en su camino hasta entrar en España; que lo pasó realmente mal.

- *Ni en Suiza ni en Francia entienden lo que es y lo que significa hacer el camino de Santiago – nos dijo-. Cuando me preguntaban qué hacía y a dónde iba y yo les respondía que estaba en el camino, me miraban como si estuviera loco de atar. No entendían nada.*

Comentamos que eso debía ser así porque en esos países no están acostumbrados a encontrarse personas haciendo el camino y porque allí esa tradición no existe. Klaus nos lo confirmó y continuó:

- *La gente me trataba como si yo fuera o un pobre diablo o un delincuente y la mayoría se apartaban de mí. Yo para ellos no era nadie y eso me obligó, en más de una ocasión, a pedir como si realmente fuera un pobre. Aunque..... ¡¡Ya veis que lo soy!! -Añadió con un gesto que hizo que todos nos echáramos a reír-*

- *Tú lo que tienes es mucha cara –Le apostilló Felipe-*

Prácticamente todos le empezamos a vacilar con bromas relativas a la pinta de *pobrecito* que tenía y a lo mucho que debía sufrir. Después de unas buenas risas, Klaus continuó explicándonos:

- *Las cosas cambiaron totalmente al entrar en España. Aquí el camino existe y ser un peregrino es ser alguien. Todo el mundo lo entiende. No tiene nada que ver hacer el camino aquí o hacerlo fuera de España. Aquí el peregrino tiene un estatus y todo está pensado para ayudarle.*

Todos coincidimos con él en eso y más de uno y de una comentó algunas situaciones del camino en las que personas de muy diferente tipo les habían ayudado sin “poner caras raras” ni pedir nada a cambio. Estuvimos de acuerdo en que esa era, precisamente, la magia del camino.

Yo también les expliqué una historia; la de Paco, el niño que quería hacer de Rin-tin-tín. Les dije que es algo que me sucedió cuando yo tenía 20 años y empecé a trabajar en Barcelona en una escuela de niños y niñas con problemas de salud mental. Así se la conté:

- *Me encargaron una clase en la que había unos diez niños y niñas de entre 7 y 12 años. Las discapacidades que sufrían eran variadas e incluían niños diagnosticados como mogólicos, autistas, psicóticos y otros tipos de problemas relacionados con la salud mental. El encargo era el de ocuparme de ellos cada día de la semana durante una hora después de la comida. Con el director del colegio acordamos que yo trabajaría con ellos temáticas relacionadas con la expresión artística. En aquella época –les expliqué- yo estaba estudiando en la escuela de teatro y eso me daba la oportunidad de aplicar lo que estaba aprendiendo al mismo tiempo que me ganaba la vida.*

En la primera sesión de clase con los niños y niñas les expliqué las cosas que íbamos hacer en esa hora diaria y les planteé la posibilidad de acabar montando una obra de teatro que representaríamos para el resto de la escuela. Los niños y niñas de la clase se entusiasmaron. Recuerdo que todos empezaron a saltar a mi alrededor manifestando la alegría y la ilusión que les hacía. Aunque todavía no los conocía hubo un niño mogólico, gordito y con gafas que se llamaba Paco, en el que me fijé especialmente. Él también saltaba a mi alrededor pero lo que me llamó más la atención fue que él levantaba el dedo, como hacen los alumnos en clase para llamar la atención del profesor, y luego se señalaba a sí mismo y con una voz gutural decía:

- ¡¡ Yo Rin-tin tñ!! ¡¡Yo Rin-tin-tñ!!- Y lo repetía una y otra vez saltando, levantando el dedo y señalándose a sí mismo con gran entusiasmo.

Al principio no le preste mucha atención. Simplemente le dije que sí, que ya lo haríamos y ahí quedó la cosa. Al día siguiente comenzamos a hacer juegos y enseguida Paco me insistió en que él quería hacer de Rin-tin-tñ. Tal fue su insistencia que al final le dije que de acuerdo, que él podía hacer de Rin-tin-tñ.

Se le ilumino la cara y con la celeridad del rayo se puso en el suelo a cuatro patas y empezó a correr por la clase y a ladrar. Me quedé estupefacto. Nunca en mi vida había visto nada igual. No lo hacía como los perros: ¡¡¡era un perro!! Corría a cuatro patas, sacaba la lengua jadeando exactamente igual que hacen los perros y se paraba delante de mi mirándome como esperando que yo le diera órdenes o le lanzara un palo para ir a buscarlo.

Era algo alucinante; yo no lo podía creer. Lo más divertido era que, si veía algunos niños haciendo tonterías y yo les reprendía, corría enfadado hacia ellos ladrándoles y los llegaba a arrinconar contra la pared cercándolos como si fueran ovejas. Cuando yo le decía que parara volvía corriendo a cuatro patas hacia mi e intentaba lamerme las manos.

Yo estaba tan sorprendido que se lo comente al director de colegio y él me explicó la siguiente historia.

Me contó que unos cuatro años atrás le trajeron a Paco a la escuela. No era solamente que el niño fuera mogólico; el problema era que actuaba como si fuera un perro. Su familia ya no sabía que hacer con él pues por más que le riñeran o castigaran no conseguían que se comportara de manera normal.

Los padres del niño, una familia andaluza que había emigrado a Cataluña, explicaron al director de la escuela, el origen del problema.

Parece ser que ellos se iban cada día a trabajar y dejaban al niño con su abuela. La abuela salía a trabajar al huerto y lo que hacía, para conseguir que el niño no la molestara y la dejara trabajar, era atarlo a un árbol. El niño debía de ver algún perro cercano que estaba en sus mismas condiciones y acabó por creer que él mismo era también un perro por lo que comenzó, en consecuencia, a comportarse como tal.

Manolo, el director del colegio me contó cómo trataron el problema. Trajo su perro a la clase y durante mucho tiempo Paco, el perro y los otros niños compartieron el aula de clase. Eso hizo que, con el tiempo y por comparación, Paco fuera dándose cuenta de que él era un niño y no un perro.

Que supiera que era un niño no le impedía, sin embargo, querer hacer, sin castigos, enfados ni malas caras, aquello que mejor hacía y más le gustaba hacer: de perro.

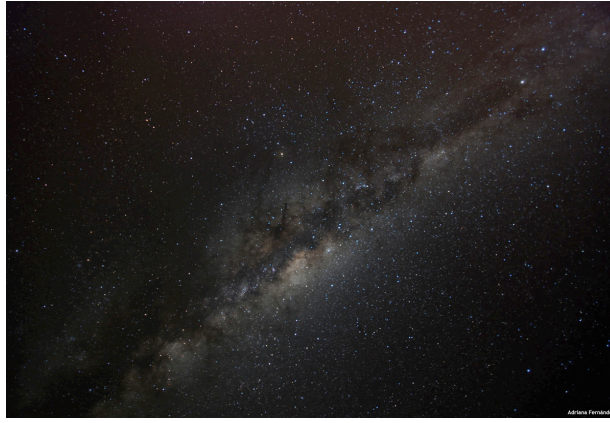
La historia les encantó y estuvimos mucho rato comentando cosas de aquella época y del contexto en el que se desarrolló.

De allí pasamos, como no podía ser de otra manera, a hablar del camino y del significado que tenía para cada uno de nosotros. Era lo que todos y todas compartíamos y el calor del fuego hizo aparecer los motivos que nos impulsaban y los sentidos que le encontrábamos a lo que estábamos haciendo. Se habló del camino como experiencia religiosa aunque la mayor parte de los que estábamos allí aquella noche preferíamos hablar del camino como experiencia espiritual.

Veíamos claro que hacer el camino estaba produciendo cambios en nosotros. Gema comentó que los cambios eran muy sutiles y que los advertiríamos de forma más clara una vez hubiéramos acabado el camino.

Comentando los enfoques esotéricos del camino volvió a salir a colación un tema del que, desde unas cuantas etapas atrás, venía hablando con diferentes peregrinos: la continuación del camino hasta Finisterre.

- *En Santiago acaba el camino religioso –comentó Olga- pero ya sabéis que el camino que se pone de moda en la edad media sigue en realidad una ruta anterior de origen pagano que se trazó siguiendo la Vía láctea.*



Esas palabras hicieron que todos miráramos hacia el cielo y comentáramos lo bien que se veía desde aquí y lo imposible que era hacerlo desde las ciudades. Alguien añadió que la vida ciudadana había cortado nuestros vínculos con la naturaleza y que en este camino tenía la sensación de estarlos recuperando. A lo que Olga añadió que para ella el camino no se acababa en Santiago.

- *Yo pienso continuar el camino hasta Finisterre-* nos dijo-.
- *Yo también* -apuntó Klaus-. *Hay que hacer el rito del renacimiento.*

A mi ya me lo habían explicado pero había algunos que no sabían a qué se refería. Fue Lorena quien nos contó el significado y la forma del rito.

- *Es un rito esotérico o pagano. Supone que el camino ayuda al peregrino a hacer una limpieza interior. Produce en él una transformación que lo convierte en una persona nueva. Esa transformación se simboliza a través de un rito que consiste en quemar alguna cosa propia al acabar el camino. Es como decir: Quemo el pasado, acabo con él y como el fénix renazco de las cenizas. Ahora voy a ser una mujer nueva.*

A todos nos pareció una idea muy interesante. Creo que fue allí mismo donde decidí que yo continuaría hasta el final. Había estado dándole vueltas a la idea pero todavía no me había acabado de decidir. La mayoría de los que estábamos dijimos que llegaríamos hasta Finisterre, el “fin de la tierra”.

5.12. La luz en el camino

Posted on [22 julio, 2011](#) by [xucar](#)

La historia que voy a contar comienza mucho más atrás en el camino; concretamente en el albergue de Nájera. Pero ahora, al transcribir las notas del diario, me he dado cuenta de que no la anoté. Es extraño porque es algo que, después de tantos años, sigo recordando con claridad y, si alguien me hubiera preguntado, hubiera afirmado, sin ningún género de duda, que la había recogido en mi diario del camino. No fue así por lo que la cuento ahora.

Encima de la litera en la que iba a dormir en el albergue de Nájera me encontré una pequeña linterna que daba una luz muy potente para el tamaño que tenía. Era de color negro y, aun siendo pequeña, pesaba mucho. Tenía la forma de un bolígrafo, aunque un poco más gruesa y, al igual que aquellos, disponía de un aplique de metal para sujetarla en el bolsillo del pantalón o la camisa.

Estaba dejada encima y en el centro de la litera como si, de verdad, fuera para mí. Recuerdo que lo comenté con Xavi y con Joan, los valencianos, y luego pregunté por ella al hospitalero y a los peregrinos que había en el albergue. La linterna no era de nadie. Después de consultarlo con el hospitalero decidí quedármela. Los valencianos me comentaron que eso era, *seguro, una cosa del “santo”* y que la guardara porque en el camino podría necesitarla.

No volví a pensar en ella, guardada en un bolsillo de la mochila, hasta que, efectivamente, la necesité.

Se nos había hecho muy tarde. Había sido una etapa muy relajada. Estuvimos caminando en grupo y más atrás y más adelante de nosotros habían ido quedando diferentes peregrinos. Algunos porque querían ir más deprisa y otros porque querían caminar todavía más relajados.

El caso es que las catalanas Olga y Gema están caminando conmigo y se nos está haciendo de noche. No recuerdo muy bien desde dónde decidimos continuar camino pero nuestro propósito es llegar hasta el pueblo de **Rua** porque en el anterior albergue, en el que pretendíamos quedarnos a dormir, estaba cerrado. Nos vemos obligados a seguir hasta el albergue de Rua porque es la única opción posible para dormir a cubierto.

El clima también se está complicando mucho. Se ha levantado un aire muy fuerte y está empezando a llover. Los tres avanzamos envueltos en nuestros chubasqueros y nos vemos obligados a caminar por una carretera por la que circula mucho tráfico. Hemos perdido la ruta y tampoco estamos muy seguros de estar siguiendo la dirección correcta.



Vamos muy incómodos e inseguros. La noche ha caído y cuando la carretera pasa por algún grupo de casas todo parece estar cerrado y sin ninguna luz. Los tres estamos asustados. Viendo que la cosa se está poniendo fea intento tranquilizarlas diciéndoles que seguro que en algún momento vamos a llegar a algún sitio; que no se preocupen.

Llevo la linterna encendida sujeta a mi bordón para que los coches y los camiones que pasan la vean y no nos atropellen. Enseguida tuve claro que eso era lo que tenía que hacer y fue una de las cosas que más nos ha tranquilizado a todos. Somos visibles en la desapacible oscuridad que nos rodea.

Avanzamos por el arcén de la carretera en fila india lo más rápido que podemos y casi no podemos ni hablar entre nosotros. Yo camino por delante. También tengo miedo y estoy inseguro respecto a si vamos o no en la buena dirección pero siento que estoy fuerte y protegido. Quizá fuera de contexto parezca una tontería pero la sensación que yo tenía en aquel momento era la de que el “santo” estaba conmigo, me guiaba y me protegía. Era lo que yo sentía y aún hoy recuerdo aquella sensación con claridad. Sé con seguridad que, al final, todo va a salir bien. Y así se lo hago saber a Olga y a Gema que caminan tras de mí.

Al final, a las 10’30 horas de la noche llegamos, calados de agua y agotados de cansancio, a un albergue en el que había luz. Todo el mundo dormía. Nos abrió el hospitalero y nos dijo que sólo quedaban dos camas. Ellas deberían compartir una en la zona de chicas y yo la otra en la de chicos. Recuerdo que fue una sensación un tanto extraña para mí. Yo hubiera preferido haber tendido los sacos en el suelo y haber dormido los tres en el comedor.

La sensación que tuve al entrar al albergue no me gustó. Sentí que al hospitalero le molestaba que hubiéramos llegado tan tarde. Una sensación totalmente diferente a la que estábamos acostumbrados al llegar a los albergues del camino. Lo normal era que los hospitaleros y hospitaleras nos recibieran con los brazos abiertos y nos ayudaran en todo. En este caso la sensación fue justo la contraria; estaba claro que habíamos llegado a deshora. No habíamos comido nada y ni tan siquiera nos dio opción. Las dos chicas a la habitación del piso de arriba y yo a una que estaba en la planta baja en la que había muchas literas. Fue como romper el vínculo que habíamos establecido en el difícil momento que acabábamos de pasar.

Después de haber caminado tanto rato por la carretera a merced del aire y el agua, iluminados nada más por la linterna y por los faros de los automóviles y camiones que pasaban, la luz del albergue me pareció pálida y mortecina. Tengo el recuerdo de aquel momento pegado a la piel y no sé muy bien porqué pero no es un recuerdo agradable.

Al día siguiente, de vuelta en el camino, tanto Gema como Olga me dieron las gracias y me dijeron que lo habíamos conseguido gracias a mí y que conmigo se habían sentido seguras. Ni que decir tiene que me sentí pletórico. Comentamos lo de la linterna y ni a una ni a la otra les cupo la más mínima duda de que la linterna nos la puso allí el “santo”.

Capítulo 6. EL FINAL DEL CAMINO

Posted on [26 julio, 2011](#) by [xucar](#)

Aunque sabía que Santiago de Compostela no era para mi el final del camino esperaba con ansiedad llegar allí. Tenía mucha curiosidad respecto a los sentimientos que despertaría en mi el hecho de haber podido alcanzar lo que hacía ya tanto tiempo me había propuesto. Me preguntaba qué sentiría sabiéndome ya en Santiago; siendo consciente de que, finalmente, había conseguido llegar. *¿Cómo cambiaría eso mi relación conmigo mismo? ¿Me sentiría diferente? ¿Me vería a mi mismo de manera diferente a cómo me había estando viendo antes de iniciar el camino? ¿De qué manera me cambiaría saber que no había tenido que abandonar, que había sido capaz de llegar hasta allí?* Todas estas preguntas estimulaban mi curiosidad y me hacía desear verme en Santiago.

Llevaba 36 días de camino. 36 días teniendo ya 40 años, siendo “un cuarentón” y gozando del regalo con el que estaba celebrando mi entrada en esa década. Estaba en la etapa 35 del camino. Números y más números. Al final, sin yo pretenderlo, también los números serían importantes en mi camino.

6.1. La llegada a Santiago de Compostela: una decepción dolorosa

Posted on [28 julio, 2011](#) by [xucar](#)

Una emoción especial nos embargaba. Sabíamos que ese mismo día alcanzaríamos Santiago. No habíamos planificado nada especial. Ni tan siquiera habíamos pensado en la hora en que llegaríamos y, como se verá, eso acabaría siendo un problema.

Iniciamos la etapa como cualquier otro día normal en el camino. Yo iba con Paloma y Carolina y, a no demasiada distancia por delante y por detrás, se hallaban Felipe, Klaus, Jesús, Xavi, Joan, Olga y Gema. No habíamos salido todos del mismo albergue pero hemos ido encontrándonos por el camino.

El paisaje no está resultando especialmente bonito. La Galicia que estamos contemplando es bastante impersonal. Si no fuera por los nombres gallegos de los carteles de los bares y las tiendas por los que pasamos podríamos estar en cualquier otro lugar.

La guía ya nos había avisado de que la última etapa era bastante decepcionante. Vamos hablando del final de camino y de la llegada a Santiago y caminamos sin prisa, con un ritmo de paseo. La tarde es soleada y corre una fina brisa que nos hace caminar muy a gusto.

Nos habían dicho que en **O monte do Gozo, Fraga**, el presidente de la **Xunta de Galicia**, había hecho construir unas instalaciones muy grandes con albergues y servicios para los peregrinos.



Quizá fue por el nombre pero yo esperaba algo especial, bonito. No sé muy bien qué imágenes o sensaciones me evocaba, pero el nombre de *O monte do Gozo* me resultaba muy sugerente.

Seguimos nuestra ruta hacia O monte do Gozo. Vamos hablando de música y de canciones, Paloma y Carolina me piden que cante algo y lo hago bajito, sólo para ellas dos. Les canto el “**Ave María**” de **Shubert** en la versión que, de esa maravillosa pieza, hizo **Albano**. Llegando al final de la canción aparecen al fondo las instalaciones de O monte do Gozo. La decepción es total.

Un poco más adelante nos están esperando los demás. Habíamos hablado de la posibilidad de quedarnos aquí a pasar la noche y entrar a la mañana siguiente en Santiago pero a ninguno de nosotros nos apetece. La impresión que nos producen los edificios es artificial y gris. Para nada liga con el estado de ánimo que traemos. Decidimos continuar adelante.

La entrada en Santiago es muy confusa y no está bien señalizada. Tenemos que preguntar. A ninguno de nosotros nos gusta; no es esto lo que esperábamos. Se nos contagia la imprecisión de la entrada; también nosotros estamos confusos: *¿Cómo puede ser que después de tanto camino la*

entrada no sea algo más, no sé, agradable? ¿atenta? ¿clara, respetuosa con el peregrino? –nos preguntamos–.

La catedral no aparece por ningún sitio y no sabemos muy bien hacia dónde tirar. Un peregrino sin mochila -pero peregrino por la pinta- se da cuenta de nuestra situación y nos auxilia.

- *Estáis muy cerca de la plaza de la catedral. –nos dice-. Sólo tenéis que subir esa cuesta y girar a la izquierda. Saldréis a la plaza del Obradoiro. Yo he llegado esta mañana y me ha pasado lo mismo. La entrada está muy mal señalizada y como no se ve la catedral no se sabe muy bien hacia donde tirar.*

Le dimos las gracias y nos apresuramos a subir la cuesta con la idea de ir, lo primero de todo, a ver al santo.

La entrada en la plaza fue muy emocionante.



La fachada de la **catedral** frente a nosotros lucía magnífica al sol de la media tarde. Cruzamos la plaza embargados por la emoción y empequeñecidos ante la magnificencia de la catedral. Ciertamente era la antesala de la gloria y hacia su pórtico nos dirigimos. En la plaza había, aquí y allá, muchos peregrinos en grupos y en parejas. Abundaban los sombreros, las mochilas y los bordones.

La noticia nos llegó antes de alcanzar la subida al **Pórtico de la Gloria**: la catedral está cerrada.

- *¿Cómo podía ser? Eso era imposible -No dábamos crédito a lo que nos decían; no nos lo podíamos creer-. Tiene que haber un error. Es imposible que la catedral esté cerrada. ¿Cómo puede ser que no reciba a los peregrinos que llevan tantos días caminando; que vienen de tan lejos?*

No estoy seguro exactamente de la hora a la que llegamos, pero no era, de ninguna manera, tarde. Quizás las 18 ó 19 horas; no más tarde. Creo recordar que no hacía mucho que la habían cerrado pero para nosotros estaba cerrada a cal y canto.

Nos sentamos un rato a la sombra en los soportales del edificio que hay frente a la fachada de la Catedral. Nos quedamos allí sentados, mirándola como tontos; sin saber muy bien qué hacer. Estuvimos un buen rato sin decir nada. Ninguno de nosotros hablaba. Estábamos literalmente desolados. No podíamos dar crédito a lo que nos había sucedido. No lo entendíamos: *¿Cómo era posible que la catedral estuviera cerrada?* Lo hubiéramos entendido, sin duda, si hubiera sido de noche. Pero no era el caso.

Nos costó mucho reaccionar. Fue el choque del camino con la vida; de la regla decidida y compartida con la regla impuesta; de la amplitud y libertad del campo con la cerrazón y rigidez de la ciudad.

- *Ahora no estáis en el camino, -parecía decirnos la situación- estáis en la ciudad, en la organización, en el sistema; donde para que todo funcione hay que obedecer normas, reglas y jerarquías. ¿Queréis visitar el santo y la catedral? Bien, pues tendréis que hacerlo en horario comercial.* -Este era el mazazo que nos había dado la realidad de nuestra llegada a Santiago-. *Dolía, de verdad dolía, saber que en realidad nada había cambiado.*

Más tarde comprendimos lo que nos había pasado. Nuestro error había sido no hacer lo que habían planificado para nosotros los gestores, los administradores y políticos que pretendían regular el camino e imponer lo que se puede y se debe hacer. Deberíamos habernos quedado a dormir en O monte do Gozo. ¿Porqué? Porque de esa manera nos hubiéramos despertado al día siguiente, hubiéramos hecho unos pocos kilómetros y hubiéramos llegado a tiempo para la misa del peregrino; la del mediodía. Y todo hubiera sido maravilloso.

El castigo por tener la osadía de decidir nuestro camino fue no poder ver al santo y –quiero repetirlo-: *¡Eso nos dolió!* Habíamos seguido nuestro propio guión y ahora pagábamos las consecuencias de nuestra decisión. El camino, al fin y al cabo, no era la vida y volver a ella significaba entrar otra vez en el río de las normas y regulaciones que estructuran la vida cotidiana en nuestras sociedades; reglas que no han sido decididas por los que las vivimos.

Pero, en realidad, no era verdad que nada hubiera cambiado. Nosotros, los peregrinos, lo habíamos hecho. Llevábamos a la espalda kilómetros y kilómetros de experiencias, de vivencias, de sensaciones y de aprendizajes *¿Cómo era posible no cambiar con tal bagaje?*

Ninguno de nosotros era el mismo que cuando inició el camino y por muchas ciudades, reglas, jerarquías o catedrales cerradas que nos encontrásemos eso no cambiaría. Nosotros seguiríamos siendo peregrinos y estando en el camino. Al menos a eso sí que podíamos aferrarnos para seguir adelante. En realidad, no importan ni la iglesia ni la ciudad; los que importamos somos nosotros. Nosotros los peregrinos somos el centro; todo lo demás es accesorio. El camino es el centro; mi camino de peregrino y los pasos que voy dando aprendiendo día a día a sortear los obstáculos, a disfrutar los placeres y a encajar las decepciones y disgustos.

Con el regusto agrio de la decepción y el ánimo reforzado por sabernos peregrinos más allá de cualquier regulación externa, tenemos que volver a lo práctico y pensar cómo resolver nuestra estancia en Santiago. Decidimos tomar como punto de reunión el lugar donde estamos y nos separamos para intentar encontrar alojamiento para pasar la noche.

Cuando nos reagrupamos elaboramos un plan. Vamos a tener que dormir en subgrupos en casa de particulares que alquilan habitaciones puesto que los dos albergues que hay en la ciudad están lleno a rebosar. Así que decidimos cómo repartirnos y quedamos a una hora para ir a cenar. Nuestro plan es cenar a base de tapas, pescado y marisco. *¡Vamos a enterrar las penas en la mejor Galicia gastronómica!*

Yo me alojé en una casa particular con Paloma, Carolina y Jesús. Duchados y preparados nos acercamos al punto donde habíamos quedado todos para ir a cenar. Una cena compartida y una copa después donde comentamos lo que íbamos a hacer al día siguiente. Teníamos una cita inexcusable: la misa del peregrino en la catedral a las 12 del mediodía.

6.2. El encuentro con “el santo” y los pasos del peregrino

Posted on [5 agosto, 2011](#) by [xucar](#)

Desayuné en un bar que había muy cerca del lugar donde nos habíamos alojado. Tenía bastantes cosas que hacer así que se imponía organizar la mañana. En primer lugar había que ir a buscar mi *Compostela*, el certificado de haber hecho el camino. En realidad no me importaba tanto tenerla como verla. Sentía curiosidad por saber qué pondría.

Como era pronto y acababan de abrir la oficina donde la entregaban no había mucha gente. Me habían comentado que las colas de peregrinos podían ser muy largas. Me pidieron que les enseñara mis credenciales y me dieron una hojita de color ocre donde se acreditaba mi condición de peregrino y de haber consumado el camino de Santiago. No sé muy bien qué esperaba que me dieran pero la hojita recibida no cumplió con mis expectativas.

El siguiente paso ir a una tienda y comprar tarjetas y sellos. Tenía compromisos que atender y deseos que cumplir. Con mis tarjetas me acerqué a un bar y me puse a escribir. La primera para el Posadero de Undués de Lerda, el que confió en mí cuando necesitaba que lo hicieran. Le dije que gracias a él había podido hacer el camino en unas condiciones dignas y que me sentía muy feliz por el hecho de que, en un mundo tan complicado y a veces tan hostil como el nuestro, todavía hubiera personas dispuestas a confiar en la palabra dada. Para mí estaba claro que no hay dinero que pague la confianza: a la confianza solo se puede responder —que no pagar— con confianza.

Después les escribí a mi familia y a mis amigos. Mi única intención era transmitirles mi alegría por haber llegado hasta aquí; compartir con ellos lo feliz y lleno que me sentía. Poner por escrito lo que había hecho, ver que tomaba forma en las letras escritas me levantó el ánimo. Fue como si algo intangible se encarnara a través de la magia de las palabras dibujadas sobre el papel. Escribir que había hecho el camino de Santiago hacía que lo sintiera como real; como algo que, efectivamente, había sucedido, que había pasado.

De allí me dirigí a la misa del peregrino donde había quedado que me encontraría con todos. Primero hice la cola de rigor para poner los dedos de mi mano en la columna del [pórtico de la gloria](#)



y contribuir a desgastar un poco más los cinco puntos donde se apoyan las puntas de los dedos y luego me fui a ver al santo. En la cola me encontré con Joan y subimos juntos a saludar a nuestro patrón. Tanto habíamos hablado de él y de su presencia en el camino que teníamos la sensación de ir a saludar a un viejo amigo al que hacía mucho que no veíamos.

Hace tiempo que no creo en ningún dios y, mucho menos, en las formas antropologizadas con las que nos lo hemos representado. Pero en el camino las palabras y los sentimientos de los peregrinos

construyen realidades especiales que son muy difíciles de comunicar de forma creíble fuera del mismo. Son realidades tan sutiles que resulta prácticamente imposible percibirlas en la tosca, estructurada, rígida, discontinua, simple y, a veces zafia, vida social en la que se desenvuelve nuestra vida cotidiana. El santo es una presencia invisible y protectora construida y sustentada por los sentimientos, las palabras y las creencias de todos los peregrinos y peregrinas que están en el camino. Interrogarse sobre si eso es real o no, no tiene ningún sentido. Esa no es una pregunta pertinente en el camino; es, más que nada, una pregunta simple y vacía que sólo puede nacer de la desconfianza.

Creo que el camino acaba respondiendo buena parte de las preguntas que nos hacemos o que nos preocupan; al menos, las más importantes: sólo hay que darle tiempo, no tener prisa y estar atento. Pero no siempre las preguntas son la mejor forma de llegar a las respuestas. A veces simplemente hay que caminar y dejarse poseer por la confianza de que cada uno de nuestros pasos va a abrir y a configurar el futuro; un futuro. Son los pasos del peregrino los que hacen el camino: sin ellos, el camino es nada, no existe.

Es la confianza; la ayuda; la generosidad; los sentimientos y las emociones compartidas; los sufrimientos soportados, y, sobre todo, la determinación de hacer el camino que impulsa a los peregrinos y peregrinas lo que hace aparecer al santo en el camino. El santo es, precisamente, eso que no suele aparecer en la ciudad en el marco de nuestra vida diaria.

Abiertos al camino; receptivos ante lo que sucede y atentos a lo que nos pasa y a lo que les pasa a todos aquellos que están o son como nosotros -los peregrinos- nos disponemos a recibir al santo. El santo es la magia del camino que compartimos peregrinos y peregrinas. La imagen del santo en la catedral de Santiago de Compostela es el símbolo que personaliza y encarna toda esa magia.

Joan y yo miramos al santo más allá de la iglesia y de la religión; más allá del oro y del boato; más allá de la imagen y de su significación. Frente a nosotros estaba algo o alguien conocido, que sabía lo que era y lo que significaba el camino: quizás no era otra cosa que nuestro propio reflejo. Pero, fuera lo que fuera, solamente podíamos sentir agradecimiento. Por todo, por lo bueno y por lo menos bueno; por los placeres y los dolores; por el camino hecho y por el que nos faltaba por hacer. Viendo y tocando la imagen de Santiago compartimos una emoción muy honda.



Bajando por las escaleras del palio en el que estaba la imagen y aun anonadados por la impresión del encuentro comentamos lo excesivo e innecesario que era tanto lujo y tanto oro.

La misa del peregrino fue interesante. Estaba llena de peregrinos, seguramente muchos de ellos obedientes; de los que habían salido esa misma mañana –como mandan los cánones- de O monte do gozo para llegar a tiempo a esta misa.

Uno se imagina con facilidad esa misma misa en la edad media. La catedral llena hasta los topes de peregrinos andrajosos que miran con fervor hacia el altar esperando que el santo les conceda sus deseos o que el poderoso sacerdocio les regale algún tipo de prebenda. El humo de las velas

llenando de bruma la catedral y miasmas de olores rancios y concentrados enrareciendo el ambiente. El **botafumeiro**, que los diáconos bailan con pericia a todo lo largo del *cruceiro*,



debía ser muy útil para confundir, enmascarar o hacer, al menos, soportable el intenso hedor de los caminos que impregnaba los cuerpos de los peregrinos.

Muchas de las miradas que se dirigen a los sacerdotes que offician la homilía deben responder seguramente a deseos y súplicas no muy diferentes de los de aquellos peregrinos medievales. Pero hoy son otros los sentidos. Uno no puede dejar de pensar que está asistiendo a un espectáculo y que muchos de los que me rodean son turistas que asisten a una performance. Y, la verdad, no me extraña porque la danza del botafumeiro es, ciertamente, muy espectacular.

Me resulta difícil concentrarme en la misa y me dedico a mirar a los que me rodean. Creo que el ratito con el santo me ha proporcionado suficiente emoción para todo el día. Voy localizando a mis amigos y amigas del camino y les hago señas para luego poder localizarnos entre el gentío.

Acabada la misa nos encontramos en la plaza frente a la catedral. Yo ya tengo decidido lo que voy a hacer. Mi intención es comer y volver al camino. Quiero salir de la ciudad; necesito hacerlo y reencontrarme con las sensaciones de libertad del camino. He tomado mi decisión durante la misa del peregrino. *¡Ya tengo demasiada ciudad: vuelvo al camino!*

6.3. El sentido de la determinación: de Santiago a Finisterre

Posted on [11 agosto, 2011](#) by [xucar](#)

Solamente Olga y Felipe se apuntan a continuar hasta **Finisterre**. Del resto de peregrinos hay posturas para todos los gustos, desde quienes dicen que el camino se ha acabado para ellos hasta quienes apuestan por iniciar el viaje hacia el “fin de la tierra” al día siguiente o dos días mas tarde.

En el camino cada uno toma sus propias decisiones y todas son válidas si son elegidas. Todos sabemos que cada uno tenemos nuestro propio camino y que la manera en que se va a desarrollar es decidida siempre por el peregrino. Si nuestros caminos coinciden viajamos juntos, si no, lo hacemos separados y todo está bien.

Yo he decidido llevar mi camino hasta Finisterre; hasta que no pueda dar un paso más porque el agua del mar me lo impida. Quiero experimentar esa sensación de una forma física: quiero bañarme en Finisterre. Sentir que es imposible caminar más allá: “***non plus ultra***”. Ese es ahora mi objetivo y el impulso que me guía.

Nos vamos a comer y planeamos lo que sabemos que van a ser los tres últimos días de nuestro camino. Ni Olga ni yo tenemos muy claro cómo llegar hasta Finisterre. Yo propongo que lo más fácil es ir trazando la ruta sobre la marcha y yendo de pueblo a pueblo siguiendo las indicaciones que nos den los lugareños. Es Felipe quien lo tiene todo más pensado. Su idea, desde que inició el camino, era llegar hasta Finisterre –*Fisterra*, como dicen los gallegos- así que estuvo mirando el mapa y estudió la ruta que hay que seguir. Aunque vayamos preguntando cuando lo necesitemos – *para asegurar el tiro*- está decidido: él va ser quien nos guíe.

Era el año 1996 y no existía un camino trazado hasta Finisterre. No teníamos, por tanto, las familiares flechas amarillas que nos señalaban el rumbo.



He podido saber que fue en el año 2000 cuando se urbanizó esta zona del camino y ahora, además de estar todo marcado, hay abundantes albergues que ofrecen refugio a los peregrinos al igual que en el resto del camino. De todas maneras este tramo del camino ha sido considerado siempre como parte del camino pagano, esotérico y por eso ha estado más abandonado por las administraciones religiosas y políticas. El camino propiamente religioso se acaba en Santiago.

He estado intentando ubicar en el mapa los lugares en los que transcurren mis recuerdos y me doy cuenta, con una cierta desazón, que no soy capaz de hacerlo. Estoy seguro, por otra parte que, si pasara por allí, reconocería sin dudar aquellos sitios. Las que siguen a continuación son algunas de las impresiones y secuencias que me vienen a la cabeza si pienso en aquellos día de camino pagano.



Negreira: Nos pusimos en camino sobre las 15 horas y recuerdo que caminamos toda la tarde por carreteras y sendas. El camino hasta Negreira debió ser apagado porque no me ha quedado prácticamente nada del mismo en la memoria. Ni siquiera el lugar exacto en el que dormimos, que supongo debió ser en el mismo pueblo.

Lo único que guardo de aquella tarde son flashes deslavazados de imágenes y sensaciones que difícilmente puedo ubicar en un relato coherente.

- Caminando junto a una carretera y pasando junto a una parada de autobuses hecha con placas de plástico transparente. Yo voy en primer lugar y tras de mi Olga y Felipe....
- Una carreterita muy estrecha por medio de un prado de hierba bastante alta. El verde es predominante. Felipe camina en primer lugar, por delante de mi.....
- El cruce con un lugareño que va conduciendo a dos vacas con una vara y un perro pequeño que se acerca a olerme las piernas con curiosidad. No me da miedo y no me aparto.....
- Un ambiente nebuloso y oscuro que nos hace pensar que podemos acabar el día calados de agua..... Aunque finalmente no llovió.
- Dos señoras mayores vestidas de negro y con un pañuelo también negro en la cabeza frente a la puerta de una casa. Están sentadas en una silla, acharrancadas con dos cunachos llenos de panochas secas de maíz. Les preguntamos y nos indican la ruta a seguir.....

Minerales pulidos: Fue en los primeros kilómetros de la segunda etapa y estoy seguro de que era después de una subida muy pronunciada. El lugar al que me refiero estaba alto. Alguien nos dijo que allí había una antigua mina y una fábrica donde se procesaba en tiempos el mineral. Creo recordar que un muro impedía la entrada pero se veían por encima del mismo algunas torres de hierro. Mi interés por las piedras me llevó a rebuscar por los alrededores y, efectivamente, obtuve un premio.

No sé muy bien qué tipo de minerales se extraían pero me hubiera llevado la mitad de las piedras que había tiradas junto al camino. Recogí algunas y las guardé en la mochila. Recuerdo sobre todo dos que regalé a mi familia. Eran, más o menos, del tamaño de un puño y de un color verde aceitunado. La particularidad que tenían es que debían haber estado sometidas a unas temperaturas

sumamente elevadas porque su textura era muy lisa, al punto que en algunos lugares parecía que hubieran sido pulidas. Eran dos piedras muy originales.

Cada vez que voy a la casa de mi familia en Logroño sigo viendo una de ellas encima de la chimenea y me acuerdo de este momento.

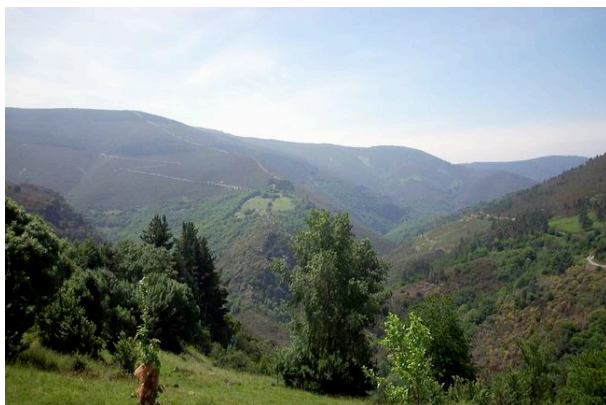
6.4. Adiós a los muertos; adiós mi compañía

Posted on [27 agosto, 2011](#) by [xucar](#)

Fue en el segundo día del camino de Santiago a Finisterre y, aunque he intentado de forma repetida localizar el lugar exacto a través del *Google maps* y de los relatos de otros peregrinos en la red, no estoy seguro de que mis intentos hayan dado los frutos que esperaba. Puedo recordar y describir el sitio donde me sucedió lo que voy a contar, pero no sé si lo que he identificado corresponde exactamente al lugar al que me quiero referir. Creo que debo desconfiar también de la exactitud de los detalles relativos a la configuración física del lugar ya que, lo que realmente me quedó grabado de aquel día, fueron las sensaciones que experimenté. Esas sí que me quedaron registradas con todo lujo de detalles.

En una web he visto el perfil de la etapa y parece plausible que lo que voy a relatar sucediera en el castro circular que hay a la salida del pueblo de **Vilar de Castro**. Pero, como he dicho, no puedo estar del todo seguro sin haberlo comprobado con mis propios ojos.

Acabábamos de recoger los minerales pulidos de la antigua mina y llevábamos un rato caminando por una senda que descendía ligeramente.



El día es claro y luminoso y vamos alegres y a buen paso. El sol calienta pero una brisa muy agradable hace que casi no lo sintamos.

Íbamos los tres, Olga, Felipe y yo con otros peregrinos de los que no consigo acordarme. No sé muy bien, tampoco, quién fue la persona que nos habló del lugar al que nos estábamos acercando. Pero recuerdo bien que nos dijo que era un antiguo lugar de culto pagano sobre el que se había construido antiguamente un castro –un castillo– que tenía forma circular. Nos contó que era un lugar muy especial en el que se concentraban y actuaban fuerzas telúricas.

Llegamos al castro, que se adivina por los dos muretes de piedras que parten de lo que debió ser la puerta de entrada. Ni siquiera existen ya ni las jambas ni el dintel; los dos muretes, de poco más de un metro de altura, se extienden a derecha e izquierda cerrando un perímetro, más o menos circular, en el que la hierba y los matorrales campan por doquier. El centro del castro, todo lo que es la superficie interior, está más hondo que el nivel de la entrada y para acceder a él hay que descender por unas rampas.

Junto a ambos muretes hay sendas plataformas, de piedra y hierbas, por las que, probablemente, debían circular en el pasado los centinelas que vigilaban la seguridad del castillo. Hay muchos sitios

en los que las plataformas se han desmoronado y se unen con el suelo del castro en toboganes irregulares poblados de hierba y pequeños matorrales.

El murete de la izquierda da al valle y desde él puede obtenerse una buena vista. El de la derecha da a una zona de matorros y árboles que no tiene mayor interés. A lo lejos, frente a lugar por donde hemos entrado y dentro del mismo castro, hay una construcción de piedra de cuyo techo sale una especie de tejabana. Desde el suelo, en el plano más bajo del castro, se accede por una rampa de tierra al enlosado de piedra que hay bajo dicha tejabana.

El castro es lo suficientemente amplio para que los peregrinos nos distribuyamos por dentro y lo exploremos de forma independiente, aunque en ningún momento perdemos el contacto visual entre nosotros. El centro herboso del castro es como la base interna de una gran cacerola y, estando en él, se nota más el calor ya que no circula tanto el aire.

Aún lleno con la sensación de alegría y ligereza que traigo del último tramo recorrido cuesta abajo accedo, en primer lugar, a la base del castro. Desde allí observo al resto de peregrinos que se van moviendo por dentro del castillo. Algunos han seguido el murete derecho y otros el izquierdo. Hay un grupo de chicas bastante exaltadas y alegres que veo ir riéndose y bromeando de un lugar a otro del castro. Olga y Felipe me llaman para que vea la panorámica del valle. Así que me acerco a ellos y estamos un ratito contemplándola y comentando lo chulo que es el sitio y lo bien que se está allí.

Vuelvo a bajar al centro del castro y me voy acercando hacia la construcción de piedra que hay frente a la entrada. Bajo ella, cerca de la pared me llama la atención ver que hay como un pequeño altar sobre unas piedras como a un metro de altura. A mi izquierda queda la rampa por la que se accede a dicha construcción y, en concreto, al enlosado que hay bajo la tejabana.

El altar es muy curioso porque es de piedra y tiene forma de cuenco. Frente a mi y apoyada en el borde más lejano del cuenco hay una piedra extraña que podría representar una imagen, aunque no tiene una forma definida. Apoyado en ella hay un ramito de hierbas que parecen aromáticas y, esparcidos por el fondo del cuenco, unos pétalos de rosa extraordinariamente rojos que contrastan con el tono grisáceo de la piedra.

Cuando me acerco y los miro, me quedo anonadado por la visión. Es como si hubiera sido golpeado; como si algo hubiera sido pulsado dentro de mí. La visión del conjunto, disparada por el fuerte contraste del rojo de los pétalos, me deja pasmado.

Me quedo quieto frente al altar sintiéndome muy raro; algo extraño me está sucediendo. No sé lo que me pasa pero de repente me noto débil; necesito sentarme y que me dé el aire. Como atontado subo a duras penas por la rampa y me siento en las losas del suelo bajo la tejabana. Ya no veo el altar, que ha quedado abajo, oculto por la altura a la que me encuentro. Y es entonces, en ese mismo momento, cuando lo siento. Es como un río saliendo de mí; es como si de repente me estuviera vaciando, me quedara sin nada. Ha sido algo instantáneo pero le he percibido con suma claridad. La sensación ha sido muy potente.

Sé perfectamente lo que me ha sucedido, lo he comprendido justo en el momento en el que lo sentía. Se han ido. Todos se han ido. Las presencias sutiles que me han acompañado a lo largo del camino se han marchado. Lo he sentido físicamente. Me había ido acostumbrando tanto a ellas que casi ni las sentía pero he notado claramente como se iban; cómo me abandonaban. Aún no me lo puedo creer.

Me levanto. Me pongo de pie observándome; intentando ver cómo me encuentro; buscando si algo ha cambiado en mí. Ha sido un instante de vacío, de sentimiento de abandono, incluso de pánico,

pero ahora ha desaparecido. Estoy bien. Me siento bien. Camino inseguro hacia la plataforma del murete que da al monte. No sé muy bien qué tengo que hacer ahora si es que tengo que hacer algo. Sólo sé que quiero estar un rato solo. Necesito pensar. No quiero hablar con los peregrinos. Quiero mirarme por dentro para ver si escucho algo, si siento algo o si noto algo diferente o algo raro.

- *¡Lo he sentido!* -me repito una y otra vez a mi mismo como si no me lo pudiera creer-. *No me lo esperaba. No he tenido ningún aviso ni premonición. Simplemente ha sucedido.*

Sentado sobre las piedras, en el murete del castro que da al monte, sigo medio estupefacto por la sensación que acabo de experimentar. Me pregunto porqué aquí; porqué en este sitio en concreto. Me pregunto, asimismo, si ellos, las presencias de los muertos que me acompañaban, sabían desde el principio que venían aquí o si, simplemente, lo supieron al llegar a este lugar.

- *¿Qué hay aquí? ¿Qué pasa en este sitio? ¿Porqué se han quedado aquí?* – Son preguntas que recuerdo haberme hecho en aquellos momentos. También recuerdo haber pensado que probablemente nunca llegaría a saberlo.

Miraba a diferentes puntos del castro intentando ver algo extraño, algo diferente que me diera alguna pista de porqué allí, pero nada me parecía ni especial ni diferente. Era un lugar como tantos otros.

Estuve un rato allí sin hacer nada. De hecho, no pasaba nada; no sentía nada especial. Había sido un instante y, aunque lo había percibido con una fuerza muy intensa, fue tan breve que ahora mismo me estaba preguntando si, efectivamente, había sido algo real o me lo había imaginado.

Hoy, quince años después, sigo recordando en la piel la debilidad que experimenté al ver el intenso color de los pétalos de rosa; cómo me arrastré, caminando como un zombi, y me senté en el suelo bajo la tejabana; y, sobre todo, sigo sintiendo la fuerza instantánea y profunda con la que me abandonaron las presencias que me acompañaban. Lo que sentí fue como un río naciendo a partir de mí; escapándose de mí.

Luego lo he pensado muchas veces. La sensación con la que me quedé, después del abandono de las presencias, fue parecida a lo que uno siente después de un orgasmo. No sé si lo que he ido haciendo con el tiempo ha sido racionalizarlo pero esa ha sido la mejor manera de explicármelo a mi mismo. No sé porqué ni cómo pero sé que sucedió.

Es algo muy curioso. Quizá uno siempre intenta crear un relato coherente que dé cabida a todas las cosas que le pasan, por más extrañas que puedan ser o parecer. Ese mismo día, por la tarde, experimentaría una de las sensaciones más intensas de fuerza y, también, de seguridad en mi mismo que he tenido a todo lo largo del camino y, probablemente, también de toda mi vida. Quizás fue una simple casualidad pero no puedo dejar de relacionarlo con la experiencia de transcendencia que tuve esa mañana. Creo que las presencias me dejaron un gran regalo que todavía hoy disfruto.

Al día siguiente, con casi mil kilómetros en los pies sin haber tenido prácticamente ninguna ampolla, me salieron dos ampollas tremendas, una en cada planta del pie. No pude dejar de pensar que había pasado todo el camino protegido y que la desprotección del último día se había reflejado de una manera física en mis pies.

Volví a iniciar el camino con Olga y con Felipe como si no hubiera pasado nada. En realidad me sentía bien y todo acompañaba: el sol, la brisa y una mañana radiante que me llenaba de alegría.

6.5. Un lugar en el mundo

Posted on [31 agosto, 2011](#) by [xucar](#)

Otra de las impresiones que guardo de la segunda etapa, es una tremenda cuesta arriba caminando por una carretera que transcurría en medio de un bosque de eucaliptos. La subida, muy pronunciada, se prolongaba a lo largo de varios kilómetros y era muy dura. Es algo que sucedió por la tarde del mismo día en el que las presencias que me habían acompañado a lo largo del camino me abandonaron.

Iniciamos la subida a buen paso caminando los tres juntos, Felipe, Olga y yo. Debía ser media tarde y los inmensos eucaliptos a ambos lados del camino configuraban un alto y amplio túnel boscoso. El aroma fresco y profundo de los inmensos árboles llena el ambiente e invita a deleitarse respirándolo. A pesar de que los rayos directos del sol no penetraban el arco de ramas y hojas, la luz era brillante, limpia y de un verde claro muy luminoso.



Yo me sentía fuerte como no me había sentido en todo el camino. La subida, muy pronunciada, invitaba a la lucha. Me sentía como si me dijera: *¡Venga! ¡A ver si puedes!* A lo largo del camino me había ido encontrando con subidas largas y empinadas pero ninguna tan larga y tan empinada como esta. Y tampoco ninguna de ellas me había interpelado y retado de la manera que lo hacía ésta.

Seducido por mi propia fuerza y por el desafío de la subida les digo a Felipe y a Olga que me siento fuerte y que me apetece aumentar el ritmo; que los esperaré arriba. Muy rápidamente los voy dejando atrás hasta que llega un momento en el que ni los veo. Mis piernas son como dos máquinas de devorar kilómetros. El bordón es una extensión de mi propio cuerpo y se aferra al asfalto con la misma presión, fuerza y seguridad con que lo hacen mis pies.

Ni sudo ni me canso y en ese momento noto que podría prolongar esto indefinidamente. Estoy disfrutando mucho con la subida y me regocijo pensando que las sensaciones que estoy teniendo van a persistir dado que la cuesta arriba parece no acabarse nunca. Cada recodo del túnel arbóreo

me descubre otro largo tramo que asciende hasta que el verde del follaje se funde en la lejanía con el gris oscuro del asfalto. Otro tramo en el que experimentar y disfrutar de la fuerza de mis piernas.

Nunca antes en el camino había tenido esta sensación de poderío. Es como si hubiera hallado en este momento del camino mi lugar en el mundo. *¡Es así como quiero estar! ¡Es así como quiero ser!* No es algo solamente físico; soy todo yo el que desbordo fuerza y seguridad. Son sensaciones de encuentro, de encaje, de perfección; sensaciones que no por efímeras dejan de tener ese aire de finalidad, de cierre de ciclo. Es la comunión con la situación: el ambiente, el lugar, el momento y yo. Estoy en mi medio haciendo lo que deseo y sintiendo que lo hago de la manera que quiero.

Son momentos efímeros en los que uno siente –profundamente– que todo tiene sentido y que haber tenido el privilegio de vivirlos hace que todo valga la pena. Uno podría nacer o morir en esos momentos y el nacimiento y la muerte sería bienvenidos. La plenitud sentida en esos instantes es como un orgasmo vital que te conecta con todo en el tiempo y en el espacio.

Después de más de 900 kilómetros de camino todo yo soy fuerza, empuje y seguridad. He llegado a mi Santiago. Éste es el Santiago de mi camino; la respuesta a la constancia de mis pasos, a mi confianza y a mi falta de preguntas.

El mensaje que me estoy enviando a mi mismo es límpido como el agua clara: si he llegado hasta aquí, si estoy pudiendo con esto, nada me va a asustar. Es el saber que puedo hacer algo lo que me da las herramientas y el empuje para seguir haciendo eso u otras cosas. Estoy preparado para aceptar lo que la vida me depare.

Recuerdo que al llegar arriba, imbuido todavía en las sensaciones de fuerza, de conexión y de destino que había experimentado, tuve un pensamiento muy práctico y mundano. Me acordé de **Induráin** y de los años en que yo seguía el *tour* ciclista a través de la televisión. Creo que, en aquel momento, podía entender perfectamente la imagen del ciclista pedaleando, con esfuerzo, sufrimiento y placer a partes iguales, llegando en solitario a la cima de la alta montaña.

Viendo la retransmisión del *tour* en la televisión yo siempre buscaba la expresión de la cara de los corredores para intentar entender los sentimientos, las motivaciones y los impulsos que los guiaban o que les producían sus propios logros. Para mí, que no me gusta especialmente el ciclismo, siempre había sido un misterio lo que podían sentir y experimentar en esos momentos. Ahora creía entenderlo perfectamente.

Felipe y Olga me encontraron sentado en un mojón a un lado de la carretera. Les dije lo que me había sucedido y estuvimos un rato comentándolo. Para ellos la subida había sido demasiado dura y no la habían acabado de disfrutar.

6.6. Una noche en Oliveira intentando ni ver ni sentir a los fantasmas

Posted on [31 agosto, 2011](#) by [xucar](#)

Llegamos a **Oliveira** pasada la media tarde. Pronto oscurecería y no teníamos ningún lugar en el que refugiarnos a pasar la noche. Se lo comentamos al primer lugareño que nos encontramos; un señor mayor de edad indefinida. Nos respondió que no había ningún sitio en el pueblo pero que él tenía una casa vacía y que si queríamos nos dejaba la llave para que durmiéramos allí.

Recuerdo que nos miramos con alivio entre nosotros y le dijimos que sí, que se lo agradecíamos mucho. Lo seguimos hasta su casa y lo esperamos en la puerta mientras él entraba a coger las llaves. Cuando salió llevaba en la mano una llave grande de hierro de las que yo recordaba de cuando era pequeño en el pueblo de mi madre. Además de usarlas para abrir las pesadas puertas de madera de las casas, mi abuela utilizaba esas llaves cuando a alguno de sus nietos nos salían orzuelos en los ojos.

Mientras caminábamos hacia la casa, les comenté lo de la llave. Mi abuela la dejaba toda la noche “al fresco”; es decir, la colocaba en el alfeizar de la ventana y dejaba que el frío de la madrugada actuara sobre el hierro. A la mañana siguiente tomaba la llave y la apretaba durante un ratito sobre la hinchazón del párpado. El efecto era curioso ya que en el orzuelo se produce una gran concentración de calor. El contraste con el hierro frío —de haber estado toda la noche al aire— y quizá también la acción de sus mismas propiedades minerales hacía disminuir en poco tiempo la hinchazón. El aldeano nos dijo que ellos también utilizaban ese mismo remedio contra los orzuelos.

La casa estaba a las afueras del pueblo. Era de dos plantas y, efectivamente, tenía una gran puerta de madera con herrajes de una sola hoja. La casa era de piedra, aunque había algunos trozos que habían sido rellenados con ladrillos. No parecía estar en muy buen estado pero era, al fin y al cabo, un techo y eso nos permitiría dormir a cubierto.

Al abrir la puerta accedimos a una especie de vestíbulo pequeño y oscuro. Frente a nosotros una puerta daba paso a unas escaleras que ascendían hasta el primer piso. Solo nos alumbraba la escasa luz del atardecer que entraba por la puerta de la calle y el ascenso por las escaleras, aunque corto, fue un poco agobiante. Luego, los tres coincidimos en que, en aquel momento, estábamos pensando qué *¿en dónde nos habíamos metido?*. Tal era la inquietud que nos producía el sitio.

De la escalera se accedía a una sala. El lugareño, que iba por delante, pulsó un interruptor que dio luz a una bombilla desnuda que colgaba del techo en el centro de la habitación. Por dentro la casa parecía o abandonada o a medio construir. Las paredes eran de mortero de un color grisáceo y áspero que dejaba huecos por donde aparecía el rojo de los ladrillos o el gris terroso de las piedras. El lugareño nos mostró la cocina, un lavabo mínimo y sucio y una pequeña habitación que había a un lado. Después de desearnos que durmiéramos bien, nos dijo que a la mañana siguiente dejáramos todo como estaba que él ya pasaría a cerrar.

Cuando se marchó nos miramos entre nosotros y comentamos lo extraño que era el sitio en el que estábamos. En la sala central, iluminada por la resistencia roja de la bombilla desnuda, había una mesa con una única silla; un colchón pequeño bastante cutre a un lado en el suelo; y un arcón antiguo de madera lleno de polvo. Encima del arcón había dos muñecas pequeñas de porcelana, una con la cabeza aplastada y la otra mirándonos con unos ojos sin vida que resultaban de lo más terroríficos. La verdad era que el efecto resultaba bastante sobrecogedor.

A Olga le faltó tiempo para coger las muñecas y abrir el baúl para meterlas allí y quitarlas de la vista. El baúl estaba lleno de objetos sueltos de lo más diverso: desde cacerolas a crucifijos pasando por fotos antiguas enmarcadas o trapos de cocina pringosos y rígidos como si estuvieran petrificados. Había también más muñecas de porcelana pero lo que más nos impresionó fueron las fotos enmarcadas. Eran antiguas y parecían de personas muertas: hombres y mujeres vestidos de negro con los ojos cerrados y las manos una sobre otra apoyadas sobre el pecho.

Cerramos el baúl e intentamos sobreponernos a las malas vibraciones que nos estaba dando la casa. Planificamos cómo íbamos a dormir y nos dispusimos a cenar. Quedamos que yo dormiría en el colchón de la sala del baúl y Olga y Felipe dormirían en la habitación de al lado, donde había un colchón más grande, también en el suelo.

Nos íbamos tranquilizando entre nosotros diciéndonos lo bueno que era poder dormir a cubierto y que sólo nos quedaba un día de camino antes de llegar al fin del mundo. Nos sentamos en el colchón en el que yo iba a dormir y allí, a la escasa luz de la bombilla, compartimos todo lo que teníamos para cenar.

El peor rato fue sin duda cuando Felipe y Olga se fueron a la habitación de al lado y yo me preparé el saco en el colchón de la sala para meterme a dormir. Aunque íbamos haciendo bromas entre nosotros -de habitación a habitación- sobre lo larga que iba a ser la noche, sobre las visitas nocturnas que nos iban a hacer los muertos de las fotos y sobre si volveríamos a encontrarnos sin problemas por la mañana, yo no las tenía todas conmigo: estaba asustado. Era consciente de que tenía mucho, mucho miedo.

Una vez todo estuvo preparado tuve que acercarme al interruptor de la luz para apagarla, volver hasta el colchón a oscuras y meterme dentro del saco. La perspectiva simplemente me horrorizaba pero no me quedaba otro remedio que hacerlo. El interruptor estaba junto a las escaleras que descendían al vestíbulo de entrada y quedaban perpendiculares al colchón sobre el que, al otro lado de la sala, estaba mi saco de dormir. De hecho, solo tenía que dar dos o tres pasos a oscuras pero yo lo sentía como una distancia suficiente para que sucedieran todo tipo de cosas y, por supuesto, todas ellas terroríficas.

No sé muy bien lo que me imaginaba pero lo que sentía era puro horror. Apagué la luz y con una celeridad increíble me acerqué a oscuras al colchón. Todo fueron dificultades para meterme dentro del saco de dormir: la prisa y los miedos que me atenazaban -encarnados en contactos, roces, fricciones o desgarraduras que mi imaginación desbordada proyectaba- no me dejaban ni ponerme dentro ni subir la cremallera salvadora que me aislaría del mundo.

Hoy estoy seguro que para un observador externo la situación hubiera sido de lo más cómica. Yo forcejeando a oscuras con el saco de dormir para conseguir meterme dentro a la máxima velocidad posible.

Cuando me vi dentro y con el saco cerrado mi corazón latía como un caballo desbocado, pero el miedo no se había acabado. *¿Como dormir en ese lugar? ¿Cómo abstraerme de los muertos, los crucifijos y las muñecas de porcelana con sus vacuas miradas?* En cualquier momento esperaba que algo o alguien me tocara; que metiera la mano, la garra o lo que fuera por el hueco abierto del saco; por el lugar donde va la cara. Yo lo había fruncido lo máximo posible con el cordón para que el espacio que comunicaba el interior con el exterior del saco fuera lo más pequeño posible pero aún así yo era consciente de que quedaba un agujero suficiente para que entrara algo o alguien.

Mi terror no era solo psicológico; era, además, físico. No sólo me podían asaltar presencias fantasmagóricas o infernales, también podía haber ratas en aquel lugar que me entraran al saco por el hueco que quedaba abierto.

Mi imaginación desvariaba y, de repente, fui consciente –igual que me paso en el bosque con los perros a la salida de Estella- de la situación en la que estaba: encogido en posición fetal dentro del saco, tenso como una cuerda de guitarra y casi sin poder respirar por la falta de aire. Tuve que tranquilizarme: *¡No pasa nada! ¡No me va a pasar nada! ¡Sólo soy yo, que me dejo ir! ¡Sólo es mi imaginación que me arrastra y que me puede! ¡Aquí no hay nadie! ¡Sólo es una casa deshabitada!*

Me obligué a sacar la cabeza por el hueco del saco de dormir. El miedo seguía estando pero luchaba para que no me bloqueara. Empecé a inspirar hondo por la nariz repitiéndome: *¡Tranquilo, tranquilo: no pasa nada; no hay nada; no hay nadie!* Lo que el cuerpo me pedía a voces era que volviera a meter la cabeza dentro del saco pero aguanté. Poco a poco me fui tranquilizando.



Luchando conmigo mismo por mantener la calma me acorde de “Dune”, la epopeya ecológica y mesiánica de ciencia-ficción que Frank Herbert escribió hace ahora tantos años. En ella escribió la letanía que formaba parte del proceso de aprendizaje de las mujeres que querían entrar en la orden guerrera de las “Bene Gesserit”:



“No conoceré el miedo. El miedo mata la mente. El miedo es el pequeño mal que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mi y a través de mi. Y cuando haya pasado, giraré mi ojo interior para escrutar su camino. Allí por donde mi miedo haya pasado ya no quedará nada, sólo estaré yo.” Pensando en ella y repitiéndola conseguí, finalmente, quedarme dormido. Dormí la mar de bien.

6.7. El último día del camino: hacia el faro del fin del mundo

Posted on [15 septiembre, 2011](#) by [xucar](#)

Felipe, Olga y yo habíamos decidido, desde el primer día del viaje de Santiago a Finisterre, que haríamos la última etapa del camino por separado; cada uno por su lado. Era el fin de nuestro camino y los tres coincidíamos en querer hacerlo solos. Pensábamos -o quizá más bien deseábamos- que fuera un día especial. Un día para el reencuentro con nosotros mismos y con nuestros particulares caminos y, sobre todo, un día de preparación para el final.

Se acababa el camino. Para mi eso significaba casi el final de una forma de vida; de una manera especial de vivir; de una vida sin más preocupaciones que el camino. No me acababa de hacer a la idea de que era el último día y que ya no habría más días como aquel. En aquellos momentos me preguntaba cómo sería mi retorno a lo que era “la vida normal”.

Llevaba 40 días de un camino que inicié el día que cumplí los 40 años. No había sido ni buscado ni premeditado, pero me gustaba pensar que quizás significaba algo. Me apetecía mucho hacer mi última etapa solo, sin nadie que me acompañara, pensando en las cosas que me habían sucedido en aquellos 40 días de contacto con el camino, con la gente, con los peregrinos y con la vida. Algo que repetidamente me había mostrado el camino es que la soledad facilita y estimula la introspección y eso era lo que yo deseaba experimentar en mi último día de camino; el camino que me conducía al final del mundo conocido, al [non plus ultra](#). Recuerdo que mi sensación era la de querer retener, la de saborear al máximo los últimos momentos para luego poder rememorarlos.

No consigo recordar el orden en el que abandonamos Oliveira, pero sé que decidimos salir con diferencias de 20 ó 30 minutos entre nosotros. De aquel camino en solitario hasta el pueblo de Finisterre guardo pocas cosas. Fue un día muy nebuloso y oscuro y anduve muchos kilómetros bajo la lluvia y entre la niebla.



Hubo momentos en los que caminaba sin ver mucho más allá de los próximos 3 o 4 metros frente a mi, confiando que no perdería mi camino. Fue un día en el que no me crucé prácticamente con nadie; ni peregrinos ni lugareños.

Lo que recuerdo claramente es haber pasado por una zona de Galicia especialmente bonita. Ya me habían hablado de ella y para mi fue un auténtico placer reconocerla: “la pequeña Cuba”. Yo había estado el año anterior pasando las navidades en [Cuba](#) y descubriendo los paisajes caribeños de la isla. Parecía como si hubiera trasladado aquellos paisajes a Galicia. Me descubrí pensando que si

me hubieran llevado allí sin enterarme y me hubieran despertado preguntándome que donde me encontraba hubiera respondido sin dudar que en Cuba.



El paisaje era realmente precioso y, aunque era por la mañana, la sensación que tuve es la de un atardecer en el campo cubano después de una tormenta. La luz, las palmeras en la lejanía, el ambiente y el olor a campo mojado eran exactamente los mismos que había tenido el placer y el privilegio de experimentar en la isla.

Debían ser las 16 ó 17 horas de la tarde cuando llegué al pueblo de **Finisterre**. Me molestaban bastante las plantas de los pies. Me descalcé y comprobé que me habían salido dos grandes ampollas, una en cada pie. Era sorprendente que me ocurriera eso, precisamente, en el último día ya que ese era un problema que no me había ocurrido en todo el camino. La verdad es que en aquel momento no lo pensé; fue después cuando especulé con la posibilidad de eso fuera el resultado del abandono de las presencias. Podría ser que hubiera perdido la protección y el cuidado que me estuvieron dispensando a lo largo de todo el camino.

Pregunté por el faro y me dijeron que me quedaban dos kilómetros de camino así que me tomé un café en un bar y me encaminé hacia allí por una estrecha carreterita.

6.8. Ritos de vida y de renacimiento: un nuevo yo

Posted on [23 septiembre, 2011](#) by [xucar](#)

Los dos últimos kilómetros hasta el faro fueron sorprendentes. Cuando pienso en aquel tramo del final de mi camino me lo imagino como un río en el que cada pocos metros van confluyendo numerosos afluentes. La carreterita y yo éramos el río y los afluentes eran sendas forestales por las que, a ambos lados de la carretera, iban apareciendo peregrinos y peregrinas que había ido encontrando y conociendo a lo largo del camino. Así es como se sucedieron aquellos dos últimos kilómetros. Un tramo que, en condiciones normales, me hubiera costado hacer, como mucho, 15 ó 20 minutos se demoró más de una hora.

Recién salido de pueblo me alcanzó Michel, uno de los franceses. El encuentro siempre se producía de la misma manera; grandes abrazos y gran alegría.

- *¿De dónde sales? Pensaba que ya habías acabado el camino. No sabía que venías también a Finisterre.* – les decía yo-. Y las respuestas podían ser variables:
- *No pensaba llegar hasta aquí pero al final me decidí. Como sabía que muchos de vosotros veníais.* –Decían algunos-.
- *¡Habíamos quedado así!* –Me decían otros-. *Lo que no sabía es cómo hacer para encontrarnos. No tenía ni idea de si ya habíais llegado al final o todavía no.*
- *Es o el destino o el propio camino el que nos une. Está claro que nos teníamos que encontrar* –respondía yo-.

También me encontré con personas que ni siquiera sabía que estaban haciendo el camino.

- *¡Pero, ¿qué haces aquí? No tenía ni idea de que estabas haciendo el camino! ¿Cómo es que no nos hemos encontrado antes? ¡Qué pena!* – Me dijo una amiga de Barcelona que me encontré ese último día.

Fueron apareciendo muchos y muchas de las peregrinas que había conocido o con las y los que había ido coincidiendo a todo lo largo de mi camino. Fueron dos kilómetros de un río desbordado de encuentros y de emociones. Chus, Lorena, Michel, Xavi, Joan, Pierre, Paloma, Carolina, Klaus, Felipe, Jesús, Carmen, Olga y muchos otros y otras fuimos haciendo un grupo que avanzaba por la carreterita hacia el faro.

Todos estábamos exultantes. Ninguno de nosotros había planificado el encuentro pero el encuentro se había producido. El camino volvía a mostrarnos su fuerza y su magia. *¡Tantas veces que habíamos comentado la posibilidad de llegar juntos al final!* Pero casi siempre concluíamos que eso era muy difícil de conseguir porque, como todos sabíamos bien, cada uno de nosotros tenía su propio camino y no tenía porqué coincidir ni en ritmos ni en tiempos con los de los demás. El camino y el santo, sin embargo, habían obrado el milagro y allí estábamos muchas y muchos de los peregrinos que habíamos compartido nuestro peregrinaje.

La sensación de grupo, de hermandad, de comunidad era muy presente entre todos nosotros. Nos tocábamos, nos cogíamos los unos a los otros, nos besábamos y nos abrazábamos. Todos nosotros éramos vínculo y, en aquel momento, nada había en el mundo más importante que eso. Cualquiera de nosotros hubiera dado todo por cualquiera de los demás. Era algo que se sentía, que se palpaba en el grupo de peregrinos y peregrinas que nos acercábamos al faro del fin del mundo.

Cuando llegamos a las rocas que había frente al faro yo dije que me había propuesto llegar hasta el agua del mar; que pretendía llegar hasta el agua, hasta el sitio desde el que ya no pudiera continuar caminando.

Eso significaba que había que descender por las rocas hasta los rompientes donde se estrellaban las olas. No era fácil bajar hasta allí pero se podía hacer y yo pretendía hacerlo. Felipe y Klaus dijeron que ellos bajarían conmigo. El resto de peregrinos esperarían a que volviéramos a subir y, al atardecer, con la puesta de sol, haríamos el rito del renacimiento.

La bajada no era fácil pero tampoco demasiado peligrosa. Con mucho cuidado fuimos poco a poco descendiendo los tres. Abajo, tocando el agua, había una roca con una plataforma inclinada hasta donde podíamos llegar sin demasiada dificultad. Aunque hasta allí también llegaba la fuerza de las olas había espacio suficiente para mojarnos sin que nos arrastrasen mar adentro.

Cuando empezamos a descender por las rocas no sabíamos exactamente qué nos encontraríamos ni si podríamos realmente llegar a bañarnos así que la visión de la plataforma fue una bendición. Llegamos junto a ella pero, antes de pisarla, nos tuvimos que desnudar puesto que el agua la iba cubriendo a medida que las olas rompían. Entrar en ella significaba calarnos de agua. Dejamos la ropa encima de unas rocas, a resguardo del viento un poco más arriba y, uno a uno, fuimos accediendo a la roca.

Sabíamos que el resto de peregrinos estaban más arriba intentando ver como llegábamos hasta el agua pero, desde donde estaban, no podían vernos. Gritando de excitación y de alegría y desnudos como recién nacidos, entramos en la plataforma rocosa y nos pusimos frente a los golpes de agua que empezaron a romper contra nuestros cuerpos. El agua que llegaba hasta nosotros lo hacía con poca fuerza. Era un poco más abajo, en los rompientes, donde las olas eran realmente peligrosas y, por supuesto, ni nos planteamos bajar. Eso habría supuesto jugarnos la vida.

El agua del mar que llegaba a la plataforma nos cubría más o menos hasta las rodillas y estaba bastante fría. Allí nos colocamos los tres, con los brazos abiertos y levantados, frente al sol que atardecía. Todavía hoy siento la frialdad del agua y del viento contra mi piel mojada y la profunda e intensa sensación de plenitud que experimenté. Saberme allí era toda mi recompensa.

No estuvimos mucho rato, la incomodidad de la plataforma no lo permitía; pero fue más que suficiente. Bajar hasta allí, tocar el agua y saludar al sol también había sido un rito. De alguna manera le estábamos diciendo al mundo y a la vida:

- *He caminado. He hecho mi camino y he llegado hasta aquí. He conseguido alcanzar el punto a partir del que ya no hay camino transitable. He hecho todo lo que he podido; todo lo que estaba a mi alcance. Esta es la expresión de mi voluntad, de mi determinación y de mi fuerza, pero es, sobre todo, la expresión de mi agradecimiento.*

Nos vestimos y llegamos arriba con la ropa pegada a nuestros cuerpos todavía mojados. Los peregrinos habían hecho una pila de ropa en el suelo. Cada peregrino había dejado allí una de las prendas de ropa que había llevado en el camino. Yo añadí una de las camisetas que llevaba en la mochila.

Xavi había comprado en Finisterre una botella de alcohol y la derramó por encima de la pila de ropa. Cuando estuvo vacía se dispuso a encender la pira ritual con una caja de cerillas que le dio Felipe.

No llegué a contar los peregrinos que estábamos allí pero calculo que seríamos unos 20 ó 25. Todos nos pusimos alrededor de la pila de ropa haciendo un círculo. Era de lo más irregular puesto que el lugar donde estábamos no era plano y recuerdo claramente haber mirado a derecha e izquierda y haber visto personas a diferentes alturas; unas sentadas sobre rocas; otras de pie sobre una superficie que descendía; y otras, por último sentadas o arrodilladas en el suelo.

El ocaso había llegado, el sol se estaba poniendo y ese era el momento especial que todos habíamos estado esperando. Nos tomamos de las manos y levantamos los brazos mientras Xavi arrojaba una cerilla encendida sobre la pila de ropa amontonada. El fuego se inició con una fuerza inusitada y Xavi corrió a integrarse en el hueco que le habíamos dejado en el círculo.

Cerré los ojos. Sólo sentía el crepitar del fuego quemando mi pasado y las manos que sostenía, una a cada lado, que acompañaban y daban calor a mis manos. El sonido del fuego y de la suave brisa marina que nos movía la ropa y los cabellos llenaba de sensaciones frescas y musicales el ambiente. Yo me centré en mi interior y traté de visualizar una pira ardiente. Un fuego en el que quemar los dolores y los miedos del pasado. Un fuego que limpiara mi casa y la dejara abierta, oreada y limpia. Un fuego curativo y sanador del que emerger como un fénix renacido. Yo ya no era yo; era un nuevo yo que reconocía al antiguo pero que trataba de conectar con lo mejor de aquel para proyectarse hacia el futuro. Este nuevo yo era un yo consciente de sí; abierto y preparado para los pasos y el camino; pero, sobre todo, era un yo dispuesto a construirse desde la aceptación de lo que hay pero a través de la lucha por lo que deseaba que hubiera.

El silencio se prolongó unos minutos. Cuando abrí los ojos todos nos abrazábamos con emoción y ya empezábamos a despedirnos. Sabíamos que el camino, nuestro camino, se había acabado.

ANEXO: VIRTUDES PEDAGÓGICAS DEL CAMINO DE SANTIAGO (1998)¹⁰

Posted on [24 septiembre, 2011](#) by [xucar](#)

...el precioso regalo de la habilidad de aprender de las experiencias..... (Dewey, J.)¹¹

Hace años que se habla de *educación a lo largo de la vida*. Se dice que la educación se ha desbordado en el *espacio* para significar que ya no se produce sólo en la escuela sino en cualquier ámbito de la vida cotidiana. Por ejemplo, en los hospitales, en las empresas, en el tiempo libre, en Internet, en la televisión, en los barrios, etc. Este desbordamiento educativo se ha producido, también, en el *tiempo*. La educación y lo educativo ya no son el patrimonio exclusivo de la infancia y de la juventud, sino que las personas nos formamos y educamos a lo largo de todas las etapas de nuestra vida. Nunca dejamos de aprender. El aprendizaje está indisolublemente ligado al conocimiento y a la vida.

No es que piense en el Camino de Santiago como contenido o actividad escolar aunque es evidente que podría ser ambas cosas. Lo que quiero mostrar es que el camino puede ser **un espacio de aprendizaje personal y social**, un itinerario formativo, vital y experiencial, que nos puede llevar no sólo a recorrer las tierras y las idiosincrasias de nuestro país, sino, sobre todo, a descubrir o redescubrir nuestra propia geografía interna. En el primer recorrido podemos aprender, disfrutar o sufrir la inmensa riqueza natural y cultural de los pueblos, los paisajes y las gentes que vamos a conocer a lo largo de nuestro recorrido. En el segundo, serán nuestros propios límites y posibilidades -en forma de miedos, ansiedades, debilidades, deseos, cualidades y/o defectos- los que nos obliguen a encontrarnos y enfrentarnos con nosotros mismos y con la realidad de nuestra vida.

De este segundo recorrido, conscientemente realizado, podemos aprender mucho sobre quiénes somos, cómo somos y de qué manera llevamos nuestra vida y nuestras relaciones con los demás. Esto constituye, desde mi punto de vista, el núcleo de cualquier tipo de educación. En otros términos, pienso que el Camino de Santiago puede ser una magnífica escuela de aprendizaje y formación personal y social. En él se aúnan muchos de los valores que se defendemos cuando hablamos de educación y de pedagogía en nuestras clases y, también, muchos de los procesos educativos que pretendemos que descubran o recorran los futuros pedagogos y educadores sociales o los futuros destinatarios de sus acciones e intervenciones.

En este texto se habla, en primer lugar, de qué es y en qué consiste el Camino de Santiago. En segundo lugar, se presentan algunos de los elementos que podrían constituir la -por así llamarla- *filosofía del Camino* y se muestran, también, los valores que, desde mi punto de vista, lo dotan de

¹⁰ El texto anterior ha sido mínimamente ampliado a partir de dos publicaciones previas. La primera fue en formato de capítulo de libro. Ésta es la referencia: ÚCAR, X. (1998) "Virtudes pedagógicas del Camino de Santiago" Pp. 401-415 en PANTOJA, L. **Nuevos espacios de la Educación Social**. Ed. I.C.E. Universidad de Deusto. (ISBN: 84-271-2196-2). La segunda fue en formato de artículo de revista virtual. Ésta es la referencia: ÚCAR, X. (2006) "Virtudes pedagógicas del camino de Santiago" en **Quaderns d'animació i educació social**. Nº 3. Enero. Publicación electrónica <http://quadernsanimacio.com/quaderns3.htm> . Edita Mario Viché. (ISSN: 1698-4404)

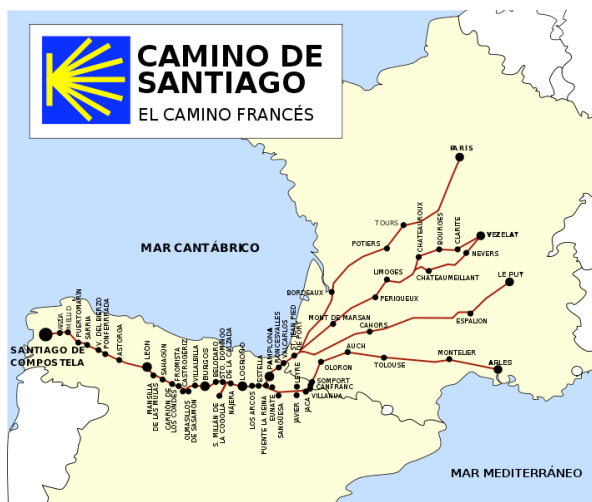
¹¹ Dewey, J. (1997) **Experience & Education**. Pág. 48. Touchstone Book. New York

un tan alto poder formativo y lo convierten en escuela de humanismo, ciudadanía y solidaridad. Creo que -sea como simple experiencia o como proyecto- el Camino aporta a quien lo realiza una riqueza vivencial y experiencial extraordinaria; riqueza que fundamenta y justifica el referirnos a una “Pedagogía del camino” o al camino como una experiencia pedagógica o educativa.

1. LOS CAMINOS DEL CAMINO

Quiero empezar señalando que el contenido de este texto obedece a una forma particular y propia de enfocar el Camino de Santiago. Es evidente que las reflexiones que siguen y los aprendizajes o las experiencias que se pueden tener en el Camino no tienen porqué ser los mismos o reducirse a los que yo voy a plantear. Ese es, precisamente, uno de los principales atractivos del camino: todo está abierto, no hay nada prefijado, más allá de las decisiones que, de salida, se puedan tomar. Decisiones referidas, por ejemplo, a con qué o con quién vamos a hacer el camino o a cuántos kilómetros nos planteamos recorrer en cada etapa. Incluso esas decisiones previas resultan ser muy pronto insuficientes o inadecuadas. Como alguien dijo hace años refiriéndose a los planes que hacemos, *no existe ningún plan que resista el primer encuentro con el enemigo*. Todo adquiere otra perspectiva cuando se está en el camino y hay que aprender a reenfocar la mirada. El día a día del camino obliga a tomar decisiones “situadas” de forma constante. El peregrino se apercebe enseguida de que el día siguiente sólo puede pensarse o planificarse a partir del día de hoy.

El Camino de Santiago, es una ruta de origen medieval en forma de árbol, que tiene su raíz en Santiago de Compostela; el tronco atraviesa toda Galicia, León, Burgos y La Rioja hasta Navarra, donde se bifurca en dos ramas que llevan respectivamente a Roncesvalles -el llamado *camino francés*- y a Somport -el llamado *camino aragonés*-.



A partir de aquí se extiende, con frondosidad de ramaje, por toda Europa. En España existen otras dos rutas muy conocidas, el *camino vasco*, que bordea la costa cantábrica y la denominada *ruta de la plata* que atraviesa toda España en línea recta desde Sevilla hasta Santiago de Compostela.

Aunque la modernidad ha aportado la bicicleta, tradicionalmente y por su carácter religioso, el *peregrino* ha hecho el Camino a pie. No sé si esto continuará siendo así ahora, 15 años después de mi camino pero, cuando yo lo hice, el ciclista era un *ciudadano de segunda* en el Camino: solamente podía acceder a litera o cama en los albergues si no había peregrinos de a pie que la necesiten. De hecho había albergues en los que solamente se liberaban las literas para los ciclistas a partir de las 22 horas.

A pesar de la tradición e importancia religiosa del camino, la lectura que voy a hacer del mismo es laica. Prescindo, por tanto, de los planteamientos y valores religiosos, dado que no forman parte del análisis, estrictamente en términos experienciales, educativos y, en definitiva, humanísticos que me interesa realizar.

1.1. La planificación del Camino

-Cada cuál tiene su propio camino- es una frase que se escucha, a menudo, a lo largo de todo el recorrido. Esto es así en varios sentidos. Lo es, en primer lugar, en cuanto a **la distancia** a recorrer. El Camino aragonés tiene unos 900 kilómetros y el francés unos 800 desde su inicio hasta Santiago de Compostela. La variabilidad de recorridos puede ser extraordinariamente amplia. En mi Camino me encontré desde una persona que venía andando desde Suiza, lo que significa un viaje de unos 2.500 Kms., hasta personas o familias que hacían etapas de 100 o 200 Km. cada verano y que prolongaban su camino a lo largo de varios años.

El Camino comienza donde uno necesita, quiere o desea empezar. Soy yo mismo quién decido la distancia que deseo, puedo o me veo capaz de recorrer: puedo hacer el camino más largo, puedo hacer solamente los 100 últimos kms. o puedo hacer etapas concretas en años sucesivos; las posibilidades son infinitas.

Cada Camino es diferente, también, en función de **las condiciones** en que lo realizo. Me refiero, por ejemplo, al hecho de ir sólo o ir acompañado. Es evidente que los problemas y las experiencias, que inevitablemente se van ir presentando, y la forma de resolverlos o vivenciarlas son muy diferentes en uno y otro caso.

Otro de los elementos que otorgan singularidad al Camino que hace cada persona es **el planteamiento inicial**. Me refiero a los motivos, más o menos conscientes y específicos, que impulsan a cada persona a emprender el camino. En general, me parece que se puede decir que existen dos grandes planteamientos que pueden diversificarse en una multiplicidad de objetivos particulares. Estos son:

- a) El Camino como experiencia. Lo que el peregrino busca o pretende, en este caso, es tener una experiencia diferente o que contraste con su vida cotidiana. La tipología de experiencias buscadas puede ser muy variada: lúdica, deportiva, educativa, religiosa, esotérica, mística, mágica, etc. Todos estos tipos de experiencias y vivencias pueden encontrarse o realizarse en el Camino de Santiago. Las llanuras desnudas, los túneles boscosos, las ascensiones agrestes, los bosques misteriosos o encantados y los senderos embarrados, -en primer lugar-; las lluvias pertinaces, los soles abrasadores, los vientos huracanados y las variables y variadas temperaturas -en segundo-; la amabilidad, la hostilidad, la indiferencia o la ayuda de las personas y los personajes -eso sí, sin olvidar a los perros, que constituyen la auténtica “tortura” del caminante- en tercer lugar, proporcionan los ingredientes necesarios para definir el Camino como una auténtica *experiencia de experiencias*.



Cuando yo lo hice el Camino estaba lleno de personajes muy curiosos y no me cabe la menor duda que ahora debe ser igual. A pesar de todo, parece probable que, en esta ahora pletórica sociedad de consumo, sea difícil distinguir a los personajes “auténticos” de lo que sean propiamente propuestas comerciales, por más que puedan presentarse como “típicas del camino”. La mayoría de peregrinos, informados por la abundante literatura sobre el Camino o por otros peregrinos, caminan esperando encontrar en determinados puntos a dichos personajes. Como se ha podido ver en el diario, estos son algunos de los personajes que poblaron mi camino: Pablito, de Ázqueta, que “regala bordones a los peregrinos”; Felisa, que a la entrada de Logroño, proporciona “higos, agua fresca y un asiento a los peregrinos”; la familia Jato de Villafranca del Bierzo, que con su estrambótico y maravilloso albergue se pone al completo servicio de cualquier peregrino que llega; Tomás “el último templario” que con su amabilidad y sus extraños ritos hace las delicias de los caminantes; y el párroco de San Juan de Ortega, que comparte sus “sopas de ajo” con aquellos que de verdad buscan compartir. Todos estos personajes y muchos otros, entregados en cuerpo y alma al Camino, lo llenan de color, de vida y de alegría.

b) El Camino como proyecto. También en este caso la especificidad del proyecto puede ser de orden muy variado: religioso, de encuentro con uno mismo, de autoconocimiento, de prueba personal o grupal, de búsqueda de experiencias y emociones, de voto, de ruptura de la rutina y enfrentamiento a situaciones nuevas, de establecimiento de relaciones; las posibilidades son muy variadas. Cuando hacía mi propio camino me dediqué a preguntar a los peregrinos el “porqué” hacían el Camino. Llegué a dos conclusiones genéricas, aunque -evidentemente- no generalizables:

- 1) Una buena parte de los peregrinos realizan el camino a partir de una situación vital de insatisfacción básica, sea ésta del tipo que sea.
- 2) También, buena parte de los peregrinos no saben definir muy bien el por qué hacen el camino. Afirman buscar algo, alguna cosa, aunque no sean capaces, en general, de concretar exactamente cual.

Es evidente que, en función de si el planteamiento inicial obedece a un deseo de experimentación o a la realización de un proyecto personal o grupal, **las decisiones previas** respecto al Camino y las que iremos tomando a lo largo del mismo, serán también diferentes. Me refiero a las respuestas que el futuro peregrino se da a sí mismo ante una pregunta, por ejemplo, del siguiente tipo: *¿Qué haré cuando esté tan cansado que no pueda dar un paso más?* Hay que tener en cuenta que la “tentación” (hacer auto-stop; tomar autobuses o taxis entre ciudades o pueblos, etc.) está muchas veces muy cercana y el “caer en ella” o no dependerá del planteamiento y las decisiones comentadas.

Como puede observarse, el propio inicio o planteamiento del camino supone una evaluación previa de mis límites y mis posibilidades. Requiere, por otra parte, una cuidada planificación de las etapas que voy a realizar (*¿Serán de 15 o de 30 km.? ¿Las aguantaré?*); de los materiales y recursos que puedo necesitar; de cómo voy a organizar la economía; de cómo voy a resolver los imprevistos que se me presenten; y del tiempo que voy a emplear en el Camino, entre muchas otras cosas.

Todas estas y otras decisiones previas son las que el pedagogo o el educador social tienen que pensar cuando han de diseñar e implementar un proyecto en un grupo o en una comunidad. En el Camino los educadores y, en general, los profesionales de la educación pueden experimentarlas *en propia carne*, con lo que sin duda van a obtener unas experiencias muy útiles para transferir a sus futuras intervenciones profesionales. Eso siempre que sean capaces -tal y como sostenía Malraux- de transformar la mayor gama de experiencias posible en campo de pensamiento consciente sobre uno mismo y sobre su entorno. De esta forma podrá sacar el máximo provecho de sus vivencias. Ésta es una de las razones por las que pienso y propongo el Camino de Santiago como *escuela de humanismo, ciudadanía y solidaridad*.

1.2. En el Camino

A lo largo del camino se escucha muchas veces que *el camino es como la propia vida* y que *haces el camino como vives*. Siempre he pensado que dos de las estrategias básicas para aprender a vivir son la autoobservación y la observación de los demás. Ambas constituyen, desde mi punto de vista, importantes instrumentos para la autorregulación de las actitudes y las conductas personales. En el Camino, estas estrategias nos permiten conocer cómo nos enfrentamos a las dificultades, cómo resolvemos los problemas que -de forma esperada o inesperada- se nos presentan y cómo responden o reaccionan los demás ante nuestras acciones.

El Camino proporciona un tiempo para la observación y la reflexión que difícilmente podemos obtener en nuestra atareada vida cotidiana. Es por eso que a menudo se ha equiparado el Camino con un *viaje interior*.



No hay que olvidar que el peregrino, aunque viaje acompañado, dispone de muchas horas de camino. Horas que le permiten charlar y compartir con sus acompañantes o con otros peregrinos, pero también ensimismarse para pensar y reflexionar sobre su historia y su propia vida. Por otra parte, los diferentes paisajes y la propia dinámica del caminar son actividades que propician la contemplación externa e interna. En este sentido, entendemos el Camino como un laboratorio de experimentación personal y relacional.

Coincido con Postman¹² en que *no hay expertos en vivir la vida*; sólo es posible aprender a vivir nuestra vida, viviéndola, sin renunciar a cada uno de sus instantes. En el Camino -igual que en la vida- se nos ofrece muchas veces, por ejemplo, la posibilidad de elegir entre la satisfacción inmediata de una necesidad, que podemos sentir como muy urgente (agotamiento), y su retraso en orden a una satisfacción mayor (llegar caminando). La decisión siempre será nuestra y tendremos que justificarnos o explicarnos a nosotros mismos las razones o el porqué de nuestra decisión.

Construimos nuestra vida en función de las decisiones que, expresa o tácitamente, vamos tomando. Los lugares a los que llegamos siempre dependen de los pasos que hemos dado y de la forma en que hemos caminado. Nosotros construimos nuestro propio camino y aunque los demás pueden ayudarnos dándonos pistas (cómo caminar, con qué calzado, por qué sendas, etc.) son nuestros pies los que tendrán ampollas y nuestros músculos los que estarán cansados. En el Camino cada instante es el resultado de un proceso del que sólo nosotros mismos somos responsables y protagonistas. En este sentido, el Camino de Santiago es también **el camino de la responsabilidad**.

El Camino nos ayuda a hacernos conscientes de que el verdadero maestro siempre está en nuestro interior, en nosotros mismos. Poner atención en lo que nos está pasando, en cómo nos sentimos; ser conscientes de nuestra situación, de nuestros límites y posibilidades; y escuchar, lo que nos dicen el cuerpo y los sentimientos, para actuar en consecuencia, constituyen, desde mi punto de vista, algunos de los principales aprendizajes que proporciona el Camino. Aprendo de mi mismo y de los demás a partir de poner mi conciencia y mi capacidad reflexiva y emotiva en mis propias experiencias. Creo que solamente las propias experiencias pueden ser objeto de aprendizaje; las de los demás son pistas, pautas, avisos, guías, pero no objetos de aprendizaje susceptibles de una verdadera integración personal.

Dice Jacquard¹³ que *hoy no permite prever mañana* y es cierto, pero no es menos cierto que si el *hoy* es consciente, atento, reflexivo y, sobre todo, respetuoso con uno mismo, es más fácil intuir o preparar mejor el *mañana*. En el Camino -y también en la vida cotidiana- el *mañana* dependerá de la forma en que te hayas tratado a ti mismo y a los demás en el *hoy*. Si te fuerzas a ti mismo más allá de tus límites por llegar al lugar que te has propuesto; o por ir junto a unas personas que están físicamente mejor preparadas que tú y que caminan más rápido; si no cuidas tu cuerpo y tus pies después de cada etapa; si no ayudas a otros peregrinos que lo necesitan; etc. Todo esto se volverá inevitablemente contra ti. Es posible, por ejemplo, que tu cuerpo se queje o se rebele y no te permita seguir caminando. Éste es, desde mi punto de vista, otro de los aprendizajes del Camino. Todo está conectado, el tiempo es continuo no discreto. Eso significa que mañana disfrutarás la moderación o la ecuanimidad del hoy o sufrirás por el exceso o la falta de respeto a ti mismo y a tu cuerpo o a los demás.



El Camino, como la vida, te sorprende constantemente. Cada etapa, como cada día, es una sorpresa; un paisaje curioso, una persona interesante, un nuevo dolor o molestia o una sombra bajo un castaño

¹² Postman, (1994) **Tecnópolis**. Círculo de lectores. Barcelona

¹³ Jacquard, A. (1994) **Este es el tiempo del mundo finito**. Acento. Madrid.

especialmente agradable. Nunca se sabe qué esconde cada curva del camino o cada accidente geográfico ni cómo vas a acabar o ni tan siquiera si vas a acabar la etapa.

El peregrino puede planificar previamente todas las etapas de Camino o -lo que es habitual- planificar, de manera aproximada, las dos o tres siguientes y la noche anterior preparar la del próximo día. Eso es lo que llamo un *plan situado*, es decir, resultado de una evaluación actualizada de las posibilidades y recursos para la acción de la persona o el grupo y del análisis, también actualizado, del contexto físico (geográfico) y sociocultural más inmediato.

Esto significa que, diariamente, el peregrino ha de evaluar sus posibilidades en relación a sus deseos y a sus oportunidades. El deseo está siempre presente. Cuando no hay un grupo de personas interesantes con las que se desea caminar -que, por cierto, pueden llevar un ritmo mucho más fuerte que el propio-, el albergue en el que nos gustaría dormir está diez kilómetros más allá de lo que nos vemos capaces de andar o, por el contrario, queda demasiado cerca. También en el Camino, cualquier decisión implica “perdida” y una decisión equivocada puede significar tener que reducir en demasía el ritmo o incluso abandonar el Camino, algo que resulta extraordinariamente duro para el peregrino que se ha propuesto llegar al final.

El peregrino aprende que es preferible respetar el propio ritmo al caminar y “perder”, si es necesario, a una persona interesante que se ha conocido y que va más rápida de lo que uno es capaz de ir. El Camino, como la vida, está lleno de personas interesantes.

El peregrino aprende también flexibilidad; a ser flexible. Si me empeño en hacer los 50 kilómetros que me había marcado para hoy es fácil que mañana sólo pueda hacer 10 o ni siquiera eso. La planificación flexible de cada día, en función de nuestro estado, nuestras posibilidades y los posibles imprevistos que se puedan plantear, es una de las claves del Camino o de cualquier proyecto de acción o intervención que podría diseñar o implementar un pedagogo o un educador social. La flexibilidad se hace posible, fundamentalmente, a partir y desde procesos de evaluación continua. Son los resultados puntuales y constantes de dicha evaluación continua los que posibilitan la introducción de correcciones o modificaciones en lo previamente planificado.

2. LAS FILOSOFÍAS DEL CAMINO

Las filosofías del Camino las hacen los peregrinos. Cada uno tiene una historia interesante que contar y una forma particular de enfocar su camino y andar con un ritmo que le es propio. El camino y, sobre todo los albergues, son los puntos de encuentro donde se comparten las historias y se elabora lo que podríamos llamar la *Filosofía del Camino*; la forma de pensar y vivir el Camino de Santiago.

Hay que tener en cuenta que el peregrino difícilmente puede mantener un ritmo de camino constante ya que los imprevistos (tendinitis -el *fantasma del camino*-, ampollas, rozaduras o acontecimientos climáticos) le llevan a hacer determinadas etapas largas y otras cortas o muy cortas. Esto significa que de forma continua y recurrente va encontrándose con nuevos peregrinos o con otros que pensaba haber dejado ya atrás. Es normal, por ejemplo, que unos peregrinos se vayan dejando a otros notas, sobre su ritmo de camino o sobre dónde estarán tal día, en los libros o tableros de anuncios que hay en cada albergue.



A lo largo de todo el recorrido, las anécdotas, las historias y las frases -referidas al propio camino, a sus pueblos y paisajes o a los peregrinos- corren de boca en boca. La *filosofía del camino* es dinámica, cada año es reconstruida por los peregrinos que lo hacen y por los personajes que lo pueblan que, como ya se ha señalado, constituyen el alma del Camino. A los pocos días de Camino me sorprendía a mi mismo diciéndome que repetiría el Camino. Luego encontré un número muy elevado de peregrinos que hacían su segundo o tercer viaje, incluso encontré a una persona que lo hacía por treceava vez.

2.1. La cultura del esfuerzo

Todos, en el Camino, somos peregrinos. Eso nos hace iguales. Todos nos cansamos, todos sudamos, a todos nos salen ampollas en los pies. El esfuerzo personal nos iguala y lo mismo da que uno sea torero, trapealista o profesor. Nos encontramos en aquello que nos es más propio: en una humanidad que nos desborda. Esto, que resulta tan simple, tiene una serie de consecuencias muy curiosas en la tipología de relaciones que se establecen en el Camino.

El peregrinaje elimina las barreras comunicativas con las que tan acostumbrados estamos a convivir en nuestra vida diaria. La **convivencia** y la **comunicación** resultan extraordinariamente fáciles. Incluso con la gente que no está haciendo el Camino. Al peregrino se le sabe transeúnte y se le supone “buena fe” eso le hace objeto -si es que se muestra receptivo a la charla-, en muchas ocasiones a lo largo del camino, de confesiones y explicaciones que, probablemente, no se les hacen ni a los vecinos ni a los amigos.

El Camino posibilita una gran riqueza relacional; la lengua, la procedencia, el estatus o los motivos no son importantes, tan solo que *se está en el camino*. El compartir la charla, la comida, el camino, los masajes o las cremas para los dolores musculares, constituyen actitudes y actividades comunes del Camino.

Las **conductas de ayuda** desinteresada y la **solidaridad** son continuas a lo largo de todo el recorrido y eso no sólo entre los peregrinos, sino también desde mucha de la gente que se encuentra en los caminos y, sobre todo, de los “hospitaleros” y “hospitaleras” voluntarios que están a cargo de los albergues. Si te ven mal o con dificultades, la mayoría de peregrinos que te adelantan en una etapa concreta, te ofrecerán su ayuda en formas muy diversas: desde la farmaciola que llevan, hasta un masaje en los músculos doloridos o llevarte la mochila. Y si te ven muy mal y por la noche no has llegado al albergue, habrá peregrinos que saldrán a buscarte. La solidaridad es una constante a lo largo del Camino y, como se ha podido comprobar en el relato de mi viaje, tuve la oportunidad de observar y vivir muchas de estas situaciones.



El Camino enseña también a prescindir de todo aquello que no resulta estrictamente necesario para caminar (vivir). -*Cada uno lleva su propia carga*- se dice en el Camino. Esta es una frase que puede tener muchas lecturas. El tener que llevar encima continuamente todo lo que necesitamos para caminar (vivir) nos obliga, necesariamente, a ser austeros y a aprender **austeridad**. Tomar conciencia de lo poco que necesitamos para vivir y de la forma en que nos complicamos la existencia en nuestra vida cotidiana -con necesidades, a menudo, absurdas- es, desde mi punto de vista, uno de los aprendizajes más útiles que nos proporciona el Camino. Cuando empezamos a caminar creemos llevar sólo lo que necesitamos. Pronto descubrimos que, en realidad, necesitamos mucho menos de lo que llevamos.

Ahora bien, nuestra carga no es solamente física. Todos cargamos con nuestra historia personal y con nuestras vicisitudes. El *camino de la responsabilidad* es también el *camino de la aceptación*. En el Camino se aprende y, necesariamente se acepta, que hay gente que camina más rápido que tú, que le salen menos ampollas que a ti, que sufre –siempre desde tu propio punto de vista- menos que tú.

Cualquier cambio, cualquier mejora que uno desee introducir en su camino -en su vida- ha de pasar o se ha de iniciar en la aceptación realista de lo que hay, de lo que se es y de lo que se piensa que se puede o que se podría ser y conseguir. La competitividad o la competición se pagan caras en el Camino. Nuevamente el tiempo es un factor determinante. El correr hoy y “ganar” –sea lo que sea aquello que se crea que se gana-, se pagará, probablemente mañana. Cada persona tiene una manera particular de caminar, un ritmo y una velocidad que le son propios. No tiene sentido compararse con los otros. La verdadera competitividad es la **autocompetencia**: la autoobservación y autoevaluación del propio desempeño para introducir las modificaciones o mejoras correspondientes. Hay que decir, en este sentido, que la evolución y la mejora en la propia fuerza, el ritmo y la velocidad al caminar es algo sorprendente. A partir aproximadamente de 300 kilómetros caminados, el camino se convierte en un paseo y uno nota que se encuentra muy fuerte.

El camino nos enseña **la cultura del esfuerzo**. Cada acción, cada situación o cada suceso tiene su propio ritmo y su proceso. No se pueden saltar etapas impunemente y pronto se aprende que un esfuerzo dosificado y respetuoso, adaptado a cada momento, rinde mejores frutos a medio y largo plazo que uno desaforado y puntual. El premio consiste en llegar a Santiago, el final del camino, no en cumplir, aunque sea destrozado, una etapa concreta.

El Camino nos enseña **el sentido y el significado del esfuerzo**. El placer que uno tiene al finalizar una etapa cualquiera -mayor, si es especialmente difícil- es algo que no se puede explicar, hay que vivirlo y experimentarlo. La comodidad, la abundancia de todo, la disposición cotidiana de una cama confortable y de comida en la mesa -por poner algún ejemplo- son “privilegios” que una buena parte de los jóvenes de nuestras sociedades desarrolladas no consideran como tales, puesto

que les vienen dados, sin esfuerzo y sin contraparte. La abundancia -como señala Latouche¹⁴- arrastra consigo su propia pérdida de sentido. En el Camino es necesario resolver diariamente toda una serie de problemas para acceder a estos “privilegios”. El esfuerzo personal para llegar a ellos contribuye a dotarlos de sentido.

La confianza, realista y consciente, en nosotros mismos y en nuestras propias fuerzas es otro de los aprendizajes del Camino. Ella es la que nos llevará a la meta: Santiago. A lo largo del Camino uno se siente desfallecer muchas veces. Cuando esto ocurre sólo es necesario mirar atrás y tomar conciencia de que paso a paso se llega siempre a todos los sitios; tan sólo es necesario caminar. Esta confianza se ha de hacer extensiva al Camino -a la vida-. La variabilidad de situaciones a las que uno se ve enfrentado en el camino es muy amplia. Es la confianza la que posibilita el poder salir airoso de la diversidad de acontecimientos a los que uno se ve enfrentado.

Todos estos valores, y seguramente muchos otros, forman o pueden formar parte de las vivencias que se experimentan en el Camino de Santiago. Son valores que, desde mi punto de vista, han de formar parte del bagaje formativo con el que los pedagogos y los educadores sociales acceden a la profesionalización. Esa es la razón por la que proponemos y defendemos *el Camino de Santiago* como *ámbito de experimentación personal y aprendizaje de humanidad, ciudadanía y solidaridad*.

¹⁴ Latouche, S. (1993) **El planeta de los naufragos**. Acento. Madrid.